UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Lum. y Toronto 1906

COLECCIÓN SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO I

J.C
C6917

COLECCION SELECTA

DE

Antiguas Novelas Españolas

TOMO I

Teatro popular

(NOVELAS)

por

Francisco de Lugo y Dávila

Con introducción y notas de

DON EMILIO COTARELO Y MORI

De la Real Academia Española

89415
2917108.

MADRID, 1906

PUBLÍCALA LA

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE RICO

Travesía del Arenal, 1 — MADRID

IMPRENTA DE P. APALATEGUI, POZAS, 12.—MADRID

PRÓLOGO

I

La publicación de una serie de escogidas novelas antiguas y raras españolas constituye un suceso tiempo ha muy deseado de los aficionados á nuestra literatura y amantes de su mayor y debido realce.

Depués que la infatigable constancia de los modernos bibliógrafos ha extraído de los más oscuros rincones de viejos archivos y librerías tantos y tan preciosos tomitos de narraciones novelescas que divirtieron los ocios de nuestros antepasados, vióse claramente la grande importancia que logra este género en la historia de nuestras letras, cosa que ni aun en los primeros cincuenta años del siglo XIX pudo conocerse con exac-

titud por la increible escasez de tales obras.

La imprenta del siglo XVIII había repetido con no mucha frecuencia las más famosas, que fueron justamente las que, una vez más, reprodujo la antigua y célebre *Biblioteca de Autores Españoles*. Pero centenares de ellas quedaron tan desconocidas como antes, á pesar de que la inteligente curiosidad de un librero madrileño, D. Pedro José Alonso y Padilla, había, á los comienzos de aquel siglo, reimpreso algunas, que ya en su tiempo, como asegura, eran muy escasas.

La rareza de las demás continuó siendo tal, que de muchas no se conocen más que uno ó dos ejemplares, famosos por haber pertenecido á los bibliófilos Gallardo, Böhl de Faber, Maestre, Salvá, Durán, Gayangos, etc., y cuya gran mayoría ha venido, al fin, á parar á nuestra Biblioteca Nacional, inmenso océano, por decirlo así, que recibió el tributo de estos y otros menos caudalosos ríos de la bibliografía nacional.

Que el valor histórico y estético de nuestra vieja novela del siglo XVII (hablo de la no conocida, dejando á un lado á Cervantes, Alemán, Espinel, Vélez, Pérez de Hita y

demás harto célebres) está en relación con su número, es cosa que ya la crítica ilustrada ha reconocido. Divulgar, pues, su perfecto conocimiento y facilitar su estudio con la publicación de estos rarísimos textos, parece ser, por consecuencia lógica, obra conveniente y provechosa.

Solamente los poco sabidos juzgarán empresa redundante la que el editor intenta, toda vez que la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* promete, y lo realizará, dar una buena colección de nuestros antiguos novelistas no incluídos en la de Rivadeneyra. Y muestra de lo que en tal materia ha de hacer, es, desde luego, la portentosa *Historia de los orígenes y desarrollo de la novela española anterior á Cervantes,* última y estupenda manifestación del genio de la erudición y de la crítica, más fecundas y bienhechoras, encarnado en Menéndez y Pelayo, incomparable maestro, orgullo de su patria, cuya gloria literaria le debe á él solo más que á todos los que le han precedido en la noble y patriótica tarea de difundirla y hacerla reconocer por el mundo entero.

Pero el campo de la novela española es, como otros de nuestra literatura, tan vasto

y variado, que todos podemos en él movernos con desembarazo y trabajar con provecho y novedad, ya publicando textos diversos, ya escudriñando las vidas de los autores, punto descuidadísimo en la historia de las hispanas letras, ó ya contemplando bajo aspectos y con fines distintos estas producciones del ingenio.

¿Qué utilidades no pueden obtenerse, así para la historia de las costumbres nacionales, en sus mil ramificaciones, como para el estudio interno del idioma en la novela de menos valor estético y, por tanto, condenada á no figurar en una colección de textos escogidos de buen decir? ¿Cómo no admirarse ante el poderoso ingenio de nuestros autores de la grande época que, urdiendo un complicadísimo enredo, salpicado de aventuras extrañas y episodios inesperados, sabían conducirlo con hábil y seguro paso y desenlazarlo con natural maestría, siquiera los primores y elegancias del estilo no correspondan á veces igualmente á esta fuerza creadora?

En algunos, la precipitación con que escribían, y en otros el deseo de hacerlo mejor, cayendo por ello en los vicios del culte-

ranismo ó del conceptismo, deslucen, es verdad, varias de estas obras. Pero no se crea en la frecuencia del caso; porque otras, y en número infinitamente mayor, están libres de tales defectos y encierran un lenguaje más ó menos elegante y escogido, pero siempre claro, castizo y adecuado á la narración y asuntos en que se emplea.

No vamos aquí á juzgar ni en conjunto ni siquiera en series ó grupos el riquísimo y complejo tesoro novelístico, que eso se queda para el que ha de trazar su historia completa. Tampoco entraremos en pormenores sobre el origen y nacimiento de nuestra novela, acerca de lo cual remitimos al curioso al referido y admirable tomo del Sr. Menéndez y Pelayo; nuestro papel está reducido á introducir con el leyente el ingenio autor del libro que tiene ya en las manos, y hacer algunas observaciones sobre este último.

II

Don Francisco de Lugo y Dávila, ó Dávila y Lugo, pues aún no estamos seguros sobre el verdadero orden de sus apellidos(1), fué un caballero de origen abulense por una rama y canario por la otra, que nació en Madrid algo antes de expirar el siglo XVI.

Su familia, si era ilustre por sangre, no

(1) Las noticias personales que tenemos de Lugo y Dàvila son muy escasas. Don Nicolás Antonio sólo dice lo siguiente:

«D. Franciscus de Lugo et Avila, Matritensis, Americanae provinciae de Chiapa olim praetor, humaniorum literarum historiaeque peritus, lusit olim:

Novelas. Matriti, 1622, in 8. Deinde scripsit:

Réplicas á las Proposiciones de Gerardo Basso, quae de re monetaria sunt.

Expectari a se jam diu fecit librum *De la Nobleza exemplificada en el linaje de Lugo.*

In vivis erat anno M.DC.LIX. Matriti» (Nic. Ant. *Nova*, I, 439).

Alvarez y Baena, que le consagra un artículo en sus *Hijos ilustres de Madrid* (II, 197), dice que «es uno de los sujetos de quien no he podido alcanzar noticias muy puntuales».

Respecto del orden de sus apellidos, advertiremos que su hermano, D. Dionisio, se firma dos veces en los

debía de gozar igual ventaja en cuanto á bienes de fortuna, pues la vemos constituída bajo cierta dependencia de la casa de Cárdenas. Don Dionisio Dávila y Lugo, hermano de D. Francisco, en la dedicatoria que precede á las novelas, dice que su referido hermano había sido criado de don Jorge de Cárdenas, cuarto duque de Maqueda, y añade estas curiosas palabras: «bien que no es nuevo en la casa de V. E. que sucedamos los hijos á nuestros padres y abuelos en su servicio y vivamos todos á la sombra de su magnánima protección».

Esto no debe, sin embargo, entenderse en un sentido material. Eran en aquella época

---

preliminares de las novelas de su hermano «Dávila y Lugo»; por más que, por errata, en el presente tomo se hayan impreso al revés: «Lugo y Dávila.»

El mismo D. Francisco usó primero el *Dávila* en alguna obra que imprimió años adelante, como veremos. En esta última forma le menciona Gerardo Ernesto de Franckenau, ó sea D. Juan Lucas Cortés, en su *Biblioteca Heráldica* (página 124). Sin embargo, don Francisco estimaba en mucho su apellido Lugo, de cuyo linaje escribió extensamente, y hasta en un pequeño bosquejo acerca de Santo Domingo de Guzmán tuvo cuidado de especificar que también le correspondía aquel apellido. Los Lugos eran procedentes de las islas Canarias.

criados de la casa de los grandes, no sólo los que prestaban los servicios más ínfimos, sino todos los que gozaban sueldo ó tiraban gajes por acompañar al magnate á ciertas horas del día, ó les servían de secretarios ú otro cargo de distinción. Así, se veían entre ellos muchos que ostentaban en su pecho las rojas cruces de Santiago ó Calatrava.

De esta clase debieron de ser los servicios que nuestro D. Francisco, y probablemente su hermano, prestaban en casa del duque D. Jorge, en quien subió la casa á su mayor altura, pues no sólo heredó á su padre, el gran D. Bernardino de Cárdenas, virrey de Sicilia, sino toda la casa de Nájera, cuya propietaria, doña Luisa Manrique, quinta duquesa de Nájera, fué su madre.

Por su parte, D. Jorge era el tipo de aquella nobleza disipada, fastuosa y elegante que, saliendo de la sujeción en que durante su vida la tuvo el severo Felipe II, se precipitó briosa, aventurera y siempre valiente en toda clase de locuras, en los mandos militares de tierra y mar, en los gobiernos y virreinatos de Italia, Flandes y América y hasta en la misma corte de los reyes

Felipe III y Felipe IV. En comprobación, véanse las noticias que al final damos de este mismo duque de Maqueda.

Don Francisco de Lugo hizo estudios muy profundos en toda clase de letras humanas, de que dan harta muestra las novelas que siguen. Debió de seguir también la carrera de jurisprudencia, fundamento del cargo honroso é importante que tal vez le granjearía su Mecenas por los años de 1621, cual era el de gobernador de la provincia de Chiapa, en el virreinato americano de Nueva España.

Hallábase ya desempeñando el puesto en 1622, cuando su hermano, D. Dionisio, publicó las *Novelas,* y debía de ser reciente su marcha, pues en tal concepto, alude á ella Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, muy afecto á Lugo, en la silva que se estampa más adelante, al decir que todavía llora Manzanares la ausencia del novelista

> trasladado á las últimas regiones,
> en mal seguro leño conducido,
> á ser prodigio á bárbaras naciones.

La residencia en Méjico de D. Francisco de Lugo debió de prolongarse unos diez años. Parece que en 1632 se hallaba ya en

Madrid, según lo que dice de él el doctor Juan Pérez de Montalbán en su *Para todos,* impreso en dicho año: «Don Francisco de Lugo y Dávila, erudito poeta, grande humanista y noticioso generalmente de todas materias. Publicó unas *Novelas* y tiene para dar á la estampa muchos libros importantísimos.»

Montalbán era amigo suyo y había, en 1622, elogiado con una décima las referidas novelas como se ve más adelante.

En Madrid se deslizó ya tranquilamente la vida de D. Francisco de Lugo. Aquí residía en 1656 cuando se hizo la solemne dedicación del nuevo templo de Santo Tomás, erigido en la calle de Atocha por la Orden de Santo Domingo, y devorado por las llamas hace una treintena de años. En tal ocasión, don José de Miranda y la Cotera reunió en un tomo el gran número de poesías que se escribieron al suceso, y lo dió á luz al año siguiente con el título de *Certamen angélico* (1). Co-

(1) *Certamen | angélico | en la grande | celebridad | de la dedicacion | del nvevo, y magnifico templo | qve sv grave convento | de religiosos | de la esclarecida orden de Predicadores | consagró | á Santo Tomas de Aqvino, doctor de la Iglesia, | el octubre de M.DC.LVI | dedicale |*

laboró en este libro nuestro novelista con una canción real á Santo Domingo, llamándose en el encabezado «Dávila y Lugo». Y con el título de «El gobernador D. Francisco Dávila y Lugo» estampó también en los preliminares de él un elogio en prosa del colector don José de Miranda; tema que le da pie para lucir su erudición, discurriendo sobre el hecho de componer versos sacros ó dirigidos á los dioses entre griegos y latinos; los de tal carácter escritos por los hebreos y los poetas cristiano-latinos, en especial españoles, como Prudencio y Juvenco.

Después de la referida fecha sólo sabemos, porque así lo afirma D. Nicolás Antonio, que Lugo vivía aún en 1659.

---

al nobilissimo señor D. Fernando | de Fonseca Ruiz de Contreras, Marques de Lapilla... | D. Joseph de Miranda y la Cotera. | Con privilegio. | En Madrid: Por Diego Diaz de la Carrera. | Año de M.DC.LVII.

4.°, 28 *h.* prels., 204 foliadas. Al fin repite las señas de impresión. Son versos escritos por 80 ingenios: Cubillo, Baeza, *Dávila y Lugo*, una canción real á Santo Domingo, Godínez, Bocángel, D. Juan Vélez, D. Francisco Bernardo de Quirós, D. Vicente Suárez, etc.

El Privilegio es de 19 de Febrero de 1657; la *Tasa* de 20 de ídem.

III

La primera obra literaria que D. Francisco de Lugo parece haber dado á luz, es cierto elogio de la colección de novelitas de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, impresas en Madrid, en 1615, con el título de *Corrección de vicios*. En aquella especie de introducción, dirigida «al lector», ensalza la forma satírica empleada por Salas á fin de moralizar las costumbres, citando diversos lugares de autores clásicos. Salas le pagó años adelante, como hemos dicho, elogiando en verso su *Teatro popular*.

Después de las novelas y de su regreso á España, se dedicó D. Francisco á componer una extensa genealogía de su familia, con el título: *De la nobleza exemplificada en el linage de Lugo*. Habla con aplauso de esta obra D. Antonio Suárez de Alarcón en las *Relaciones históricas de su casa* (libro IV, capítulo V, página 368), diciendo: «De la casa de Lugo y de todas sus ramas tiene escrito un libro D. Francisco Dávila y

Lugo, con grandes noticias de la antigüedad, nobleza y casamientos desta familia, comprobándolo con papeles de mucho crédito y con escrituras auténticas.»

Rodrigo Méndez Silva la cita también, aunque equivocando el título *(Nobleza explicada en el linaje de Lugo)*, añadiendo que entonces la tenía para dar á la estampa *(Hazañas del capitán Céspedes*, folio 143).

Conocióla asimismo D. Nicolás Antonio cono hemos visto, y por último, D. Juan Lucas Cortés, quien se lamenta de que en su tiempo aún no se hubiese dado al público (1). Desde entonces ha desaparecido, pues ni aun los especialistas de estos estudios, si bien la citan, han logrado verla (2.)

En 1649 imprimió D. Francisco un bosquejo histórico acerca de la familia de los Marqueses de Rivas, con el título de *Origen*

(1) «*Merito autem dolendum historiam istam* ἀνεκδότην *adhuc in scriniis delitescere curiosorum*». (Franckenau: *Ob. cit.)*

(2) Por ejemplo, D. Francisco Fernández Bethencourt, en su grande *Historia genealógica de la monarquía española*, tomo I, página 160, que la menciona con el título de *Elogio y corolario de las armas y genealogía de los Lugos*, que quizá también llevó ó le daría alguno de sus últimos poseedores.

de la gran casa de Saavedra, que citan con encomio D. José de Pellicer, que trató luego el mismo asunto, y D. Luis de Salazar y Castro.

Compuso también un panegírico con el título de *Elogio de Don Gaspar de Seyxas, Vasconcellos y Lugo*, que se imprimió al principio del libro del propio D. Gaspar, titulado *Corona de espinas de Christo Redemtor nuestro*, como afirma el cronista fray Felipe de la Gándara en su *Nobiliario de Galicia* (páginas 308 y 558) y recuerdan Franckenau y Alvarez y Baena.

IV

Aunque no sea rigurosamente exacto que Cervantes (como él propio afirma) haya sido el primero que novelase *á la italiana* en nuestro idioma, lo cual en sí mismo no sería un gran mérito, es muy cierto que su genio de narrador original é independiente hizo cosa mucho mejor, que fué acomodar á las costumbres y gusto de España aquellas breves novelas en que, desde el Boccaccio, tanto habían sobresalido los cuentistas italianos, sobre todo los del siglo XVI.

Nada deben á Italia, ni aun hay en ella cosa que se pueda igualar con aquellos primorosos cuadros de costumbres que forman *La Gitanilla, La ilustre fregona*, *Rinconete y Cortadillo, El celoso extremeño,* ni el incomparable *Coloquio de los perros Cipión y Berganza*. Lo que Cervantes en esta y otra clase de obras ha hecho, más que imitar ni adaptar, es crear y fijar un género literario ya en adelante genuinamente nacional, que sometido á las mismas leyes internas y esen-

ciales de nuestro glorioso teatro, y sin más diferencia que la de adoptar la forma narrativa y el lenguaje prosaico, había de encerrar con él la expresión más completa de la vida intelectual de España en el período de su mayor grandeza.

Uno de los primeros discípulos é imitadores de Cervantes en este linaje de obras fué D. Francisco de Lugo y Dávila. No habían transcurrido siete años de la publicación de las *Novelas ejemplares*, cuando nuestro autor, para entretener los forzados y largos ocios de su residencia en una aldea por un tiempo que no consta, comenzó á borrajear su *Teatro popular*, al que dió fin hacia 1620.

Cuando pensaba en darlo á la luz pública sorprendióle su nombramiento para el gobierno de Chiapa; pero entonces fué su hermano D. Dionisio quien, animado y favorecido por los muchos amigos que aquí se había granjeado el ausente D. Francisco, algunos muy conocidos literatos, como Sebastián Francisco de Medrano, Montalbán, Francia y Acosta y Salas Barbadillo, entregó á la imprenta el manuscrito. Salió á luz en Madrid en 1622, á expensas del librero Alonso Pérez, padre del doctor Juan Pérez

de Montalbán, que acabamos de nombrar, y bajo la protección del cuarto duque de Maqueda (1).

Dióle el autor el título algo extraño de *Teatro popular*, en cuanto abraza diversos hechos y episodios comunes á toda clase de gentes aun de la más abatida; pero ofrece en una segunda parte pintar, no lo común del pueblo, sino «lo superior, con la imitación trágica; esto se entiende, según Aristóteles, las acciones graves de los príncipes dignos del coturno de Sófocles». No consta que haya puesto mano á semejante obra.

En la presente se propuso, como expresa claramente, inducir ó mover al lector al destierro del vicio y al amor de la virtud. Pero esto es lo que no resulta, al menos evidentemente, de las presentes historias. En la época en que Lugo escribía la moral aplicada no se entendía de un modo tan preciso y concreto como hoy; no era nece-

(1) El volumen es en 8.°, de 220 hojas, aunque la foliación está equivocada, y con las signaturas, aparte de los preliminares, A-Cc. Después de la portada, de que se le ha procurado dar idea en la página 4 de este tomo, siguen la vuelta en blanco, Tasa, Erratas y demás preliminares que hemos reproducido; Texto, Colofón final y vuelta en blanco.

sario que el ejemplo apareciese muy claro, es decir, que el crimen fuese inevitablemente punido y la virtud premiada. Deducían la aplicación del curso mismo del hecho, sin reparar en el fin ni aun en que los colores prestados á las malas acciones fuesen antipáticos y desagradables.

En este sentido llamó Cervantes *morales* á sus *Novelas,* que, aunque no son inmorales, tampoco deben presentarse como norma de conducta, y después de él las bautizaron con el mismo nombre todos los que compusieron este género de historias cortas.

Es muy importante para el estudio de la historia social de esta época la circunstancia de que algunos de los sucesos referidos en este libro hayan ocurrido verdaderamente en los lugares que cita. Este mismo procedimiento siguieron otros muchos novelistas de entonces y poco posteriores; lo cual da nuevo valor y positiva utilidad á estos excelentes librejos.

El estilo de Lugo y Dávila es claro, correcto y abundante. En alguna novela, como la tercera, quiso modificarlo haciéndolo más conciso, como lo realizó en la primera parte de ella, resultando áspero y seco. Pero luego

se cansó de este juego y volvió al suyo normal y elegante.

Algo afea el curso de sus párrafos la frecuente cita de autores griegos y latinos á fin de autorizar pensamientos y máximas tan comunes y evidentes que no exigían, en verdad, tales apoyos. Resabio es este muy frecuente en los que, entregados á largos estudios clásicos, no han visto el mundo más que con los ojos de aquellos autores, ni se atreven á juzgar los hechos humanos sino con las reglas que ellos nos dejaron. Y todavía reputaba D. Francisco de Lugo deficiente el empleo de autoridades, pues dice en el prólogo: «No hallarás en este volumen citados á Cornelio Tácito, Justo Lipsio y otros, no por no haberlos visto con asiduo cuidado, mas por lograr en más propia ocasión lo mucho bueno que tengo advertido en ellos así como en otros autores.»

El espíritu doctrinal de Lugo se manifiesta igualmente en la introducción que puso á sus novelas, donde considerando este género como una especie de poema, le aplica las reglas generales de la fábula contenidas en la *Poética,* de Aristóteles, y en la de Horacio. Establece por base la imitación; pide

no la narración fiel, sino la verosímil, la división en partes, según el cambio de posición de los personajes, el estilo y lenguaje propios de cada uno y demás preceptos vulgares de aquellos autores, citando sólo de paso á los novelistas griegos ó bizantinos Heliodoro y Aquiles Tacio, á los italianos y á Timoneda, Cervantes y Céspedes y Meneses, ó sea las *Historias trágicas* de este autor.

Hemos dicho que Lugo y Dávila es imitador de Cervantes; y aunque esto resultará más claro de algunas notas que ponemos al final, todavía debemos aquí advertir que no sólo en la forma y estructura de sus novelas tuvo presente aquel insigne modelo, sino que le siguió en algunos temas ó argumento de ellas, como en la titulada *El Andrógino,* que tiene no poca semejanza con *El celoso extremeño,* y en *La Hermania,* que es un trasunto del *Rinconete y Cortadillo.* La titulada *La juventud* tiene parcial semejanza con *La señora Cornelia,* y en algunos incidentes se parece también *Cada uno hace como quien es* al *Curioso impertinente,* novela contenida en el *Quijote.*

TEATRO
POPULAR
NOVELAS MORALES

para mostrar los géneros de vidas del pueblo, y afectos, costumbres, y passiones del ánimo, cō aprouechamiento para todas personas.

Al Exmo Señor Don Jorge de Cárdenas, Manrique de Lara, Duque de Maqueda, Marqués de Elche, Barón de Planes, Conde de Valencia, Conde de Treviño, &.

POR

D. FRANCISCO DE LUGO Y DÁVILA

En Madrid. Por la viuda de
Fernando Correa Montenegro.

Año M.DC.XXII.
A costa de Alonso Perez.

TASA

Yo Diego González de Villarroel, Escribano de Cámara de Su Majestad, de los que en su Consejo residen,

DOY FE: Que habiéndose visto por los señores dél un libro intitulado *Teatro Popular,* de ocho novelas, compuesto por Don Francisco de Lugo, que con licencia de los dichos Señores fué impreso, tasaron cada pliego de los del dicho libro á cuatro maravedís y á este precio mandaron se venda y no á más, y que otra tasa se ponga al principio de cada Libro de los que se imprimieren. En Madrid á treinta y uno de Mayo de mil seiscientos y veinte y dos años.

Diego González de Villarroel.

APROBACIÓN

He visto este libro intitulado *Teatro Popular*, que ha compuesto Don Francisco de Lugo, y no hallo en él cosa que contradiga á nuestra fé ni á las buenas costumbres, antes me parece á propósito y á provecho su lección, para aprender de sus

ejemplos á seguir el camino de los hombres cuerdos y acertados y demás de que en el método de él muestra su autor su injenio bien conocido de tantos hombres versados en todo género de letras; y así por lo uno como por lo otro, me parece podrá salir en público, [y] dársele la licencia que pide para imprimirlo. En este convento de Ntra. Sra. de la Merced de Madrid á 28 de Octubre de 1620.

FRAY ALONSO REMÓN.

M. P. S.

Puede V. Alteza ser servido de hacer merced de dar licencia para que se imprima este *Teatro Popular*, de DON FRANCISCO DE LUGO, por la utilidad de su lección y satisfacción del buen ingenio y trabajo de su autor. En Madrid á 14 Noviembre 1620.

LUIS CABRERA.

SUMA DE PRIVILEGIO

Tiene privilegio de Su Majestad, DON FRANCISCO DE LUGO, para poder imprimir por tiempo de diez años este libro intitulado *Teatro Popular* ó la persona que su poder tuviere, so las penas en él contenidas, como mas largamente consta de su original. Fecha en Madrid á nueve dias del mes de Diciembre de 1620.

DECIMA DEL LICENCIADO

FELIPE BERNARDO DEL CASTILLO, AL AUTOR

No ausente, presente siento
lo oculto y grave enseñáis;
no os fuisteis, pues nos dejáis
parte del entendimiento.
De vuestro hermano el intento,
Don Francisco, se ha logrado;
á España y al mundo ha dado,
con vuestros doctos escritos,
emulación á infinitos,
y él, por vos, se ha eternizado.

DE SEBASTIAN FRANCISCO DE MEDRANO

AL AUTOR

Romance.

Despliegue al viento las alas,
anime la fama el bronce,
sin que se oculte á su aliento
lo más remoto del orbe.
Mármoles, Francisco insigne,
produzca Paros que formen
á vuestro retrato estatuas,
á la envidia admiraciones.

El oro de más quilates,
Ophir, donde vuestro nombre
eterno conserve el tiempo;
sólo el olvido perdone.
Dafne se vista bizarra
de más seguros verdores,
para que el luciente Febo
vanaglorioso os corone.
Las nueve hermanas, que libres
viven el Parnaso monte,
para que vos las piséis,
guirnaldas tejan de flores.
Y en competencia las Gracias
las de vuestro ingenio logren
sin que emulaciones vanas
las marchiten ni deshojen.
Por vos dichosa Madrid,
muchas veces se pregone,
pues ausente de su cielo
la dais tan altos blasones.
Vuestro *Teatro* recibe,
y en él admira y conoce
de vuestro hermano deseos
de vuestra luz esplendores.
Viva, pues, eternos siglos
y á sombra suya se asombren
cuantos floridos ingenios
la antigüedad reconoce.

DECIMA DEL LICENCIADO
JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN, AL AUTOR

FRANCISCO, en cuanto escribís,
tan universal habláis,
que divirtiendo enseñáis,
y enseñando divertís;
los dos fines conseguís,
y así las gracias os dan
cuantos advirtiendo están,
que os prometéis generoso,
maestro en lo sentencioso,
y discreto en lo galán.

DE FRANCISCO DE FRANCIA Y ACOSTA
AL AUTOR

Soneto.

Este *Teatro* insigne, que aun acepto
del pecho vendrá á ser más envidioso,
fábrica es, ¡oh LUGO prodigioso!,
que desmaya al más célebre arquitecto.
Intitulado aquí su autor perfecto,
indicio es á toda vista ocioso,
que leido lo docto, lo ingenioso,
la causa se verá por el efecto.
Efecto tal, que así cual al Troyano
rescatan de flamígeros absombros,
manos no menos, que obligadas pías,
Bien como á padre, ¡oh grande honor Hispano!,
ha de librarte en sus valientes hombros
de las voraces llamas de los días.

ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

EN ALABANZA AL AUTOR

Silva.

Util felicidad se comunica
en tus escritos, ¡oh Francisco!, al suelo;
siendo tuyos, son dádivas del cielo;
tu mano los escribe,
y del cielo la mano los reparte,
con que está tu modestia asegurada,
y queda tu virtud más venerada.
Con impulso divino,
fiel á la patria, el caro hermano tuyo,
no le quiso usurpar la luz, la gloria,
que la han de dar en la común memoria
de tu ingenio feliz estas hazañas,
en que vencida la vulgar escuela,
triunfando estás con singular doctrina.
Manzanares con planta cristalina,
emula al Tajo en las arenas de oro
por ser tu padre, oriente se imagina
aun de mayor tesoro,
el que desde el Alcázar soberano
del cuarto ardiente cielo,
con su fecunda luz ilustra el suelo.
Del haberte perdido,
trasladado á las últimas regiones,
en mal seguro leño conducido,
á ser prodigio á bárbaras naciones,
hoy en estos escritos se restaura,
dilatándose en ellos,
más que no en su corriente,
porque está á breves pasos de su fuente,
que en precipicios de una sierra cuelga,

velos de plata al viento,
halla en Jarama túmulo sonoro,
á donde muere en paz tan deleitosa
que, en su misma harmonía,
exequias gratas hace á su dichosa,
bien que temprana muerte,
con que te debe á ti más alta suerte.
Tú, pues, de estos aplausos animado,
de Apolo volverás á la palestra,
á ganar nuevos triunfos y blascnes;
así satisfarás nuestros deseos,
que en tu luz encendidos,
con gloriosos empleos,
de una ambición gallarda suspendidos,
más obras solicitan,
y más flores esperan
de ingenio tan feliz, tan fructuoso.
Por eso consagramos á los cielos
sacrificios y votos,
y tu restitución también pedimos
los que con otros ojos merecimos
comunicarte y verte:
vuelve á pesar de la inconstante suerte;
y el piélago profundo,
parto raro y monstruoso
de aquel caos que fué cárcel del mundo,
ya ameno y deleitoso,
con sus vientos halague y facilite
de sus ondas el paso
á la dichosa nave,
que, siendo alada imagen del Pegaso,
traer merezca en ti peso suave
al puerto, que te espera;
donde obediente, el mar soberbio humilla
las olas que son juego de su orilla.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JORGE DE CÁRDENAS MANRIQUE DE LARA

Duque de Maqueda, Marqués de Elche, Barón de Planes, Conde de Valencia, Conde de Treviño, Comendador de Medina de las Torres, &.

Ahora que V. Excelencia, después de haber postrado la corona de soberbia de los africanos leones, restituye á la patria, con su presencia su ornamento, tan príncipe, tan capitán que á no haber nacido con lo primero, lo mereciera en virtud de lo segundo, pudiendo justamente llamarse Príncipe de los capitanes y merecer á este título el de Capitán de los Príncipes. Ahora que respirará el Africa, libre de tanto (bien que generoso) peso, y que le previene España, festivos aplausos, calificados con el decoro de los méritos, y no entorpecidos con el afecto rudo de las vulgares lisonjas, llego yo á poner á los pies de V. Excel. este libro, porque sé que si Don Francisco, mi hermano y autor suyo, se hallara presente, había de concurrir conmigo en esta elección; porque, ya que le he defraudado su intento con imprimirle (que él nunca fué de este parecer), se desenoje, viendo le he dado el mismo patrocinio que él sé solicitara. Recíbale V. Excelencia, como á hijo de un criado suyo, que nació con

esperanzas de igualarse á su padre en merecerle por dueño, pues no es nuevo en la grandeza de la casa de V. Excelencia que sucedamos los hijos á nuestros padres y abuelos en su servicio y vivamos todos á la sombra de su magnánima protección. Guarde N. Señor la persona de V. Excelencia con la felicidad que sus criados deseamos y hemos menester.

De Madrid, á 3 de Junio de 1622 años.

DON DIONISIO DE LUGO Y DÁVILA.

DON DIONISIO DE LUGO Y DAVILA

HERMANO DEL AUTOR, Á LOS LECTORES

Fin de ocupar muchas horas de una aldea, donde asistía el autor de este libro, fué el principio de escribirle, no ambición de darle á la estampa. Obligaciones forzosas, le sacaron de España, dejándole en mis manos, no tan castigado y corregido como él quisiera. Mirándole yo algunas veces, despacio, me obligó á comunicarle con muchas personas que, ya por ser amigos, ya por ser hombres eruditos hice de su voto grande confianza. Hallé en ellos tan buena aceptación que casi me han compelido, con solicitud continua, á darle á la luz común, de que ya goza, fiado de que tantos, ni habrán podido engañarse ni querido engañarme. Bien sé que si mi hermano hubiera puesto sobre él segunda vez la pluma, saliera con diferentes colores; y yo lo he querido dilatar hasta que se llegara este día; pero el ruego de los amigos y más el de los doctos, es imperio tan poderoso que no me he podido defender á su obediencia de quien espero que, como interesados ya por su aprobación en el crédito de esta obra, serán sus padrinos y protectores.

DON FRANCISCO DE LUGO Y DÁVILA

PROEMIO AL LECTOR

Declárase el intento con que se ha escrito este libro.

Según están depravados los ánimos de los hombres, inclinados á las cosas terrenas, vemos cumplidas la profecía de S. Pablo, en la segunda *Epístola* escrita á Timoteo, capítulo cuarto: «porque ya apartan los oidos de la verdad y se convierten á las fábulas», y Santo Tomás: «No quieren oir lo útil, sino lo curioso». Antiguamente, la rudeza de los ingenios de aquellos primitivos hombres que habitaron la tierra después del diluvio, obligó á los sabios á dar principio á las fábulas, y á esta causa, dice Gelio, en su libro segundo, era costumbre de los filósofos, para atraer á sí los ánimos rebeldes, usar de blanduras artificiosas; y, como enseña Anonimio, en sus *Semejanzas*, de la manera que Demócrates médico, para curar una mujer, que rehusaba cualquier medicamento, áspero al gusto, la dió á beber leche de cabras que habían pacido lantiscos, así á aquellos que huyen y aborrecen los preceptos de la filosofía se les proponen fábulas amenas; pero lo que en la antigüedad enseñó la rudeza, enseña hoy la milicia, que, según Cornelio (sobre el lugar citado de San Pablo), no buscan para sí los hombres

Maestros que muerdan con las palabras y corten á raíz los vicios, sino que los halaguen.

Maña y blandura es menester para que se apetezcan hoy los preceptos de la filosofía moral, tan provechosa medicina, para curarse los afectos y pasiones del ánimo desengañando al pueblo y representándole sus errores; que no es otra cosa una república, que un teatro donde siempre están representando admirables sucesos, útiles los unos para seguirlos, útiles los otros para huirlos y aborrecerlos. Esta causa (lector) me dió ánimo de poner á tus ojos la representación popular de este teatro, valiéndome para acertar de las reglas y doctrina de Santo Tomás *(Epist. I, ad Timo.,* capítulo 4, lib. 2), cuyas palabras incluyen, á mi juicio, todo lo esencial y curioso de esta materia. «La fábula (dice) según el filósofo, es compuesta de lo admirable, y fueron inventadas al principio, como dice el filósofo en su *Poética*, porque la intención de los hombres era inducir y mover para adquirir las virtudes y evitar los vicios»; y da la causa de su utilidad, diciendo: «Con las simples representaciones mejor se inducen y mueven que con las razones; de donde en lo admirable, bien representado, se ve la delectación; porque la razón se deleita en la comparación» (y da el ejemplo).

«De la manera que la delectación en los hechos es delectable, así en la representación con las palabras, y esto es la fábula; conviene á saber, dicho aquello que se representa, y la representación que mueve á alguna cosa; por lo cual los antiguos tenían fábulas acomodadas con algunos casos verdaderos, que en las fábulas ocultaban la verdad» (y

añade): «Dos cosas, en conclusión, ha de tener la fábula: esto es, que contenga en sí verdadero sentido y que represente algo útil y que conmueva aquello con la verdad». Y declárase de todo punto con estas palabras: «Si se propone fábula que no puede representar alguna verdad, es sin sustancia y frustratoria, y la que no representa propiamente, es inadvertida y necia». Estos son los rumbos, esta la carta conque me atreví á navegar el insconstante golfo del pueblo. Preceptos, no con autores profanos autorizados, sino por un Doctor Angélico; cuyos avisos y reglas he procurado guardar en este volumen, donde (á mi ver) las representaciones son verosímiles y próximas á la verdad y algunas de ellas verdades, y éstas, nacidas de lo admirable elegido á tu aprovechamiento, y deseando inducirte y moverte á desterrar el vicio y amar la virtud.

Cuanto al adorno, he procurado romper la lengua en varias frases; ejecutando cuanto abraza la Retórica y Oratoria, los Tropos, las Figuras, así de las sentencias como de las palabras, con la variedad de estilos que enseñan Cicerón, Quintiliano y los demás autores.

Espero tu censura, no dictada de la malicia, sino de la corrección sabia; y, agradándote este trabajo en que represento lo común del pueblo, te ofrezco en otro lo superior, con la imitación trágica, esto se entiende según Aristóteles, las acciones graves de los Príncipes dignos del coturno de Sófocles (como dijo Virgilio), ofreciendo cifrarte un verdadero y cristiano político, desengañado, prudente y sabio, que, de acuerdo, no hallarás en este volumen citados á Cornelio Tácito, Justo Lipsio y

otros; no por no haberlos visto con asiduo cuidado, mas por lograr en más propia ocasión lo mucho bueno que tengo advertido en ellos así como en otros autores.

VALE.

LAS NOVELAS

1. *Escarmentar en cabeza ajena.*
2. *Premiado el amor constante.*
3. *De las dos hermanas.*
4. *De la hermanía* (1).
5. *Cada uno hace como quien es.*
6. *Del médico de Cádiz.*
7. *Del andrógino.*
8. *De la juventud.*

---

(1) Quiere decir de la *germanía*.

INTRODUCCIÓN Á LAS NOVELAS

Ver erat et blando mordentia frigora sensu. (Era la primavera, y blandamente se dejaba sentir el mordaz hielo.)

Galante descripción, en pocas palabras (hecha por Ausonio) del tiempo en que Celio, Fabio y Montano, tres amigos iguales en cualidad, en costumbres, en ingenio y aun en la inclinación y letras (puedo decir), para vacar á mayores cuidados, huyendo el ocio (raiz de los vicios) se juntaban á tener apacibles ratos en el jardín de Celio, donde el arte emulaba á la naturaleza y la naturaleza al arte. En los cuadros, competían los colores de las plantas con la hermosura de los lazos. Fragancia prestaban al viento los jazmines, las rosas, claveles y mosquetas, confeccionando suavidad para el olfato, cuanto belleza para la vista. Enmedio, impelida contra su natural, hurtaba el agua su ejercicio á los pájaros, trepando el aire, y ellos en él acompañaban, como á instrumento, el dulce murmurar de las aguas. Aquí, entre otras, una tarde dijo Celio, con Horacio:

Deshácense los hielos, y á los campos
viste la hierba verde;
adórnanse los árboles con hojas;
muda veces la tierra;
á las riberas las corrientes faltan,
y pasan los arroyos;
Gracia con las hermanas ninfas se oye
llevar coro desnuda;
nada inmortal esperes, amonesta
el año, el día, la hora, etc.

Y pues el anciano tiempo nos enseña (como sintió Eschilo), gocemos el que nos ofrece ahora la primavera, á quien los poetas dieron tan diferentes epítetos, y tan en su favor.

Todas las acciones humanas tienen sus tiempos acomodados y propios, cual muestra el sabio; y la dificultad está en que no se huya sin lograrle. ¡Qué bien los poetas pintaban su celeridad! ¡qué bien sus costumbres! ¡qué bien su naturaleza! Leed, entre otros muchos, á Claudiano, en el quinto panegírico hecho en alabanza de Stilicón; á Cornelio Gallo, á Horacio y Ovidio. De todo, no sólo gusto (dijo Fabio), mas desengaño de la frágil vida humana, se opone á la consideración. Estas flores, testigos y elegantes retóricos, persuaden con su hermosura, al nacer el día alegres, á la tarde marchitas; ya las plantas brotando, ya agostadas; ya los árboles vestidos, ya desnudos; ya el verano alegra la tierra, ya el estío la deseca: el otoño la humedece, el invierno la hiela. Y lo mismo que vemos en un año, vemos en otro, y en tan largos tiempos apenas le gozamos: el pasado, ya es ido; el porvenir, no ha llegado, y el presente, es un punto indi-

visible. No en balde se mueven disputas si hay tiempo presente, pues lo indivisible no permite acción humana con existencia; que las nuestras vuelan con la misma velocidad, todas pretéritas, y el que más metafísico lo considera, halla sólo que el presente no es otra cosa que el punto en que termina el fin de lo pasado y pretende el fin de lo futuro; y entre dos puntos y términos tan juntos, mal puede caber otro punto real: y aunque os parezca nueva esta doctrina, la hallaréis en Temistio.

—Lo disputable, quede á las escuelas (añadió Montano). Y pues ha tantos días que nos convidó, aun imaginada, la primavera para gozarla, en este jardín demos principio al entretenimiento concertado, ocupando las tardes en referir cada uno de los tres una Novela, explicando el lugar curioso que ocasionare la conversación, pues así conseguiremos el precepto de Horacio, acertando en mezclar lo útil con lo deleitoso.

—Aunque los italianos, dijo Celio, con tanto número de novelas pudieran excusarnos hacer nuevas imaginaciones é inquirirnos nuevos sucesos en la antigüedad, hallamos en los griegos dado principio á este género de poemas, cual se ve en la de *Teágenes y Cariclea*, *Leucipo y Clithophonte;* y, en nuestro vulgar, el *Patrañuelo*, las *Historias trágicas*, Cervantes y otras muchas.

—Primero que se refiera ninguna (añadió Fabio), deseo que Celio, como tan versado en todas las buenas letras que pide la curiosidad, nos dé á entender qué es fábula, quiénes sus inventores, qué género de fábula es la novela, qué partes requiere tener y qué preceptos se deban guardar y de qué

utilidad sean, porque sabido el camino, se errará menos veces.

—Nuevo tratado (respondió Celio) pide explicar lo que propone Fabio; mas obedeceré, excusando, cuanto me sea posible, latitud tan grande como abraza esta materia.

Dejo aparte la etimología de este nombre; fábula, si viene *á fando*, por fingir, como quiere San Isidoro, en sus *Etimologías* ó *á fabulor-fabularis,* por hablar, cuyo derivativo, es *fabela,* lo mismo que habla: quiénes hayan sido sus inventores, dificultoso es averiguarlo.

Aristóteles dice que la confección de las fábulas manó de Sicilia y que las inventaron Epicarmo y Formio. Celio Rodiginio, en sus *Lecciones antiguas*, y S. Isidoro dan otros: lo cierto es que en varias naciones y tiempos hubo varios inventores, cual se colige de sus nombres. La definición verdadera, y que hace á nuestro propósito, es cogida de la doctrina de Aristóteles, en su *Poética,* y á mi ver, quiditativa á este género de fábula, propia á las novelas. Esta fábula es imitación de la acción, y no dijo de las acciones, porque no le es permitido á la novela abrazar más que una acción, así como la tragedia.

Esto parece determina el filósofo, diciendo que de la manera que en las otras artes imitatrices es una y de una la imitación, así debe ser en la fábula; y lo mismo enseñó Horacio en el principio de su *Poética*, mostrando el vicio de las fábulas inadvertidas, que algunas veces, con el rostro humano, compuestas de miembros de diferentes animales, fenecen en pez; y á esta causa de las que no se pro-

porcionan del principio al fin, siendo de una especie y naturaleza dice á los Pisones, si les causara risa. Y pregunta, como tan docto; pues de la torpeza y fealdad nace el afecto de reir, y de lo hermoso lo admirable; y así Aristóteles enseña que discurriendo por todo, parezca un animal hermoso; por lo cual, Celio Rodiginio, llama á la fábula imagen de la verdad; y excusando la multitud de divisiones que tiene la fábula, unas por sus inventores, como las Esópicas; otras por el fin, como las Apologéticas; otras poéticas, porque las usaron los poetas, ó inventándolas, como Hesiodo ú Orfeo.

La división que hace al propósito de este género que vamos tratando, es la que da Celio Rodiginio: racional, moral y mixta. De estas tres, aunque abrazando el fin y la especie ¡que toca á la novela es lo moral, por mirar á aquella alegoría que hace relación á las costumbres, según la doctrina del mismo Celio. Las partes de que se compone la fábula ó novela, según Aristóteles, son: agnición, peripecia y perturbación; la *agnición* es aquel desengaño que se adquiere por el reconocimiento; como si una persona, teniéndose por otra, llega á conocerse en la verdad de lo que es; la *peripecia* es aquella súbita mudanza que viene de un caso á otro, no esperada; la *perturbación*, es aquello confuso que suspende en la inquietud el ánimo, perturbando el verdadero conocimiento del suceso. La mayor valentía y primor en la fábula que compone la novela, es mover á la admiración con suceso dependiente del caso y la fortuna; mas esto tan próximo á lo verosímil, que no haya nada que repugne al crédito; porque, según el filósofo, cuya es toda esta doctri-

na, al poeta no le toca narrar las cosas como ellas fueron, sino verosímiles á lo que debieron ser.

Cuanto á la duración y límite de la fábula ó novela (para guardar los preceptos de Aristóteles), es todo aquel tiempo que se ofrece por varios accidentes, hasta que con existencia se pasa de la incómoda fortuna á la cómoda, ó de la cómoda á la incómoda; esto es, de la felicidad á la adversidad, ó al contrario. Y reprueba el filósofo la opinión de los que pretenden abrazar por una acción todas las que pertenecen á uno. Esto mismo comprueba Eurípides en las *Ifigenias*, donde, aunque es una la persona, divide las acciones; y así escribió dos tragedias.

Cuanto á la elocución que debe guardarse os remito al 3 º de los *Retóricos*, de Aristóteles, y á sus comentadores Alejandro Aphrodisio, Pedro Victorio, Alejandro Piccolomini, y, en sus prosas, al Cardenal Pedro Bembo, donde hallaréis el modo de formar las sentencias y los períodos; y cuanto al formar las figuras, en Cicerón, Quintiliano, Cipriano y otros muchos; porque no es lugar este para dar preceptos, en materia que pide libro aparte y tan grande como lo escribió el Cavalcante, donde, si gustáis de mayor latitud, hallaréis lo que deseareis: lo que yo advierto es el decoro de las personas, donde tantos han errado, hablando el pastor como académico; el plebeyo como consular, y el zafio como político.

Y por primer precepto, digo que la novela es un poema regular, fundado en la imitación; porque toda la poética, según la definió Aristóteles, es imitación de la naturaleza. Lo mismo sintió Horacio,

escribiendo á los de Pisa; que los pintores y los poetas, tienen igual poderío por la imitación. Y deseando yo quien hermanase y explicase la definición de Horacio, que la dió comparativa como poeta, con la que dió Aristóteles, quiditativa como filósofo, pues ambos dicen una misma sentencia, hallé lo que buscaba en el doctísimo Fray Luis de León, en el segundo de sus comentarios sobre los *Cantares,* cuyas palabras son estas: confieso atrevimiento en traducirlas: «*Como la poesía no sea otra cosa que pintura que habla*». Véis ahí la definición de Horacio. Todo su estudio estriba en imitar la naturaleza. Veis ahí la definición de Aristóteles. Y añade á mi propósito: «Nuestros poetas, que escribieron cosas de amores, poco advertidos á lo cierto, entendiendo para consigo que decían bien, se apartaron muy lejos del excelente oficio de poetas. Esto es por donde pretendieron llegarse á la perfección, se apartaron lejísimos de alcanzarla; error que nace de escribir sin saber el arte con que se escribe; y así acontece á los más, por huir de la culpa, dejarse llevar del vicio, como lo enseñó Horacio.

De manera que en la imitación está el todo para acertar. Tal dió á entender Plutarco: *De audit. poe.*, diciendo, que se deleita con los peces, que no son peces y con las carnes que no son carnes. Esto es, con aquellas imitaciones tan propias que representen al vivo lo imitado. Y de toda esta doctrina lo que se saca es que se debe imitar cada persona que se introduce en la novela, con el decoro y propiedad que le pertenece; hablando el sabio como sabio, el ignorante como ignorante, el viejo como

viejo, el mozo como mozo, sin exceder los límites de su talento y acomodándose al corriente de sus frases y palabras; y si quisiereis perfeccionar con más arte estos preceptos, leed todo el segundo libro de los retóricos de Aristóteles, donde, como en retrato, os pone la variedad de afectos y costumbres de los que habéis de imitar, y para la práctica, harto os dará el Boccaccio en su *Fiameta* y en el *Decamerón* de sus novelas.

El fin que tienen estos poemas, como ya apunté, es poner á los ojos del entendimiento un espejo en que hacen reflexión los sucesos humanos; para que el hombre, de la suerte que en el cristal se compone á sí, mirándose en los varios casos que abrazan y representan las novelas, componga sus acciones, imitando lo bueno y huyendo lo malo. La utilidad que, escritas con este acuerdo, tienen este género de fábulas, muestran bien Plutarco, Celio Rodigino, Platón y Dionisio Halicarnasio, diciendo: unas tienen consuelo de las humanas calamidades; otras destierran de nosotros las perturbaciones y terrores del ánimo; otras destruyen las opiniones poco honestas, y otras fueron inventadas á causa de otras utilidades; porque, según San Ambrosio, la fábula, aunque no tiene fuerza de verdad, tiene la razón; y en las nuestras, no sólo hemos de contentarnos con lo alegórico y moral, sino que hemos de mirar también á la sentencia; pues como enseña el Filósofo manifiesto es de estas acciones ser dos las causas: la sentencia y las costumbres: éstas, para el adorno del suceso, y aquéllas para el adorno de la elocución, y no con menos aprovechamiento. Á lo que juzgo, pues, de la

sentencia dificultosa y aguda del poeta, de la cuestión deseada en la filosofía y de lo oculto de la antigüedad, daremos lo más curioso y lo más útil que nos sea posible, adelantando la erudición en algunas de nuestras novelas á las que se han escrito por los italianos y españoles.

—De oposición (dijo Montano), parece que nos habéis leido los preceptos que pidió Fabio: yo os confieso por notario, el arte que se requiere saber para escribir novelas; y así, desde mañana, demos principio á lo tratado, que será á mi juicio útil y apacible entretenimiento y que le podrá inmortalizar la estampa. Lo que de mi parte os pido, es que se varien los asuntos y el lenguaje junto con el adorno de las letras humanas; de suerte, que no todo sea para los doctos ni todo para los vulgares, ni todo entre estos dos extremos; así lo concedieron Celio y Fabio, ejecutando lo prometido.

NOVELA PRIMERA

Escarmentar en cabeza ajena.

Enseña cómo los sabios saben tolerar los casos de la fortuna; esto se entiende, aquellas cosas que dependen de la disposición de los sucesos, oculto el gobierno de ellos al conocimiento humano; porque no hay caso ni fortuna; que todo está debajo de la divina Providencia, y así se han de entender estas voces, «caso y fortuna» cuando se usaren. Enseña asimismo cómo por dejarse llevar de la demasiada curiosidad se da en el riesgo y pierden las ocasiones, y cuánto vale á los cuerdos el escarmiento de las ajenas desdichas.

Los varios accidentes en los sucesos del vivir humano dieron motivo á los tres amigos, Fabio, Montano y Celio para considerar la verdadera sentencia que en sí encierra este proverbio, tantas veces experimentado en el mundo, casi desde sus principios que, á no temer fastidiar al ánimo del lector con ejemplos, á manos llenas me los ofrecen las historias.

Ponderaba Fabio el uso de los proverbios en todas las naciones y lenguas, casi tan antiguos como ellas; veíalos usados con tanta frecuencia en las divinas letras, que pudo el docto P. Martin del Río hacer dos volúmenes no pequeños de aquellos solos que se hallan en la *Biblia;* discurría en la enseñanza que de ellos puede sacarse, así en la filosofía moral, como en la natural. Acordábase del Comendador Griego y otros, ocupados en recogerlos y escribirlos; últimamente, reconocía su certeza, dando por razón que los adagios ó refranes no son otra cosa que una sentencia nacida de la verdad y con la experiencia comprobada, y así concluyó diciendo:—Más despierta lengua, mayor elocuencia y más delgada pluma que la mía, pide la explicación del proverbio que hoy ha dado motivo para nuestra conversación; pues cuando no tuviera más antigüedad y autoridad que haberle referido Plutarco en la vida de Timoleonte, bastaba.

PLUT.

Dichoso á quien le hacen
los ajenos peligros advertido.

Ved si se le pondera bien, añadiendo voz de felicidad al que guarda nuestro proverbio; y, supuesto que á mí me toca referir la novela de hoy, á propósito de lo que se tratare, ya parece que me está llamando un caso de nuestros tiempos, que, en mi opinión, tiene de novedad y gusto y, sobre todo, nos muestra cuán provechoso es en cualquier género de sucesos.

ESCARMENTAR EN CABEZA AJENA

No levantaré la voz á la cumbre; no colocaré mi novela en las superiores, que eso remitimos á Celio, á quien tenemos por maestro; y cuando le toque el referir la suya, no le perdonamos la explicación de las dificultades, ni lo secreto de la curiosidad, puntos y cuestiones de la Filosofía y lo que abrazan las ciencias circulares y de la retórica, oratoria, poética, económica y las demás que le vinieren á las manos.

—Basta, basta (dijo Celio); que visita la sangre el rostro y creo que de la lisonja pasáis á la murmuración. Bien me conozco; y por no daros disgusto semejante, dejo de referiros encarecidas alabanzas; sólo advierto, ya que gustáis que os dé preceptos en todo, que si algunas sentencias ó lugares se trajeren, vayan traducidas en nuestro vulgar, de tal suerte, que pueda correr la contextura de modo que no estorbe la inteligencia y el lenguaje.

—Observando estos preceptos (dijo Fabio), prosigo.

En Sevilla, ciudad acomodada, por la variedad de gentes que en sí encierra, para que la fortuna halle en qué tropezar, ejecutando con los hombres su poderío ó jugando con ellos, pues,

como dice el filósofo, el hombre es el juego de la fortuna, hubo dos caballeros mozos, galanes entrambos y pretendientes al casamiento de una señora hermosa y discreta, y, sobre todo, con gruesa cantidad de hacienda, que es el mayor afeite, el que más perfecciona las partes en que anduvo corta la naturaleza, aunque en doña Beatriz, que así era el nombre de esta dama, antes se mostró liberal, concediendo belleza al cuerpo y órganos excelentes para que mejor obrase el alma; que de la disposición de él, aunque accidental, le viene más ó menos perfección á ella. Acrecentaba la riqueza á la hermosura y la hermosura á la riqueza, y á lo uno y á lo otro servía de esmalte agradable, para el deseo de los pretendientes, el no tener ya madre doña Beatriz; que suegra, ni de barro, &., dijo el castellano. Padre solo tenía y viejo, que no era lo menos apacible; pues ya la expectativa está introducida por parte de dote; díganlo más de cuatro que yo conozco arrepentidos de haberse casado con mujer gallarda dotada de futuros contingentes.

Llamábase, si bien me acuerdo, su padre de la dama, el capitán Alvarado; persona que había adquirido su riqueza en un gobierno de India, atravesando mercaderías y empleando situados; cosa que ya, por introducida y acostumbrada, la hacen poco escrupulosa; que si bien lo confiesan por pecado, piensan que es como las colaciones que dicen incurrieron en él los inventores y á los

demás quita el riesgo y asegura la conciencia la costumbre. En este modo de acarrear acrecentamiento se enriqueció, como digo, nuestro capitán. Y aunque las inclinaciones de viejo (como enseña el filósofo) le hacían codicioso y avariento, no era la menor causa de estos efectos el ser indiano, que los tales tienen hecha naturaleza la miseria; pero con toda la que tenía permitía galas y joyas á su hija, y para éstas no limitaba el gasto, diciendo que por tener plata y oro labrado en vajillas, cadenas, sortijas y otras joyas, no era costoso en los hombres que tienen antes extremado camino de atesorar, haciendo que en un saco entren honra y provecho.

Traía coche de dos caballos que, hecha la cuenta y supuesta la prevención del gasto en tiempo y con dinero adelantado, ahorraba una gran suma de salarios y raciones de criados, que excusaba con «pon el coche», palabra breve y compendiosa. Sólo en la mesa descubría su limitación, dando por disculpa el proverbio «Come poco», etc.

Andaba siempre al lado de su hija; en su compañía gozaba las fiestas y entretenimientos; con ella salía á la Alameda, al Arenal y al Campo de Tablada, y tal vez en un barco enramado bajaba por el río hasta las huertas de San Juan de Alfarache, agradable principio al motivo de Mateo Alemán.

En esta estación y en todas las que hacía doña

Beatriz, los que más la seguían, los que más procuraban mostrarse eran don Félix y don Fernando, fundamento de nuestro suceso. Reparaba la dama de los dos competidores en las finezas y partes corporales de don Félix, perfeccionadas con diligencias de amante y favorecidas de oculta y superior inclinación. El capitán Alvarado á quien más lugar permitía y menos estorbaba era á don Fernando, á causa de ser hijo único de uno de los hombres más acreditados y más ricos de aquella ciudad, también indiano y guardoso; mas con ánimo de que no le faltasen á don Fernando galas y dinero con que preten diese conquistar el matrimonio de doña Beatriz, á que ayudaba por su parte Marco Antonio (que este era el nombre del padre de don Fernando) profesando una grande amistad con el capitán y pedídole descubiertamente que trabasen, con el casamiento de sus hijos, parentesco.

Doña Beatriz lo estorbaba, procurando fuese don Félix su marido; á que no ayudaba poco Hernández, una dueña que la había criado desde sus primeros días, persona de antojos pendientes en la cabeza, y en el alma cuentas largas, y que no eran cortas las que tenía con don Félix. Amortajado traía el cuerpo en cumplidísimas tocas; mas sólo en lo exterior usaba mortificaciones. Era carilarga la buena dueña, y de las que entre Ave María y Ave María, cogen vuelo y cuentan una patraña, con más palabras que ciego que

vende coplas: era, sobre todo, gran retórica natural y que en mover afectos pudiera ganársela á un pobre portugués criado en Italia y trasplantado á la Corte de Castilla. Entendía su poquito del lucro cesante y daño emergente, y tenía su correspondencia con cierto corredor de lonja, diestro en el arte de hacer que no se consuma una mercadería en ciento y cincuenta ventas; causa que la buena Hernández fuese algo aficionada al dinero y granillo de la ganancia, si bien la disculpaba una hija que tenía para remendar, digo, para remediar, que así llaman el casarse. Ultimamente, Hernández era dueña (extraña gente); y, aunque haga alguna digresión á nuestro cuento, no puedo dejar de referiros uno que me viene á la memoria que califica lo que son éstas.

Casábase un señor de estos reinos y encargó á un amigo que le pusiese la casa de todos los criados que le pareciesen á propósito. Disponíalo el comisario con el cuidado que era menester; y, cuando llegó á recibir dueñas, no se atrevió por sí solo á cosa tan peligrosa sin consultarlo con su amigo, á quien escribió un papel en que le decía que, entre otras, había hallado una muy honrada mujer; pero que era tuerta y algo sorda, y que cojeaba y, sobre todo, de pesadísima condición; á que respondió el señor amigo: «Recibidla luego, que por fe de caballero que en mi vida vi dueña con menos tachas.»

Muchas cosas pudiera deciros de las diabólicas

figuras dueñescas; pero no me atrevo á engolosinarme de suerte que olvidemos á don Félix, que conquistó á Hernández en su favor, valiéndose del adagio «Dádivas quebrantan peñas»; con que la tenía tan de su mano, que no había instante que no trajese á la memoria de su ama la gallardía de su ahijado, la liberalidad, el agrado, la discreción y el aplauso que le daba toda la ciudad, así por las partes de su persona, como las adquiridas por su nobleza, que si no tan rico como su competidor, más conocida su calidad y con bastante hacienda para poder vivir y pasar, sabiendo gobernarse cuerdo, que lo era mucho y también entendido; que esto solo pudiera bastarle por terceros, para competir sin miedo con don Fernando, que si bien era bachiller en decir sus sentimientos, faltábale prudencia y era demasiadamente fácil en persuadirse á gozar de su apetito, sin reparar en inconvenientes; que no está en la lengua la verdadera discreción y prudencia.

Paseaban los dos caballeros de día y de noche la calle de su dama; y en particular, no la principal, sino donde caían las ventanas del cuarto de doña Beatriz y una puerta falsa correspondiente á un jardín. La soledad de esta calle la hacía más á propósito para los amantes, así porque la frecuentaba poca gente, como por no haber en ella más registro que el del doctor Ranjelo (que así le daré nombre) y Celia su mujer.

Era Celia de bizarro talle y de las que tienen aquello que llama el vulgo *garabato,* conque asió á muchos y, entre ellos, á don Fernando, que con los ordinarios paseos y viéndose menos favorecido que su competidor, procuró divertir los amores de doña Beatriz con los de Celia. Usó de billetes y tercerías; sacó poco fruto; que había pasado Celia en la Corte el año del noviciado y, como madrigada, rehusó toda ostentación y ruido, reduciendo á sí sola todas las negociaciones. Así lo dió á entender á don Fernando, que habiendo conocido el camino, cumpliendo el gusto de Celia, alcanzó el suyo con tan grande recato, que á las criadas y á las sospechas estaba secreto. Las señas conque se entendían, el modo conque se avisaban, las trazas conque se veían fuera alargar demasiado el referirlo: corra la imaginación por las mayores agudezas, que aún andará corta.

Don Félix, como más perseverante, en nada se divertía; todos sus sentidos ocupaba en su doña Beatriz; las noches y los días todos se dedicaban á la pretensión del buen suceso de sus amores, ayudando á ello valientemente Hernández, quien, de cuando en cuando, servía de despertador al dar de don Félix; el cual trabó amistad estrecha con el doctor Ranjelo, así por registro forzoso, como por conocer en él superior ingenio y extremado gusto y desenfado para todas cosas.

Un día, pues, entre otros, dedicado por la suerte para determinar el fin del casamiento, pretendido por don Félix y don Fernando, el capitán Alvarado trazó una fiesta á su hija en las huertas de Alfarache, convidando á Marco Antonio y acordando con él que don Fernando, su hijo, se hallase en ella, como acaso á los últimos límites del día. Hízose el concierto; súpole don Félix, por medio de Hernández; fuése á la huerta donde había de ser la holgura y, á fuerza de interés y maña, hurtó el oficio á un mozo del jardinero, y en su lugar, como que suplía por él, alcanzó introducirse á la vista de su dama, disfrazado de labrador; dando á entender al mancebo que le importaba, para guardarse de cierto riesgo, estar allí aquel día, sin que supiese su amo la causa, haciéndole creer, como fué fácil, que por no estar bueno el mozo de la huerta, para que no faltase quien acudiese en ocasión tan forzosa, le había traído en su lugar. Supo fingir don Félix extremadamente; aguardó á su dama que vino á desembarcar cuando el sol pudo hallarse á verla, tan hermosa que, á valer lisonjas poéticas, se hallara de ésta más prendado que de la que se convirtió en laurel.

Estaba la huerta que podía acrecentar la vida y el deleite; los naranjos, cubiertos de azahar, ofrecían á un tiempo regalo á los dos sentidos, vista y olfato; las flores, mezclando su fragancia, transformaban el rocío en agua de ángeles;

los pajarillos que habitaban en aquellas frescuras, no daban de su parte menos agrado, dando al viento las alas y las voces.

Apenas desampararon el barco, el capitán Alvarado, Marco Antonio, doña Beatriz, Hernández y un pajecillo, que no trajeron más gente (por tener dispuesta la comida un cocinero del capitán), cuando el hortelano salió al encuentro con unos ramilletes, despojos de lo más precioso que ofreció la primavera á los jardines. Recibiéronlos y estimaron el cuidado todos, y, en agradecimiento, doña Beatriz dió al jardinero una sortija, si no de precio, de primor la hechura. Pasaron á la casa, que estaba compuesta de flores y hierbas, puestas con tal correspondencia, que se lucía en ellas más ingenio que el del jardinero; porque don Félix, á quien el amor (grande artífice) enseñaba, mostró que para todo le había concedido gracia el cielo. Quedáronse á poco rato los viejos tratando muchas y varias materias de estado, plática dulce en los de sus años y profesión; y doña Beatriz y Hernández, dejando al pajecillo de guarda para que les avisase al tiempo que fuese á propósito, comenzaron á discurrir por la huerta, yendo con particular acuerdo desviándose de la casa, y guiando Hernández á donde vió á don Félix, que como embebecido (aunque cuidadoso) estaba cortando unas flores de que formaba una guirnalda, dedicada al ídolo de su deseo. Llegaron, pues, la dama y dueña,

donde el galán estaba y, haciendo la astuta Hernández de la inadvertida, dijo:

—¿Ha visto v. m., reina, tan lindo talle de labrador como aquél?

Doña Beatriz, acercándose y reconociendo á don Félix, con el sobresalto que prestó la vergüenza en el suceso no esperado, respondió á la dueña:

—¡Ay, Hernández, que aquél parece don Félix! ¡Triste de mí, y si lo sabe mi padre, qué será de él! ¡Ay Dios, y qué atrevidos son los hombres, y más éste, que tantas veces en mi calle le he visto acuchillar con dos ó tres: que si bien aficiona la valentía, por lo menos, mientras dura el riesgo, se padece el sobresalto! Volvámonos, Hernández, volvámonos á donde está mi padre; pues aunque me alegra el ver á don Félix, tengo el ánimo de mujer.

—¡Ay, reina! (replicó la vieja). ¿De eso se acongoja? ¡Miren que serpiente ó que león la sobresalta, sino un hombre que mañana ha de ser su marido; tan galán y tan discreto, que lo uno aficiona y lo otro destierra el temor! Ande, niña de mis ojos, no parezca que desdeña y menosprecia á quien tantas finezas ha hecho y hace. Ea, ¿para qué son conmigo melindres? ¿no se acuerda que me ha descubierto lo íntimo de su corazón? ¿yo no sé que le quiere bien? ¿no soy la misma por cuyo medio se trata sus aficiones? ¿qué teme? ¿no sabe que la ocasión que se pier-

de, tarde ó nunca se cobra? ¡Ánimo, reina!, que su criada soy, y con amor de madre, y no tan lerda que no tenga mirados todos los inconvenientes; bien puede satisfacer la experiencia que tiene de mí en tantos años de comunicación. En estas manos nació; mis pechos la dí; yo la enseñé los primeros movimientos y las primeras palabras; pues ¿por qué no me da crédito? ¿esa es la confianza que tan bien fundada puede tener en lo que la quiero?

—¡Ay, Hernández! (respondió la doncella): no se espante, que tengo honor y no soy de las que con las ocasiones han perdido el miedo.

—No me espanto yo (replicó la dueña); que bien sé su virtud; mas ¡linda cosa es ser las mujeres para todo!

A esto, atropellando temores, llegó don Félix; y, componiendo los semblantes, la dueña y la dama le aguardaron; y él, con la guirnalda que había tejido, dijo así:

—Ya que el hábito, mi señora, puede propiamente mostrar lo poco que valgo, á lo menos el ánimo se juzgue por el más generoso que se encierra en mortal cuerpo; pues dejando las criaturas que muestran en todo ser humanas, me atrevo á la que casi confieso por divina; que á no tener conocimiento de cristiano, aras levantara y dedicara templos á tal belleza. Yo, pues, soy don Félix, villano en lo exterior y noble en los pensamientos; que los calificó el amor con tan

dichoso empleo. ¡Ay, señora, y quién pudiera mostrar el corazón por las palabras, que cierto pudiera estar de que moviera la causa de mis desvelos! ¿Es posible de que me hallo en ocasión donde tan á solas me concede estos bienes la fortuna? ¿Es posible que haya capacidad en mí para recibir tanta gloria que puedan estas rústicas manos atreverse á formar una guirnalda que si gustáis, señora, sirva en tan alto lugar como vuestra cabeza? Sí, que no es sueño; verdad es, si bien dificultosa al crédito.

Callaba doña Beatriz; y Hernández, que la pareció que el amante se alargaba, atajó la plática; tomó la guirnalda de mano de don Félix; púsola en la cabeza de la dama; entabló el juego, y dando principio á los lances, guió los que le parecieron en provecho del galán. Fué perdiendo la doncella el miedo; gustó de oir á don Félix, y él, á fuerza de razones, conquistó el sí, tan deseado, de doña Beatriz; y ella prometió que la noche siguiente á la de aquel día, por la puerta falsa del jardín, á las doce de la noche, Hernández le aguardaría para entrarle en su aposento, donde, avisando á su padre que estaban juntos, lo que no se había podido alcanzar por negociaciones, se haría por necesidad.

Admirábase don Félix de su dicha; ponderaba su fortuna; hacía largas ofertas; prometía eterno agradecimiento, y deseaba se apresurase el tiempo que dilataba el fin de sus esperanzas. La due-

ña, como maestra del arte, para que cobrase nuevo aliento entre los amantes metía el montante de la astucia de cuando en cuando, perfeccionando las heridas y dando cumplido efecto á las tretas que se ofrecían en favor de don Félix. Despidiéronse los dos amantes con ternezas en los afectos y en la vista; porque ya el sol, desde lo más alto del cielo, arrojaba rayos derechos á la tierra. Avisó el paje con señas que los viejos llamaban; fuéronse las dos, dejando á don Félix alegre con los gustos que representaba el amor en la fantasía; y, en tanto que la comida duraba, se retiró con su hortelano donde los regalaron de la mesa.

Acabada esta obra forzosa y ordinaria, los viejos se entregaron al sueño, obligados de la evaporación que envía el mantenimiento al cerebro; por lo cual Aristóteles llamó al sueño «pasión natural y lazo de los sentidos». Doña Beatriz y Hernández, viendo á los ancianos hechos imagen de la muerte, dejando el paje de guarda, salieron de la huerta, hallando á pocos pasos á don Félix que esperaba. Las razones que pasaron en esta segunda vista, las trazas de la vieja, para que el concierto hecho quedase ratificado, fueron tales que se niegan á la pluma.

En tanto, don Fernando, á quien el amor abrasaba más que el rigor de la siesta, en un barco adornado de ramos, defensa contra el sol llegó á la huerta y, desembarcando solo, dejan-

do acomodado y encubierto el barco, y la compañía á la sombra de los árboles de aquella ribera, llamó á la puerta, salió el hortelano y reconociéndole (por tenerle prevenido desde el día antes), le ofreció franca entrada, negociando el interés su parte, y no la menor. Hizo don Fernando varias preguntas; dióle el hortelano satisfacción á todas; y, en estas pláticas, el caballero vió la sortija que había dado doña Beatriz al rústico; inquirió la causa de tenerla en el dedo, y quién fué su dueño; supo que su dama; ofreció al jardinero otra mejor, ó el interés que quisiese; mas no se atrevió á darla por entonces, hasta la partida, disculpándose con que la señora que la había dado, no le preguntase por ella y disgustase de verla en otra mano. Hubo de aceptar el partido don Fernando, y el labrador con esto le guió al puerto donde estaba doña Beatriz tan encubiertamente, que á no hacer ruido entre las espesuras pudiera coger en el hurto á su dama y competidor: tan suspendidos los tenían las pláticas amorosas.

Mas Hernández, volviendo al rumor los ojos y viendo otra persona que el jardinero, tirando de la ropa á doña Beatriz, mudó la plática diciendo:

—Cierto, mi reina, que son apacibles las fuentes y los árboles gozados no todas veces; pues ésta, en cuya margen estamos, sirviendo de espejo á los naranjos y laureles que sobre ella se enlazan, ya tan hermoso rostro como en sus

aguas ahora se mira, parece que presta, no sólo deleite á los sentidos, más al alma; y ahora veo y con la experiencia toco lo que tantas veces he oido predicar en los púlpitos; que la belleza de las criaturas, manifiesta su criador. Mire, mi señora, qué florecillas tan graciosas nacen por esta parte que se vierten las aguas con tan vivos colores y tan diferentes, que en valde los pintores se pueden atrever á retratarlas, y menos nosotras con las sedas y rebotines. Mas, ¡ay Dios! (dijo levantándose), ¿qué gente es aquella? ¡Ah, buen hombre! (volviéndose á don Félix), llamad un paje que está á la puerta de la casa; corred á prisa; haced que despierte al Capitán mi señor. ¡Hola, hola! ¿Qué es esto? ¿dónde está el hortelano? ¿qué hombre galán es aquél? ¿para esto se da el dinero? De esto sirvió la prevención.

Don Félix, que entendió el artificioso hablar de Hernández y que así levantando la voz había desmentido las sospechas que pudieran tener los que venían y negociado sin alboroto el remedio, dejando la plática corrió á llamar á la gente; y el hortelano, que se vió en peligro, fué tras de don Félix, y alcanzándole, procuró detenerle, con decirle quién era el que había entrado; aviso que apresuró con la espuela de los celos al galán, para que hiciese ruido que despertase los viejos y estorbase su competidor, que llegó en tanto donde estaban doña Beatriz y Hernández

y, procurando aplacarlas á fuerza de razones, dijo.

—¿Qué es esto, señoras? Hombre soy y no fiera; y hombre á quien el amor permite tan lícito atrevimiento; mas yo conozco la cortedad de mi suerte, pues un rústico merecía estar favorecido con hallarse gozando de tanto bien, y yo espanto; yo hago dar voces; yo altero. No creí que mereciera mi voluntad y mi deseo castigo por lo que debe juzgarse digno de premio, que no vengo á disgustar sino á servir. Licencia traigo del señor capitán, y cuando no, amor pudiera disculparme.

—¡Jesús, Jesús, señor don Fernando! (respondió la vieja, santiguándose); perdone v. m., que este sobresalto es justo al recato que se debe tener estando aquí mi señora. ¡Ay, amores!; vuelva en sí y vámonos, que ya es tiempo, y habrá despertado padre. ¡Ay Dios, y qué me dirá si ve este caballero! Según conozco de su condición, pensará que es traza mía.V. m., señor don Fernando, por quien es y por lo que debe á caballero, nos haga merced de irse antes de aguarnos un día de contento que no sabemos cuándo tendremos otro. Ea, váyase ó quédese, que oigo ruido.

—Lo mismo, señor, suplico yo á v. m. (dijo doña Beatriz); y con esto se fueron acercando á la casa.

Y don Fernando, viendo que no podía á rue-

gos ni mañas aquietarlas ni detenerlas, hubo de tomar, por último partido, despedirse, pidiendo se callasen haberle visto. Prometiéronlo la dama y la dueña; dieron voces al hortelano, que puso en breve á don Fernando fuera de la huerta, de que no se alegró poco don Félix, que también quisiera hallar causa á propósito para hacer lo mismo, temeroso de que le había de conocer don Fernando ó los viejos, sin poderlo disimular el traje; y así, volviendo á trabar plática con el jardinero, de quien entendió que había tratado vender la sortija á don Fernando, de una en otra palabra le llevó hacia otra puerta de la huerta, que salía al campo; allí, con engaño, le pidió la sortija para verla, y habiéndosela dado el hortelano inocente, don Félix, malicioso, abrió la puerta, salió por ella y fuese alejando, hasta que le pareció estar seguro; entonces, sacando un pistolete y poniéndosele al villano á los pechos, le amedrentó de suerte que pudo escaparse antes que diese voces y llamase gente; pues cuando á ellas llegaron los viejos, el cocinero y el otro mozo de la huerta, ya don Félix estaba en salvo.

Volvieron admirados todos del atrevimiento de aquel hombre á quien llamaban ladrón; hicieron mirar si faltaba alguna pieza de plata; halláronlas cabales, con que sólo el hortelano lloraba su riesgo y su sortija, echando la culpa á su mozo, que le había introducido tal persona.

Hernández no fué la postrera (aunque sabedora de la verdad) en hacer extremos y esclamaciones diciendo:

—Miren lo que hay en el mundo, y cómo se echaba de ver en la traza aquel bellaconazo que no era labrador ni hortelano, porque tenía muy blancas las manos y la cara, y talle á lo escarramanado; y aquel decir lo de «Dios es Cristo», y el artificio en el hablar y entremeterse, bien mostraba que debajo de aquel sayal había algo. Cierto, señores, que les quise decir mil veces que no tenía buen concepto de aquel hombre.

—¿Ha visto, Hernández, y cómo se nos llegaba?, dijo Doña Beatriz.

—Por robar alguna joya sería, respondió Hernández. Y el capitán, sacando fuerzas de la flaqueza de su condición, compensó al hortelano la pérdida de su sortija; y, ofreciendo su parte Marco Antonio, divirtió la plática, á que dió fin una regalada voz que á la harmonía de una lira, excelente instrumento, pronunció estos versos, que pienso son los primeros madrigales que con la imitación de los italianos, se escribieron en nuestra lengua:

Fugitivas corrientes
Del padre Betis, caudaloso río,
Si á los pies de mi Laura
Os viéredes presentes,
No seais en besarlos perezosas,
Ni el mezclarse en vosotras llanto mio
Os haga temerosas.

Séaos ejemplo Laura
(¡Oh noble atrevimiento!)
Con mis suspiros, presta á Laura aliento.

Suspendió la dulzura del canto y el sonido blando de las cuerdas con el arco heridas, así á los ancianos como á doña Beatriz y los demás, aunque Hernández conoció en la voz ser Heredia, el primero que en España deleitó los oidos con el superior instrumento de la lira, no conocido hasta entonces en estos reinos. Y así por esto como por lo sucedido con don Fernando, discurrió la dueña ser él causa de oirse aquellos versos.

Mandó el capitán abrir la huerta, porque Marco Antonio dió aviso que, según las señas de su hijo, venía á dar aumento á la fiesta con traerles tan regalada voz que, en tanto que el hortelano obedecía, se oyó así:

Anhelante deseo,
Tanto caido, cuanto levantado,
Aspira á las estrellas,
Cuéntale al mismo Apolo mis querellas;
Pues como yo me veo,
El se vió de su Dafne desdeñado.
Con flecha noble amor rompió su pecho,
Ensayo para el tiro que en mí ha hecho,
Hirió con plomo vil la Ninfa hermosa,
Huyó y buscó su muerte presurosa.
Laura advierte de amor el sabio intento
Que temprano previno el escarmiento.

La repetición del último verso hacía Heredia, cuando Marco Antonio y el capitán vieron á don

Fernando saltar del barco, tan galán que pudiera aficionar ánimo más desapasionado que estaba el de doña Beatriz entonces. Recibiéronle con alegría los viejos, celebrando la prevención de la música.

Desembarcóse Heredia y, tras breves preámbulos, se fueron á la fuente donde gozó don Félix sus favores y donde procuró conquistar algunos don Fernando, *alcanzó* los que doña Beatriz no pudo negar á la cortesía. Pasaron las últimas horas de la tarde gustosas, cenaron juntos regalado y abundante; y, porque ya el día era crepúsculo, se volvieron á embarcar todos juntos, subiendo el río, con herir los remos las aguas, tan blandamente, que casi eran otro instrumento.

Poco trecho habían navegado cuando descubrieron una falúa, y en ella, en la proa de ella, un caballero en pie, dando al aire plumas y acrecentando al cielo arreboles ó hurtándoles el color en un vestido de tela de plata encarnada. Llevó á todos la vista deleitándola; y porque no les faltase su parte á los oidos, de tres acordadas voces, enviados fueron estos versos, que hacen á mi ver imitación á otros de Torcuato Tasso:

Infinita hermosura,
Infinita habeis hecho mi ventura.
Y aunque ha sido finita mi esperanza,
Gloria infinita alcanza.
Infinito es el bien que ya poseo,
Si deseo infinito mi deseo.

Los versos y la persona de don Félix conoció doña Beatriz á un tiempo, admirándose de la presteza con que había llegado y con tanta prevención, que pudo alcanzar dos fines, siendo la acción una; éstos fueron desterrar el sobresalto y temor de la dama y la sospecha de que hubiese sido el ladrón de la sortija.

Abordaron el barco y la falúa, saludándose con agrado y celebrando el capitán y su cuadrilla las voces que traía en la suya don Félix, que repondió:

—No en valde pueden hacerse admiraciones, pues los que hoy acompaño, son tres que cada uno tiene dado honor á nuestra nación y llenas las estranjeras de envidia y fama.

—¿Quién son, por vida mía, señor don Félix?, preguntó el capitán.

—El Racionero Cortés, López Maldonado y don Francisco Muñoz (dijo D. Félix); que sólo me faltaba Heredia y su lira.

—No falta (replicó el capitán), que aquí viene en nuestra compañía.

A esto, mostrándose á bordo, se hablaron los cuatro amigos, émulos de Anfión y Orfeo: fué común la alegría, y excusando ruegos y ceremonias, que los músicos alquilones han introducido por preámbulo de su canto, á gusto de don Félix, cantaron este soneto:

¡Oh tiempo! tú que á no volver volando
Con movimiento regular te mueves,

Trueca las horas en minutos breves,
Soñado vuelo tu correr formando.

Ligero al pensamiento ve emulando,
Muestra veloz, que á competir te atreves,
Porque mis penas con su curso lleves,
Mis glorias con tu curso acelerando

¡Ay! si les fuera dado á los mortales
Como dentro de sí, que obrar pudiera
Vehemente imaginar hasta en el cielo:

Moviera yo los orbes celestiales;
Alas prestara al sol en su carrera;
Prestara así reposo á mi desvelo.

Los acentos de las voces que, deseoso de gozarlos, llevaba el aire; la harmonía de la lira, cuyas cuerdas, poderosas á mover afectos en las almas, dieron vida á los versos, de suerte que, por largo rato, casi impresos estuvieron en las memorias de los oyentes y más en doña Beatriz, que penetraba el artificio con que se dijeron en tal ocasión, ponderando que á veces los poetas son pronósticos de los sucesos.

No poco deseaba Hernández saber el que con tanta brevedad le ofreció á don Félix comodidades tales. Preguntéle curiosa y advertida y satisfizo su deseo el galán en breves razones, diciéndola que desde la huerta vino á pie á Triana, en casa de un amigo, á quien había encomendado juntar la música; y, hallándole prevenido para partirse, mudando aquel traje, ocupó la falúa en que hizo tan feliz negocio.

Entretúvola hasta la Torre del Oro la música

y la plática bastantes á engañar el tiempo, de manera que, con haber dilatado el movimiento de los remos, llegaron, al juicio de todos, con demasiada presteza; pisaron la tierra y deshicieron las camaradas entrando en un coche doña Beatriz, el Capitán y Hernández, y en otro Marco Antonio, Heredia y don Fernando, y retirándose á Triana don Félix y sus músicos, en casa de su amigo, donde cenaron aquella noche.

La venidera, en quien la suerte había dedicado el último de sus lances, así en estos como en otros amores, llegó al paso de los cielos, que no es poco veloz y ellos parece que de su parte ayudaron, escaseando luces. La luna, por hallarse cerca del sol, no se mostraba á los mortales; las estrellas no dejaban verse con un denso nublado que las servía de velo.

Todos los luminares parece se habían escondido de industria ó avergonzados en ayudar (si es lícito decirse) con sus influencias á la fortuna: que así lo sintieron el Dante y comentándole Landino y Vellutelo, pues todos concluyen que la fortuna no es otra cosa que los varios influjos de los cielos, ocultos siempre á nosotros.

Vino don Félix, cubierto con la negra capa de tan oscura noche, al puesto señalado de la puerta falsa del jardín de su dama, apresurado del deseo, que es la más viva espuela; vino también más temprano que pedía su dicha, aunque no su suerte. Paseó la calle entretanto con las

fantasías dulces que formaba la esperanza, gran maestra de semejantes tropelías.

A poco rato que pasaba, oyó y vió abrir la puerta de su grande amigo el doctor Ranjelo; y llevado algo más de la curiosidad que de las leyes de amicicia, llegó al tiempo que las puertas se cerraban; puso el oído á ellas y conoció la voz de Celia que decía á un galán suyo, estas palabras:

—Poco estimas el tiempo que tan cortés nos da los ratos de nuestros gustos, pues sabiendo que mi marido está fuera de esta ciudad, has venido tan tarde á gozar los contentos que pudiéramos esta noche: temprano te avisé de mi soledad; á las tres de la tarde te previne y vienes á las doce. Mas ¡ay! que nunca se estima tanto lo poseído, como lo no alcanzado. Aquí, mi bien, desprecias favores y caricias, y en otra parte (á mis ojos para que no ignore mi desdicha) adoras desdenes.

Como soñando oía don Félix aquellas palabras, admirado de que Celia, que podía prestar buena opinión, las pronunciase; mas no le dieron lugar á largos discursos porque el ruido de una espada y broquel le hicieron volver la cabeza, á tiempo que si se descuidara cayera sobre ella el castigo de su curiosidad. Vió un hombre con gallarda determinación que pretendía ofenderle; mas don Félix, que la experiencia de otras ocasiones le había hecho diestro, salió al encuen-

tro y dió tal respuesta de cuchilladas, que, con mostrar mucha valentía el contrario, le hizo retirar, la calle arriba. En tanto que duraba el ruido, el galán que estaba con Celia oyéndole (á sus ruegos) volvió á salir; y, viendo que los dos que se acuchillaban iban á la parte alta de la calle, bajó á buen paso por ella dejando en su refriega á los que la tenían; amigo de su comodidad más que de riesgo: que en Sevilla, por querer poner paz, se han visto desdichas grandes.

En el discurso de la pendencia, ya en la voz, ya en los movimientos, se conocieron don Félix y el doctor Ranjelo. Conocidos, se pararon con igual admiración; y don Félix, como más en sí, preguntó á su amigo qué le movió á embestirle con tanta determinación de matarle.

—No os espante (respondió Ranjelo), que el honor presta aceleración y ánimo á las acciones de la venganza. Sé que estoy ofendido en la parte de mayor estimación, que es la honra; sé que mi mujer no me es leal y, entendiendo ser vos el agresor, no me permitió la cólera dilatar más querer satisfacerme. Y así, amigo, pues quiso mi fortuna que os halle á tal punto que no me permite mi pena callarla, volvamos á mi casa, donde según la relación de estar ya mi ofensa en ella, allí, con vuestra ayuda, ya que en los principios parece que erré el golpe á mi venganza, la haré perfecta; si bien no puedo dejar de preguntaros qué os movió á estar escuchando

tan atento, por las junturas de mis puertas, que á no ser vos, y aun viéndolo, me tiene cuidadoso y confuso; pues aunque sé la ofensa, no el traidor que me la hace.

—No me admira (respondió don Félix) tan rigurosa ocasión; saque fuera de sí al hombre más cuerdo; y para satisfaceros, sólo os traigo á la memoria que soy don Félix y vuestro amigo, y esta misma causa me hizo llegar á vuestra puerta, porque oí abrirla, tras ver entrar por ella un hombre; y apenas llegué, cuando una mujer le daba quejas, como amante, por haberse tardado en venir, estando el dueño de la casa que pudiera estorbarlo, fuera de la ciudad.

—¿Qué aguardamos? (volvió á decir Ranjelo). Verificóse mi deshonra; echó el resto mi desdicha: vamos, amigo, vamos, que para las adversidades, es el amparo de los que verdaderamente lo son.

Don Félix, viendo el embarazo de tiempo que había de resultarle, arrepentido de haberle irritado, procuró divertir al doctor, preguntándole si tenía alguna criada de sospecha.

—No, sino leal (respondió Ranjelo); porque sabréis que una doncella, hija de gente bien honrada que tengo para que sirva á Celia, me ha desengañado avisándome de todo lo que pasa. Díjome, hará seis días, que mi traidora mujer, hablando con el instrumento de mi infamia (esta criada la oyó entrándose mañosamente en su

aposento y puesta debajo de la cama que está muy cerca de la ventana), escuchó los conciertos, los amores y trazas de mi deshonra; á qué horas la ejecutaban y cómo se escribían, y otras muchas particularidades que afirmaron mi desgracia. Yo, para asegurarlos, fingí que me partía á Jerez de la Frontera, pretendiendo por este camino asegurar á mis enemigos y cogerlos en el hurto de mi honor; y esta criada anduvo tan solícita, que esta tarde, como otras, oyó el concierto que hicieron para esta noche y tuvo maña para avisármele. Yo he dejado que pase bastante tiempo para hallarlos juntos, llamando á hora tal, que cobre con mi venganza mi honra. Vamos aprisa; pues cada instante que pierdo, cobro de infamia.

Con esto volvieron á la puerta; llamó Ranjelo con el pomo de la espada presuroso y, á largo rato, respondió Celia desde su aposento, en alta voz que pudiese oirse.

—¿Quién llama? ¿quién tiene atrevimiento para llegar á estas puertas? ¡Hola, hola, Mariana! (que así tenía nombre la doncella): ponte á una ventana y mira qué golpes son aquellos. ¡Ay, Jesús, y con qué rigor los dan! Acaba; date prisa, que abierto está tu aposento, no cerrado como suele, que me olvidé esta noche.

A esto salió Mariana, y conociendo en la voz á su amo, bajó corriendo á abrirle diciendo:

—Mi señor, mi señor es.

Levantóse Celia (que ya se había vuelto á acostar), y tomando un manteo se puso á la puerta de su aposento, cuando ya Ranjelo subió la escalera, dejando por guarda de la puerta de la calle á don Félix. Y entonces Celia, haciéndose la sobresaltada, decía:

—¡Ay de mí! ¿Qué puede ser la causa de que vuelva el doctor con tanta prisa? ¿es falta de salud? Muerta estoy. ¡Hola!, ¿no sube? ¡Ay triste de mí! ¿qué es de él?

—Aquí me ves, traidora (dijo Ranjelo), para quitar una y aun dos vidas que han dado muerte á la de mayor estimación que yo tengo—. Y asiendo del brazo á Celia, prosiguió: — ¿Para qué son, traidora, afectos fingidos? ¿para qué ademanes? Ya no es tiempo sino de poneros con Dios y declarar luego donde está el adúltero; que no han de valer lágrimas ni ruegos: yo le vi entrar por mis ojos y yo le buscaré.

Celia, que en lo exterior estaba libre, cuanto en lo interior culpada; más en sí de lo que parece era permitido á la femenil flaqueza, que tanto puede la discreción en las adversidades que aun las reglas de naturaleza pervierte, dijo á su marido:

—¿Qué es esto, señor, que no lo creo? ¿Así me infamáis y os infamáis debiéndome el honor que me debéis? ¿Qué frenesí es éste? ¿yo culpada en vuestra deshonra? ¿Yo quien no os ofende en el pensamiento, cuanto más en el acto? Ahora digo

que á los inocentes persigue la desdicha. Mirad, señor, por quien sois y por quien soy lo que decís; reportaos y la satisfacción que podéis tomar con reputación de cuerdo, no la precipitéis á la de loco. ¡Dios me libre de tal enredo! Mil veces me santiguo. ¿Hombre en mi casa y vístole entrar vos? No sé á qué lo atribuya, sino á antojo vuestro ó á maldad de una criada. Satisfaceos, señor, que es muy justo; no dejéis rincón, ni aun cofre en que no miréis.

Por una parte se consumía Ranjelo oyendo hablar tan en sí á Celia. Por otra atribuía á artificio aquel modo de razones, conociendo en ella prontitud é ingenio vivísimo; mas cuando la vió pedir que se mirase la casa y echar la culpa á las criadas, mil imaginanaciones le asaltaron. Reportóse cuanto pudo; encerró á Celia en su aposento; llamó á don Félix; púsole en él de guarda; visitó la casa sin dejar desván, tejado ni cofre que no mirase, y no hallando lo que buscaba, volvió á su amigo lleno de rabia y admiraciones dando cuenta de lo que había. Don Félix, que advirtió cuerdamente que se había escapado mientras la pendencia el galán que buscaba Ranjelo; que lo verificaba la seguridad de Celia, para verse libre con presteza de aquel embarazo, dijo:

—Por cierto, señor, que os tengo por engañado; pues dejando las criadas libres, habéis puesto el cuidado en guardar vuestra mujer que, juzgo yo, no tiene culpa.

—Puede ser (respondió Ranjelo). Y con esto abrió el aposento, sacó la daga, amedrentó de nuevo á Celia; mas ella constante, dijo:

—¡Ay, señor; y cómo me parece que os falta mucho de vuestro entendimiento; y no me espanto, que una ocasión de honra, al más valeroso y cuerdo saca de sí! ¿Yo os había de ofender? ¿yo de ponerme en este riesgo, cuando no mirara á Dios, ni á vos, ni á mí, sino al amor que os tengo? Ahora, por vuestra vida, que me digáis si habéis hallado en tanto tiempo como ha que vivimos juntos, ni aun causa justa para sospechar. No, por cierto; y si ahora visteis entrar alguna persona y no la halláis, ¿quién duda que es vuestra la culpa? Prevenisteis contra mí solamente, no contra las criadas: yo encerrada, ellas libres, ¿quién duda hayan escapado á quien quisieren? ¡Pluguiera Dios que el temor y sobresalto me dejaran prevenirlo; que yo sé bien se descubriera la verdad de mi inocencia y su malicia y más de Mariana! ¿Qué es de ella? ¿adónde está? ¿no parece? Pues yo sé que esta sola y no otra, puede hacer semejante maldad, ó levantarme á mí tal testimonio, quien duda por causa vuestra. Miraisla con afición demasiada; y habrá imaginado que, al paso que yo pierdo mi honor y vuestra gracia, gana ella lo uno y lo otro. Séame testigo el señor don Félix: á él hago juez de esta causa y no por acto, por imaginación de culpa, me condene.

Este discurso último de Celia, hizo fuerza al

doctor Ranjelo, de suerte que le dió por verdadero; y volviéndose á don Félix, le apartó y dijo:

—Ahora sin duda esta mala criada hizo todo el enredo que os he contado y habéis visto, con el intento que dice Celia; pues yo os confieso que con justa causa, muestra en su razón sus celos. Verifícase con no hallar el agresor; con la seguridad que Celia muestra; y ¿quién duda que, viéndoos entrar conmigo y que no venía solo, conque se descubriria su maldad, como yo, inadvertido, he puesto el cuidado contra Celia, sola Mariana ha tenido lugar bastante para poner en salvo el hombre que visteis y oisteis? No hay que hacer más conjeturas, esto es lo cierto.

Ayudó á esto don Félix, diciendole:

—Volved, doctor, á deshacer el yerro; pedid perdón á vuestra mujer y echad mañana esa criada de casa, no os ocasione mayor desdicha. Y dejando de este acuerdo á Ranjelo, conforme más que nunca con Celia y haciendo de ella mayor estimación, remitió castigar á Mariana, que si inocente por la verdad del caso, no por la intención.

Salió con esto don Félix admirado de ver su amigo, hombre tan bien entendido, tras agraviado, satisfecho; tras ofendido, obligado; tras celoso y con razón, libre de celos y sospechas; y Celia, en vez de castigada, premiada; en vez de ofensora con renombre de leal, y en vez de astuta y cautelosa, con nombre de inocente: milagros

que no esta vez sola ha hecho la fortuna y la buena traza.

Hallóse libre don Félix y en la puerta de su dama contó del último reloj las doce: no le pareció tarde; hizo señas, no le respondieron; envió suspiros mal logrados. Corrió la noche los acostumbrados pasos de las horas y acercóse el día sin que don Félix alcanzase más que confusiones. Triste se volvió á su casa poco antes que el sol saliese á verle. Entró en ella lleno de disgustos y recelos. Recibiéronle sus criados, alegres, juzgando, por la tarde del día, que navegaba viento en popa la felicidad de su amo; mas él los desengañó diciendo:

—¡Ay, amigos; cómo se ha trocado contra mí la fortuna, mostrándome el rostro feo, si ayer el hermoso: que no en vano la pintaron los antiguos mujer por la inconstancia; con alas por la presteza conque se muda de un estado á otro; con dos caras porque con todos las tiene, la una blanca, que enseña felicidad, la otra negra y abominable; ciega está para no ver las miserias ni condolerse de los desdichados. Nadie, como dijo Valerio Máximo, debe creer la felicidad grande de la fortuna; que bien la llamó versable Quinto Curcio; pues como veleta frágil, la mueve un soplo de próspera en adversa. Ayer, amigos, me vi colocado en el primer asiento suyo; hoy casi me juzgo en el abismo del desprecio; salí de mi casa rico de alegres esperanzas y

vuelvo de ellas tan pobre, que sólo hallo míseras conjeturas. Salí fiado en una palabra dada por una mujer, en que me prometió el fin de mis deseos, y hállome burlado entre mayores confusiones: que sin duda, á fuerza de experiencia, dijo Menándro:

De la mujer palabras favorables
Son las que, con razón, deben temerse.

Consolábanle sus criados á don Félix; y él todo era dolerse y lastimarse, haciendo verdadero concepto, como prudente y sabio, cuán grande era la causa y cuán dañosa, de que doña Beatriz, ni Hernández, como otras noches, siquiera por una reja, no saliesen á disculparse y decirle qué estorbaba cumplirle las promesas. Sabía muy bien la facilidad y el poco inconveniente que para esto tenían.

Hallaba para mayor confusión cuán temprano había acudido al puesto y cuán tarde le había dejado. En estos discursos iba y venía, sin que acertasen los criados á consolarle, ni él á admitir reposo. El sol entró á visitarle cuando Hernández tocó á la puerta. Fuéronle con las nuevas á don Félix; cobró nuevo ánimo y esperanzas; mas pronto se le desvanecieron; porque la dueña entró con los ojos llorosos, la toca mal puesta, un papel en la mano y diciendo:

—¡Quién me persuadiera, señor mío, que en el mismo tiempo que entendí darle parabienes, le vengo á dar pésames!

—¿Pues qué, murió doña Beatriz?, dijo alborotado el caballero.

—No, señor (respondió la dueña): v. m. sí lo es en la gracia de mi señora; que la variedad de su condición y la disposición de la suerte se conjuraron en un punto contra el señor don Félix y contra la desgraciada Hernández.

Aquí hizo la cenizada dueña, en poco rato, todas las hazañas que, á fuer de su estado, supo ejecutar, que fueron hartas, y prosiguió:

—Porque habrá de saber (no quiero dilatar el caso) que, aguardándole mi señora en su aposento, trazado lo que había de ejecutarse, yo bajé á la puerta del jardín y con la oscuridad grande de la noche, llegó un hombre embozado de buena traza, que á lo que juzgué era quien esperaba; si bien (¡ay necia!) pudiera reparar, que hombre que oía ruido de cuchilladas, no muy lejos y no se hallaba en ellas, ya riñendo, ya metiendo paz, no podía ser don Félix. Ceceéle y entréme dentro, que era la seña que habíamos tratado. Siguióme los pasos, cerrando tras sí la puerta del jardín, que, como de golpe, quedó con llave; subí el caracol que da en la antecámara del cuarto de mi señora: estaba todo oscuro, allí, sin reparar, le dije: «Ea, señor don Félix, ya ha llegado el deseado punto que tanto le cuesta, ya no hay que temer rigores, como hasta aquí; buen ánimo y seguidme, que no está lejos de hallarse á los ojos de su dama. ¡Quién tal le dijera, ha pocas horas! Con

esto habré cumplido de mi parte; v. m. mire cómo negocia por la suya.» No me respondió palabra quién era, ni yo dí lugar á dilaciones; antes tomándole por la mano, favoreciéndole la oscuridad y la fortuna, le puse á la puerta del aposento de doña Beatriz. Allí le dije: «Entre, que no hay que temer; mi señora está sola y yo tengo bien dispuesto el campo de enemigos.» Con esto me partí al aposento del capitán, mi señor, que siempre duerme con luz: llegué á la cama, despertéle, y dije: «Al pan que tantos años he comido en esta casa, á las obligaciones de que me precio, á la lealtad que tanto estimo y al mismo honor mío y de mis amos, fuera ingrata si me cegara la pasión, el amor ó el interés, que por todo he atropellado para llegar á hacer esta hazaña.—¿Qué hazaña? (replicó el viejo). Acabad, Hernández, que me dais rigurosa muerte.—¿Es pequeña, señor (dije yo entonces, humedeciendo los ojos y levantando á ellos las tocas); es pequeña llegar á los pies de v. m. y decirle que mi señora tiene un hombre dentro de su aposento? Yo le he visto; no son imaginaciones; y con todo lo que la quiero, quiero más su honra y la de v. m. —Tened (dijo mi señor); tapad la boca que ha sido la trompeta que publica mi infamia. ¡Hola, hola! Mas ¿qué llamo? En mi casa estoy y aún me dura vigor en las fuerzas y en la honra.» Y tomando una ropa y su espada, salió de su aposento, para el de su hija. Fuí con la luz tras él; en-

tramos juntos... ¿Qué diré? aquí me falta aliento, y entonces no sé cómo no me faltó la vida. Hallé á mi señora en pie; hallé á don Fernando, su hijo de Marco Antonio, el que ayer desdeñaba, el broquel y la espada en la mano izquierda, suelto el un canto de la capa, pendiente de solo un hombro; persuadiendo estaba á la mudable doncella en decirla (según me confesó después) que v. m., señor don Félix, tenía la culpa celebrando lo que estaba dispuesto en parte que hubo persona que le llevase la nueva; y que así, más cuidadoso, había ganado por la mano, mostrando en esta fineza cuánto era más verdadero amante. Mi señora me afirma que se resistió lo que era posible; y cuando entró su padre, le tenía granjeado á que se volviese á ir. Puede ser: crea v. m. lo que quisiere, que lo que yo ví, entrando el capitán, fué turbarse entrambos; querer mi señora dar satisfacciones: no escucharlas su padre; decir don Fernando que estaba con su mujer y que no ofendía en estar con lo que era tan lícito. En esta resolución ví que concedieron todos; mi señora dió la mano á don Fernando; que el capitán les hizo agrados y, llamando gente delante, se dieron las manos y confirmó el matrimonio, y el capitán se volvió á su cama, diciendo á don Fernando que se fuese hasta que amaneciese y sacasen licencia del Arzobispo para desposarlos. Pero don Fernando, ido el viejo, se acostó con mi señora y ella lo hizo con bien poca fuerza. Esta

es la triste nueva que traigo á v. m., obra de la suerte; pues yo fuí el instrumento del daño, yo merezco el castigo; por eso vengo á ponerme en manos del agraviado y sólo confieso, más que para consuelo de v. m. para desengaño, ser mi señora doña Beatriz la misma variedad; y así como tan violento este suceso, lo que hoy parece que ama, dentro de pocos días ha de aborrecerlo y hallarse arrepentida; que son diferentes los gustos gozados que imaginados, y dificultoso es matar en corto rato fuego que se ha encendido en tantos días; y no sé si lo afirme así viendo que, en el mismo tiempo de sus gustos, se acuerda, sea como fuere, de dar disculpa de su yerro. En este papel viene; y su esposo don Fernando, que ya le doy este nombre, delante de mi ayudó á notarle.

Así terminó Hernández, vertiendo lágrimas y haciendo extremos y don Félix, cuando sus criados entendieron verle salir de sí, tomó el papel y compuso el semblante. ¡Oh, lector! ya me culparás de inadvertido, pues no te he dicho quién era el galán de Celia. Sabe pues que don Fernando, que te dije al principio de este discurso que la gozaba, este fué el que salió de con ella, en tanto que duraba la pendencia, y este mismo, bajando la calle y llegando á la puerta del jardín, entró á la seña que hizo Hernández, y este mismo caso de Ranjelo, Celia y don Fernando, que bien conjeturó ser él, don Félix, le hizo repor-

tar, viendo en otra cabeza, tan fresco el escarmiento.

Suspenso estuvo el caballero revolviendo discursos algún rato, con el reflejo que imprimió en su fantasía esta desdicha del doctor su amigo. Rompió el silencio y dijo así:

—Parece, señora Hernández, que me hallo en el peor trance que contra mí pudo inventar la fortuna. Digo, como cristiano, aquella disposición prevista en la divina Providencia ignorada de los hombres. En fin, doña Beatriz dió la mano á don Fernando; y él, sabiendo que estaba favorecido otro galán, que tenía franca la entrada, de suerte que pudiera gozar con más gusto de su dama que el que él goza, atropelló por todo, dejándose llevar de su apetito, de tal suerte que me envía, si no letras, palabras con las nuevas: yo las estimo sin admirarme que salgan mal las esperanzas que se fundan en la mudanza misma. ¿Qué mucho doña Beatriz no fuese firme en resistir el aprieto en que debió juzgarse y tanto más fácil sería en esto, cuanto las mujeres tienen la inclinación tal, que en cada instante muestran su inconstancia? Y no quiera persuadirme, Hernández, que aún dura en la memoria de su ama acuerdo de la voluntad que me ha debido y deberá (aunque con otro bien) que hasta aquí; pues antes, cuando no fuera en esta señora pasión conocida la variedad, en todas creo yo que es naturaleza. Créame á mí, Hernández, que cuando

faltaran para consuelo mío razones, procuro tanto tener sujeto á mi razón mi apetito, que si bien confieso el sentimiento por forzoso á la frágil naturaleza nuestra, no por eso bastante á perturbar la razón; que con esta soy poderoso para atropellar y huir las quejas que otros dieran hallándose en mi estado. Así me valgo de la doctrina de Boecio, que dice:

Aquella no es potencia,
que huir no sabe las querellas míseras.

Y dice Séneca: «Como el rapaz vive sujeto á los preceptos de su maestro, así debe hacer consonancia, con la razón el apetito». Y no por esto dejo de confesar, por difícil, el vencerse uno á sí mismo; pero á mí esme hoy más fácil que otro día; que hace de su parte mucho el proverbio que enseña: «escarmentar en cabeza ajena» y, aunque yo solo entiendo ahora la fuerza de esta razón, porque sé la causa, estimo el provecho que del adagio me viene. Goce, goce don Fernando á doña Beatriz, que podría ser ayudase á confirmar en mí cuánta discreción es escarmentar en cabeza ajena. Variable es su esposa; no contradigo honrada; por rica se conoce; yo por rigurosa la sentencia de Juvenal:

Nada tan intolerable
como la mujer que es rica.

¿Qué la parece, señora Hernández? ¿no estoy muy filósofo? ¿Qué dice oyéndome autoridades,

que más parece que leo en una academia que no que hablo con una mujer á quien se juzgara por más á propósito dar quejas, aunque fueran fingidas y mostrar sentimientos? Mas sepa que he hablado tan en juicio, por conseguir con un razonamiento solo dos fines: el uno, moverme á mí mismo para desechar el sentimiento, no haciendo mayor el gusto á mis enemigos; y el otro, que sirva de respuesta á las razones que me persuaden; que con ellas y refrescar en la memoria el proverbio antes citado, puedo juzgarme dichoso.

Admirados estaban Hernández y los criados de don Félix; pues aunque en él conocían tanto valor, tanta cordura y tan buen ingenio, con todo, les parecía increible lo que estaban mirando; atribuían todos las repeticiones del proverbio, «escarmentar en cabeza ajena» referido tantas veces, á la sentencia de Juvenal que dijo don Félix; mas él, como agudo, les deslumbró con ella, y como cuerdo, tenía en la memoria el suceso de su amigo Ranjelo.

Hernández esperaba la respuesta del papel que don Félix aún se tenía en la mano, sin leerle. La dueña, para ver si era artificio le pidió que leyese y respondiese si gustaba, aunque ella llevase harto que contar.

—No querría (dijo don Félix) despertadores tan cercanos; mas le procuraba dar al olvido, obra propia de una determinación honrada.

—Léale v. m. (volvió á decir Hernández), que viene en copla.

—¿Y eso más? (replicó Don Félix). Ahora bien, oidle todos; que quiero seáis partícipes de palabras notadas por hombre tan apacible y escritas por mano tan mudable. Abrióle y leyó así:

A un amor, otro amor le satisface;
A un desamor, un desamor es justo;
Un gusto le pagué con otro gusto,
Si mal hice, castigo á quien mal hace.
Sileno, esta sentencia me amenace,
Mas no de ingratitud fiero disgusto;
Que aunque al hado le dais nombre de injusto,
Es justo, al fin, si desengaños hace.
Jamás vida por muerte se desprecia;
No se aborrece el oro por la escoria;
Esto el médico fué para mi llaga.
Confirmárase en mí el nombre de necia,
A no trocar mi pena por mi gloria
Que la ocasión á letra vista paga.

—Basta (dijo Don Félix); que entre satisfacciones, mi señora doña Beatriz me envía desengaños: forzoso es responderla. Dadme recaudo, que si á su merced le faltó amor, á mí no la cortesía. Y tomando la pluma, escribió así:

Parió la ociosidad un rapaz ciego
Que llamaron amor, deseo ó ventura;
Tuvo, en la fantasía, á la locura
O por hija ó por llama de su fuego.
Su hermano de ésta fué el desasosiego;
Entre los dos rompieron la cordura;
Prendaron la razón en una oscura
Cárcel, y del rigor huyó el sosiego.

Acudió á la razón el desengaño;
Entró el engaño, en formas de Proteo,
Fué en la batalla el premio mi cuidado.
Perdió la vida el cauteloso engaño;
Sujetó la razón á mi deseo,
Y vivo, con razón, desengañado.

Con dar fin á su novela, Fabio, dió principio el intento que formará este volumen.

NOVELA SEGUNDA

Premiado el amor constante.

Enseña por los varios caminos que consigue Dios la salvación de las almas, y cómo se conoce que la Divina Providencia favorece á los que tienen sangre de cristianos y cuánto se luce en las mayores adversidades su misericordia; y en toda es un retrato de cuán inconstante es la vida humana.

Nunca se vió en amor ningun contento
Que no le siga en posta otro cuidado;
Ni en él habrá placer tan acabado
Que no traiga consigo algun descuento.

Estos versos de Jorge de Montemayor, refirió Fabio por haberse ocurrido á la memoria. Cuánto sean escasos los gustos de los hombres y cuán llenos están de pinsiones de pesares; que en esta frágil corriente (dijo) de la humana vida siempre navegamos sujetos al riesgo y á la inconstancia. Epícteto, filósofo moral excelentísimo,

prueba con razón, que lo mismo es vivir que navegar; porque de la suerte que al navegante le es tan cierto el peligro, como el puerto deseado, así al hombre, por quien dijo Eurípides, en el *Hipólito:*

Toda la vida de los hombres llena
Está de la desdicha:
Que no tienen descanso sus trabajos.

—Moral venís, Fabio (dijo Celio), pues con el corto motivo del cuarteto de Montemayor, os engolfáis en el mar proceloso del vivir humano. Mas, ya que os toca referir vuestra novela, básteos para ella el primer asunto del autor de la *Diana,* donde, á mi ver, hay copiosa materia, sin que mostréis vuestra mucha erudición; antes dejando correr solamente la lengua y los afectos; que así (no por excusarme de la dificultad) os prometo referir la que me tocare; que ni al curioso docto y de valiente ingenio le deleitan la galantería de sentencias y lugares: otros hay que dicen les rompe el gusto que llevan en el suceso. Probemos así, veremos lo que agrada; y conociendo en lo que se acierta, huiremos lo que diere fastidio.

—Obedezco (respondió Fabio) y, en cumplimiento de mi obligación y vuestro precepto, probaré en mi discurso cuán verdadera es la sentencia de Jorge de Montemayor: estad atentos.

Con luz escasa, pocas estrellas se mostraban al mundo, cubierto el cielo de enlazadas nubes;

hería el viento apacible en la espesura de los árboles; y, entre sombras y absombros, cuando al racional y al bruto los sepultaba el reposo, acrecentando con el silencio el horror de la noche, una voz triste lamentaba su desdicha entre las incultas asperezas, hoy ruinosos y destrozados edificios, menosprecios de la fortuna y el tiempo, y en otro, emulación de los romanos y de Cartago posesiones.

Herían en las orejas de Celimo, no bien distintas las palabras que salían del fatigado pecho de una afligida mujer; y heríanle juntamente el alma: que en los ánimos generosos y nobles es grande el sentimiento de ver padecer á los rendidos. Caminó el valiente mancebo á la parte que sonaban las voces, cual suele el diestro cazador, con advertidos pasos; y habiendo dado pocos, cerca de sí, detrás de un paredón (que aunque oscura la noche, bien se divisaba), con terrible ruido de armas, conoció se procuraban la muerte. Suspendióse entre las blanduras de las femeniles ansias y entre la aspereza de los soberbios golpes, con que retumbaban los ecos de aquellas soledades; y como el corazón brioso le inclinase á la parte del mayor y más cercano riesgo, dejando el comenzado camino, guió adonde peleaban, desnudó su alfanje y se halló en medio de dos valientes soldados que, con más obras que razones, pretendía cada uno la mejor parte de la batalla.

Esta quiso estorbar Celimo, conociendo en los movimientos no ser ya tan valerosas las fuerzas como el ánimo, á causa de la sangre que debían verter por las muchas heridas que uno y otro de los que reñían era forzoso que tuviese de la mano de su contrario, luciéndose en los dos valor igual.

Mas apenas con las primeras diligencias y palabras, dichas en arábigo, procuró el fin de la pendencia el moro, cuando respondiéndole en alemán, lo que no entendió, se pusieron á una parte, haciéndose una voluntad, los dos enemigos, y comenzaron á herir al que tuvieron por tal. Mas conociendo el joven la flaqueza de la sangre que les faltaba y perdían, y viendo que la retórica eficaz á persuadirlos era el rigor de los filos de su alfanje, acrecentando las obras y disminuyendo las palabras, se volvió para ellos, y dió tanta prisa, que el uno cayó en tierra con los últimos suspiros, y el otro, hallando muerto al compañero, se retiró, á toda brevedad, á la parte que estaban arrendados sus caballos á unos árboles.

Conoció el mancebo que pretendía escaparse: dejóle. Ocupó la silla y volvió á toda rienda las espaldas, aumentando con diligencias el movimiento del animal veloz. Aún se oían las quejas lastimosas de aquella estancia que, si no elegantes, con fuerza natural persuadían á Celimo que buscase la causa de ellas; y así, vagando á

una parte y á otra, porque no siempre salían de un lugar, aunque se dejaba conocer ser de solo una persona, cuando los primeros candores de la mañana, con la vecindad que el sol tenía al horizonte, desterraban poco á poco la oscuridad y las estrellas, se le ofreció á la vista una mujer tan hermosa, que á no conocer el africano el rostro y la voz suya, casi á un tiempo la juzgara por más que humana sombra. Sobresaltóse al rumor de los pasos, Zara (que así era el nombre de la doncella); haciendo concepto que el uno de sus enemigos vencedor sería el que se acercaba; mas volviendo los ojos en su engaño, halló su ventura conociendo á Celimo, y quedando los dos amantes tan suspensos de verse en tan no esperado suceso, que largo rato se les dilató el movimiento y las palabras, hasta que el moro, rompiendo lo uno y lo otro, dijo así:

—¿Qué es esto, Zara mía? ¿qué varios accidentes de fortuna nos tienen solos en esta parte, y tan sin prevenirlo? ¿quién te pudo traer á estas soledades? Mas ¿qué pregunto, si estos asolados edificios, señoreados hoy de las malezas, me responden cuán sujetas están las prosperidades humanas á las miserias y desdichas? Un tiempo, ¡oh mi Zara!, pendían en mármoles y jaspes trofeos cartagineses, dando envidia y terror á Italia y á España, y hoy, apenas gozan la memoria de que fueron claro espejo de la inconstancia que tienen y han tenido las más supremas monarquías y cla-

ro pronóstico de cuán poco han de durar las felicidades en ellas. Ayer, ¡triste!, mi dueño y tu padre Barbarroja regía el señorío de Túnez, con asombro de la tierra y el mar, y hoy vaga fugitivo, con solo cuidado de librar la vida; y tú, á quien los rayos del sol no se atrevían, servida de africanas hermosas y guardada de eunucos y de llaves, gozabas entre señorío recogimiento; y hoy te hallo en los campos, enviando al cielo suspiros y á la tierra lágrimas. ¡Ay, Zara mía, cuán al revés proponen los hombres y ejecutan los hados!, pues cuando me glorié de ti favorecido, prometiéndome el gozarte por esposa con próspero descanso, vengo apenas á poder servirte de consuelo y de amparo, desterrado, solo y destituído de mis haberes y cargos; que la frágil y humana suerte parece que se goza en las adversidades de los hombres para que no fíen en ella. Triunfe hoy Carlos, Emperador de Occidente; restituya reinos, menospreciándolos para su corona; deleite la imaginación en tantas victorias cuantas no abrazan las lenguas ni las plumas; y, con todo, advierta que es hombre y vive sujeto á la infelicidad, sirviéndole de ejemplo los Césares, los Pompeyos, los Antonios y tantos otros príncipes cuantos claman las historias. Mas triste yo, que me divierto en los ajenos sucesos, debiendo cuidar sólo de los presentes propios; en fin, mi Zara, ni somos los primeros ni los últimos á quien los influjos celestes traigan á seme-

jante estado, y en él conozco que, ya que sean señores de casos tales, no lo son por eso de la razón libre y virtud de los valientes ánimos, que tal vez se conocen y lucen más en los mayores infortunios. Aquí, ¡oh mi Zara!, me tienes, y donde quieras te seguiré, á tu disposición la vida. ¡Animo, bien mío, ánimo!; que yo con tenerte á ti, tengo más que pide el deseo y más que pueda concederme la fortuna.

—¡Ay, mi Celimo! (respondió la doncella), ¡ay, mi Celimo!; tuya soy en trance ni de ti pedido, ni de mí esperado; mas advierte solo á mi honor; advierte que la desdicha no es justo que sea en mí causa de desprecio; y también advierte que no estamos seguros aquí de los soldados imperiales; porque te hago saber que saliendo tras mi padre Barbarroja, destrozando el poco número que me acompañaba, fuí prisionera de dos capitanes, deseándome cada uno por suya, sobre que litigaron largo rato, hasta que de un acuerdo los dos, me trajeron sola á estas asperezas; y, apartándose de mí algún trecho, me dejaron por premio del vencedor. Apeáronse y remitieron á la fuerza de las armas la presa de mi persona; hablábamos, por mi desdicha, en diferentes lenguas; ni los entendía, ni me entendían, y dieron principio á su batalla y yo á enviar al cielo lastimeras voces, apartándome sin saber adónde, ni saber el fin que tuvieron.

— Este riesgo (respondió Celimo) ya no le

tenemos; porque á mis manos acabó el uno y el otro huyó á las tiendas de su campo, bien creo mal herido, y no lejos de aquí está el caballo del muerto. Yo sé bien estas tierras, como el que tantas veces las corría cazando, en tiempos más venturosos que el presente; y así, mi Zara, entre las cabañas y apriscos de ganaderos que hay en estas soledades pasaremos desconocidos, hasta que el tiempo nos muestre otro camino más dichoso.

Aprobó Zara y aceptó el intento de Celimo; y, puestos los dos amantes en el caballo del soldado muerto, prosiguieron su viaje hasta que el sol había andado aquel día casi la mitad del suyo. Iban buscando siempre con la vista y los deseos los errantes donde parar, cuando, entre unos árboles á quienes prestaba lozanía un arroyo discurriendo entre ellos, hallaron hasta cuatro cabañas ó albergues de vaqueros, cosa tan usada siempre en la Libia, que la antigüedad pudo llamarla tierra de pastos. Apeáronse Celimo y Zara; y, apeados, buscaron gente: salió á recibirlos un hombre anciano, dando fuerzas á su vejez un báculo de acebo; habláronle en arábigo y respondióles afable. Contóle Celimo en breve sus desdichas; la causa de su venida y el modo con que buscaban su libertad. Atendió el viejo á los sucesos y preguntó los más menudos accidentes, dando muestra de haber él seguido en sus mocedades también los marciales escua-

drones; hizo ofertas largas y regalólos con escasa fuerza y ánimo liberal, prometiéndose Zara y Celimo en aquella vida más descanso y deleite que en la grandeza cortesana.

Juntáronse á aquella fiesta los zagales, y cada uno hizo ante los forasteros muestra de sus agilidades y gracias; cuál saltaba, cuál corría, cuál trepaba los árboles, cuál tocaba el rústico instrumento, cuál cantaba con delicada voz, concedida de los tiernos años y la naturaleza más que del arte y del estudio. Acudieron las zagalas y mujeres, admirando la hermosura y traje de Zara, que las acariciaba á todas, y agradecía mostrándose obligada, que es grande maestra de ceremonias la necesidad.

Así amor y la fortuna suspendían la suerte adversa de los amantes en tanto grado, que casi se podía juzgar por verdadero lo fabuloso que Homero escribe en su *Ulisea* del árbol Lothos, que se cría en esta región de Libia, cerca de las comarcas de Visierta (hoy así llamada, y de los antiguos Uttica), el cual tenía propiedad tan misteriosa, que el forastero que gustaba su fruta olvidaba su patria, de manera que si no era forzado, no salía de esta provincia. Mas ¡ay!

Nunca se vió en amor ningún contento
que no se siga en posta otro cuidado, *etc.*

Cuando mayor seguridad imaginaban, cuando mayor descanso se prometían, convidándoles ya

á Zara y Celimo las tinieblas nocturnas al deseado reposo, los cercaron hasta veinte hombres que, esparcidos entre las espesuras, habían caminado cubiertos; dieron repentinamente sobre los no apercibidos vaqueros y pastores. Mas Celimo, con gallardo ánimo, escogiendo por sitio fuerte la entrada de una cabaña, donde se encerró su prenda con otras mujeres, hizo tan briosa resistencia que, á tener pocos de su valor que le ayudaran, consiguiera la libertad de todos. Mas como no las fuerzas rústicas, sino el corazón noble prestan determinaciones para vencer los peligros, á poco tiempo que duraba la refriega, huyeron los más villanos y otros se rindieron, de suerte que Celimo, solo, cansado y herido, apenas sustentaba la vida y la batalla. Encendiose en cólera uno de los que le herían y apartándose afuera disparó una pistola cuya bala derribó á Celimo sin poder más tenerse. Entraron los imperiales, franca la entrada de la cabaña, donde hicieron presa de las pocas mujeres que, entre llantos, pedían clemencia; aunque Zara viendo caer á su Celimo pretendió acompañarle en el duro trance en que se hallaba, procurando antes negociar la muerte que el cautiverio; irritando los fieros ánimos de los vencedores y abrazándose del africano, que entre muerto y vivo agradecía con los ojos aquellas finezas, nada bastantes para que suspendiesen ni librase el cautiverio de Zara, la cual, maniatán-

dola con los demás, puestos en los bagajes que hallaron de aquellos ganaderos y en caballos que los soldados traían, caminaron al campo imperial, dejando á Celimo por inútil al vivir.

Alentóse el moro y pretendió levantarse; mas fuéle imposible por entonces; que la mucha sangre de las grandes heridas lo estorbaba, y en tan riguroso estado, no su muerte, sino la pérdida de su querida Zara era el mayor dolor y tormento que padecía. Procuraba con las voces desahogar la pena; daba algunas con flaco aliento; volvía á esforzarse y á rendirse, cual suele la luz artificial en los términos últimos.

En esta congoja, desesperado del remedio, advirtió pasos cerca de sí; levantó al ruido la cabeza como pudo, y la voz diciendo:

—Enemigo ó amigo que seas, acábame, que será la crueldad más piadosa que á hombre triste le puede conceder el cielo.

Aún el bulto se movía sin responder palabra, cuando á poca distancia de tiempo, hiriendo un pedernal el vaquero anciano que recibió á Celimo, se le puso delante con luz, y consolándole y reparando lo mejor que pudo las heridas, le dió cuenta en breves palabras, cómo escondido entre unas peñas aguardó y vió el lastimoso caso que, tan sin poderlo prevenir, les había sobrevenido. Lastimábase Celimo de la pérdida de su Zara más que de su propia muerte, y el rústico le divertía y consolaba con razones más discretas

que de villano; que la experiencia de la vida larga suele perfeccionar el natural inculto.

Acudieron á la luz, como á farol de capitana después de la borrasca las esparcidas naves, los que escondidos entre las breñas salvaron con ellos y la noche, el vivir y la libertad. Y habiéndose juntado hasta seis personas y beneficiando lo mejor que supieron las heridas de Celimo, de común acuerdo se determinaron llevarle á una cueva que no lejos de allí, entre unas ruinas de edificación, estaba, donde asistía un hombre prodigioso, de religión cristiana, de edad larga, de venerable aspecto y de conocidas maravillas, experimentadas entre aquellos rústicos africanos.

Pusieron por obra el camino, llevando sobre una tabla, en hombros de cuatro de ellos, al mancebo y, guiando con su luz el vaquero, llegaron á la estancia de Fernando (este era el nombre del solitario); y aun así, pasada la tormenta, amedrantada aquella vil gente, volvían la vista y suspendían los pasos, juzgando por enemigo cada tronco. Celimo, en aquel trance, para cobrar aliento, pronunciaba como podía: «¡Ay Zara, ay Zara!»; y ella, vertiendo lágrimas en manos de sus enemigos, caminaba al campo que ya mostraba á la vista el sol que vertía sus rayos entre las tiendas imperiales, gozándose en los reflejos de sus vencedoras armas, y los soldados, en ver mayor presa que imaginaron, y aun al-

tercando discusiones por la hermosa Zara, que, cual flor entre espinas, lucía entre las demás prisioneras.

Herían los campos los clarines, celebrando el nuevo día, y acrecentaba el regocijo de los victoriosos que triunfaban, aunque de poco número de cautivos. Salieron á recibirlos muchos, admirando todos que entre cabañas de pastores se hallase tan rica prenda como Zara.

Corrió la voz en corta distancia de tiempo larga distancia de lugares, sin parar hasta la misma persona de la majestad Cesárea, á quien obligó el rumor á mandar que trajesen ante sí la presa que hicieron aquellos soldados, los cuales, gloriosos, y en particular Benavides, valiente español, se presentaron á su Príncipe y presentaron á Zara, tan hermosa, entre llantos y aflicciones, que pudo verse ejemplo y acto segundo de Scipión y la doncella cartaginesa; y en Carlos Quinto mayor valor, mayor virtud y mayor largueza que en el romano.

Mandó Su Majestad que se repartiese entre aquellos soldados el precio de aquella esclava, con determinación que, libre tan perfecto cuerpo, no se perdiese, antes con la verdadera ley, se ganase para Dios aquella alma. Preguntó Su Majestad á la mora quién era y cómo la hallaron escondida entre pastores y gente rústica. A lo cual respondió la doncella (entendida por intérprete), si no en estas palabras, esta sustancia:

—Barbarroja, Majestad ínclita, antes que se apoderase del señorío de Túnez, surcaba los mares de Levante y costa de Valencia con algunas fustas, dando terror con su fama y hazañosas presas y, entre las mayores (según me afirmaba), fué una galera genovesa donde, á vuelta de riquezas y esclavos, venía una señora que pasaba con su marido á Italia en servicio de V. M. católica, ocupado en cierto cargo en el reino de Nápoles. Costóle el rendir la galera á Barbarroja sangre y diligencias, porque fué la resistencia valerosa. Entróla, en fin, habiendo muerto el capitán y este caballero que era mi verdadero padre, aunque yo no había nacido al mundo. ¡Ah, cuánto me fuera mejor no nacer! En Argel desembarcó los esclavos el valiente corsario, y despendiendo algunos, guardó para sí á mi madre, de quien sólo heredé desdichas; y, como fuese persona de cuenta en España, movido de interés grande, Barbarroja la rescató á pocos días que yo había nacido, haciéndola entender que era muerta y dándola otro cuerpo en lugar del mío: estratagema que en sus principios la hizo el bárbaro para gozar después del segundo rescate. Diéronme á criar por hija de Barbarroja, habida en una de sus mujeres, cuya fué la criatura que, en mi trueco, recibió mi mal afortunada madre. Crecí y creció la opinión de mi hermosura y no menos el amor de mi fingido padre, que me crió en sus ritos y ley, esparciendo y confirmando la

opinión de que yo era su hija. Llegó á regir el cetro de Túnez y llegó á prometerme la sucesión del reino (tal era el verdadero amor que me tenía), y tal que para representarme mayores obligaciones me refirió muchas veces mi nacimiento, encargándome el secreto de él, igual con el vivir. El aparato con que me servían, la majestad con que me trataban, las caricias y los regalos que me hacían, mal podré yo representarlos, sino para acrecentar lágrimas y nuevas causas de dolor en mi adversidad. Ultimamente, señor, las cruzadas banderas de tu Imperio, tremolaron en las murallas de Túnez; y, desesperado Barbarroja, huyó, no á tu rigor, mas la servidumbre que es el fin de las desdichas, para los ánimos de su naturaleza, inclinados á mandar, y más cuando á la inclinación ayuda el hábito. Trazó que yo también huyese el cautiverio, acompañada de algunos leales que, á poco trecho que habíamos corrido, perdieron la vida en manos de un escuadrón pequeño de soldados, y siendo yo la presa entre dos capitanes, por mí salieron á matarse. Había guiado la fortuna, errando también fugitivo por la misma parte á Celimo, ¡ay triste!, el más gallardo mancebo, más hermoso, más discreto y más valiente que pisó jamás el suelo africano. Este me libró; con éste paré entre aquellos albergues de pastores; éste perdió allí la vida en mi defensa y éste había de ser mi esposo.

Aquí dió fin Zara á su discurso, anegándole en un profundo mar que vertia de lágrimas. Admiraba y condolía el suceso y llanto de Zara, desde el ánimo Cesáreo hasta los más ínfimos que se hallaron presentes; y viendo Su Majestad que con tales principios sería fácil reducir á la verdadera fe á la doncella, mandó entregarla al Marqués de Aguilar para que, dándola bautismo, la remitiese á España. Encargóse con gusto de este cuidado el Marqués, por tener parte en la conversión de aquella alma, disponiendo lo mejor que se podía cumplir el mandato de su príncipe; si bien lo más dificultoso era desterrar en Zara el sentimiento y memoria de su Celimo; el cual llegó á la cueva y manos de Fernando, casi perdido de todo punto el aliento y el vivir.

Salió el anciano y recibiólos alegre, condoliéndose del herido mancebo, viendo malograr en tan pocos años tanta belleza. Refirió luego entre dientes versos y salmos poderosos á restañar la sangre á vista de los que allí asistían y, haciendo un lecho de hojas secas de árboles y otras fustas, le puso en él, beneficiándole las heridas, prosiguiendo el curarle tan felizmente, que en poco tiempo se halló Celimo libre del peligro de la vida, aunque la convalecencia hubo de ser larga, así por la falta de regalo y comodidad, como por la mucha sangre que había perdido. Visitábanle y entretenían á Celimo los pastores, y Fernando le iba reconociendo poco á poco, haciendo

verdades infalibles sus conjeturas una argolla de oro con ciertos caracteres arábigos que Celimo traía siempre en el brazo derecho, gala muy usada entre los africanos.

Pues como ya de todo punto Fernando se certificase, así por las señales del cuerpo, como por las preguntas que cuidadoso le hizo muchas veces; hallándose los dos solos un día, á la sombra de unos abrazados árboles, gozando del nacimiento de una fuente que, rompiendo las duras entrañas de una peña, se comunicaba al prado suministrando radical virtud á las plantas y á las flores, Fernando dijo así á Celimo:

—Dios, ¡oh mancebo!, en quién están presentes los sucesos humanos y que con su divina providencia, obrando libremente las segundas causas, guía sus efectos á los mejores fines por tan extraordinarios caminos y accidentes como has visto en ti, te trajo á mi presencia para que no sólo te desengañe de quien eres, mas, si me es concedido, te obligue á seguir la verdadera religión de tus pasados. Sabe, pues, que de Francia salió un caballero, cuya valentía se celebró no sólo en Europa, mas en Asia y en Africa; la fama dió noticia de su valor. Este, por algunas causas, le forzó su hado (si puede así decirse, cuando las ocasiones necesitan) á seguir las banderas de Carlos Quinto, Rey de España y Emperador de Roma, á costa de la vida de Borbón (que este es el nombre de tan valeroso príncipe y soldado); y

como no se menosprecia el rigor militar de las blanduras de Venus entre las armas, tal vez el francés se dejó llevar de los afectos naturales.

Alojóse en un lugar del Spoleto (en cuyo ducado antiguamente se llamaron Vilumbrios). Enamoróse allí de una señora cuyo nombre te callaré por su decoro; tan hermosa, que dejo el pintarla por no hacer agravio ni cortedad á la mucha largueza con que la concedió perfección el cielo.

Era huérfana de madre; y con las alteraciones de la Italia, su padre asistía en las guerras, causa de que Borbón consiguiese, entre violencias y caricias, su deseo. Quedó preñada; servíale yo entonces, fiando de mí sus mayores secretos; y, como llegase el tiempo del parto, en un cenador del jardín fué el puerto donde gozaste la primera vista del mundo. Desde allí, con increible secreto, llevaron á tu madre á su habitación y cama, fiándose de una mujer en cuyos brazos ella había nacido; ya no criada, sino compañera fiel, que esto puede la comunicación de las flaquezas. Entregóme Borbón entre su misma capa el mismo que estoy mirando; á ti, ¡oh mi Celimo; mejor diré, mi Carlos; que este nombre te pusieron cuando recibiste la crisma de cristiano! Mandóme mi dueño que no parase hasta Barleta, puerto de la Pulla, donde estaba prevenido el modo de criarte. La incomodidad y trabajos que pasé y pasaste, al llegar por los campos y

aldeas á que te sustentasen las mujeres que hallaba con criaturas; cuántas veces me libré con dádivas de prisiones y molestias; porque el ver caminar un hombre solo con un niño en los brazos, nacido apenas, daba causa bastante para sospechar, no quiero referirte, pues sería menester otro tanto tiempo como duró el viaje. Llegaste, en fin, vivo á Barleta; y allí te entregué á Laudomia, mujer de un mercader, llamado Florencio Meteli; á éstos te encargué, según la orden que traía y yo me volví en busca de tu padre, que me esperaba. Sabíamos á menudo de tu salud y crianza, por cartas, hasta que en el asalto de Roma una bala fué el instrumento conque triunfó la muerte de hombre tan valeroso, que juzgo no se atrevió desde más cerca á quitarle la vida.

Alcanzóse aquel día la victoria muriendo Borbón; y tú y yo, desde aquel punto, quedamos hechos esclavos de la fortuna.

Recogí las joyas y dineros que pude; partí donde estaba tu madre, halléla casada; enterneciose de no poder luego ampararte y encargóme que en siendo de diez años te llevase á servirla. Prometilo así y caminé á Barleta; busqué á Laudomia y á Florencio; pedíles que me restituyesen mi prenda, volviéndote á mi poder. Mas Laudomia, con ansias, lágrimas y suspiros, me confesó que, habiendo tenido en su casa un turco espía, que viniendo de España y habiendo corrido la

Italia, haciéndose dueño de los motivos de los príncipes, aguardó allí algun bajel de venecianos para atravesar el mar Jónio y entrarse por Epiro en la Macedonia y por tierra á Constantinopla, te robó y llevó consigo, aficionado de tu belleza (que así pagan bárbaros los hospedajes, y este premio reciben los que amparan enemigos de la fe).

Yo creí, en los principios, que era fábula inventada por Florencio y Laudomia, á causa del amor que en tu crianza te habían cobrado. Mas como ya me certificase, arrebatado con la pasión, el sentimiento y la cólera, quise dar muerte á marido y mujer, que huyendo escaparon la vida, y yo la libertad y el rigor de los jueces embarcándome en una tartana aquella misma noche. Hicímonos á la vela, con ánimo de buscar el seno Adriático, hoy golfo de Venecia, donde yo llevaba ánimo de parar, dando desde allí orden de buscarte, aunque me costase mil vidas. Navegamos con viento próspero, y al nacer el día dimos en las manos de Barbarroja, que entonces corría aquellos mares. Librábame por veneciano con quien tenía hecho cierto modo de paces; mas yo, que llevaba el intento en tu busca, no quise por entonces gozar del beneficio. Agradecióme el corsario que me quedase en su compañía y prometióme su amparo para cobrarte, aunque te hubiesen llevado á las últimas regiones del Asia.

Dejando á pocos días el Mediterráneo, por entre muchedumbre de islas, pasamos el Archipiélago, y dejando el mar Egeo llegamos á Constantinopla, donde Mustafá (que así tenía nombre el espía que te robó) te había presentado al Turco. Por las señas y por las diligencias de Barbarroja y mías, diciendo que yo era tu padre, se negoció de suerte, que no sólo te gocé libre en mis brazos, mas confesando el espía cómo te había hurtado, estuvo cerca de que le empalasen.

En estas peregrinaciones trabamos amistad tan grande el corsario y yo, que pudo forzarme á que asistiese en su compañía. Criábaste en tanto, y deseaba que tu educación fuese en la del verdadero Dios; mas Barbarroja lo estorbaba por todos caminos que le eran posibles. Tenías ya siete años, llevando tras ti los ojos de la morisma, y desde entonces te puse en el brazo la ajorca que traes ahora, pidiéndote que nunca la dejases, por trabajos en que te vieses, que no te aprovecharía poco; á causa de que la forjó con asiduas observaciones de estrellas, un turco grande filósofo, astrólogo y aun mágico, de quien aprendí algunos casos naturales, que quizá lo dispuso así el cielo para que, con ellos, aprovechasen en tu cura. Las veces, pues, que yo podía, te representaba que eras cristiano, que era Carlos tu nombre y te desengañaba del error bárbaro de la secta mahometana, aunque sin atreverme jamás á decirte quién fuese tu ver-

dadero padre; así por la poca seguridad de tus tiernos años como por obligarte á que me oyeses con mayor respeto y afición ocupando el nombre paternal. Oíasme con gusto; mas Barbarroja, que siempre te llamó Celimo, determinado á que te quedases con él, sacó una patente del gran señor, y entregándomela, me dijo en qué parte gustaba que me pusiese; ó si quería atravesar alguna tierra ó ir á la Siria á visitar los lugares de Jerusalem, de que tantas veces yo me acordaba; que me fuese donde gustase; mas advirtiendo, que ni te había de llevar conmigo, ni verte más. Quise desesperado hurtarte; salióme al revés el intento, y el que hasta allí vivió libre y estimado de la amistad de Barbarroja, quedó hecho esclavo y aborrecido. Tal premio dan las bárbaras cortesías y tal es la confianza que se funda en los infieles tiranos.

Sentí mi desdicha y la tuya, y llorándola por varios accidentes, deseoso siempre de hallarme, aunque escondido, cerca de donde estabas, me retiré últimamente entre estas asperezas, donde vierto lágrimas desde que el sol nos visita con su luz hasta que vuelve á mostrarse. Siempre suspiro; siempre doy gemidos á Dios, al cielo, á las demás criaturas, pidiendo tu salvación y la mía.

Aquí me he sustentado algunos tiempos, comunicando esta gente rústica y tal vez he alcanzado bautizar algunos, granjeando para Dios almas,

en recompensa de las que se han perdido por mi causa: si es así que puede haber compensación de espíritus ganados y perdidos. Esta, ¡oh gallardo mancebo!, es tu historia; vuelve ahora los ojos á tus principios, á tus obligaciones al Supremo Hacedor de esta grandiosa y misteriosa máquina; y pues te dió el rostro levantado á las estrellas, por su hermosura, por la regularidad y disposición de sus cursos, pasa á considerar su artífice que lo crió todo para el hombre, y el hombre le es ingrato; no seas tú de este número.

Dió fin á su razonamiento Fernando, y Celimo, que le escuchó atento, reconocía poco á poco al que un tiempo llamó padre, revolviendo en su imaginación tantos conceptos, que los unos á los otros se embarazaban. Mas ya el sol, pasando sus rayos á los antípodas, dando causa la noche, para dejar aquel sitio por el que les servía de albergue, adonde entre admiraciones y ofertas hacían su viaje los dos amigos, cuando, desde lejos, les hirió la vista una luz, que por boca de la cueva se comunicaba á los aires lóbregos con las nocturnas tinieblas.

Reparó el mancebo y llevóle el ánimo la novedad; y el mío lleva tras sí Leonora (que este era ya el nombre de la que en otro tiempo Zara) lloraba prisionera en Constantinopla, clamando al cielo en su retraimiento y pidiendo ayuda á quien podía bien dársela, decía:

—¿Cómo, Señor? Ya que permitiste que me fal-

tase el que tenía por esposo, que parase en el cautiverio del César, tan en mi favor, que me libré de la secta abominable y perversa mahometana; que felice me embarqué para gozar mi patria verdadera; estimada de los príncipes cristianos; acariciada de mi patrón el Marqués de Aguilar; con esperanzas felices de verme en España religiosa, haciendo mis desposorios con el mismo Dios; entonces, desembarcándome para lograr mi deseo con mayor brevedad, en una poderosa nave; tranquila el agua, blando el viento, alegres desde el piloto al pasajero, en tan corto tiempo, se alteran las olas, se rompen las velas y jarcias, se tronchan los gruesos árboles, y sin saber adonde, la triste que huía las infieles costas, arriba en ellas; y donde un tiempo fuí libre, soy esclava; porque ya donde fuí esclava, era libre; ya me venden; ya de una mano en otra me presentan al Turco; ya, por mi desdicha, se enamora de mí; ya me persigue que vuelva á los primeros errores de mis años; ya me halaga, ya me oprime con terrores y absombros. Por una parte, me representa el ocupar el puesto de una de sus mujeres; por otra, el poderío de dueño apasionado; aquí el rigor, allí la blandura y la caricia, y yo mujer flaca. ¿Qué es esto, Señor? ¿no sois Vos en quien están presentes los sucesos nuestros? ¿no sois Vos la verdadera Providencia? ¿no os costó mi alma precio infinito de vuestra preciosa sangre? ¿Pues cómo lo que tanto os cuesta lo dejáis

al peligro? Mas si es por acrecentar, Señor, quilates á mis merecimientos, aquí estoy dispuesta á padecer millones de martirios; aquí pretenderé resistir las violencias de un príncipe bárbaro y enamorado.

Así lloraba Leonora sus infortunios cuando entró la Sultana en su aposento, celosa de ver que el Turco quisiese preferir una esclava á las que tenía con propio nombre de mujeres; moviendo no menos el verle tan rendido que, por no disgustar á Leonora, granjeaba con finezas lo que pudiera con violencia.

Volvió Leonora á la turca el rostro lloroso, y la Sultana, consolándola, libró en su resistencia su rescate. Agradeció Leonora cortésmente el ofrecimiento y prometió perseverar, de modo que ya artificiosa, ya determinada, antes perdiese la vida que la cándida aureola con que triunfan las verdaderas vírgenes, de que tenía hecho voto á su esposo Jesucristo.

Estimó la Sultana su promesa y aseguró á la cautiva su palabra, ofreciéndola libertad; mas el Turco abreviaba las dilaciones de Leonora, ya con blanduras, ya con amenazas y otras enamoradas diligencias, que fueron vivas espuelas de los celos de la Sultana; la cual, conociendo cuan flaca resistencia era la de una mujer y prisionera, contra un príncipe bárbaro y enamorado, apresuró su intento y dándole á Mustafá, hombre anciano y astuto más que Ulises (y que por saber

diversidad de lenguas fué espía en España y otros reinos), cantidad de cequíes de oro y otras joyas y riquezas, le encargó pusiese en libertad á Leonora, engañándola con darla á entender que Mustafá era cristiano y se llamaba Juan, y que sus canas aseguraban su compañía. Vistió Mustafá la cristiana de hombre á lo turco, y una noche, embozándose los dos, la sacó de palacio y, valiéndose de los pasaportes generales que tenía, atravesó los muros de Constantinopla y dejando el camino del mar se entró por la Tracia, y bajando por la Sárdica á Adrianópolis (hoy Adernópolis), bajó por la Benica á entrar por la Macedonia y, atravesándola, paró en Durazo, yendo siempre Leonora en hábito de hombre y llamándose hijo de Mustafá.

En tanto que duró este viaje tan largo, no quedó puerto en todas las costas del Helesponto y mar Egeo, y aun muchas de las islas del Archipiélago, que no se visitasen hasta los rincones de las casas en busca de Leonora, por quien el Turco vertía rabia y pasión. Mas en valde hacían diligencias por mujer que, mudado el hábito, caminó siempre como varón por contraria parte de la que buscaban. Viéndose Mustafá en Durazo; temblando, si no al riesgo, á la imaginación dél, se embarcó en un bergantín de corsarios de hasta dieciséis ó dieciocho bancos, pretendiendo en él correr el golfo de Venecia hasta Otranto, donde, á su parecer, de noche tomaría tierra, con

vestidos españoles él y Leonora (á quien llamaba Hamet), y entrándose una vez en Italia á su salvo, haría lo que le ordenase Leonora; pero diferente es proponer que ejecutar; que si los principios estan en manos de los hombres, no los fines, que éstos dependen siempre de superior causa, cuyos efectos parecen irresistibles.

Apenas dió la fusta lienzos al aire; apenas rompió el mar con los remos; apenas navegó seis millas cuando, al mostrarse el alba, se les mostró tambien una vela latina tan cerca, que por más que se fatigaron los bogantes; por más que puntearon la vela; por más que cazaron la escota para volverse al puerto, les dió caza la galera; que en un punto, echando la palamenta sobre el bordo del bergantín, aclamó victoria, saltando en él un caballero vestido de negro y oro, con un morrión lleno de plumas negras y amarillas y en el brazo izquierdo una rodela, primer espejo en que se miró el sol aquel día. Tanto terror puso la determinación gallarda del capitán valiente, que á los primeros golpes cruzaron todos los brazos en señal de rendidos y, pidiendo misericordia, se arrojaron á sus pies, y él, generoso, los consolaba en la suerte adversa; mas entre todos, quien le llevó los ojos era Hamet. Mandó á los soldados (que ya tenía al lado muchos) que pasasen á su galera aquel mancebo; llegaron á ejecutarlo, y Mustafá, vertiendo lágrimas á los pies del capitán vencedor, pedía que la

vida y no el cuerpo dividiesen de su hijo Hamet.

Concediósele el no apartarse; pasaron juntos á la galera victoriosa; y el capitán, puesto en la popa, asiendo un cabo al bergantín, al sonido de bélicos instrumentos, dando al aire flámulas y gallardetes con que jugase, volvió la proa al mar Mediterráneo, más alegre por el esclavo Hamet, que por la victoria.

Así navegaba, y Mustafá no quitaba los ojos de un hombre anciano que con venerable aspecto asistía al lado del capitán; y el viejo no miraba á Mustafá menos, infundiendo en él, con su vista, ciertos ocultos temores. Hamet, clavó los ojos en su nuevo dueño, y todos cuatro parecían más cuerpos sin alma que con ella, hasta que Hamet, dijo asi:

—Valeroso capitán: así goces triunfantes felicidades perpetuas en la mar y en la tierra, que si merece ó es lícito á un cautivo preguntar á quién le señorea, quién es y de qué patria, yo sepa de mi patrón lo que deseo.

El capitán, que con el mismo estaba, le respondió:

—Con que me pagues al precio á que yo satisfaré tu pregunta, la propia que te hago, fácilmente referiré lo que me pides. Nací en Italia; no conocí mis padres más que por relaciones, siendo mi nacimiento tan oscuro, como el color que visto; criéme en manos de la fortuna; peregriné en pocos años muchas tierras; seguí á Mahoma,

si no forzado, inclinado y persuadido; crecí al paso de los tiempos; paré en Africa; díme á la guerra, más por naturaleza que por obligación: enamoréme, en fin, y concedióme la suerte en mi mayor desdicha mi esposa, cuya vista fué como la fábula de Orfeo y la suya, pues al tiempo que la cobré la perdí. Quedé en los umbrales de la muerte por salvar la vida de aquella por quien diera muchas. Halléme, cuando más desesperado, abundante de remedios, ministrados de este hombre venerable que veis presente, éste me dió la salud del cuerpo y la del alma; porque habiéndome curado las heridas, ya libre de ellas, aunque convaleciente, oí de su boca lo que hasta entonces me tuvo encubierto, cuidadoso de mis sucesos; me volví con este anciano á su cueva cuando vimos salir por ella una luz no esperada, alargué el paso y juzguéla á ilusión á causa de encubrirse antes que llegase con buen trecho, desapareciendo á mis ojos lo que los deslumbraba. Entré á oscuras en la cueva tenté á todas partes con el alfanje, no hallé nada que hiciese estorbo y, atribuyéndolo á diferentes cosas, entró Fernando diciéndome:—«Sin duda lo que escriben de los carbuncos, es cierto, pues no hallo otra causa para esta lumbre que así se nos ha mostrado y escondido.» Yo en tanto busqué donde solía el eslabón y la yesca; herí al pedernal y dióme fuego de sus entrañas (¡cuán verdadero retrato de las mías!); olvidado el portento, cena-

mos de las frutas prevenidas al efecto, entregámonos al reposo, buscando en el sueño el descanso, no en la blandura de los lechos.

Poco rato duró la suspensión de los cuidados, pues del sueño que deseábamos libres, despertamos cautivos, hallándonos prisioneros de hasta diez soldados españoles que, guiados de algunos esclavos que fueron en compañía de mi querida prenda, habían acertado á aquella parte donde no sólo nos prendieron á mí y á este anciano, mas todos los que se habían librado primero. Sentí no poder defenderme, que aunque flaco en las fuerzas, no lo estaba en el ánimo. Consoléme, que ya que mi suerte me entregaba á la esclavitud, fuese de cristianos. Lleváronnos á la tienda del César, á persuasión de Fernando, el cual dió cuenta á Carlos V de mis fortunas tan por menudo, con tales señas y con un anillo, que el Cesáreo príncipe había puesto de su mano en la de mi padre, que alcanzó crédito su verdad. Recibí, en vez de cadenas, premios; cuando me lamentaba esclavo, me glorié dichoso; volví á ser verdadero cristiano, confirmándome un Obispo; diéronme entre sí lugar y honor los príncipes; halléme en pocos días rico de joyas y mercedes, encargándome la majestad del César esta galera de la escuadra de Nápoles con que he corrido las costas de la Grecia, haciendo presas notables. Mas ¿qué me importan estas venturas? ¿De qué me sirve tanta felicidad si lloro siempre mi pren-

da, ya ganada, ya perdida, ya cristiana, ya (según las nuevas) en Constantinopla, donde el turco, rendido á su belleza, granjea su condenación y la mayor de mis desdichas?

No pudo aguardar más Leonora á descubrirse á su Celimo (ya Carlos); dióle larga cuenta de lo que había padecido; y cómo la Divina Providencia, obrando milagro sin obrarle, ya la tenía á sus pies, y los dos amantes remitieron á sus ojos lo que no acertaban sus lenguas, suspendidos en la no esperada ventura.

Que tanto más se estima la bonanza
cuanto mayor ha sido la tormenta.

Divulgóse luego el suceso por la galera; acudieron todos á dar los parabienes. Mas aun allí se manifestó lo último de la sentencia de Jorge de Montemayor, que si hasta entonces

Nunca se vió en amor ningún contento
que no le siga en posta otro cuidado,

también, aun cuando pareció que era imposible tener pensión el gusto que á los dos concedió el amor, verificó también que

Ni en él habrá placer tan acabado,
que no traiga consigo algún descuento.

Parecióle á Carlos que, ya sin impedimento alguno, pues se hallaba cristiano y Leonora cristiana, nobles entrambos y siempre amantes, entrambos gozarían con el matrimonio el premio de sus deseos; y así Carlos pidió la mano á Leono-

ra, llamándose esposo suyo, mas ella se apartó dilatando la respuesta. En este tiempo y el que duraron las narraciones de Leonora y Carlos, Fernando conoció á Mustafá y Mustafá á Fernando, á cuyos pies se echó el turco, pidiendo bautismo y perdón de nuevo del hurto que hizo de Carlos, pues le pagó con restituir y librar á Leonora, confesando cómo su virtud y eficaces persuasiones le traían hecho verdadero cristiano en el corazón, deseando ya llegar á tierra donde recibiese el lavatorio perfecto de las almas; que una compañía virtuosa y santa, de los infieles más endurecidos hace virtuosos y aun santos. Y así, Mustafá decía al capitán:

—Señor, ves aquí á tus pies quien te robó; ves aquí por quien viviste moro; y ves aquí ya deseoso de ser cristiano, y que intercede la misma prenda que te restituye.

No le respondía Carlos, admirado que Leonora le huyese la mano y el sí del matrimonio; preguntaba la causa, y ella, desamparando al corazón la sangre por acudir al rostro, le satisfizo diciéndole que había hecho voto de religión y castidad; y que así, primero entregaría la vida que romperle á Dios las promesas; consolando á Carlos, que admirado y pesaroso la escuchaba. Mas Fernando alentó el gusto de los amantes con la esperanza de que el Pontífice dispensaría un matrimonio tan deseado y merecido de Carlos y Leonora. Con esto se dieron todos nuevos

parabienes, y torciendo la proa, dejando atrás el faro de Mesina y la Calabria en breves días tomaron puerto en Ostia, y de allí, siguiendo la ribera del Tíber, á los pies del Vicario de Cristo, cabeza de la católica Iglesia, alcanzó Mustafá bautismo, y, con dispensación, el fin y premio de sus fortunas los amantes.

NOVELA TERCERA

De las dos hermanas.

In duas sorores diversorum morum. (AUSONIUS: *Epig.)*

Enseña cuánto dañan á las mujeres los trajes y acciones libres, aunque las costumbres sean virtuosas, y cuán poco aprovecha la ceremonia ni el hábito honesto para encubrir las falacias en las obras; y cómo aquellos fines que se pretenden por malos medios, deseando defraudar al próximo, resultan (sin valor la astucia) en mayor daño, en lugar del pretendido aprovechamiento.

Delia, nos miramur, et est mirabile, quod tam disimiles estis, tu que sororque tua.
Hæc habitu casto, cum non sit casta videtur.
Tu prœter cultum nihil meretricis habes.
Cum casti mores tibi fiut, huic cultus honestus.
Te tamem, et cultus damnat, et actus can.

QUE no es todo oro lo que reluce, añadió Montano á la epigrama que refirió.

—Mucho quisiera (respondió Celio) que diera otro motivo precepto á mi novela; mas ya que Ausonio, como por suerte, me ofrece el caso de mi cuento, dejando aparte los sentimientos de sus expositores, diré los míos, reprendiendo, no atrevido mordaz, sino moral filósofo, el engaño que hay en los virtuosos exteriores, y cuánto dañan (ya que no á las costumbres propias) á las ajenas los vestidos rameriles (digámoslo así, por excusar otro más desgarrado término); y pues Fabio nos mostró la inconstancia de los sueños de esta vida y habrá dejado el ánimo de quien leyere su discurso, con los afectos que dice Aristóteles pretende por fin la tragedia, que es limpiar las pasiones por medio de la conmiseración y el miedo: que no estriba en los fines infelices la puridad trágica, sino en la imitación. Yo, dejando el coturno, calzaré el zueco introduciendo personas y usos cómicos; aunque ya que excuso, por lo propuesto, el adorno de la erudición, que lo siento, porque temo ocasiones hartas: estad atentos, que también me precio de saberme explicar sin valedores, aunque nada se dice que no esté dicho, si ya no en la misma forma, en la misma sentencia. Y pues al curioso y docto se le dedican las novelas que llevan mi nombre, para diferenciar usaré en ésta el estilo

lacónico, esto es, conciso; mas no querría afectado. Juzgadle, que agradará á algunos ó por moderno en nuestro vulgar, ó por parecer ellos sabios; y, en el caso que me toca, será más dificultoso, por ser la acción y las personas que se introducen humildes.

Madrid, corte de España, mapa de los sucesos humanos, patria y habitación fué de Lamia y Delia, nombres antiguos que confirman otros dos modernos, tan conocidos hoy como ellos entonces. Hermanas eran, huérfanas quedaron, desemejantes en las inclinaciones, aunque algo semejantes en los pocos años y en las buenas caras. Lamia era menor de edad, mayor de astucias. Delia, contraria en todo; la mocedad libre; los tropezones de la gente ocasionaban á estas dos hermanas distintos pareceres. Vía Lamia válida la ceremonia y que los exteriores granjean el crédito, aunque lo contradigan los actos; dejábase llevar de su discurso; púsose hábito de beata, honesto y aliñado, que ayudaba más á la perfección de las facciones que á desfigurarlas. Blancas manos, modestos ojos, á veces atrevidos, con ser mesurados, tupido manto y, debajo de lana, corazón astuto; limpio el vestido, no menos oloroso, fiada en la sentencia común que el aseo no desdice en la santidad; en público hablaba contemplativo; en secreto lasciva, y entre amigas agradable.

Delia, con opinión al contrario, cintas, flores,

lazos y pendientes, trasladando á los tocados la primavera por Enero; puños al uso, muñeca libre, acicalado el rostro; matices de rojo y blanco bien partidos; jubones con oro, basquiñas y ropas alegres; pisar airoso y ademanes atractivos. Aficionaba Lamia eclesiásticos graves, ministros pretendientes y personas de madura edad y gobierno en la república. Llevaba tras sí Delia señores mozos, caballeritos libres y otro género de gentes llamados zánganos (perdonen los contadores el nombre, que yo no pongo nada de mi casa). De éstos y de aquéllos, ésta y aquélla, tenían número de pretendientes: desdeñaba en las veras Delia, admitía en las veras Lamia. Lamia menospreciando burlas, Delia menospreciando veras. Sin otro patrimonio las dos hermanas, por diferentes medios conseguían un fin.

Sustentábanse personas, casas y criados, ni moderado, ni superfluo. Favorecía Lamia á Ronsardo, francés de nación, profesor de la Jurisprudencia, buen pedazo de caudal en poder de los Fúcares y pretendiente de una plaza para Milán ó Nápoles. Ocupaba el estrado de día pocas veces y la calle ninguna; contribuyendo mucho y celando poco. Así los quieren todas; así se usan no sólo galanes, pero maridos.

Delia, burlona, alentaba pensamientos y concedía dudosas esperanzas, inclinábase á Fernando, contador, entretenido en nombre particular (ya queda apuntado el común); él solicitaba su

gusto; ella su casamiento. Duró la afición de Lamia para con Ronsardo, lo que su dinero; conoció flaqueza en su liberalidad, entibió los favores y limitó el amor, efectos de que se fundó en el interés.

Puso el deseo en Fernando, siendo traidora á su sangre (tanto puede una inclinación depravada); buscóle la ocasión, que suele hallarla quien la busca, mas pocos la logran. Bien pinta Alciato en su *Emblema* sus dificultades. Habló así Lamia y escuchó atento Fernando.

—Debes premio á mi amor cuanto yo me culpo de poco leal á mi hermana, y tú serás ingrato si no me correspondes. En esta casa no puedes alcanzar el fin de tu deseo sino con el de matrimonio. Delia es hermosa, rompe galàs, ocupa la ventana y á todas horas míranla muchos; vuelve con facilidad, si no el alma, los ojos, y está á riesgo de perder á quien se deja mirar: que hoy en la corte aquello que se conoce y ve, se juzga, no lo que está escondido; y á ti te basta proponerte la dificultad para que la huyas. De mi recato y vida te hago testigo, que no hácense propias alabanzas; y así excuso las mías, pues lo que en este rato palabras, en tiempo largo te han dicho mis obras.

Este hábito honesto, esta modestia este recogimiento que tengo, no mi gusto, mi honor es quien me lo enseña; y quien se vence á sí libre, mejor se vencerá sujeta á un hombre de tus

partes. Mi hacienda no es mucha; eslo mi calidad, no desdorada con falta de virtud; discreto eres y las causas que pueden obligarte y moverte he propuesto.

Este no esperado discurso oyó Fernando dudoso; reparó en la respuesta; movíale el amor de su Delia, persuadíanle las razones de Lamia. Respondió así:

—Facilidad descubre y menos prudencia quien responde á lo dificultoso inconsiderado. Delia es tu hermana, confieso libertad en su hábito, mas niégole en lo interior de sus costumbres. Concedo tus alabanzas conquistadas á los ojos de las gentes, con excusar tú lo que á Delia daña. La afición de los hombres, de los cielos suele depender, si no forzando, inclinando. Yo amo á Delia; dificultoso es aborrecer en instantes lo que se ha querido y quiere en fuerza de tiempo: este es sabio artífice y á él remito la fábrica de mi empleo. Granjea, Lamia, para que pierda conmigo Delia, si Delia no gana lo que pretende Lamia.

Entre esperanza y temor dejó Fernando á Lamia, quiso replicar; y estorbólo entrar Delia trocando en donaires lo que se trataba en juicio. Recibió el amante á su prenda, recatado más que otras veces; á caricias burlonas respondió veras y ponderaciones, dificultando aquellos efectos Delia, como ignorante de la causa. Abrevió el galán la visita, reconociendo por mayor peligro

hallarse entre los dos, que entre Scila y Caribdis.

Preguntó Delia á su hermana si sabía por qué la negó Fernando el agrado de otras veces; por qué no burlaba alegre, respondiendo mesurado.

—¡Ay, Delia; ay, Delia! (respondió la astuta Lamia). Enfrenar los vientos, quietar el mar, detener los ríos intenta quien pretende sujetar el ánimo del hombre; más vario que el tiempo, más inconstante que la fortuna y tan libre como su albedrío. Lo que hoy les agrada, mañana les fastidia; lo que hoy adoran, mañana lo aborrecen, y por lo que hoy dan la vida, mañana lo entregan al menosprecio. De éstos es Fernando: tus largas, tus remisiones, enfrían voluntades; que con los tiempos se mudan los gustos y aun las costumbres. Dilatadas esperanzas son hoy desesperaciones; y lo que en otro siglo posesión, es hoy esperanza: ya no alientan deseos, flores ni papeles no llegando á más; que con el uso ha perdido el amor las ceremonias. Fernando, como desesperado de las tuyas, trueca en mí su voluntad; si le desdeño, le despido; si le acaricio, te ofendo; si se va á no volver, pierdes lo granjeado, sujeta á mayor murmuración; si le entretengo, ha de ser á riesgo tuyo y mío: ¿qué me aconsejas, que á lo que preguntaste, respondo, y á lo que dificulto, pregunto?

Atenta estuvo Delia: entregóse al engaño, y entre enamorada y libre, ya arrojó á Fernando,

ya sintió el perderle. Usó palabras desdeñosas, favoreciendo con el alma; que tal vez pronuncia la lengua lo que contradice el corazón. Tras algunos discursos puso la resolución en manos de Lamia; hízola verdadero dueño de los medios con que pretendía sus fines; mas quien se fía de su enemigo en ocasión de su interés, á conocido riesgo se pone; más cerca está de perder lo que pretende, que de alcanzarlo. Llegó la noche; la cama ocupó Lamia en compañía de Ronsardo, Delia á solas la ventana. Sepultábase Madrid en las mayores sombras, cuando rompiendo el silencio en la calle una voz dulce, pronunció estos versos, que á mi ver hacen alusión al primer dístico de Ausonio en la epigrama á Venus:

Hanc amo quæ me odit, contra hanc: quoniam me [amat odi.
Compone inter nos si potes, Alma Venus.

Niño mal contento amor,
Da á la voluntad desdén;
Que donde le quieren bien
Allí ejecuta el rigor.
Ó ya infamia, ó ya furor
Es guía de sus acciones;
Calificando opiniones
En contra de la prudencia;
Que la razón de su ciencia
Se funda en sus sinrazones.

Allí se muestra enemigo
Donde es justo acariciar;
Porque á lo que ha de premiar
Da riguroso castigo,

Yo triste en quien más obligo,
Menos obligación veo;
Donde aborrecer deseo
Vive inmortal el querer:
Venus, entra á componer
Pleito en que el actor es reo.

Con dilatada esperanza
Tormento de amor recibe,
El que, cual Tántalo, vive
Cerca de lo que no alcanza.
Fugitiva confianza
Me anima y me desalienta;
El engaño me sustenta
Y habito en torres de viento,
En mi tormenta contento,
Y en mi bonanza en tormenta.

Desvaríos desiguales
Padece el enfermo amante;
Porque un frenesí inconstante
Es la cifra de sus males.
Con infalibles señales
Hago pronóstico incierto
Que este veneno encubierto
Obra por oculto modo,
Pues se pierde á veces todo
Por no conocer el puerto.

Hasta el aire pareció suspenderse, agradecido en apacible calma á los sonoros compases y acentos. Conoció Delia á Florino que los formaba, y conoció los versos por de Fernando; mas como oráculo de amor, fácil de pervertir el sentido, apenas quedó lugar para hacer juicio con mayor acuerdo cuando lo estorbaron (y el hablarse los amantes) nuevos instrumentos y voces, que acer-

cándose á la ventana donde estaba Delia, se pararon tomando la calle cantidad de gente. Fernando y Florino, éste con disgusto, aquél rabiando de celos, forzados desampararon el puesto, así por el número desigual de los contrarios, como por ser dueños de la camarada señores, que los tales en la publicidad de sus intentos fundan su deleite. Cerró Delia no de todo punto la ventana, dejando lugar á que entrasen por ella estos versos:

Brotar pimpollos, matizar con flores
Tierra y árbol vestirse de esperanza,
Cierta señal y cierta confianza,
Que el alma primavera vierte amores.

Turbar el aire densos los vapores,
Trocarse en las tinieblas la bonanza
Cierta señal de helada destemplanza
Que niega al sol mostrar sus resplandores.

Hijos del tiempo efectos son contrarios,
Hermanos sí y opuestos, providencia
En que el Rector del orbe se conoce,

Y en Lamia y Delia hermanas gustos varios
Puso el supremo actor; que diferencia
En una sangre el hombre reconoce.

Acabó de cerrar Delia su ventana al tiempo que cerró el último verso el soneto. Hicieron ruido los de la cuadrilla, y no hallando correspondencia, pasaron en busca de mayor agrado. Por gozarle en Delia, don Alonso, cierto caballerito pretendiente, ostentó su ingenio por la voz de Vasco, portugués, que pronunció estas coplas:

Atrevido es mi deseo,
y cuanto atrevido, noble;
que califica el objeto
la disculpa en los errores.

Marte á Venus aficiona;
por él á riesgos se expone;
que honoran la valentía
hasta los supremos Dioses.

Mostró ser hijo del Sol
el bien llorado Faetonte,
en regir (si en daño suyo)
la luz mayor de los orbes.

Aunque en vano, al cielo guerra
hizo el gigante disforme,
y sirvió de su verdugo
el propio tonante Jove.

Si por aspirar estrellas
audaz Ícaro perdióse,
su nombre escribió en el agua,
y vive eterno su nombre.

Villano aquel y cobarde
que al riesgo vil no se opone,
pues son premio las desdichas
en intentos superiores.

El intentar la victoria
en la mano está del hombre;
que es arrojarse al peligro
de valientes corazones.

Si muero sin alcanzarla,
no es bien mi nombre se borre;
porque obras de la fortuna
poco honor quitan ni ponen.

Volad mis pensamientos más veloces,
si desdichados, á lo menos, nobles.

La aurora, por las ventanas del Oriente, presurosa llegó á las palabras últimas, y por ser parlero testigo, huyó de ella don Alonso.

Ronsardo, como erudito, se acordó de la fábula del gallo; que el escarmiento es de prudentes. Dejó el lado de Lamia, porque no le dejase la opinión; y entonces Delia y sus amantes buscaron el reposo cuando otros el desvelo y el ejercicio. Duró poco el sueño en Fernando y su dama; el sol había corrido corta parte del día al tiempo que Delia escribió las razones que el sentimiento la dictaba, y con una esclavilla las remitió á Fernando; recibiólas (medio vestido), que decía:

«Si como formo los conceptos acertara á explicarlos, más letras ocuparan en este papel. Quejarme quisiera, señor Fernando, que la ingratitud, no palabras, espadas había de conceder contra los desleales; yo, que tan libre por tan honrada á nadie favorezco, no sé si rendida, puse en v. m. los ojos y los deseos que el decoro y el honor permiten á una doncella noble. Y cuando finezas me prometían premios, el que hallo es ofensas con mi propia sangre. Basta para entenderme; y para consolarme el tiempo que ejecutando v. m. lo que desea me dará no pequeña venganza. Lo que yo pido ahora es un desengaño; no me le niegue v. m., á quien guarde, etc.»

Muchas veces pasó la vista Fernando por estos renglones; quiso satisfacer por escrito; revolvió en la imaginación fantasías y desechólas

todas. Parecióle mejor resolución la de cara á cara. Acabó de vestirse, y haciendo guía la mensajera, siguió suspasos.

Fué en sazonada ocasión la entrada de Fernando; porque Lamia, con su acostumbrada ceremonia, estaba en la iglesia.

Recibió Delia á su amante con torcido rostro, semblante mal contento y ásperas palabras, diciendo:

—¿Es posible que no baste ofenderme, sino desestimarme? ¿Es posible que solicitando á mi hermana para casarse con ella se ponga delante de mí hombre tan ingrato? Acaba, traidor, acaba de serlo, y hasta que toques tu desdicha no creas te desengañe de ella.

—Menos rigor (decía Fernando), menos rigores contra quien no te ha ofendido. Delia, oyéme y hallarás en tu desengaño mi disculpa; quien te es traidora es tu hermana; ella me persuadió á que fuese su marido; negué su petición, y á ese propósito cantó anoche Florino las décimas que oiste; esta es la verdad, que no la tuya. Juzga ahora quién ofende y quién es el ofendido; yo lo soy; que tu libertad en el vestir y dejarte celebrar de tantos, desdoran tu honor y á mí me abrasan celos.

No dió lugar Delia á más razones; que las iras de los amantes son nueva paz de amor conformes y desengañados. Para asegurarse Delia pidió cédula de casamiento á Fernando; y él, por

satisfacerla, se la dió; y á tardarse Lamia, quedara consumado el matrimonio. Fuése el galán (¿quién duda que si gozara, fuera arrepentido?); las dos hermanas riñeron su pendencia; aunque Lamia, sagaz, dijo:

—¡Ay, Delia mía, y cuánto aprovecha para respetarte ser mi hermana mayor! ¡Qué mal conoces las trazas y los engaños de los hombres! A todos blancos tiran; gozosos en el que aciertan y burladores en el que no alcanzan. Fernando te engaña con promesas y papeles, y á mí quiere engañarme y obligarme con obras. La traza de la cédula ya me la había dicho; la cautela también, pues deja ante escribano una protesta hecha, de que la da forzado para evitar mayores escándalos; porque su verdadera voluntad es que yo sea su esposa.

Y como no puede conseguir esto sino con maña, estorbándolo tú, usó de artificio semejante, bien creo yo comunicado con hombre de letras. Mira lo que me debes, pues no te callo los más íntimos secretos. Mas déjame trazar, que yo abreviaré tu satisfacción. Dame esa cédula, que Ronsardo, como tan curioso, trocará los números de la fecha de suerte que, anticipándose al día de la protesta de Fernando, cuando de ella valga, le sirva de reconvención y testigo contrario.

Yo, hermana mía, no estoy ya en tiempo de casarme; perdí aquello que las mujeres llamamos nuestro honor. Troqué las galas en este saco, las

invenciones y adornos de la cabeza por estas tocas, y mañana entraré en un monasterio, y el no estarlo hoy es porque, si bien á riesgo y pérdida de mi honra en lo secreto (no en lo público), sustento esta casa ó la mayor parte de ella; que es ley sin ley á la que obliga la necesidad.

Dificultó Delia el entregar el seguro de su matrimonio, diciendo que en su presencia se hiciese la tropelía. Concedió Lamia, remitiendo á aquella siesta el efecto. Delia creía unas veces, otras dificultaba, y de lo uno y lo otro la nacían temores. Llegó al señalado tiempo Ronsardo, prevenido de Lamia y persuadido que según el estado presente; él falto de dinero, ella caminando á la edad mayor á riesgo de perder la honra, que en la opinión de los hombres tenía granjeada con su recato, era el más acertado medio casarse, que así no faltaría á su amor, pues quien doncella sin serlo lo sabía ser, mejor casada sería adúltera en lo interior, leal al crédito común de la corte.

Propuso la persona de Fernando, trayendo en su abono la seguidilla:

Cáseme mi madre
con un contador, *etc.*

Ronsardo, necesitado más que persuadido, aprobó el parecer de Lamia, resueltos entrambos que la violencia supliese lo que á Fernando le faltaba de querer.

Los conjurados se fueron á Delia, y tomando

Ronsardo la cédula, dijo que para enmendarla era menester ciertos polvos, que primero gastarían la tinta y luego sería fácil la enmienda.

—Tráigalos v. m. (dijo Delia), que la cédula no ha de salir de mi mano.

Ronsardo, antes que la sacase de las suyas, diciendo que él andaba siempre apercibido, sacó de la faltriquera una bujetilla, y de ella echó en las letras ciertos polvos que comen la tinta y manchan el papel de modo que no deja leerse; y para deslumbrar, señaló primero con tinta fresca los números. Y dando á entender á Delia que en aquella parte sola se obraría el efecto, la volvió el papel, y ella, cuanto inadvertida, experimentada de muchas curiosidades que en otras ocasiones había hecho en su presencia el francés, creyó con facilidad el engaño.

Llegó la noche, y Lamia envió la esclavilla á Fernando en nombre de Delia, avisándole que á las doce viniese á la calle solo, que ella le aguardaría en la puerta y le daría la entrada que le había prometido. Creyó el amante el recaudo; y Delia, confiada, descuidó en el remedio.

Llegó la hora, vino Fernando puntual, entreabrió Lamia la puerta, ceceóle, y como el deseo demasiado y los favores á la vista engendran inconsideración y aun valentía, ciego el galán, sin advertir el riesgo, entró.

Apenas cerró Lamia la puerta cuando la jus-

ticia (que tenía prevenida el cauteloso Ronsardo en un zaguán oscuro) llamó; Lamia, como avisada, abrió al punto; entraron en tropel alguacil y ministros. Hallóse Fernando cuando entendió con su Delia, con Lamia al lado. Delia, como solía, cuidadosa por ver, si acudió su galán como siempre á aquellas horas, ocupó su ventana á tiempo que salió de su casa tropel de gente; pretendió examinar el caso y no lo hizo, remitiéndolo á la conjetura, en que se yerra las más veces. Juzgó que, inadvertida la criada no cerró bien la puerta de la calle, y como acontece en Madrid, algún hombre y mujer se entraron á tiempo que los viese la justicia y que éstos serían los presos. Mas no lo eran sino Lamia y Fernando, á quien llevó el alguacil ante un teniente; ella diciendo que le debía su honor, y él afirmando con juramentos lo contrario. Clamábale ella por su marido; negaba él; ella estaba alegre imaginando por cumplidos sus deseos, y él triste lamentando el frustrarse los suyos. Dieron sus quejas ante el juez; oyólas con severidad, que la prevención de Ronsardo no olvidó en disponer el ánimo del teniente; el cual, llamando reos á Lamia y á Fernando, éste le mandó poner en la cárcel y aquélla volverla á su casa. Ejecutóse el decreto; quedó preso el galán sin culpa, y la dama culpada se volvió libre: no es la vez primera en que se castiga el inocente y se premia el culpado. Llegó á vista de Delia la

cautelosa Lamia, torciendo las manos, enlazándose los dedos, dejándose caer sobre el estrado, arrancando suspiros, y tras estas prevenciones diciendo:

—Rigurosa fortuna, suerte inadvertida, donde te llaman te niegas, donde te niegan allí acudes. ¡Triste de mí! ¿Qué haré? ¿Cómo guiaré mi suceso? Perdí la opinión que tan trabajosamente conservaba. ¡Ay, Delia! ¡Ay, Delia, mía! Que aguardando yo á Ronsardo como suelo para que entrase, entró por mi galán el tuyo, y casi tras él la justicia; que algún curioso ó alguno de los que traes pendientes de tu bizarría habrá seguido las entradas de Ronsardo. Cuando vi luces y alguaciles turbéme, y atajado á más aguda traza el discurso, no hallo para acudir á lo que más importaba otro medio que llamar á Fernando marido, fiada en sus promesas; necio de él, nególo, que á concederlo con mayor blandura se encaminara; empeñada yo, afirmé siempre; él, inconsiderado (quizá por la cédula), contradecía; queda preso, agravando su delito un papel tuyo que el alguacil halló en su faltriquera; allí das evidentes razones que pretende mi casamiento. Juzga tú mi recato en mi favor, contra ti tu galantería, el vestir libre y desautorizado, el papel escrito de tu letra y confesando á Fernando con la culpa que se le imputa. ¿Cómo saldremos de este laberinto? Que yo, para no perder mi honor, sólo se me ofrece un remedio; mi

hermana eres, tu sangre soy, mi honor es tuyo como el tuyo es mío; si ahora volvemos atrás, yo quedo perdida y tú á mayor riesgo, y si Fernando se casa conmigo, todo se enmienda, que á ti te sobran maridos y de más calidad. Don Alonso te pretente, mozo gallardo y bien nacido, y que mañana heredará á sus padres, y si hoy lo sintieren, lo abrazarán otro día. Enamorado se confiesa, y en tu mano está ganarle. ¿Qué me respondes, que estoy confusa?

—Más lo estoy yo (respondió Delia); más lo estoy yo, traidora hermana, que ya ni obligaciones de sangre me fuerzan, ni en pundonores reparo; yo tengo defensa y con ella descubriré los engaños.

Corrió á su escritorio, sacó su cédula, halló perdido el color la tinta, oscurecidas y borradas las letras de tal suerte, que era imposible leerse. Allí afirmó las traiciones de Lamia, perdió los estribos la paciencia; allí rasgó los aires con quejas y suspiros. Lamia pretendía consolarla echando nuevas sombras á su mal trato. Atribuía á error lo que fué aviso; disculpaba á Ronsardo el intento y culpábale el acto. Ultimamente, procurando nueva astucia para sosegar á Delia, con seguridad de que gozaría por esposo á Fernando, Delia concedió por entonces, sagaz y escarmentada. Sosegaron aquel día, no entero; trocó el hábito Delia, determinada á romper los mayores peligros; y, con solo una criada, se fué

á la cárcel, donde Fernando aún no acababa de admirar su fortuna.

Dióle cuenta su dama de las traiciones de Lamia, y cómo eran todas guiadas por Ronsardo; descubrióle sus amores y de otros, que en lo oculto gozaba; que la pasión, las ofensas, al tiempo se parecen en descubrir sus secretos. Fernando hacía nuevas admiraciones, juzgándose en nuevos aprietos; á causa de que los amigos de quien procuró valerse para consejo y amparo, la mayor desesperación qué le ponían era decir que Lamia vivía honesta en sus acciones y en los trajes, no hallando contra ella causa para jurar; que á ser Delia, era libre en vestir, alegre en los ademanes y festejada de músicas y paseos.

Reducido con estas persuasiones, estuvo cerca Fernando de conceder lo que pretendía Lamia, y así Delia no halló en él blanda acogida, antes despego. Preguntó Fernando por su cédula; atajóse la dama; despertó mayor curiosidad en el galán, á quien dió aviso de la maldad de Ronsardo, con los polvos que echó en ella, mostrándola y pidiendo otra, pues con ella desharía el concepto engañoso del juez. Fernando dió tibias esperanzas á Delia de hacer lo que le pedía; aunque en premio de que le advirtiese á qué hora se veían Ronsardo y Lamia, con qué señas, con qué medios se comunicaban; y como la desesperación y la ira nada niegan á la venganza, por conseguir la suya, confesó Delia cuanto deseó Fernando.

Despidiéronse los amantes; llamó Fernando á sus amigos; encargóles la negociación contra Lamia; y anduvieron tan solícitos, que á pocas noches cogieron juntos á Ronsardo y Lamia, con que se halló libre Fernando de la prisión y la querella. Corrió la voz; declaróse por la corte y escribiéronse hartos versos, que excuso referir, contentándome con la epigrama de Ausonio, fundamento de esta novela:

Admirámonos, Delia; es admirable
ser tan desemejantes tú y tu hermana;
aquesta, hábito casto, y nada casta;
tú, en el vestido igual á las rameras;
tú, casta en las costumbres; de aspecto ella;
á ti el hábito daña y á ella el acto.

Días pasaron en volver Fernando á los amores de Delia; mas ella, reconociendo su error, enmendó el traje, y Lamia (corrida) sus costumbres, entrando en religión; con lo cual Fernando, obligado y enamorado, fué esposo de Delia.

NOVELA CUARTA

De la hermanía.

Enseña cómo los hombres y mujeres de mal vivir son siempre gente baja, y que su vida es más de brutos irracionales que de hombres, y cuán infames son las satisfacciones de sus agravios y cuán á riesgo está el pundonor de los que se valen y tratan con gente perdida.

CLAUDIANUS: *Paneg. 2.*

Lujuries prædulce malum, quæ dedita semper.
Corporis arbitriis ebotat caligine sensum.

SENTENCIA es de Claudiano (dijo Celio) que todas las veces que ocurre en mi memoria, trae consigo la causa de que esta gente perdida, así hombres como mujeres, sean tan bárbaros, tan torpes en el discurso y lenguaje y todas sus acciones; y he mirado con particular acuerdo que

la Venus desordenada, la impúdica concupiscencia, es la causa de que estos tales, teniendo naturaleza noble de hombres, se transforman en bestias; y tan contentos con su miserable estado, que lo juzgan por felicidad; que bien lo dió á entender Homero en aquella transformación que hizo Circe de los compañeros de Ulises en puercos, á quien levantó de punto Plutarco en aquel diálogo tan excelente entre Circe, Ulises y Grillo; y el Ariosto, penetrador de afectos morales que juzgó en los alegóricos, excedió á todos los de su tiempo en la Alcina y prisión amorosa de Rugero, también nos hizo el mismo retrato.

Y á esta misma causa, sin duda, frecuentaba Sócrates, cual Jenofonte refiere en sus dichos, que los hombres incontinentes y perdidos no difieren de los brutos; la razón natural nos dieron Aristóteles en el libro primero de *Gen. anim.* y otros muchos autores; y aun las historias nos ponen hartos ejemplos delante de los ojos, de la torpeza de gente, que sin atender á vivir como hombres de razón, caminan por la perdición y que es menester referirlos, pues al grande sabio le enajenó de suerte este vicio, que una mujer le hizo idolatrar.

—Basta (añadió Montano), que me necesitáis á imitar en mi novela este género de gente: pues estadme atento.

Cantaré de un jaque ilustre...

A Sevilla, centro común donde se terminan

las líneas de la rufianería (á quien ellos llaman hermanía), donde asiste su Macareno ó Prioste, donde se derrama la huncia, donde se vierte el poleo, donde se califican los jayanes, donde se gradúan las marquizas, donde se examinan las flores y donde toda cicatería se avizora, llegó un hombre calzado de frente, espeso de barba, crecido de bigote, relampagueante de ojos, de una ceja (porque las dos se comunican tanto, que más parecía una), ancho de espaldas, recio de brazos, rollizo de pantorrillas y nervioso y velludo todo el cuerpo. Era torpe de lengua, precipitado en las acciones, arrogante en las palabras y en todo la soberbia misma. Apenas pisó el Arenal, la Heria, el Compás y, últimamente, el Corral de los Naranjos, cuando llegándosele camaradas,

> Se fueron de consuno á la taberna,
> do se dan seis cuartillos por azumbre.
> Bebióse con mojama, que es legumbre,
> que hace que se arda la lanterna.

Echóse (como ellos dicen) de la hoseta; contáronse hazañas y valentías, haciendo las acciones de las pendencias, sacando las espadas, refiriendo las palabras y enseñando las tretas. Sólo Morón (que así era el nombre de nuestro bravo) no garló mínima; hasta que preguntándole todos la causa de su venida á aquella ciudad, respondió así:

—Sabrán vs. ms. que soy natural de un lugar

que se llama como yo; mis padres me criaban para clérigo; y porque con esto del latín no me entendía, me enviaron á Osuna, donde nunca pasé de *musa musæ*. Parecióme bien una hija de un mesonero, ojinegra y despalmada; miróme la moza de buen ojo y yo apechugué con ella. Acertólo á saber un hermano suyo, hombre de la mar y grumete de la capitana de la armada; jugaba la negra, escupía en corro, y era, como dicen, el gallo del pueblo. Sacóme al campo y díjome: «Señor Morón: yo soy hombre de bien y mi padre cristiano viejo; el caudal no es mucho, porque somos muchos; vuercé anda con Marianilla y aun me dicen que la tiene á cargo su honra, y se ha de casar con ella ó se ha de matar conmigo». Yo, que vi la arrogancia y que ya sabía desenvolverme, le respondí: «Señor Pintado: todos somos hombres de bien, y yo no trato de casamientos, porque me viene una capellanía de doscientos ducados; y aunque tengo ya veintidós años, porque no me la lleve otro primo, estudio latín; vuercé es honrado, que aquí nadie se lo niega, y eso de Mariana, quien se lo ha dicho es un gallina, y si tenemos algo, no es para lo de Dios». El hombre se amostazó con esto, y quiso amedrentarme, y dímonos de las astas de lo famoso; metióme uñas arriba, huíle á ella y díle una cuchillada que le abrí un jeme de casco; volvió á afirmarse diciendo: «Tente, perro, que me has muerto.» Yo, callar y apretar los puños.

Supo la justicia el desafío y vino á prendernos; yo, en columbrando gente, tomé las de Villadiego, y el otro, mi contrario, también. Llevaba, según me dijeron, tres heridas, y la de la cabeza de muerte. Yo salí con dos picadas de mosquito.

Entró en su casa Pintado y quiso matar la moza; ella se escapó y se fué á la mía, diciéndome que la justicia nos buscaba á entrambos; y par Dios, tomo y vengo, y ¿qué hago? Ahorco la sotana; y, con la moza en una yegua de mi huésped, y con doscientos reales que le saqué de un arca, me vine á Sanlúcar con ánimo de irme á las Indias, porque tuvimos nuevas que mi contrario se moría. La moza es diablerica y se hizo á todo ruedo, y en menos de un mes tomó el oficio; que como al hombre se le acabó la mochila, Mariana se puso á ganarlo en la casa pública y, en menos de tres meses, me artilló desde el ganión á los calzorros; merqué un valdeo barcelonés y una hoja valenciana que me ha sacado de hartas.

Allí tuve otra pendencia con un lacayo del Duque, y contento me retruxe en Santo Domingo; vino mi hembra y díjome que tan buen pan y mejor era el de Sevilla. Aquí ha medio mes que estamos ella y yo en mucha quietud; porque la moza tiene labia y me quiere bien y lo hace como honrada, aunque un corchete, que me dicen se llama Chaves, me ha dado un poco de humo á

narices de dos días á esta parte; que mi trainelillo me cantó la sorna. Dícenme que en Madrid los corchetes son unos cuitados, y que hay buen dinero y no es menester andar por casas de otre respetando al padre, contemporizando con la madre; que aunque Mariana Pintado (que por eso la llaman *la Pintada)* es apacible para con los hombres, es un demonio con las hembras. En la corte con un aposento en buena parte, alquilar unos guadamacíes y tener huera hombre como yo, me han dicho que es un Perú; que sólo hay que temer los alguaciles y escribanos, que son mala gente y persiguen á uno hasta la mata, y con eso no hay tanta libertad como por acá tenemos los del trato. En aquí vorcedes mi cuento; la Pintada ya la conocen; con que está conocido todo lo que me toca.

—Ya yo sé (dijo Truchado) que huercé es Cid y peleó el otro día en el Arenal muy alentadamente, aunque me dicen que los contrarios eran seis ó siete madalenos; gente que, en ajándolos el cuello, está hecha la pendencia. Lo que es irse á Madrid vuercé por ahora, no lo apruebo; que la flota vendrá mañana y todo es cuento para Sevilla con flota. La Pintada tiene buena opinión y, á gente de refresco, no se ha de dar manos á tomar dineros; y eso de la corte es menester entenderlo, porque agarran á uno y de un boleo le envían por escribano de la mar (ya entienden vuercedes, sin sueldo y con pluma de

palo), y esto de gurapas, ¡libera nos, Dómine! Yo estuve en Madrid más de tres años y llevé una moza de Burgos como una galera, ojizarca, pelibermeja, blanca como un alemán y, sobre todo, grande bailadora y de las primeras en mi ánima que cantó aquello de «Venga el padre del alma», que hacía, cuando lo repicaba, rajas á un hombre. Puso su casita como dice Morón, y dentro de pocos días me dijo: «Amigo de mi vida, todo esto es laceria: yo fuí la otra tarde en casa de una viuda, mujer mayor, que me descubrió bravas cosas y enseñóme á lo claro que más hace un buey que cien golondrinas; que yo era moza y tenía buena cara, y ella me daría seis mudas para las manos y otras tantas lanillas para la tez y me sacaría de cantones á tratar en grueso, y veo que dice la verdad, pues en tres particulares de aquellos de «no lo sepa nadie», se hizo la partida con que te di el vestido terciopelado y yo saqué el jubón de tabí; y así, hermanito, estoy determinada á salirme de la calle del Prado y tomar una salita y alcoba á los barrios de San Francisco, que desde allí me acomodará la buena señora, y tú podrás estar, pan y cuchillo, sin tanta zozobra de justicia, y ya yo estoy cansada de ser mala mujer y querría recogerme á más honra, pues soy hija de buenos como sabes, y el otro día topé en la calle Mayor, trabajando, á mi primo el guarnicionero». Creíselo todo é hízose lo que quiso. A cosa de tres meses, cierto hijo

de vecino dió en entrar en casa y gastar su dinero, y esto de la comunicación es el diablo; como nosotros no damos sino bofetadas y puntapiés, aunque es la salsa que las aviva el apetito á largo tiempo; y con otro más blando que hoy dé la comida, mañana el almuerzo y al otro día la gala, nos descartan á dos por tres. Así lo hizo mi hembra, que ella misma dió el soplo; y una noche nos agarraron y nos pusieron en la trena, donde cantó á los señores de la sala toda mi vida y milagros; y por favor de buenos no fuí al espalder (que tales cuartos tengo), y todo paró en cierto cuidadillo y destierro por diez años. Salí y busqué antes de venirme la traidora que me la pegó de puño, para pegársela por la cara, mas hundióse, que nunca di con ella; tuve ocasión de venirme por traer en mi compañía á Antoñuelo, que le hicieron danzar al poste y salió también desterrado; y como el muchacho es águila que nada ven sus ojos que no alcancen sus uñas, quise no dejarle; en fin, aquí se pasa, y de cuando en cuando cai alguna cuchillada, algún antubión ó algún otro género de venganza, que se paga razonablemente; y aunque no se toca por entero, porque la cofradía se lleva un pedazo, con los percances de otros, se sale todo allá.

—Ya sabrá Morón (dijo Centella) todo el arancel; no hay para qué referirlo, sino vamos á lo que importa. Ese corchete me dicen que tiene por flor en viendo una nueva que se corre bien,

tratar de asirla, y en Triana tiene una vieja hechicera que llaman la Bustamante, y ésta le da no sé qué untura, hecha, según he oído decir, con sebo de cabrones y otros adherentes con que se han visto grandes cosas, y yo hablo de experimentado que me quitó una saladera recién venida de la Almadraba, que no había tal censo de por vida: hélo querido dar pesadumbre de importancia y anda con camaradas siempre.

—Déjelo vuerced (dijo Morón), que aquí le daremos su recado; y pues estamos de consumo y hemos tocado huesos, mañana en Triana, en casa de la Maldegollada, que ya por vieja trata de acoger, llevaremos nuestras hembras y nos comunicaremos á lo largo, que la anciana ahora no tiene huéspedes.

—Quede así (respondió Truchado); venga el enjuagadientes.

Con esto se bebió de refresco y se deshizo la compañía; cada uno acudió á su paraje, corrió sus postas, examinó sus chulos, pidió cuenta á sus hembras y se fué (como ellos dicen) á trabajar lo encomendado; esto se entiende alguna cuchillada ó puñalada, etc.

Otro día quien ganó la palmatoria en casa de la Maldegollada fué la hembra de Morón con su trainel, cargado con su cesta y bota. Salió la vieja á recibirla con una toca más negra que barrendero de horno, una ropilla de bayeta de manga justa, mostrando la camisa por varias

partes, una saya de paño pardo y en ella grande cantidad de manchas, zapatos de ramplón y calza de estameña colorada. Echó los brazos al cuello de la Pintada, y llegando su cara á la suya, dijo:

—Bien venida, hija de mis entrañas, bien venida, que deseaba ver tu buena cara; buena dicha tengas. Entra, amores, que esta casa será tuya, y no hayas miedo á que los huéspedes de la flota ninguna te la gane.

—Guárdela Dios, madre, que eso tengo por servir, y cuando lo haga no soy de las que lo hacen peor con quien me hace merced.

—Descarguemos este angelico (replicó la vieja), que viene sudando el pobrecillo.

A este punto entraron la Marfuza y la Zaragozana, cada una con su chulo, su cesta y su bota. Salió la vieja, reconoció la gente y abrió la puerta. Dierónse la bienvenida, y sacando á un patinejo dos esteras de anea, se sentaron todas; y la Marfuza, como hembra de edad y desenvuelta, comenzó la plática diciendo:

—Por ti se hace la fiesta, Pintada mía; y si hasta aquí nos habemos hecho mala vecindad á causa de que, por nueva, te lo llevas todo, ahora habemos de ser finas camaradas, que Centella y tu hombre me dicen que comen y beben juntos.

—Y yo y el mío, ¿quedámonos en el paradero? (dijo la Zaragozana). Todos son amigos, y todas somos y habemos de ser amigas; y entretanto

que vienen los bravos, venga panderete y escoba, y cortando la cólera con sendas veces, se puede enviar el diablo para puto.

—Saca el corcho (dijo una mozuela), y tú, Marfuza dales á estos angelitos de una hogaza y queso de Flandes y su tragada, porque vayan á aprovechar el día, y yo los miro con ojos de que todos son unos sacres; y á Dios, amores, que jayanes he visto yo de menos; que en la casa de Toledo fué mi chulo el Zurdillo, y cuando ahorcaron en Valladolid á mi malogrado, le hice yo hombre y le traje conmigo más de cuatro años hasta que el bellaco se metió con una mulata en Córdoba, y allí le azotó el teniente por una resistencia, y después lo ahorcaron en Sanlúcar, y murió como un Héctor, dejando harto buena fama.

—No nos mientes cosas de pesadumbre (dijo la Marfuza), que me asusto en oyendo horca, después que padeció en ella mi mulato.

—Vayan seguidillas de las de ahora (dijo la Pintada), que no es daño morir como bueno; y donde uno sale otro entra.

Y tocando el pandero una, y rascando otra la escoba, y la otra dando con una cañuela en los ladrillos, tras brindarse sendas, cantaron así:

La Pintada.

De todas las que viven
la vida airada,
la que no es cicatera
no vale nada.

La Zaragozana.

Mala Pascua le venga,
que no tenga otra,
la que á hijo de vecino
se le aficiona.

La Marfuza.

Son los hombres del trato
como los huevos,
que en guardándolos mucho
saben á güeros.

—Todo está en su punto (dijo la Maldegollada); pues con lo que cantáis burlando que llegaba á saber una hembra, no había quien con ella se apoderase. ¡A lindo tiempo el pasado!, cuando paraba todo en aquello de «¡vive Dios y reina, que es gentil hombre!» Y

Con lo que ganare
en esta manflota,
mercaré yo á mi rufo
su espada y cota.

Ya todos los secretos andan comunes; perdóneselos Dios al primero que dijo:

Con los hijos de vecino
poquita conversación;
que entran por la bocamanca,
salen por el cabezón.

Y los demás avisos de este cantar; que después que estos poetas han dado en decirlo todo en copla, no hay treta que no se alcance con moderada socarronería.

—Por eso valen tan baratas las alcahuetas (dijo la Marfuza), y no vemos una mitra en diez años. Mas ¡ay!, á la puerta llaman, y serán nuestros hombres.

—Quedito (dijo la vieja), que yo saldré. Por mi santiguada que son ellos.

Abrió la puerta, entraron todos y cada hembra se colgó del cuello del suyo.

—Bueno está, bueno está (dijeron á un tiempo); sentémonos y saquen vuarcedes lo que tienen de prevención y diez trancas á la puerta, porque nos ha seguido un corchete.

—¿Qué corchete, preguntó la Pintada?

—¿Saberlo querría la cabrona? (respondió Morón), y alzando la mano la dió una bofetada; y ella, levantando la persona y el grito, empezó á decir:

—¡Justicia contra este perro, que sin causa me trata de esta manera!

Entró de por medio luego toda la gorullada, y jurándosela desde lejos entrambos, se trataron las paces, y la vieja metió el montante diciendo:

—¡Ay, hijo mío, y qué colérico eres! Bien parece que lo empiezas ahora; pues por una palabra que no la dijo á mal hacer, te alteras tanto. Anda, halágala, que es una cordera y no hay gusto como el que se tiene tras una pesadumbre.

—Agradézcalo á las camaradas y á la ocasión (dijo el bravo), que por eso tengo esta cortesía.

Con esto fué á ella, que entre sollozos y respingos hizo las amistades. Sacáronse las cestas; tendiéronse los paños con que venían cubiertas, encima de una estera; vertióse grande cantidad de naranjas y pimientos verdes, pedazos de queso, hogazas de gandúl, albures fritos, lomo de puerco asado, rábanos y aceitunas.

Puesto á la vista y sentados todos, se dió principio al almuerzo, y á cada bocado se brindó su vez; calentóse la gente, y á poco rato se dieron con lo que comían por los hocicos; se bebió en un zapato, arrebataron cuál el albur, cuál el queso, cuál el lomo, y las ninfas otro tal.

En esta bulla estaban, cuando se tocó á la puerta, y todo hombre volvió en sí y pasmó. Dieron mayores golpes, y toda persona agarró sus armas. La vieja, que sabía en qué solían topar aquellas dificultades, dijo:

—Nadie se menée, sino dejarme hacer.

A esto, golpes y más golpes. Salió la Maldegollada; reconoció por entre la puerta, y sin abrir, tornó con el dedo puesto en la boca y ha-

ciendo señas que se entrasen todos en la bodega; ellos y ellas lo hicieron temblando, y la vieja salió; abrió la puerta y entró por ella un mancebito galán; cuellos, puños, ligas y cintas de los zapatos, todo muy chico. Habláronse en secreto, y á poco tiempo llegó una mujer tapada, con un manto de anascote y una mulata de la mano, y así cubiertas, la vieja entró al galán y la señora en su aposento, cerrándolos, y á la mulata la acomodó en otro aposentillo que estaba en el patio, diciéndola:

—Amiga, no se espante de lo que viere; que hombres y mujeres son todos y no moneda falsa.

—No me espanto yo de ver volar un buey, dijo la mulata.

Fuese la vieja á las rufianes y sus hembras, diciéndoles:

—Ya pensarían que estaban agarrados los pobretes; salgan, salgan.

Salieron todos llenos de telarañas y basura, mirándose unos á otros, haciendo visajes, señalándose con el dedo y dando risotadas. Sosególes la vieja, y díjoles:

—Hijos de mi alma, abreviar, que ya han negociado y es menester que negocien otros. Quien entró fué el hijo del veinticuatro de cal de Abades con doña Estefanía, la que hace ahora ruido y rumbo y la tiene por su cuenta aquel mercaderazo rico de cal de Francos, y ella quien se la ve arrastrando telas y tabíes y estuvo en el barran-

co de Valladolid, después que se mudó la corte. La prendieron en Madrid con aquella cuadrilla de ladrones famosos, que de ellos [fueron] ahorcados, de ellos en galeras. Esta moza tuvo ventura; que se escapó con muchas galas y dineros y solamente la pasearon por las acostumbradas. Paró en esta ciudad y vive como una reina; que para hacer un peso falso se lo pagan muy bien; hoy ha venido á valerse de mi casa; lo que se ha de hacer, pues se ha comido el pan, deshacer la compañía.

—De buena gana (dijo Centella), en comunicando cierto pecadillo.

—Váyanse las hembras (dijo Morón), que luego nos iremos todos.

—Vayan, dijo la vieja.

Fuéronse las mozas, y en tanto que se limpiaban y componían, se comunicó un hurto famoso que Centella había estudiado contra un amigo suyo, á quien solicitaba ocasión meses hacía; aprobóse el parecer, y acabada la dulce plática salieron á la calle y á sus paranzas.

A poco rato se volvieron á dar á la puerta mayores golpes. Salió la vieja y reconoció un alguacil con número de corchetes. Hicieron abrir y comenzaron á visitar la casa, y preguntando Chaves por Morón y sus compañeros. La vieja harto hacía de deslumbrar la entrada de los aposentos ocupados; mas Chaves acertó á entrar donde estaba la mulata, y ella, con lindo despejo

(que bien le conocía), poniendo el dedo en la boca, le apartó y dijo:

—Amigo de mis ojos: no haya más ruido, que aquí me tienes para servirte y no de poco provecho; porque sabrás que Morón y la Pintada, con Centella y Truchado, que á todos los conocí, han tenido bureo aquí esta mañana y ya son idos; mas avísote que han trazado un hurto para esta noche de madrugada contra el clérigo del Candilejo; ya sabes quién digo.

—Bien caigo en él, dijo Chaves.

Y la mulata, en pocas palabras, hizo dueño al corchete de todo lo trazado, y en pago le pidió que acomodase con el alguacil la partida de su ama y el hijo del veinticuatro.

Prometióla Chaves, y por presto que lo quiso remediar, ya los tenían á la vista medio vestidos, medio desnudos. Trató Chaves de la composición é hízose todo dinero (que es el fin á que miran semejantes ministros, que no á limpiar de vicios las repúblicas). Con esto se fué el alguacil y la corchetada, y el madaleno quedó corrido, porque se divulgó el modo con que le hallaron y la casilla de la Maldegollada por toda la ciudad.

Supo Morón que Chaves le procuraba dar pesadumbre, y trató la venganza aquella misma tarde, haciendo que la Pintada se fuese en casa de Bustamante y desde allí lo enviase á llamar porque tenía deseo de verse con él. Púsose luego por obra, y apenas el chulo le dió aviso cuando

vino volando; halló á la Pintada y alegróse lo posible, despachando por vino y aceitunas y algunos camarones. Mas duróle poco el sosiego, porque la Maldegollada vino á la puerta, y llamando á la Bustamante la entretuvo, hasta que Morón y sus camaradas, con determinación, echando á rodar las viejas, entraron dentro, y atrancando la puerta, asieron del corchete y le desnudaron en cueros, empezando Morón á sacudirle con la petrina. Mas Centella, que como más antiguo sabía las que les podía hacer, mostrándose parte de Chaves, diciendo que si él entendiera que contra él le llamaban, antes tratara de gastar seis azumbres y dos quesos que de hacerle mal; habiéndose llevado algunos azotes, le soltaron, diciéndole Morón que no entrase ni saliese con su Pintada, so graves penas. Aceptó el corchete y salió escotado y no comido (á su modo de hablar), agradeciendo á Centella el librarle de aquel trabajo, aunque deseoso de la venganza.

Sucedió, pues, que apercibidos los conjurados para el hurto que deseaban, vinieron en casa del licenciado Antolínez, el cual era un viejo más miserable que el de Segovia; vestido á lo del año de dos; unas calcitas de gamuza con sus medias de lo mismo, pegadas, y un jubón con más peto que trai un godo en la corte, entre oficial y paseante y más grasa en él que un coleto de pastelero.

Habitaba solo el tal licenciado en una casita pequeña, mas entre mucha vecindad, y así á la

primera voz se juntaba gente, de modo que muchos de los más famosos ladrones dieron siempre el golpe en vago; porque la llave de la puerta no valía contra ella maestra, ni ganzúa, ni barreno, á causa de ser en cierta forma y estar la puertecilla barreada y chapeada con pedazos de hierro y callos de herraduras. Mas la camarada, que era la flor de la canela, á las mayores dificultades mostraba mayor determinación; y Centella, que hacía dos meses que frecuentaba grande amistad con Antolínez, sacándole á holguras, haciéndole banquetes y dándole percances, deseando pagarse de una vez, miró acordadamente que el licenciado Antolínez, como era verano, colgaba sus calcillas á una ventanita para que las diese el fresco y las desvaporase el aire. En éstas fundó su felicidad; porque habiendo tratado con el viejo que fuese á decir una misa á ciertas damas de mayor cuantía, que iban á holgarse con ciertos caballeritos á las Cuevas, donde tocaría ocho reales y gozaría de un grande almuerzo; y habiendo aceptado el viejo, porque era tentado de semejantes holguras, Centella, á la una de la noche, con unas cañas y un garfio, alcanzó las calcillas, y descosiendo la braguetilla cerró lo que servía de delantera, y abriéndolas por atrás se la pegó allí, de modo que las pantorrillas de las medias caían sobre las espinillas. Hecha esta prevención volvió las calcillas donde estaban colgadas, y á la hora que le pareció llamó á la

puerta Centella, y á pocos golpes salió Antolínez con su tocador á la ventana, preguntando quién era.

—Yo soy (respondió el bravo); abra v. m., que ya es hora y nos esperan.

—Aguarde, señor Centella (dijo el viejo), que ya me visto, y sabe que no abro mi puerta aunque fuese á mi padre que resucitase ahora.

—Abra v. m., pues me conoce, replicó Centella dándole prisa, y el licenciado, con ella, diciendo: «Ya voy, ya voy», no hacía sino tomar sus calcillas, y asiendo la punta del pie, poniéndole á su parecer derecho, entraba la pierna, y cuando entendía que ya iba como debía de ir, paraba en el carcañal. Volvía otra y otra vez, y hacía lo mismo; restregaba los ojos, daba vueltas y más vueltas á sus calzas, parecíanle que no tenían novedad, probaba de nuevo y hallábase más atajado. A los golpes del ladrón salía á la ventana y decía:

—Señor Centella, ó yo estoy loco, ó lo están mis calzas.

—¿Pues qué hay de nuevo?, replicaba el bravo resistiendo la risa.

—¿Qué, señor Centella? (decía el viejo). Ahora lo verá; tenga cuenta, que buena luna hace. ¿Ve? Estas son las calzas.

—Ya las veo, respondía Centella.

—Pues tenga cuenta (decía el viejo). ¿No es esta la punta del pie de esta calza? ¿Véla que la

pongo derecha? Pues aguarde, ¡cátela!, se volvió delante la pantorrilla. Valga la maldición las calzas y qué tienen consigo, que ellas ó yo parece que estamos borrachos.

—Mire v. m. que como está á oscuras (decía Centella) y no tiene quien le ayude, se le deben de torcer al tiempo del tirarlas.

—¿Cómo torcer y tirar? (decía el viejo). ¿Ve que en esta pierna izquierda me sucedió esto de caer al revés? Pues cate lo mismo en la derecha: hele aquí la punta enfrente de la delantera; hela aquí, va derecho, con esta mano las tengo, con esta las subo, de esta vez va bien: hétela vuelta. ¡Válgaos Barrabás las calzas! Si sois las de ayer, ó yo estoy loco, ó algún espíritu maligno os descompone, pues cuando pienso que os tengo entendidas, me hallo más confuso con vosotras.

—Señor licenciado (dijo Centella), ¿mas que se las pongo yo?

—¿Mas que no me las pone?, respondió el viejo.

—Eche v. m. por ahí la llave (dijo Centella), que yo le vestiré en un punto; que es muy tarde y hacemos grande falta.

Reparó Antolínez sobre si abriría ó no; mas deseoso de ver en compañía de otro el milagro de sus calzas, echó la llave, encargando á Centella que mirase cómo cerraba. Apenas la vió el ladrón en sus manos, cuando se dió por victorioso, imprimiéndola en cera, juntamente con otra que

venía en la misma cadenilla, que era del aposento de Antolínez. Mas no fué menester por entonces aprovecharse de aquella prevención, porque entrando el bravo, en lugar de cerrar la puerta, la dejó en falso; subió la escalera y halló en un corredorcillo á la luna al buen licenciado, entendiendo con sus calzas y echándolas maldiciones. En viendo Antolínez á Centella, preguntóle primero si había cerrado, y pidiéndole sus llaves, poniéndole las calzas en las manos, dijo:

—¿Ve aquí v. m. lo que yo digo? Tenga de esa punta de esa media; déjeme calzar ahora; he aquí que va bien; pues ¡hétela vuelta! ¿No digo yo que algún duende ó demonio anda esta noche con mis calzas?

—No miente al malo (decía Centella), que yo no soy santo y le tengo miedo.

—¿Pues quién piensa que lo hace (dijo Antolínez) sino el diablo para estorbar esta buena buena obra?

En esta diferencia estaban los dos, cuando Morón y otros tres amigos, vestidos de diablos, subieron al corredorcillo, y asiendo uno al viejo y otro á Centella, que le estaba acrecentando el miedo, los otros dos entraron en el aposento, y sacando una linternilla, buscaron el tesoro, y anduvieron tan bien afortunados, que hallaron casi dos mil escudos en oro y plata en un bolsoncillo que estaba entre los colchones de

la cama; y sin aguardar mayor presa, haciendo al viejo muchos asombros, se volvieron á salir; y en quedando solo el viejo y empezando á dar voces, Centella fingiéndose medroso, dando á entender que salía á llamar gente, se fué tras la compañía. Mas Chaves, que de boca de la mulata supo el trato, prevenido de su alguacil y camarada, viendo salir á Centella tras los otros, dió tras ellos dando voces: «¡Ladrones, ladrones!» Centella, que corría menos y salía el último, fué alcanzado de Chaves el primero; mas reconociéndose y hallándose apretado, le dijo:

—Señor Chaves, ya le conozco, y yo soy Centella, y sabe de la que le saqué ayer; véngase conmigo que todos somos unos y le puedo hacer de buena ventura. La gente que va delante ya está en salvamento, y yo no soy en nada; engáñase v. m. esta vez por mí.

El corchete, que era madrigado y sabía el oficio como el mejor que le usa, se fué con Centella, dando cantonada á su alguacil, y hallando los compañeros en la paranza, entró á la parte del hurto, dándose por satisfecho con el dinero presente, del agravio pasado, que esta gente vil, con el interés y el vicio, olvidan las ofensas. Fueron todos de nuevo amigos, gozando de la vida que os he mostrado y sin que el hurto se averiguase; por entonces tuvieron seguridad por algún tiempo, hasta llegarles el de su castigo.

NOVELA QUINTA

Cada uno hace como quien es.

Enseña á cuánto riesgo está de perderse la virtud que consiente solicitarse; lo que dañan criadas conocidas por malas y no despedidas; el daño que se sigue de amistades con gente desigual, y cómo los hombres de buena sangre, aun ofendidos, no desamparan en la necesidad, y cómo los vicios no escandalosos están más prontos al remedio y padecen menos daño en el pundonor.

Quis enim securus amabit?

ESCRIBIÓ Ero á Leandro; y mejor lo escribiera á poderlo hacer desde el infierno, pues no confirmaron solamente la verdad de esta sentencia con el fin de la vida, mas con la pena eterna del alma. «Bien vengas mal si vienes solo», dicen las vejezuelas, á quien enseña la experiencia de

vida larga. Lo mismo dijo Filipo, rey de Macedonia; pues llegándole muchas nuevas juntas de buenos sucesos, exclamó: «¡Oh fortuna, compensa con algún moderado mal tantos bienes!» Lo propio digo yo, bajando más el asunto, cuando el amor me ofrece favores, porque se parece á la fortuna en ellos.

Bien como sabio y experimentado habló el Petrarca en su *Triunfo de amor,* diciendo:

Allí el señor Gentil triunfando estaba
de nosotros y todos en sus lazos
del mar Indo al Thile nombre daba.
Los pensamientos lleva en sus regazos;
deleites fugitivos, firmes penas;
las vanidades las llevaba en brazos,
flores de invierno heladas, cuando amenas,
de amantes las dudosas esperanzas,
breves contentos que lo son apenas.

Así discurría Celio, cuando Montano atajó sus palabras diciendo:

—¿Qué disfavor habéis recibido que así moralizáis los daños que encierra el amor?

—No disfavores (dijo Celio), mas desengaños publicaron los sentimientos del alma; y cierto que gustara para satisfaceros que hoy me tocara referir novela, pues con tantos casos puedo ejemplificaros que nadie amó seguro.

—Parece que de justicia (dijo Fabio) pedís suceso á propósito de quien nadie amó seguro.

—Parece; porque en amor no hay fidelidad, y pues yo soy á quien obligan las leyes de nuestro

concierto, os contaré un caso que me ocurre á la memoria cortado á la medida de vuestro pensamiento, y que tanto más hará prueba cuanto no tiene nada de fingido; y, para verificarlo, dejaré con su nombre propio el principal dueño de esta acción, y de mi parte permitiréis el adorno aunque limitado.

Esta corte, teatro donde se han representado de pocos años á esta parte tanta variedad de sucesos, lo fué del caso prometido, en prueba de nuestra proposición de que nadie amó seguro; que en amor ninguno es fiel. Llegó, pues, el Duque de Medina Sidonia, don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, á esta corte, llamado de la necesidad que en el Consejo de Estado y Guerra había de príncipe tan importante; y con su antigua grandeza, entró con la más lucida casa de criados que gran señor de aquellos tiempos llegó á acaudalar, cuyo testimonio daban los hábitos y otros honrados títulos. Entre ellos venía por su paje de cámara un caballero de Zamora, llamado don Pedro Manrique de Lara, tan galán y tan discreto, que aun en esta máquina donde en lo bueno y malo repara tan poco la vista y la consideración, ésta y aquélla pudieron hacer casi común conocimiento de don Pedro. Tenía por amigo un mozo de cámara del Duque, hombre agudo y entretenido á quien llamaré Octavio; que á los traidores el mayor beneficio que puede hacérseles es borrar sus nombres de la memoria.

De este Octavio se fiaba don Pedro; á éste hacía archivo de sus secretos; con éste comunicaba sus pasiones, y éste, en fin, era el dueño de lo interior de su alma.

Con la asistencia de la corte, el aplauso que todos hacían á este caballero y con la ociosidad, madre del amor, puso los ojos en una mujer casada, cuyo nombre era Porcia, según los versos en que los poetas celebraban su hermosura y el honroso atributo que pedía el rigor del nombre y estimación de aquella noble Porcia, á quien celebró la antigüedad, inmortalizándola, las brasas que la dieron muerte. Y no gozaba nuestra Porcia ménos renombre de leal y casta y aunque dificultoso, adquiriendo siempre una misma veneración en el concepto de las gentes: que bien prueba Francisco Patricio, en su diálogo particular del *Honor,* que no es más de un concepto; pues la opinión que se engendra en el ánimo de que uno es bueno le da honor de tal (aunque no lo sea) que los hombres juzgan por los efectos sujetos al error, porque el juzgar por las causas, con evidente conocimiento de los interiores, para solo Dios está reservado.

Paseaba don Pedro la calle de Porcia, ya á pie, ya á caballo; mas no sacaba de esta frecuentación de la vista otro fruto que mayor rendimiento de su ánimo. Hallábase don Pedro vencido de suerte, que ya no le quedaba libertad para resistirse; y viendo en su imaginación inexpugnable

el fuerte que la virtud conocida de Porcia pertrechaba, desterrando la consideración por agorera, concedió el título de general al deseo, siendo su consejero el apetito, grande atropellador de inconvenientes; levantó el estandarte la esperanza, que es atender cierto de la futura gloria que produce, como sintió el Dante. Formó lo restante del escuadrón grande número de pensamientos con que dió principio á la empresa, haciendo la primer trinchea el secreto, como sintió Propercio; que Venus quiere sus hurtos encubiertos.

Resistíase Porcia como Porcia, siendo las balas encendidas de los suspiros del galán batería débil; perseveraba don Pedro, que al paso de la resistencia crece la gloria del triunfo, valiéndole una vez que, consultando á Séneca, le respondió escribiendo á Lucillo: «Nada hay que no lo expugne el pertinaz obrar y el diligente cuidado». Y á esta causa hizo más firme su perseverancia, siendo sus trazas de mayor agudeza cada día; mas todas las deshacía la resistencia y pocas ocasiones que Porcia le daba, hasta que el interés rompió la parte más flaca; que dijo bien Filipo, rey de Macedonia, que no hay fortaleza inexpugnable como pueda subir á ella un jumentillo cargado de oro.

Tenía Porcia una criada muy de su gusto y de su satisfacción. Tuvo traza don Pedro para que una grande amiga de Andrea, que este era el

nombre de la tal criada, la solicitase á que le favoreciese en la pretensión de sus amores; y como tras la petición abogase el docto dinero, con facilidad se dispuso Andrea á acudir á don Pedro. Era moza de razonable parecer; trigueña de color, bruñida tez, aguileña, ojos negros y vivos y, sobre todo, gran ceremoniática y diestrísima en flores, tocados y afeites, con que aumentaba á Porcia su natural hermosura, granjeando trato más familiar qne de criada, causa de donde nacen las más veces los atrevimientos. Tal se vió en Andrea, pues conociendo la virtud de su ama, tocándola un día y sentando con cada alfiler un cuento á su propósito, hallando la ocasión dispuesta, dijo así:

—Cierto, mi señora, que no me espanto ver andar locos los hombres por tal belleza; pues yo, con ser mujer y gozarla tan cerca, cada día que pongo la última flor quedo más enamorada.

—¡Bueno es eso, Andrea! (dijo Porcia). ¿Ahora me lisonjeas? Algo quieres pedirme.

—Parece que v. m. leyó el pensamiento (respondió Andrea); mas, temerosa, no me atrevo.

—¿Qué, qué, por vida mía, es lo que quieres? dijo Porcia.

—No sé por dónde comience mi atrevimiento (replicó Andrea). Mas ya que las obligaciones (como dicen) alientan el temor que presta la naturaleza, yo no puedo callar respecto de las muchas que tengo. Sabrá v. m. que don Pedro

Manrique, caballero que bien conocemos, libró á un hermano mío de una grande afrenta á que estuvo condenado en Sanlúcar; y no sólo le hizo este bien, mas le acomodó para las Indias; de donde he tenido carta suya y cien reales de á ocho, que llaman pesos, prometiéndome que en la flota que se aguarda ha de venir y remediarme, que tiene con qué; y todo esto, dice, se lo debe á su señor don Pedro, por cuya mano llegaron á las mías estas cartas y tengo de recibir este dinero. Avisóme de ello, y cuando ayer pedí licencia fuí por los papeles y por los reales de á ocho, y ofreciendo en cortesía la correspondencia que pude, y asiéndome la mano, tras grandes juramentos y diligencias, me pidió que hiciese una por él en que le iba el vivir. Yo, inadvertida, salvando mi persona, ofrecí cumplir todo lo demás que me mandase, y paró en darme este papel, que pusiese en manos de v. m. Sabe Dios cómo me atrevo, y que si no me hubiera engañado, haciéndome jurar, que no lo hiciera por cuanto vale el mundo. Este es el papel: con esto cumplo; y cierto, señora, que entiendo me estuviera mejor irme á servir á otra parte que pasar tan gran vergüenza y miedo como ahora paso, que si bien es verdad que para mí será poco menos riguroso que la muerte, á trueco que don Pedro no vuelva á obligarme, lo juzgo por menos dañoso.

Compuso el semblante Porcia, y dijo:

—Cierto, Andrea, que á no hacer tanto tiempo que os conozco y me conocéis, no respondiera con palabras á vuestro atrevimiento; bien sé quién es don Pedro Manrique, que sus diligencias necesitan á este yerro; mas yo espero en Dios no caeré en otro. Bien sé que á algunas hubiera conquistado la voluntad lo que á mí (á tener alguna) me la borrara de todo punto, y sé hasta dónde pueden llegar trazas de un amante discreto, que con otras ese caballero tiene opinión de tal; mas todo cuanto yo sé y vos me podéis decir (para que de esta vez quedéis desengañada), obran poco en el ánimo de las mujeres de bien. Yo lo soy y me precio de ello, y lo que os puede admirar en este caso es no quebraros la cabeza á chapinazos y tras esto poneros en la calle. ¿Yo papel? ¿Yo? ¿Y traérmele vos? Quitad, quitáos luego delante de mí, que os he querido bien y ya os quiero mal.

Esta fué la respuesta que sacó Andrea por principio de su alcahuetería, y con todo eso no desmayó viendo se quedaba á la vista; antes, escribiendo á don Pedro lo que pasaba, concluyó con una exhortación larga, hecha al modo que suele dictar la necesidad, elocuente maestra de retórica.

Recibió don Pedro el papel de su tercera, y hallando tan cerca del desdén la esperanza, se abrazó con ésta y aquél le entregó al olvido; que el verdadero amor con facilidad vence los rigo-

res. Bien se le lució á don Pedro, pues á pocos días, Andrea, sacando unas flores que había hecho para el tocado de Porcia, de aviso se las puso delante de los ojos envueltas en el papel del galán; y la dama, ya con acuerdo, ya inadvertida, desembarazando el billete, le leyó todo, que tal vez tanto lleva el afecto la discrección como la hermosura. Advirtió Andrea lo que hacia Porcia, y luego hizo pronóstico feliz en favor del pretendiente; y viendo que su ama volvía á leer, asió del papel Andrea y dijo:

—¡Ay, triste de mí, un descuido tras otro! No ha dos días que por ti vertí más lágrimas que por la muerte de mi madre, y ahora quiere mi desgracia que vuelvas á causar otro tanto.

—¿Pues cúyo es (dijo Porcia), que está bien escrito?

—¿Cúyo ha de ser? (replicó Andrea). El de don Pedro es, que me hallé en la manga acabando estas flores.

—Ya está leído (dijo Porcia). Y con menos rigor que la vez pasada.

—Ya está hecho (dijo Andrea); ya no hay remedio. ¿Qué le parece á v. m. de las razones?

—Que son extremadas (dijo Porcia); mas hay muchos discretos por escrito, necios de palabra; pero á ser este caballero hablando tan discreto como escribiendo, de mi parte concedo la buena opinión que tiene. En verdad que dice bien sus sentimientos y sin levantarse de los lí-

mites de la almohadilla; que hay otros, como ya me entiendes (pretendientes de mi amiga), que han menester sus papeles que los envíen comentados para poder entenderse; tan llenos de vocablos exquisitos, que para la más bachillera de nosotras y aun de ellos, se están por nacer en nuestra lengua, y así dice Cornelio, mi marido, que también sabe de estas cosas, que algunos ingenios de ahora no paren, sino abortan.

—¡Bendito sea Dios (dijo Andrea), que toma en donaire v. m. el papel, y no dando chapinazos y poniendo en la calle!

—Eso (respondió Porcia) es hablando de veras, y esto de burlas.

—Sea como fuere (replicó Andrea), ¿v. m. tendrá gusto, no sabiendo nada don Pedro, de oirle hablar conmigo?

—Sí, holgaré (dijo Porcia), asegurando primero dos cosas: que sea en parte lícita, y que no sepa él que yo le oigo.

—Como v. m. lo dice lo iba yo á decir (respondió Andrea); porque mañana don Pedro me aguarda en la Trinidad para darme unos dineros que le he pedido á cuenta de los que me envió mi hermano. Previnele que había de ir á confesarme con otra criada de casa, y será fácil ponerse v. m. en corto, y allí, que es parte bien lícita y él estará ignorante, oirle.

Porcia, que se preciaba de entendida y de las que frecuentaban á Garcilaso tanto como á Fray

Luis de Granada, llevada de la curiosidad, aceptó la disposición y principio de su ruina; que el amor poco ha menester, y así le llamaron fuego, que una vez encendido, por pequeña que sea la centella, suele abrasar ciudades. Flacos principios ha menester el pecado para derribar á sus pies la virtud: todo está en desmoronarse una pequeña piedra para caer estatua que tiene de barro el fundamento, aunque sea la cabeza de oro. Un animal tan vil como la serpiente ganó la voluntad, la vida y la gracia á una mujer; y tan pequeño interés como un bocado de manzana pobló el infierno, introdujo la muerte, hizo rey al pecado.

Fué, pues, disfrazada, Porcia con Andrea; estaba don Pedro avisado; prestóle el amor elegancia; acertó á decir sus sentimientos, conquistando en aquel corto rato más que en el tiempo que hasta allí había defendido en su pretensión; y si bien por entonces encubrió Porcia los primeros movimientos que el amor fué engendrando en su fantasía, dispuso oirle en otras ocasiones; y como el amor le hacía fecundo, cual muestra Ovidio, poco á poco se acrecentaba el fuego, encendiendo el aire de las palabras su voracidad, de suerte que en pocos días ardió todo el homenaje de la fortaleza de Porcia, y de un lance en otro, aunque con increible secreto, llegó don Pedro á rendir y señorear lo que estuvo tan dificultoso á los principios. Fueron partícipes de

esto Andrea y Octavio, á quien don Pedro eligió para su ayuda.

En estas caducas felicidades pasaron algunos días; mas es mal incontrastable el de la fortuna; que no hay olas tan inconstantes como sus sucesos. Fué así que á don Pedro le necesitó la muerte de un hermano y la disposición de su hacienda á partir á Zamora; pidió licencia al Duque, y concedióselа con protestar la vuelta: pidióselа á su Porcia; otorgóla con lágrimas en los ojos.

Partió don Pedro y llegó á su patria acompañado de imaginaciones y desvelos; procuró abreviar sus negocios, porque la lealtad de su corazón hacía pronóstico de su desdicha, trayendo siempre delante de los ojos (que no amó seguro nadie) sentencia bien testificada en este suceso; pues Octavio, ya por la comunicación que engendra voluntad, ya por la hermosura que atrae así el deseo, puso los ojos en Porcia, y como es regla cierta que un error en los principios muy pequeño es grande en los fines, Octavio, ya á fuerza de caricias, ya de temores, poniéndola á Porcia á los ojos su flaqueza y su riesgo, la solicitó á que se viese con él una mañana en la Casa del Campo por huir que Andrea fuese sabedora de nada.

Porcia, por ver si venía don Pedro, sustentaba con esperanzas á Octavio; mas él, con temores, pretendía la brevedad; hablábanse por una ventana corridas algunas horas de la noche. Andrea

no dormía; antes, como sagaz, escuchaba y procuraba hacerse dueño de la resolución, aunque resistiendo la femenil flaqueza; que el sazonar la venganza, á la mayor precipitación suele prestar cordura, como no se alargue demasiado. Ultimamente, Octavio dijo á Porcia que si otro día á las siete de la mañana, en un coche que hallaría á la puerta, dando por excusa que iba á Ntra. Sra. de Atocha, no se entraba, é iba á la Casa del Campo, donde la estaría aguardando á las ocho, pondría en manos de su marido los papeles que probaban con evidencia su deshonra. Respondióle Porcia entre quejas y persuasiones, ni negando ni concediendo; mas el traidor, hallando temor conocido en la dama, apretaba la dificultad y limitaba el tiempo. En fin, tras muchos aprietos de Octavio y muchas resistencias de Porcia, se acordó que de allí á cuatro días fuesen las vistas, cerrando con este término la esperanza de otro.

Hallóse Andrea en lugar que oyó toda la plática, y movida de las obligaciones que tenía á don Pedro, considerando que era tiempo bastante con buena diligencia para que el caballero viniese á Madrid antes del concierto, despidió un propio con todo secreto y diligencia, avisando de la infidelidad de Octavio y frágil ánimo de Porcia.

Llegó á Zamora el mensajero en tiempo corto, porque la paga fué larga; dió su despacho á don Pedro á tiempo que trataba de recogerse; abrió

la carta de Andrea, y viéndola sola quiso dejarla sin leerla, conjeturando malas nuevas. En fin, atropellando con valor el temor, vió y supo lo trazado por su dama y su falso amigo y con qué medios había persuadido á Porcia, cuya facilidad sintió más que la traición de Octavio. Mas resistiéndose lo mejor que pudo, no hizo acciones de sentimiento delante de sus criados ni el propio; que no es poder el que no puede dar de mano á los cuidados con prudencia, como lo enseñó elegantísimamente Boecio, con estos versos:

Aquel que poderoso
quiere ser de sí mismo,
sus pasiones feroces avasalle,
no al deleite engañoso
sujeto el cuello halle
con las riendas del fiero barbarismo;
que aunque lícito sea
que de tu ley el Indo temeroso
esté en tierra apartada;
y aunque la última Tile á ti se vea
rendida y humillada;
con todo, el que no puede
despedir el cuidado fatigoso
que el alma le atormenta
y las querellas míseras no ahuyenta,
á su poder poder no se concede.

Miraba don Pedro todas las cosas sujetas á la inconstancia, y con todo le admiraba más la ingratitud de su amigo, á quien parecía tenía bastante obligado; aunque bien mirado, aquellos que tienen menos obligaciones de buena sangre en

las venas, son por la mayor parte los más ingratos. Tenía don Pedro varias imaginaciones, ya de su desgracia, ya de tomar satisfacciones del traidor que pretendía ofenderle. Mandó al propio que se fuese á descansar, dando á entender que aquel negocio no pedía prisa.

Harta daba Octavio en llegar al fin de su deseo. Crecieron los días; llegó el señalado, y Porcia, forzada más del temor que del gusto, se determinó á usar el de Octavio, el cual puso bien á tiempo el coche á la puerta de la dama, y ella bajó sus escaleras, previniendo á su marido que unas amigas la llevaban á Atocha. Mas Andrea, que sabía lo cierto, fué tal su sentimiento, que casi fuera de sí, sólo buscó traza para estorbar el caso, sin discurrir mayores inconvenientes que pudieran ofrecerse, ó ya fuese que á los principios, con la mucha frecuencia de Octavio, puso los ojos en él, que también mostró tenerla afición; y á esta causa, los celos la sacaron de sí para intentar la cosa más fuera de propósito que pudo caber en juicio por corto que fuese. Entró en el aposento de su amo con una determinación diabólica, y despertándole, dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿V. m. duerme cuando su honra se abrasa? ¿Es posible que no le llama el corazón á volver por sí?

Despertó Cornelio, y á las breves palabras de Andrea, abrió los ojos, y levantando la mitad del cuerpo sobre la cama, dijo:

—Andrea, ¿estáis loca ó habláis de veras? Pues ¿qué hay contra mí? ¿Qué fundamento tienen vuestras razones? Despenadme.

—Breve seré (respondió la criada); que todo se cifra en que mi señora Porcia, aquella en quien v. m. y todo el mundo tienen tanta satisfacción, deja hoy el lado de su marido para ocupar el de su galán; cierto lo sé. En la Casa del Campo, en una sala baja á mano izquierda como se entra, hallará v. m. á la vista quién es su mujer. Con esto cumplo á lo que tengo obligación, que no quiero parecer culpada en lo que estoy inocente.

No acertó Cornelio á responder palabra, atajándole la voz la cólera. Vistióse con toda prisa, mirando á su criada; revolviendo en su imaginación más conceptos que acertara á decir cuando estuviera menos atajado de la cólera. Vestido, tomó sus armas y un pistolete, volviendo á Andrea y diciendo:

—Yo daré el castigo á quien le mereciere; vos, advertid á lo que os toca, si os engañáis.

Con esto salió de su casa, y apresurando el paso, pilló la puente segoviana; llegó á la Casa del Campo, miró á todas partes por el coche; no halló ninguno, que estaba en Madrid el que buscaba; reparó en el retrato de las ruedas; halló muchos en el camino real sin confirmarle sus sospechas, por confundirse unos con otros. Hasta las huellas de la puerta miraba con atención;

hallaba pocas y mal señaladas; al fin, llamó á la puerta; respondió el portero que tiene cuenta de ella; pidió que abriese para dar un recado al teniente alcaide; abrióle la puerta y entró Cornelio. Caminó á la puerta de la sala donde habían entrado Octavio y Porcia; acechó por las cerraduras; vió sólo obscuridad; pidió con voces y con impaciencia que le abriesen; el encubridor de los amantes acudió á la resistencia; con ésta, despertó más el deseo al ofendido, acudiendo á sus voces y porfía gente. Y entretanto que duraban las voces y diferencias, Octavio abrió la ventana, que es baja y sin reja; á paso llano, sin aguardar á Porcia, salió huyendo á llegar á la cerca, y dejando el traidor sola y á riesgo la afligida dama, saltó al campo, aun sin volver el rostro. ¡Oh infame hazaña! ¿Así huyes, vil? ¿Así huyes? ¿Mas qué mucho que el ingrato al amigo lo sea á la dama?

Porcia, casi fuera de sí, se salió por la misma ventana, y hallando abierta la puerta que sube á los estanques, entró por ella, y llegando á un portillo, salió sin saber por dónde iba ni cómo había de valerse.

Cornelio daba prisa que le abriesen, y el teniente alcaide, que había acudido con una llave maestra, abrió la puerta, que puso tanta admiración como vergüenza á Cornelio; miraba á todas partes; hallaba sólo paredes y estaba como embelesado. Entonces el teniente alcaide le dijo:

—¿Qué busca? ¿Está en sí ó ha perdido el juicio este hombre? ¿Esta es casa donde se consienten semejantes maldades?

Cornelio no sabía qué responder; y lleno de confusión se fué, y mirando á todas partes sólo vió el soto con sus árboles y el aire que parece que, entre ellos, le silbaba. Al fin enderezó á su casa, buscó á Andrea, mas no la halló; que arrepentida de su desatino, cogiendo su ropa, se escapó y no quiso aguardar el fin de aquel suceso, pareciéndola que no podría resultar de él cosa buena. Dificultoso sería decir los varios pensamientos de Cornelio; unos, aquejándole con la consideración de su infamia, deseando la justa satisfacción; otros, regidos del amor propio y del que tenía á Porcia. Ya juzgaba sospecha maliciosa de Andrea del caso, á quien daba nombre de falso testimonio; así vacilaba, ahora resuelto, ora avergonzado; aguardaba la última prueba que había de resultar de la vista de Porcia, la cual salió apenas de la Casa del Campo, cuando la fuerza de la pena la robó los sentidos, y cayó desmayada.

Don Pedro, deseoso de coger en el delito á los agresores, hizo su jornada desde Zamora, de suerte que llegó á tiempo, que vió, no muy lejos, una mujer que corría sola, y á poco trecho, cual si la llegara el último instante de la vida, ocupó la tierra. Llegó á ella el caballero, y apeándose, movido de la novedad, conoció ser Porcia, y ha-

ciéndola algunos beneficios, volvió en sí; y hallándose en la presencia de don Pedro, por una parte corrida de hallarse así, y por otra necesitada de amparo, le dijo:

—Bien merece cualquier castigo mi obra y cualquier defensa mi intención. Mas ¡ay triste! que no es tiempo de gastar palabras teniendo á los ojos la muerte, que aguardo por mano de mi marido, cuya voz oí bien cerca; llevadme, señor, á otra parte donde me daréis la pena que quisiereis, y allí, si algo valiere mi disculpa, la podréis recibir, y si no, muera yo á vuestras manos y no á las de Cornelio.

Don Pedro, no mudando semblante, si bien aquejado de los efectos naturales, concedió su amparo á Porcia (propio de un corazón noble); púsola en las ancas de su cabalgadura, y él, ocupando la silla, sufriendo la grita y burla de las lavanderas, llegó con su dama, atravesando el río, á Santa Catalina, que así se llamaba al tiempo de este suceso, donde hoy es San Norberto. Informóse por el camino de ella, muy por menudo del suceso, é imaginando el remedio, se fué en casa del Duque; disponiendo un coche, habló á una señora, que hacía oficio de camarera en aquella grande casa; á ésta se atrevió don Pedro á dar cuenta del caso y peligro de Porcia, pidiéndola su amparo. Y como la elocuencia es poderosa para mover á su opinión los ánimos más fieros, le fué fácil á don Pedro mover (con su

discreción) una mujer principal para el amparo de otra. Bien se vió, pues, doña María, que así se llamaba esta señora, buscando causa bastante y lícita.

Con la mayor brevedad que pudo ocupó el coche, y en él fué á Santa Catalina, donde estaba Porcia, y allí, consolándola y animándola, guió á su casa, y en el camino, para disponer lo mejor y más verosímil, llamó otra señora, grande amiga de Porcia; hicieron las tres juntas su viaje. Entretanto don Pedro buscó al traidor Octavio que, ya apremiado de su conciencia, ya sabedor de la venida de don Pedro, ó por lo uno y lo otro temeroso, recogiendo lo que pudo de sus muebles, huyó la corte para siempre; y Andrea, á pocos días, hizo otro tanto; pues, como dice Pitágoras Samio (al varón inicuo la conciencia le aflige, y mayor mal padece que aquel que en el cuerpo se castiga), ¿qué mucho [que] quien la tenía como éstos no se atreviesen á parecer?

Llegaron, pues, doña María, Porcia y su amiga á las puertas de Cornelio, que esperaba el último trance, ya con ira, ya con templanza, dudoso entre estos contrario. Mas Porcia, con gallardo desenfado, dando voces, «para, para», sin aguardar á nadie, levantó el estribo, y usando de las palabras más acomodadas á su negocio, dijo:

—Guárdeme Dios muchos años á vs. ms. por tan gran merced como hoy he recibido; que no en

balde deseaba este día para ofrecerme al servicio de doña María, mi señora, que lo estimo tanto, que lo atribuyo á merced de la Imagen. Y volviéndose á Cornelio, que había bajado, dijo:

—¿Aquí estáis, señor? Todo se me hace bien; besad las manos á estas señoras y á mi señora doña María, que es camarera de mi señora la Duquesa de Medina Sidonia.

Hizo Cornelio sus cumplimientos (admirado y confuso) á las señoras del coche, y ellas le respondieron tales razones, que fueron poderosas á hacerle creer que habían hecho juntas la romería de Atocha. Culpábase Cornelio de su inadvertencia en no haber ido allá para certificarse; despidiéronse, quedando solos Cornelio y su mujer; subieron de la mano á su cuarto, preguntando la dama por Andrea, á que respondió Cornelio que, con toda su ropa, había huído y no parecía.

—¡Ay, Dios! ¿Se llevó algo de casa?, replicó Porcia.

—No lo sabemos (dijeron las demás criadas); sólo hay que á mi señor le hizo levantar muy aprisa, no sé para qué, y á nosotras nos despachó de casa; y cuando volvimos llamando á la puerta, el vecino de enfrente nos dió las llaves, y nos dijo que Andrea se las había dado, en tanto que volvía de llevar un cofre que sacó.

Mandó Porcia que mirasen la casa, y quedándose sola con su marido, la hizo él artificiosas

preguntas, á que respondió tan bien, que le dejó admirado y satisfecho de su lealtad; pareciéndole que Andrea, por irse con algún bellaco, hizo maldad semejante.

Decía Cornelio á su mujer que siempre le pareció mal las galas y dineros que de dos meses atrás gastaba y rompía Andrea, sin saber quién se lo daba: así lo confirmó Porcia, y Cornelio fué de allí en adelante el más afable marido del mundo. Dudan algunos si la amistad de don Pedro pasó adelante; lo cierto es que Porcia vivió siempre con su buena opinión de honrada, y si alguna reiteración hubo en los amantes fué tan secreta, que jamás se entendió; crea el lector lo que quisiere, y todos se desengañen que nadie amó seguro; que en amor ninguno es fiel.

NOVELA SEXTA

Del médico de Cádiz.

Enseña cómo por un frágil deleite se ven los hombres en grandes riesgos, y apenas se ven libres, cuando ciegos vuelven á sus errores.

Tanto é misero l'huom, cuanto ei si riputa,
Che al mondo mal non é senza remedio.

Estos dos versos, de la égloga octava de la *Arcadia*, de Sanazaro; obra, cierto, ingeniosa y en vano emulada, dieron apacible causa á Montano, uno de los tres amigos, para que refiriese su novela, discurriendo por los sucesos de muchos que la fortuna ha sacado de riesgos tales, que el discurso humano hallara cerrado el camino del remedio; cuyos admirables casos adornan las historias que dejo de referir por no fastidiar. Estuvieron atentos á Montano, Fabio y Celio, y dijo así:

En Cádiz, isla y ciudad tan famosa entre los antiguos por el templo de Hércules, de quien las historias nos cuentan cosas tan admirables, y entre ellas, la oliva de oro, con aceitunas de esmeraldas tan grandes como las que produce la fértil Andalucía; y por el sepulcro de los Geriones, donde dicen nacieron unos árboles en forma de cipreses, aunque las ramas primeras tenían su principio desde la superficie de la tierra, las hojas de un codo de largo y cuatro dedos de ancho; la corteza como de pino y que, cortadas, producían un humor como sangre, tanto más roja cuanto más cerca del tronco, y por otra multitud de prodigios fabulosos que nos refieren los poetas, hubo un hombre, por los pecados de aquella ciudad, médico, y por conocidas experiencias en la cirugía, famoso en toda aquella tierra. Usaba de ensalmos, aunque á lo encubierto, que los de esta facultad huyen todo ahorro de tiempo. Con éstos curaba el doctor Lamberto, que así se llamaba el tal; porque es muy esencial en los de esta facultad el nombre campanudo y extranjero; y esto es de modo, que hay muchos que les parece que basta para calidad, así en esta como en otras profesiones, ser extranjeros sus profesores. Era de persona lanuda, desvaído y de los que á paso lento sobre mula de canónigo, tardan en pasar una calle hora y media, aunque no tenga treinta pasos.

Casado era este flemático doctor con Casilda,

moza de tan buen parecer, que pudiera celebrarse su hermosura entre las que más justamente se tenían por tales.

Era Lamberto tentado por el juego del ajedrez; y habíase hallado un boticario que le cumplia de justicia y aun de rigor, pues sin quebrar ley del juego, le ganaba su dinero, de que picados, el uno por la ganancia y el otro por la pérdida, en todas las noches no dejaban el tablero hasta las doce, y entonces maldecían el reloj.

Casilda era medrosa por no faltar á la condición femenil; el lugar, así por el presidio como por la multitud de extranjeros, ocasionado; el entretenimiento de su marido en la botica largo: ¿qué había de hacer la pobrecita? Lo que hizo; estarse casi en la mano. Halló remedio para la soledad, para el disgusto y para el miedo, en un soldado, bizarro de talle, valiente por las armas y afable en las caricias, que por eso nos cuentan los poetas aquellos amores de Marte y Venus. Hallólos juntos Vulcano; enlazólos y convocó á los dioses; viéronlos y riéronse; y ellos, desde entonces, perdieron con la vergüenza el temor de andar juntos; ¿qué mucho que los soldados se enamoren?

A Hércules celebró la antigüedad y una mujer le puso una rueca en las manos. ¿Qué diré de Alejandro, César y Antonio, de quien encareció Justino, cuando huyó de aquella batalla naval, que no huyendo, sino siguiendo á Cleopatra iba;

que no sólo á la valentía atropella la pasión, mas en saber, como se ve en Aristóteles, príncipe de la filosofía, hecho jumento de su Hermía? Mas basta; disculpado está nuestro soldado (si para las torpezas hay disculpa).

Gozábanse los dos amantes á toda comodidad, en tanto que Lamberto daba mates al boticario y los recibía en la honra; cosa es por la que han pasado los emperadores y que hoy no es vituperable en la opinión del paradojas italiano. Acostábanse temprano los amantes, que como es precioso el tiempo no querían perderle. Mas ¡ay! que no siempre es primavera; hoy están vestidos los árboles de esperanza y mañana desnudos de alegría.

Sucedió que don Manuel Pérez de Guzmán el Bueno, hoy Duque de Medina Sidonia y al tiempo del suceso Conde de Niebla, príncipe que, con ser las grandezas de su calificada casa tantas que piden largos volúmenes, más docta pluma, más levantado ingenio y más tiempo que á uno solo puede concederle de vida la frágil naturaleza, excede con la virtud propia á todo lo demás, entre otros ejercicios, divertía algunos ratos de sus niñeces en los bosques, fatigando, con mayor gallardía que pedían sus años (mas no su ánimo superior), el robusto jabalí, á quien daba muerte á lanzadas, que á este modo de caza se inclinaba más, por ser más propia imagen de la guerra.

¡Cuántas veces al sonido de las trompetas, á las voces de los monteros, al ladrido de los perros, dejando atrás los que le acompañaban, en un caballo sin duda de aquellos que tienen el céfiro por padre, con una lanza en la mano, al animal feroz quitaba, junto con el movimiento, la vida! Al corzo y al venado no enviaba como otro la bala, la flecha; mas á cuchilladas les daba muerte, sin que los librasen el ganchoso cuerno, ni ligera planta; tanto puede la determinación de un príncipe valeroso.

Mas la sabia Providencia divina, que tal vez para despertar la consideración de los mortales les pone á los ojos que lo son con la sangre que de alguna herida vierten, ordenó que un día, entre otros, acosando un venado y teniéndole vencido á sus pies, con varias heridas, sacando el animal fuerzas de la flaqueza en que le puso brazo tan brioso, con violencia notable embistió al Conde y con un gancho de los cuernos le atravesó una pierna poco más abajo de la pantorrilla, y apenas ejecutó el golpe, cuando, antes de aguardar el que en venganza bajaba cayó, huyendo juntos el cuerpo y la vida.

Mostróse luego la sangre, manifestando el daño (que el semblante no le mostrara) y á persuasiones de criados se le ataron unos lienzos, y tomada la sangre lo mejor que se pudo, llegó á Sanlúcar á las ocho de la noche; y como nuestro Lamberto era tan conocido por cirujano, se des-

pachó en seguida un barco equipado. Iba en él un criado de cuenta del Duque de Medina Sidonia, para que atropellase con los inconvenientes que los de la facultad medicinal suelen poner en los casos de más aprieto (no digo que por mala intención, otro lo dirá, que yo á la comodidad propia lo atribuyo); y no es mucho que quien sabe lo que vale la salud, la estime en tanto y más siendo tan difícil restituirla.

Llegó el criado del Duque á Cádiz antes de las once de la noche, y apenas pisó la playa, preguntando por Lamberto, cuando hubo quien le llevase á casa del boticario donde jugaba, tan sabida era su asistencia. Hallóle, propúsole la partida, respondió á las réplicas con sola una palabra que en castellano se llama interés, la cual puso tan vivas espuelas á nuestro doctor, que sin ver el fin del lance que iba ejecutando (¡caso raro!), dejó el tablero y partió á su casa á despedirse de su mujer y tomar un cofre con alguna ropa blanca y ciertas cajuelas de ungüentos de que se aprovechaba, hechos por su mano, y para excusar toda dilación de camino llevaron cuatro palenquines para que llevasen el cofre al barco. Entró Lamberto con toda esta gente en su casa, abriendo con su llave maestra, y por presto que fué sentido, estaba ya cerca del aposento de su mujer, que sobresaltada con el no esperado aprieto, le faltaban las fuerzas casi á un punto en el cuerpo y en el ánimo; y su galán,

levantándose de la cama y hallando abierto el cofre y viendo que cabía en él con lo que tenía, se metió dentro á muy poca distancia de tiempo que el doctor tardó en entrar á los ojos de Casilda, á quien dió cuenta de la brevedad con que era forzoso partirse.

—Enhorabuena, dijo ella, haciéndole ya con más brío caricias y preguntándole si quería algo para la jornada.

Lamberto respondió que en aquel cofre tenía ropa blanca bastante y estaban las cajuelas de los ungüentos, y diciendo y haciendo torció la llave; los palenquines arrebataron el cofre y el doctor y el criado del Duque salieron á hacer su viaje. Si allí la fatigaron temores á Casilda, dígalo quien sabrá sentirlos, que yo no me atrevo á imitarlos.

Llegaron al barco, donde pusieron el cofre, y el criado del Duque y Lamberto se entregaron á los elementos aire y agua; y como la bahía es paso peligroso, y más en invierno, á poco rato comenzó á soplar furioso el viento. Fuéronse encrespando las ondas, enlazáronse densos nublados, infundió el tenebroso tiempo temor en el Arráez; hizo prevenciones, que todas eran menester, porque unas veces subían tan alto que les parecía navegar por la esfera del fuego más que por las aguas, pues los relámpagos, que los alumbraban y deslumbraban á un tiempo, se lo hacían creer así; mas otras veces, bajando con violencia

[el] curso de las alturas en que los ponían las empinadas ondas, juzgaban su viaje al abismo, haciéndole verosímil el horror y la obscuridad que los sepultaba. Y entre la poca gente del barco, el ruido de los vientos y el crujir del árbol y las cuerdas, el estrépito horrísono de los truenos, las no concertadas ni entendidas voces, causaban un rumor confuso. ¡Ea, buen soldado, animáos vos en tanto que los demás padecen! Pero antes los vaivenes y las mal formadas palabras le daban á entender su mayor peligro, y más cuando oyó decir: «¡Alija, alija; echa ese cofre á la mar!» Rigurosas palabras.

Y lastimosas las ansias (que me tocan en los oídos) de la apasionada Casilda, que no hace menos lástimas que su amante.

—¡Ay, triste!, ¡ay, triste!, pronunciaba muchas veces, sin que el dolor concediese otras razones, por largo rato del silencio, que rompía con prolongados suspiros, y tras ellos diciendo: ¡Oh, mísera fortuna, cuán poco duras en la felicidad! Con halagüeño rostro prometes contentos y todos son para acrecentar los pesares. ¡Ay, quién nunca hubiera querido; ay, quién nunca se dejara vencer de nadie! Mas ¡ay! cuán poco aprovechan los ruegos ni las lágrimas, que aquéllos se desvanecen en el aire y éstas las sorbe la tierra, y de éstas y aquéllos se conoce el vano fruto. ¿Qué haré de mí? ¿Dónde salvaré la vida del cuerpo, pues muere la del amor? ¿Quién dará

amparo á una mujer forastera en causa tan ignominiosa? Aun la esperanza me deja; todo me hace falta; sólo me acompañan penas, y no basta la mía, sino la que padece aquel desdichado; ¿qué digo padece? Ya con la muerte estará libre de padecerla tantas veces como yo la padezco. Ya en las manos de mi marido pagaría el pecado de que yo fuí causa. ¡Qué de crueldades ejecutaría en él! Paréceme que le estoy mirando, vertiendo sangre por las heridas, pálido el rostro, vueltos los ojos y luchando con la muerte; y allí pidiendo misericordia para salvar, si no la vida, el alma, y que todo le aprovecha poco. ¡Ah, quién se atravesara á ser escudo de las puñaladas, que pues yo, en rigor, soy la causa de su culpa, de justicia debía ser quien padeciese! Mas ¿dónde me dejo llevar y pierdo el cuidado de lo que me importa? ¿Si huiré luego de mi casa? ¿Si buscaré otra en la vecindad? Mas ¿qué sacaré alborotando á media noche? Hacer más pública mi infamia. No sé qué medio tome; que si le dilato, acreciento el riesgo y no excuso se publique. Todo me acobarda; ningún camino escojo, y todos los elijo. Por aquél, hallo el deshonor; por éste, la muerte; ya me tocan en los oídos las palabras de desprecio que pide mi yerro; ya contemplo el brazo de mi marido para tomar de mí justa venganza; todo es absombro y más absombro; todo es confusión y más confusión, pena y más pena, temor y más temor. ¿Qué haré, triste?

Aquí faltó el aliento á Casilda y volvió á las suspensiones pasadas, y en el barco á frecuentar las voces: «¡Alija, alija el cofre; échale á la mar, que nos perdemos, y menos importa la hacienda que las vidas!»

—No pesa tanto que haga daño (dijo Lamberto lleno de confusión); sólo trae unas camisas mías y los ungüentos en que va depositada la salud del Conde.

Cuando esto oyó el criado del Duque, se opuso á los marineros diciendo que no se había de alijar el cofre, ó se habían de perder todos juntos.

—Pues buen remedio (dijo el Arráez); sacar lo que fueren los ungüentos, y lo demás botarlo al agua, que el volumen es embarazoso y á los balances hace mucho daño.

Así porfiaban, cuando ya el cielo descubría estrellas; las olas daban lugar á la fuerza de los remos; el viento iba calmando, y los del barco, alegres con la mudanza del temporal, olvidaron la diferencia sobre abrir ó alijar el cofre; todo á daño del pobre soldado que iba dentro, ya temeroso, ya con desesperación y aun con deseo tal vez de hallarse al fin de su desdicha. Mas dilatóse con la bonanza; todos aclamaron: «Alegría, buen viaje, que ya estamos enfrente de Nuestra Señora de Regla». Allí renovaron las plegarias, allí se hicieron nuevos votos, y en poco rato dieron fondo en la playa de Sanlúcar, á tiempo de

tanto silencio, que el mayor ruido era el que hacía la resaca de las olas.

Desembarcaron en los hombros de los que bogaban Lamberto y el criado del Duque; que, por el cuidado que llevaba el doctor con su cofre, pidió á los mismos que, haciendo de los remos palancas, le llevasen á casa del licenciado Márquez, médico de la persona del Duque.

Aceptáronlo así los remeros, aunque á costa de dinero; y con esto, juntos todos partieron, y nuestro soldado sobre los hombros de cuatro hombres.

—¿Qué es esto? ¿En andas váis y á lo que juzgo ungido, no sólo con los ungüentos de Lamberto, mas con el que os puede haber prestado el miedo? ¡Mal agüero! Poneos bien con Dios y advertid que á la primera visita del príncipe herido es forzoso abrir la puerta á vuestro encerramiento.

Pero no duró tanto; porque los cuatro que llevaban el cofre, gimiendo con el demasiado peso y repitiendo las palabras que el médico decía para que no se le arrojasen á la mar, fueron por el camino haciendo conjeturas de que no eran camisas y ungüentos lo que pesaba tanto; llegaron á casa de Márquez, y habiéndoles respondido y abierto las puertas, desde ellas se despidió el criado del Duque, y á Lamberto le hicieron que subiese á lo principal de la casa, donde le tenían aderezada cama y un criado á quien encargó su

cofre. Le pareció bastante dejarle en el zaguán hasta que el día, que estaba cerca, le pusiese en mayor cobro. Aceptaron de buena gana los remeros que trajeron nuestro soldado no subir escaleras, y más por lograr su intento; porque la oscuridad y las despedidas ocasionaron á que uno se quedase escondido entre unas pipas vacías que había en el patio. Cerróse la puerta; salieron los demás hasta que llegase tiempo acomodado, y quedó por buena distancia todo en silencio. «¡Ea!, buen soldado: ánimo ahora y brío para despedir con fuerza la cerradura que os estorba la libertad. Bien sentís que estáis solo, y pues lo sentís, ¿qué aguardáis? Libre del cofre no puede ser el riesgo tanto». Parece que escuchaba esto el buen soldado y hacía discursos de procurar libertad, esperando á mayor sosiego de la gente; y bien se iba disponiendo, que ya todos estaban sepultados en profundo sueño, y ya se experimentan los versos:

Tanto es mísero el hombre, cuanto él piensa;
que no hay mal en el mundo sin remedio.

Mas ¡ay!, ofreciste, ¡oh suerte!, imaginación de libertad á nuestro soldado, cuando habiéndote traído de un peligro en otro le pones en el último. Vuelve á considerar los trabajos que ha padecido en la guerra, vertiendo su sangre y sufriendo incomodidades y riesgos. ¡Cuánto más honrosa le fuera allí una bala, un bote de pica ó una punta de espada por la religión y defensa de su rey, de

su patria y de su vida, que no acabarla con infamia!

Sucedió, pues, que el remero escondido, reconociendo el sosiego de la casa, abrió un postigo de la puerta, y haciendo señas á los compañeros, volvieron á coger el cofre y salir con él á toda prisa á la playa, donde el silencio de la madrugada les ofrecía seguridad, y así, poniéndole sobre la arena, dijo uno:

—¡Ea, compañeros! ¿Quién le ha de sacar las entrañas á este cuitado?

—¿Yo (dijo otro), que no me pienso ver harto de ellas y traigo buen instrumento en esta daga.

—Pues ¿qué se aguarda?, dijo el último.

¡Oh, pobre soldado! ¿Quién pudiera decir con propiedad tu sentimiento oyendo tales razones, y que á lo que imaginas se dicen por ti? Hállaste en camisa, sin armas y trabajado en pocas horas de tantas desdichas; bien te juzgo (por valiente y animoso que seas) palpitando con violencia el corazón (y aun suspendidos tal vez los espíritus que te vivifican) en tan terribles infortunios; y más cuando, con soberbios golpes, hacen pedazos la cerradura; ya levantan la cubierta, y al mismo paso nuestro soldado se enderezó á pedir misericordia. Mas los agresores no aguardan á escuchar palabras; porque como tenían la conciencia dañada con el delito, y vieron aquel bulto blanco que se levantó, de donde ellos pensaron sacar plata y oro, dando voces y dicien-

do: «¡Tened, tened!», con el asombro de caso tan imprevisto dieron á huir todos, dejando libre al que se juzgaba por muerto; que, en fin, *tanto es mísero el hombre,* etc. Y así la misma necesidad le enseñó lo que había de hacer á nuestro soldado; porque mirando á todas partes y no viendo persona, cobró ánimo y con él miró lo que había dentro del cofre, y no hallando otra cosa que ropa blanca, la recogió y cubrió con ella lo mejor que pudo, y entrándose por un pinar, que llaman del Espíritu Santo, fué caminando hacia Nuestra Señora de Regla, que es de frailes agustinos, donde llegó ya de día, y dando á entender que le habían robado y que á los ladrones se les cayó aquel envoltorio de ropa blanca, le acogieron los frailes, condolidos, y dieron un vestidillo con que cubrirse y haciendo paga con las prendas que tenía hasta llegar á Cádiz, donde hizo el viaje en un barco de pescadores felizmente.

Llegó á tiempo á casa de Lamberto, que Casilda, llena de lágrimas y temores, cubierto el manto, con el dinero y joyas que tenía, iba á entrarse en un monasterio. Atajó el soldado este intento, y la tristeza de Casilda, contándola lo que he referido y que por algunos días estaban seguros de que los perturbase Lamberto, y como al paso de los males se estiman los bienes, y al paso de los disgustos los gustos, los dos amantes los gozaron diferentes, que yo acertaré á decir; olvidándose de los pasados riesgos, propia con-

dición de los humanos, que apenas les mostró el desengaño la pena, cuando inconsiderados vuelven á precipitarse de nuevo en los peligros, engaño que sólo puede hacerle el pecado que, con pinturas y sombras aparentes del deleite, vuelve á tender nuevos lazos, á quien no ha un instante que el dolor de su miseria borraba las cataratas que el amor mundano puso á los ojos del entendimiento.

Huid, mortales; que no es hombre
de discurso el que, conociendo
el daño, vuelve á buscarle.

NOVELA SÉPTIMA

Del andrógino.

Enseña cuánto son dañosos los casamientos entre personas desiguales en la edad; los riesgos que traen consigo, sin librar de los daños, las prevenciones. Cómo los sábios, aunque se hallen en las dificultades, salen bien de ellas; descúbrense los afectos propios á las edades.

Valle Bane, res nova, et vix credenda poetis:
Sed quæ de vera promittitur historia
Fœmineam in speciem convertit masculus ales:
Pavaque de pavo constitit ante óculos.
Cuncti admirantur monstrum, sed mollior aqua
Adstitit in tenerum de grege versa marem.
Quid stolidi ad speciem notæ novitatis habetis?
An vos Nasonis carmina non legitis?
Cœnea convertit proles Saturnia Consus
Ambiguoque fecit corpore Tiresias.
Vidit semivirum fons Salmacis Hermafroditum.
Vidit nubentem Plinius androgynum.

Nec fatis antiquum, quod Campana in Benevento.
Unus epheborum virgo repente fuit.
Nolo tamen véteris documenta arcesere famæ
Ecce ego sum factus fœmina de puero.

DIFICULTABAN, con otros versos, el postrero de Ausonio, Fabio y Montano, á quien refirió este epigrama Celio; y habiendo discurrido por varias cuestiones, trayendo por una y otra parte lo que pudo ofrecer la filosofía y curiosidad, Celio, que aguardaba el fin de la disputa, y viendo que se dilataba y de los argumentos pasaban á la porfía, para divertirla y responderles, dijo:

—Si, como enseña Aristóteles, el ejemplo es lo que más mueve el ánimo, con uno sucedido en los reinos de Aragón, en nuestros tiempos, os pretendo mostrar de qué suerte se entienden los versos que dificultáis, y en particular aquel:

Ecce ego sum, etc.

Dejando aparte la común, que todos entienden, atribuyendo al ánimo rendido y afeminado aquella transformación que de sí dice este poeta, pues recibe por objeción que las comparaciones de que se vale no son alegóricas, sino naturales, y así lo más á propósito es ponerle en suceso semejante al que he de referiros; pues como podréis ver en la vida de Ausonio, escrita por Pedro Crinito y Elías Veneto, naturalmente no tratan de que le hubiese sucedido transformación alguna. Mas yo

me atrevo á imaginarla, valiéndome del ejemplo que os ofrezco, donde cumpliré (aunque me alargue) con lo pedido por Fabio, no perdonando curiosidad ni huyendo dificultades; y si no fuere para todos ingenios, otras habrá en este volumen que agraden.

En Zaragoza, ciudad noble de nuestra España, cabeza y corte antigua del reino de Aragón, nació de padres nobles una doncella, á quien por el decoro que se la debe en este discurso, callando el nombre propio, llamaré Laura, que con éste la celebraron los poetas; tan hermosa que, habiéndoles quitado la fortuna á sus padres el posible de las riquezas, pues los había puesto casi en el postrer trance de la necesidad, juzgaban muchos, que no podían agraviarse; porque en hija tan bella les había entregado la suerte, oro, perlas y rubíes, en sus cabellos, dientes y labios, acrecentando la beldad exterior, la perfección del alma, que en años tiernos (aunque ocasionados, pues no había cumplido quince), daba muestras de una virtud excelente; menospreciando, con mayor acuerdo que su edad pedía, los más largos ofrecimientos que pudo hacerla la juventud aragonesa; no sólo resistiendo con valor y prudencia promesas y dádivas, mas largas solicitudes, mañas y persuasiones, con lo cual crecía su estimación cuanto menguaban los atrevidos pensamientos de los amantes á quien la esperanza (verdadero alimento del amor) aún llegó á faltarles; por-

que les parecía (y bien) que sólo estimaba la hermosa Laura el honroso matrimonio; no haciendo los casamientos hoy la hermosura, virtud y nobleza, sino el oro, afeitador de tantas faltas cuantas se encubren por puntos entre los ceros de «tantos mil ducados tiene doña Fulana», sin reparar el medio con que se adquirieron, ni si los califica la virtud propia á la heredada en sangre.

Entre esta multitud de pretensores, el que se mostraba y á quien parecía que los ojos de Laura prometían mayor felicidad, era don Ricardo (que así me conviene llamarle), hijo único de un caballero de los más nobles de Zaragoza, casi de la misma edad de Laura (algo menos), y tan favorecido de la naturaleza en hermosura y discreción y todas las demás buenas partes que hacen á un caballero perfecto; porque con ser tan pocos los años, era tan superior el ingenio, que florecía en letras con admiración de sus maestros, y en las demás agilidades del cuerpo, que le tenía admirable.

No se mostraba menos haciendo mal á los caballos; jugando las armas que su disposición y edad le permitían, y tocando varios instrumentos, acompañándolos con regalada voz perfeccionada con destreza y arte; que para todos le habían buscado valientes maestros sus padres, animándolos á mayor solicitud, la mucha riqueza que poseían, y el ser don Ricardo hijo único, luciéndose en él tanto el cuidado, que parecía á los

que le enseñaban que él daba perfección á lo que aprendía.

Era la casa de este caballero pared en medio de la de Laura, causa que desde la primera niñez gozasen de la comunicación, dando más perfectos nudos á la amistad que los padres de entrambos tenían trabada con la igualdad de la sangre, aunque desiguales en los bienes de fortuna. Y así don Ricardo y Laura, tan semejantes en la hermosura y en los entendimientos como otro Píramo y Tisbe, juntos pasaron las niñeces acompañándose en las travesuras que los primeros años piden, como deuda que se les debe; que así lo dijo Séneca á los que le buscaban para maestro de Nerón.

Fué, pues, con el tiempo creciendo el amor y perfección de manera que ya los padres de don Ricardo conocían en él que excedía á los límites de rapaz, y los de Laura temían por una parte lo que muchos sospechaban, y por otra holgaran que su hija gozara como mujer legítima de don Ricardo, cosa que muchas veces les había pedido, y aun á los suyos que, conociendo su atrevida resolución, procuraron apartarlos. Mas vedaban los padres lo que no podían que era amarse; á esta causa les parecía el mejor medio dividirlos, enviando á don Ricardo, para que perfeccionase los estudios, á Valencia, escogiendo para su ayo un eminente hombre en todas ciencias, llamado el maestro Zabatelo.

Púsose en ejecución la partida, aunque no tan breve y discreta que se les encubriese á Laura y Ricardo. Buscaron modo para hablarse y despedirse; y yo dejaré en este caso, por parecerme imposible imitarlos propiamente, el referir las lágrimas, los suspiros y las promesas que uno á otro se hicieron. Laura ofrecia, en fe de su lealtad, una perfecta perseverancia; don Ricardo anteponía la suya con juramentos y ofertas, y entrambos maldecían el abuso de las riquezas, que no sólo son madre de la soberbia, mas perturbadoras del gusto. ¡Oh, cuántas veces Ricardo quisiera hallarse libre de sus impedimentos, aunque gozara de más humilde estado, pues no le fueran estorbo! Consideraba los muchos que de grandes prosperidades de fortuna, la fortuna los había puesto en grandes calamidades. Corría con la imaginación mil veces los casos que á este propósito le ofrecían las historias.

Ya contemplaba á Dionisio el Menor, tirano de Sicilia, depuesto de su tiranía y buscando la comida entre los figones y hosterías de Constantinopla. El otro, hijo de Perseo, rey de Macedonia, que se vió forzado á labrar en las herrerías públicas, sacando de tan vil trabajo el sustento. Belisario, prefecto romano, que después de los triunfos y victorias de vándalos y parteos y otras naciones, y tras deberle la libertad su patria, salir ciego á mendigar la limosna á los pasajeros á los caminos públicos. A Mario, que no le im-

portó ocupar el puesto consular siete veces, el haber triunfado de Yugurta, el haberle cantado las victorias de Cimbros y Teutones y otras aventajadas, y al fin, por mano de Silla, le llegó en la Mentarniense laguna el desengaño. Pasaba la consideración á tantos príncipes vencidos unos de otros. Jerjes, ya señor de Egipto, ya vencido de Temístocles, ya muerto por Artabano. Artabano, apenas se gloría de la muerte de Jerjes, cuando Artajerjes le quita la vida. Mitrídates, rey de Ponto, á quien por cincuenta años tiembla el poder romano, ya llora prisionero de Pompeyo. Pompeyo, vencido de César, huye desesperado á Ptolomeo, y donde busca el remedio halla la muerte, y al fin César acaba desastrado. De todo, como discreto, sacaba Ricardo la poca firmeza de la suerte. Decía con Boecio: «¡Oh, mil veces dichosa aquella edad primera que se contentaba con los fieles campos, no perdida con el superfluo uso, pues solía desterrar el hambre con viles bellotas, las corrientes puras ofrecían la bebida, la hierba daba á los hombres saludable sueño, y la sombra y habitaciones los árboles! No se cortaban entonces los altos mares, ni el mercader conocía nuevo huésped en nuevas riberas; las trompetas crueles de la guerra callaban, que la sangre derramada por el odio y la codicia no había teñido las armas». ¿Para qué había de ejercitar la espada ni lanza el furor enemigo, viendo tan crueles heridas y ningún

premio de la sangre derramada? ¡Oh, si nuestros tiempos se tornaran á aquellas costumbres antiguas! Mas ¡ay! que el amor de las riquezas y el deseo de adquirirlas arde más que el monte Ethna.

¿Quién fué el primero que halló (desentrañando la tierra) los preciosos peligros del oro? Este maldecía Ricardo, pues ya que la fortuna le había ofrecido en Laura nobleza heredada, perfecta hermosura y virtud propia, por haberla negado la riqueza, le condenaban á destierro sus padres.

Llegó, pues, la hora de la partida; salió don Ricardo, acompañado de muchos nobles de Zaragoza, y él tan galán, que se dificultaba si movía más á la envidia que á la alabanza. Laura, encubiertamente, desde una torrecilla que tenía su casa, no sólo le siguió la calle con ojos, mas por los campos (que largo trecho se descubrían), y ya que por la distancia le perdía la vista, halló nueva traza la imaginación; que empiezan los pensamientos donde acabó ella. Fué creciendo en Laura la tristeza, cada día más, y sus padres, que la amaban tiernamente, la acompañaban en el sentimiento, buscando extraordinarios modos para divertirla; mas ninguno aprovechaba, porque la pasión que una vez se apodera del ánimo, con dificultad se resiste. Procuraba Laura disimular como discreta, y como amante mostraba su pena.

No pasaron muchos días cuando un caballero algo deudo de su padre de Laura, de edad mayor, pues estaba más cerca de setenta que de sesenta, cuyo nombre era Solier, vino desde Valencia, donde tenía su casa y gozaba largos bienes de fortuna, á un negocio forzoso á Zaragoza; y sabiéndolo el padre de Laura, le forzó á que fuese su huésped. Aceptó Solier la oferta, y apenas pisó la casa cuando en la primera vista de Laura quedó admirado de tanta belleza, cobrando la sangre, á quien la senectud había traído templaza, unos ardores tan vivos, que parecía más de veinticinco años que de los que había vivido. Cenaron juntos la primer noche del hospedaje, y toda la cena se le fué á Solier en regalar á Laura, su sobrina (que así la llamaba, aunque el parentesco era fuera de dispensación). No cuidaba el viejo del sustento propio, aunque le ponían los manjares delante, suspendido en mirar á Laura, y si usaba de ellos, era para escoger lo más regalado, y haciendo muy pesadas cortesías (á lo antiguo) pedía á su sobrina comiese lo que él la daba. Laura, como cortés, lo agradecía; como discreta, le penetraba las pasiones; como prudente, disimulaba, y como hermosa y gallarda, se reía de ver, en cuanto la vida dura, no perdona el amor la edad larga ni los mal sazonados años.

Llegó la hora de recogerse y entregarse al sueño; mas el capitán Solier, donde solía hallar

reposo, le creció el desvelo, haciendo consigo á solas varios discursos de su nuevo estado, y así decía: «¿Cómo? ¡Que yo sienta forzada mi inclinación! ¡Que así dure en la fantasía la imagen verdadera de Laura! ¡Que una rapaza burle de mí y pueda gloriarse de lo que no han adquirido en tantos años tan insignes mujeres cuantas se han ofrecido á la fama de mi mucha riqueza! Ahora verdaderamente (como dice el proverbio) nadie diga «de esta agua no beberé», pues yo, á quien la naturaleza había dispuesto para solo, menospreciando el admitir compañía, ahora la deseo de quien dudo pueda alcanzarla. Contemplo la desemejanza en las edades; Laura de menos de quince años; yo, de más de cuatro quinces; ella, hermosa; yo, no galán; ella, gallarda con la niñez; yo, cargado y oprimido de tantos años; yo la adoro, ¿quién duda que ella me desprecia?» Tras esto daba un suspiro, quedando suspendido por largo rato hasta que, como el que despierta de profundo sueño, volvía engañándose y diciendo: «¿Por ventura no lo alcanza todo el oro, y yo no tengo lo que basta para conseguir lo que deseare? Ya el mundo está reducido á solo interés; las necesidades son mayores y las obligaciones crecen. Laura es pobre, y á mí me sobra lo que á ella le falta, si á mí me falta lo que á ella le sobra. ¿Para qué es la riqueza sino para darla por la salud, la vida y el gusto? ¿Quién duda que en tan hermosa niña como Laura tenga

yo sucesión en quien pueda emplear tantos millares de renta, sin desvelarme qué obra pía dejaré; en qué deudo estará mejor el patronazgo y memoria de mi casa? Yo no soy tan viejo que desespere de esta buena fortuna. Ya he leído en historias de otros que con más edad que yo tuvieron hijos. Dejo aparte las que predican en los púlpitos: Adán, que engendró á Set, de ciento treinta años; Set á Enós, de ciento cincuenta; Enos á Caynám, de ciento; Jareb á Enoth, de ciento sesenta y dos, y Noé, de quinientos, á los tres hijos que libró en el arca. Y si entonces, por ser antes del diluvio, corría diferente razón á causa de estar más robusta la naturaleza, vamos á Plinio, que él me pondrá delante el ejemplo de Masinissa, que después de ochenta y seis años, engendró un hijo varón llamado Methimatho. Volusio Saturno tuvo hijos de más de sesenta y dos años, y Catón Censorino de más de ochenta. Mas ¿qué me desvañezco? En Medina del Campo pocos años ha conocí á Pedro de León, que de noventa y seis años se casó con una señora moza deuda suya, cuyo nombre era doña Francisca, y tuvo en ella un hijo varón, que hoy vive y posee su mayorazgo; tan desesperados de este suceso sus deudos, que en su vida habían dos sobrinos litigado quién le había de suceder, y él hizo venir de Méjico otro más cercano que todos. Yo le conocí; bien me acuerdo del capitán Castañeda, grande hombre de á caballo y que corría dos

juntos: éste, pues, llegó á tiempo que fué padrino y no heredero. ¿Por qué me ha de faltar á mí la esperanza? Agil estoy; no ha tres años que jugué cañas y aun guié un puesto, y en verdad, que algunas de las hermosas de Valencia me dieron parabienes de galán y alentado.»

Con estos devaneos, cansado se entregó al sueño, y aun en él no durmió el apetito. Otro día temprano pidió de vestir á sus criados, que con diferentes pensamientos habían pagado al sueño lo que debieron á Baco. Levantáronse á las voces de Solier, diéronle lo más galán que traía, estuvo largo rato mirándose al espejo; y tras componer la barba y el cabello, mandó que le trajesen lechuguilla al uso, de que no se admiraron los criados poco; porque Solier era hombre del gusto que los demás de sus años, que les parecen no autorizan las canas, no vistiendo como los otros; en el hacer visajes de sus personas creen sin duda que estriba aquella vejez que es corona de dignidad, según el sabio. Aquél trae los zapatos sin orejas; el otro se pone el eschero y cuelga el pañuelo de la cinta; cual trae dos anchos en la lechuguilla, y, porque se precia de soldado, han de ser con puntas; en fin, cuanto á los trajes hay sectas de viejos, como otro tiempo de filósofos, ó como ahora de papeleros gente de pluma; porque la tienen, de lo que á vos y á mí nos pelan, y los tales no pegaran un abanico del cuello si les cuesta una grande afrenta.

Las calzas no son como los de los otros hombres; porque les parece que estriba el parecer ministros el que sean cortas y mal talladas. Otros participan de diferente humor, imitando á los señores en vestir con peto y muy largo de talle, calzando muy á lo de palacio, sin considerar en que Juan Sánchez nació largo de pata, y que el peto, como ninguno de su linaje se le puso grabado, no le entalla; en fin, Solier salió remozado y galán en su opinión, juzgando por largos siglos las horas que habían pasado sin haber vuelto á gozar la vista de su sobrina.

Llegóse el tiempo de salir á misa; aguardó al encuentro, y pasando los ordinarios cumplimientos con los padres de Laura, se llegó cerca de ella, hizo una reverencia muy baja, y echando el canto de la capa sobre el brazo, dijo:

—A propósito soy para bracero, señora sobrina; pues la edad y el parentesco me aseguran.

Laura respondió cortés, rehusando que la acompañase, mas no fué posible; que la porfía del viejo fué tal, que obligó á su madre á decirla:

—Ea, niña, acaba; haz lo que te manda tu tío; que también se merece obedeciendo.

Puso Laura entonces la mano sobre el brazo de Solier, y con estar tan distante, sintió que le abrasaba el corazón. Preguntó Laura al viejo qué le había parecido Zaragoza. Replicó alegre que muy bien, porque encerraba en sí cuanto él podía desear.

—Hállome (dijo) sobrina, prometo á v. m., otro del que solía; y tanto, que me parece que no he vivido como hombre hasta ahora.

Entendíale Laura, y él quedó satisfecho, pareciéndole que había dado muestras de su amor, que para divertirle la doncella preguntó qué tal era Valencia. Entonces se le abrieron á Solier las puertas del deseo; tomó la mano describiendo el sitio, los edificios, los templos, las huertas, los jardines, las salidas, el trato de la gente; pasando á lo que él poseía en aquella insigne ciudad, así de rentas como de posesiones, la disposición de su casa, las curiosidades que ella tenía y la comodidad de que gozaba, lo que habían deseado y deseaban casarle y cómo no había hallado mujer á su gusto.

—¿En tantos años?, dijo Laura.

—No son muchos aunque lo parezcan (replicó Solier). Esa desdicha tenemos los que no nacimos en Etiopía, que se nos anticipan las canas.

Fueron los discursos del viejo tan largos, que ocuparon hasta volver de la iglesia á casa, donde apenas se alzaron los manteles, cuando no pudiéndose ya vencer á sí mismo, determinó Solier pedir al padre de Laura se la diese por mujer propia, haciendo entre sí una liberal determinación á no dejar por solicitud y diligencia de conseguir su deseo, á que le animaba su mucha riqueza y la poca de los padres de Laura, y así no dilató dar principio á su determinación; antes,

encerrándose en un aposento con su padre de Laura, le dijo:

—Ha muchos días, señor primo, que me desvela el disponer tanta hacienda como fué Dios servido de poner en mis manos; y como el determinarse en breve es dañoso, he gastado algunos años con este pensamiento; al fin, me ha parecido la mejor traza casarme con una deuda mía en quien ó tenga sucesión ó no teniéndola ponga en ella lo más florido de mi riqueza; pues siendo mi sangre, haré cuenta que tuve una hija. Y aunque es así que algunos de mis parientes, conociendo este intento, han procurado darme las que tienen, como yo no busco mujer rica, sino á mi gusto, ya en aquella la hermosura, ya en la otra la condición, me desagradó sin duda, por guardarme el cielo (si yo fuese tan dichoso) para marido de mi sobrina doña Laura, de cuyas virtudes vengo con grande noticia. Esta, señor, fué la causa de venir yo á Zaragoza; esta me trajo á hospedar en esta casa; este es el último fin que aquí pretendo, y en esto traigo fundadas las esperanzas de mi buena dicha, y no creo será para v. m. mala, pues podré componer sus cosas y ayudarle de modo, que siendo su calidad la que yo sé, pueda sustentarla sin conocer las necesidades. Bien creo que para la señora doña Laura será rigurosa nueva; mas la comunicación suele suplir las partes del cuerpo; y yo la serviré y estimaré de suerte, que no se tenga por mal

afortunada. Suplico á v. m. considere este caso, y le comunique y disponga su propósito, que el mío sólo es desear bien para entrambos.

Puso fin á su plática Solier, y su padre de Laura le hizo largos agradecimientos, estimando tan buen intento; y pidiéndole licencia para comunicarlo con su mujer, le dejó alegre con buenas esperanzas, y él partió prometiéndose muchos acrecentamientos, deseoso de ver efectuado un matrimonio, donde tantas ganancias se le seguían, no reparando en el gusto que podía tener su hija, sino sólo en verse acrecentado de riquezas. Dió noticia el anciano á Laura y su madre de la determinación de Solier; nueva tan alegre para la una, cuanto triste para la otra; pues fué para Laura uno de los más rigurosos golpes que á su juicio pudo darle su fortuna. Procuró para evitarlo disuadir á sus padres con las mayores diligencias y razones más fuertes que acertó á hallar, y así les dijo:

—Aunque la obediencia que debo y tengo á vs. ms. pudiera, con verlos tan conformes en abrazar este negocio acobardarme, dejando de mi parte las razones que mis pocos años y menos experiencia pueden ofrecerme, ya que no para excusarlo, á lo menos para que se considere, determino poner á vs. ms. delante de los ojos tantos inconvenientes como se ofrecen á los míos.

El primer fundamento que mi padre hace para calificar que se acierta, es decirme que en largo

tiempo consideró este negocio, y que su determinación en elegirme no es de ahora; y esto mismo que vs. ms. creen, porque el señor Solier lo afirma, es lo que yo dificulto y me da á entender que todo es violento, y que por dejarse llevar de este razonamiento tan bueno que dicen tengo, aumentado con mi edad temprana, al primer calor que encendió la sangre quiere lo que después de fría ha de aborrecer. Juzgo yo que así como en la vela, cuando está en los fines de la vida, son, con la violencia, mayores las llamas que arroja, así en los hombres que están con los muchos años cerca de la muerte, fríos en la sangre y faltos en las fuerzas como el encenderse ó sacarlas de flaqueza es violento, tan aceleradas como son las llamas tanto más presto se consumen. Esto habrá sido en mi tío, téngolo por cierto; y no menos que si desde Valencia se determinara, ya por alguna carta suya ó de persona con quien hubiese comunicado resolución que tan despacio se había hecho, tuvieran vs. ms. noticia de ella; mas cuando llega á esta ciudad rehusa la posada, pareciéndole que se obliga, y conocidamente le traen otras cosas de importancia; ¿qué más claro se quiere el desengaño de su intento?

Pareceráles á vs. ms., con amor de padres, que es acrecentamiento mío hacerme mujer de hombre tan poderoso, y téngolo yo por el mayor castigo, pues no iré á ser compañera en las

prosperidades, sino sierva en las necesidades de la poca salud del señor Solier; que quien ha sabido guardar en los años de mozo como corto, en los de viejo guardará como miserable. Y si vs. ms. dicen que me tienen el amor que deben, como padres, ¿cuál hay tan riguroso que venda por esclava una sola hija que les dió la suerte? Venderla digo y con propiedad; pues aquella prenda que se da por algún interés, ¿qué otra cosa se hace con ella sino venderla? Y el darme vs. ms. á mi tío, no es por las partes que le dió la naturaleza, sino por el oro que le ha concedido la fortuna.

Ya me considero gastado lo mejor de mi vida en una esclavitud triste, y que á los pocos años vuelvo á los ojos de mis padres arrastrando luto y vertiendo lágrimas y aun perdidas las esperanzas de mi remedio, que mejor le alcanza en tiernos años una doncella que en edad perfecta una viuda; ya naturalmente (lo que no permita Dios), vs. ms. me faltan y yo lamento, y desde luego contemplo mi desamparo; ¿qué haré entonces?; ¿adónde volveré los ojos? Si á á un convento, ahora es mejor; muestre mi tío el amparo que me hace en lo que á nadie puede parecer mal. Y no persuado á vs. ms. que no ejecuten su gusto, que para eso nací; para no tener voluntad; mas, por lo menos, si hombre tan prudente como el señor Solier no se determinó en largos años, bien será imitarle y no efectuar

esto sin comunicar esto con los deudos y amigos; que la dilación suele descubrir los intentos.

Dijo Laura sus razones con tanta eficacia y acciones tan vivas, que dejó movidos á sus padres, si no á negar de todo punto el matrimonio, por lo menos á dilatarle y comunicarle. Hiciéronlo así con algunos deudos de quien fiaban; y entre ellos, quien primero participó de la nueva fueron los padres de don Ricardo, los cuales, pareciéndoles que con efectuar ese casamiento fenecerían todos los intentos de su hijo, apretaron de manera que, haciéndose medianeros entre Solier y sus vecinos, trazaron la boda, hicieron las capitulaciones en favor de Laura y sus padres, sin reparar Solier en hacer larguezas de su hacienda.

Entregó á sus suegros 500 ducados de renta para que los gozasen por sus días; dotó á Laura en 3.000, dióla joyas y galas, haciendo medida el gusto; y con esto se efectuó matrimonio tan desemejante, corriendo la voz por la ciudad y el reino, siendo las alas y trompeta de esta fama la hermosura y discreción de Laura y la riqueza tan conocida de Solier, que aguardó en Zaragoza hasta venir la primera amonestación de Valencia, y con ella y licencia del Arzobispo, se celebraron los desposorios, cuyo día fué de los mejores que en caso semejante se han visto en aquella ciudad, porque no faltó caballero mozo que no mostrase lo que pudo el luci-

miento y gallardía. Hubo grandes fiestas en casa de los novios, escribiéronse muchas glosas de *la Malmaridada*, que resucitaron entonces, y no menos cantidad de versos de todas suertes en que hubo harto que escoger.

Yo, entretanto, elegí este soneto, más para prueba del suceso que por referirle.

A la madre de amor, al alma diosa,
á quien ofreció Paris justamente,
con sabio acuerdo, con ardid prudente,
el premio de oro por la más hermosa,
La ciega suerte, injusta y poderosa,
que hasta en las diosas su rigor se siente,
la entrega al forjador del rayo ardiente,
de cara horrible, ahumada y espantosa.
Y no contenta, á Laura, que bien puede
ganar el premio á Venus, por más bella,
á un anciano la entrega y su malicia.
¡Oh cuán injustamente el bien concede
la fortuna cruel; cómo atropella
las leyes de igualdad y de justicia!

Deseoso estaba Solier, más de lo que sabrá explicar mi pluma, de volverse á Valencia con su Laura, porque en Zaragoza no podía ejecutar las trazas que había dado en su imaginación, para guardar su prenda, no sólo de las ocasiones, mas de la vista; pareciéndole que en el volver los ojos, en la pronunciación de las palabras y en el movimiento de su persona, hallaba causas que despertaban sus celos, de que andaba tan perseguido, que no salía de sí. Preguntóle Laura (como tan discreta) la causa de su cuidado, y

dióla á entender en donaire parte de lo que podía temer, aunque mostrando la seguridad y confianza que tenía en su mucha virtud y valor.

Llegó, en fin, la hora deseada en que partió Solier para Valencia, contento más de la jornada que del cumplimiento de sus deseos en gozar de Laura; porque cada hora sentía la disposición y largueza que había hecho de sus bienes, y en los miserables no hay perfecto gusto si es á costa de interés. Querer referir menudamente todos los accidentes de esta partida, sería alargarme demasiado; y así [hablaré] no con la tardanza que caminaron, mas con la prisa que pide mi deseo, para mostrar el fin de este suceso.

Llegaron á Valencia los recién casados, cuya entrada fué no menos celebrada que la partida, saliendo toda la nobleza de aquella ciudad, así naturales como forasteros; unos, obligados de la patria ó el parentesco; otros, de la fama de Laura, por verla. Entre éstos fué don Ricardo, vestido á lo galán, gozando de privilegio, que á su edad y profesión permitió la noche. Acompañábale también disfrazado su ayo y grande amigo, el maestro Zabatelo, á quien don Ricardo había ganado la voluntad de suerte, que no sólo le trataba como superior en los estudios, mas como compañero, en lo que quería ejecutar, aunque tal vez pasasen los actos á travesuras.

Procuró don Ricardo llegar cerca de su Laura de modo que ella le conociese, como lo hizo, y dió

los favores que pudo en ocasión tan pública, sin perder su decoro, ni acrecentar los celos á su viejo marido. Mas con ser tan limitados estos bienes de amor, en don Ricardo encendieron de nuevo las llamas tan poderosas, como en el tiempo que más pudieron estarlo. Mil veces se dejó llevar de su deseo, fijando la vista en su Laura, que le pagaba como podía, sintiendo tan gran deleite los que se amaban, que hacían prueba á la opinión de los que dicen que el recíproco mirar le engendra y comunica cierta virtud ó veneno amoroso. Fué bien menester la ayuda de Zabatelo para poner acuerdo á don Ricardo, porque no diese nota á los circunstantes y sospechas á Solier.

Procuró el maestro quitar de todo punto la causa de aquel efecto divirtiendo á don Ricardo lo que duró el acompañamiento, que, acabado, don Ricardo y Zabatelo, así á caballo, se salieron hacia la marina, donde comunicaron el suceso de los amores de Laura. ¡Cuán poco le habían aprovechado á don Ricardo sus finezas, pues la fortuna hizo le prefiriese un hombre como Solier!; y así decía: «¡Oh, maestro!; no le admire que haga demostración de su pena quien tiene causa para sentirla, como yo, considerando se me adelanta persona de tantas menos partes de naturaleza como ha visto; sólo porque le concedió la suerte, si no más bienes que á mí, á lo menos más pronto para comprar joya en que tenía yo puestos

los ojos y aun depositada el alma. ¡Oh riguroso padre el que me dió el sér; que, pudiendo conservarme en feliz estado, por dejarse llevar de la codicia, me puso en tan miserable punto!»

Consolaba Zabatelo á don Ricardo como quien le conocía la inclinación y sabía tan bien; mas no aprovechaba; antes, cuando le parecía que había negociado mayor alivio, salía don Ricardo con nuevos suspiros y razones de sentimiento, á que procuraba Zabatelo dar remedio; pero como no bastasen muchas razones discretas á consolar al enamorado caballero, recogiéronse aquella noche, pensando don Ricardo cómo podría, ya que no hablar á Laura, por lo menos escribirla. Mas Solier, en quien parece que la imaginación le daba avisos de estas trazas para prevenir el remedio, se levantó cuando el sol, y sin acabar de vestirse, salió con una ropa á un corredorcillo, donde hizo llamar al licenciado Burgos, un capellán montañés, por la barba y persona, que le había criado Solier desde tiernos años, dándole estudio, por ser apropósito de su condición. Era tan doméstico y deseoso de acertar á servir á su amo, que hacía escrúpulo de que, habiéndole dado un recado por tales y tales palabras, trocase alguna.

Entre muchas virtudes, sólo un vicio se le conocía, que era pensar de sí (como los más de su traza y profesión lo hacen) que sabía tan bien escribir gramática, que podía enseñarlo. Andá-

base, por seguir su inclinación, dando lecciones por las casas principales de Valencia, porque le sonaba muy bien el nombre de maestro. De este tal Burgos hizo Solier primer fundamento de su edificio; y así, tras darle cuenta de su casamiento y cuán otro quería que fuese el gobierno de su casa del que hasta allí, concertó con él darle unos aposentos que estaban en el zaguán con todo lo necesario para su vivienda; y que la comida y ropa limpia se la darían por una ventana que habría en la puerta de la primera sala, y que esto vendría de las manos de las criadas á las de tres niños, que ninguno pasase de ocho años, que los tenía prevenidos para el propósito. Y habían de estar en esta primera sala y la segunda, teniendo el dormitorio acomodado en un aposento que había junto á aquel corredor, donde todas las noches una esclava saldría (en su presencia) á hacerlos las camas y aderezar el aposento. Y por un torno, puesto en la segunda cuadra, les darían de adentro la comida, y los muchachos podrían entregar lo necesario que comprase el despensero, el cual, sin pisar la escalera (porque ni él ni otro criado habían de posar en casa, sino en otra accesoria), entregaría al licenciado todas las mañanas la provisión ordinaria; él á los niños, los niños por el torno á la cocinera, que lo recibiría en su presencia, «porque la llave del torno la he de tener siempre, sin fiarla de nadie», y así decía:

—Licenciado, hermano: el hombre prevenido, lo más tiene combatido. Adviértame este punto; celébreme esta prevención; pues hallándome yo delante á estos entregos, no digo papel, mensaje ni otra cosa, mas el pensamiento no podrá entrar; y cuando sobornasen al despensero, creo yo de su conciencia, licenciado Burgos, que no sólo no pasará por semejante maldad, mas que me la descubrirá luego; pues no le va menos que su alma y sabe más bien que yo se lo puedo decir, que la vida del honor es de mayor estima que la del cuerpo; y si por matar á uno se ofende á Dios tanto, ¿qué será á quien quita la más preciosa vida? Y como el demonio es sutil y puede engañar á los más perfectos con aquel mal abuso «de no se sabrá»; de eso servirán los niños, que tres y en edad semejante y teniéndolos yo gratos, no les permitirá silencio sus pocos años y no maduro entendimiento.

Celebraba el licenciado Burgos la buena disposición y trazas de su amo, diciendo:

—Ahora verdaderamente, señor, bien dicen que la experiencia alcanza más que la ciencia; pues con todo lo que yo he leído no sé de prevención tan acordada como la de v. m. ejecute luego de parte de Dios. Digo que aunque mi señora sea un ángel, forzoso ha de tener criadas mozas, y lo que ellas hacen suele dañar á las amas, si no en las costumbres, en la fama, que cada una imagina y afirma lo que se le antoja, y el

honor muchas veces estriba en lo que se dice.

—Aún no pára en eso mi acuerdo (replicó Solier); porque las cerraduras de mi casa las he trazado de suerte que todas las puedo yo abrir y cerrar con una llave maestra, sin embargo que sean diferentes, y las llaves particulares no saldrán de mi escritorio sino cuando yo quisiere.

—Todo está muy bien trazado (dijo el licenciado); mas ¿quién son los niños?

—Prevenidos los tengo (replicó Solier); el uno es Juanico, el hijo de la hortelana que tengo en la quinta, que está sola después que enviudó y no quiero que allí haya más que una mujer, por si fuere alguna vez doña Laura. El otro es Manuelillo, que se ha criado en casa, y el otro Andresico, el hijo del sastre, que ha dado en que le quiere para abad.

—Déjemele v. m. (dijo Burgos) y verá en poco tiempo cómo se le hago persona.

—En sus manos está (replicó Solier), pues todos los días les dará lección por la ventana de la sala, y para que no todo sea trabajo, tendrán sus horas para jugar y entretenerse. Pero lo mejor de mi traza es que todos, así las mujeres por la reja que cae al oratorio desde su cuarto, como los niños y yo, oiremos su misa del licenciado Burgos, sin que sea menester ir á las iglesias, ni que aguarde el mozalbito á la pila del agua bendita, haciendo meneos y contenencias; que si tuviera mano para ello castigara yo tan mal intro-

ducido atrevimiento, pues pierden el respeto á Dios, sin atender que la iglesia es solo para alabarle y pedirle mercedes y no para profanarla, concertando lo que ellos saben y parlando lo que fuera justo que excusaran.

—No veo la hora (dijo el licenciado) de que todo lo que v. m. ha dicho lo vea yo con mis ojos.

—Como ver (dijo Solier), mañana á estas horas lo verá todo ejecutado.

Despidió Solier con esto al licenciado; acabóse de vestir y salió de casa á solicitar lo que tenía trazado con tanta violencia, sin reparar en dinero (que es el atajo más breve), que á las diez de la noche ya estaba hecho todo el aposento del licenciado y niños, tornos y llaves, hasta lo más menudo que pudo prevenir su malicia.

Esparcióse luego por toda la ciudad la prevención y guardas que había dispuesto el viejo, haciéndose corrillos y juntas murmurándolo; y aun no faltó quien diese coplitas á los muchachos que cantasen por las calles, y más de cuatro, deseosos, perdieron esperanzas que habían concebido de ver y festejar á Laura, que con tanta fama de hermosa y discreta entró en aquella ciudad.

Mas el que mayor sentimiento tenía era don Ricardo, á quien no acertaba á consolar su maestro y grande amigo Zabatelo por más diligencias que hacía. Todo le iba en salirse á los campos á dar suspiros y fabricar quimeras para

ver á su Laura, y ella, como si lo oyera (que esto puede el amor), parece que le respondía y lamentaba su fortuna que no sólo la dió por dueño hombre tan desemejante en los años y en la condición, mas tan celoso, que de las aves qüe volaban se temía; consideraba no poderse fiar de nadie y estar el paso tan imposibilitado con tornos, llaves, niños y prevenciones. Este discurso ¡oh! cuántas veces hizo don Ricardo y cuántas no hallando camino su esperanza, decía con Séneca:

Ningún camino muestra la esperanza
en la dificultad al afligido.

Mas, como á un ingenio superior todo se le rinde, y un perfecto enamorado todos los inconvenientes y riesgos atropella, don Ricardo halló modo en su imaginación para probar su ventura, y teniéndola medianamente, á su parecer, no sólo ver su dama, mas comunicarla cerca, á pesar de cuantas trazas le habían enseñado á Solier sus años y sus celos. Fuése don Ricardo contento á Zabatelo, y habiéndole primero representado las obligaciones que tenía de acudirle, y más en ocasión que, á su juicio, le iba el reposo, el gusto y la vida, pidióle su amparo para ejecutar la más ingeniosa y nueva traza que puede enseñar la misma agudeza, y así le dijo:

—¡Oh, maestro! Pues como discreto conoce mi voluntad, y como noble se precia de agradecido, no le quiero traer á la memoria las obligaciones

que me tiene, ni la esperanza, también fundada, en la correspondencia mía, ni menos será necesario darle cuenta de mis pasiones y sucesos; pues cada instante la doy tan por menor hasta de las quimeras y discursos que fabrico. La postrera, en fin, de mis imaginaciones para desmoronar algún portillo en esta fortaleza, que tan pertrechada en su defensa y tan en daño de mi esperanza ha hecho Solier, sepa que no es mía, sino del amor verdadero que tengo: éste, sin duda, me ha enseñado á que vistiéndome de mujer, pues en mi edad, mi rostro y mi modo será fácil buscar camino para introducirme á los ojos de mi Laura, el cómo y la traza que tengo para ejecutar mi pensamiento; dándome la palabra de ayudarme, se lo comunicaré.

Razones fueron éstas que le hicieron componer el semblante á Zabatelo, y así respondió á don Ricardo:

—Señor, mucho quisiera, ó no hallarme obligado á contradecir el pensamiento que v. m. me comunica, ó ya que me fuerza á reprenderle, la dificultad del caso, el inconsiderado arbitrio y el puesto que ocupo de su maestro, que pudiera hacerlo, no con la autoridad mía, mas de verdadero padre, pues no sólo con las palabras reprimiera tan arrojadiza determinación, mas con las obras la estorbara; que bien sintió Eurípides, en la tragedia de *Medea,* que los amores de los mortales son un mal grande y no un mal solo,

sino tantos, como vemos sucedidos desde los primeros años del mundo.

Ya Sansón entrega las fuerzas y la vida á una Dalila. Apenas posee el cetro de Frigía Pelops, cuando por Hippodamia mueve sangrienta guerra á su padre. Por Aspasia, la mueve Pericles; por Berénice, siendo mujer propia de Ptolomeo, Seleuco, rey de Siria, le mueve guerra. Cleopatra fué causa de la que hubo entre Philopater, su padre, y Alejandro; mas ¿qué refiero ejemplos si de éstos y otros tiene v. m. visto tantos en historias y poetas? Oiga á Ovidio:

No es guerra para mí nuevo cuidado:
si no robaran la Tindaria Elena,
Asia y Europa hubieran paz gozado.
Una mujer al arma los condena
á los fieros Lapythas rusticanos,
y al pueblo de dos formas desenfrena.
Una mujer levanta á los troyanos
sobre el reino latino nueva guerra,
y una mujer la causa á los romanos,
reciente la ciudad sobre la tierra.

Y no tanto me admira, y debe refrenar el ánimo de cualquier hombre cuerdo lo dicho, cuanto que en las manos de las propias que tanto cuestan, aun ya alcanzadas, no está segura la vida. Muéstrenlo, sin otros infinitos ejemplos, aquellas cincuenta hermanas que la primera noche de sus bodas dan, las cuarenta y nueve, muerte á sus maridos, y sólo una le escapa libre. ¿Por qué ha de querer v. m., que tiene llenos de esperanza á

sus padres y maestros, malograr sus años y su fama dejándose llevar de tan violento fuego? Reprímale, que así como demasiado daña, honesto moderado alegra y es digno de alabanza, como sintió Eurípides; y, cuando lo que digo no moviera á v. m., sólo el haberse de valer, como confiesa, de la mudanza del hábito varonil, bastaba á poner freno á su discurso (donde aunque le pronunció su lengua) dificulto que se formase concepto que degenere tanto de un hombre noble y tanto como el señor don Ricardo; pues cuando por sí atropellara por su fama, no puedo yo creer que la opinión que en tantos siglos han adquirido y conservado sus antecesores, por un dejarse llevar de su inclinación quiera desdorarla y aun entregarla al riesgo de la infamia; que de ésta son notados, no sólo los que se visten hábitos mujeriles, mas los que afeminan la compostura de su cuerpo, y así fueron reprendidos Aristóteles, Demóstenes y Sócrates sólo porque se afeminaron el hábito; y baste, sin otros muchos que se me ofrecen, el ejemplo de Miracles, uno de los Argonautas de quien Valerio Flaco dice, porque usaba de encresparse el cabello y afeminaba el traje:

Semejante á soldado
iba un semi varón sin señal de hombre.

Pues ¿por qué ha de querer quien goza en tan tiernos años el renombre de varón, así por las letras como por los ejercicios de armas que su

edad le permite, entregarlo todo á una pasión amorosa y que allí se anegue el pundonor, la fama y la persona? No sé con qué palabras ó diligencias pudiera persuadir á v. m. á que dejase intento y riesgo tan fuera de camino; digo con Séneca:

Que huyas las impías llamas de amor ciego.

Así concluyó Zabatelo, y don Ricardo, que había estado atento á su discurso, reprimiéndose á sí mismo con hartas diligencias para no atajarle, respondió así:

—Si para mostrar lo mucho que sabe el maestro ha tratado disuadirme de mi propósito con razones y autoridades tan bien dichas, no era menester, pues conozco su erudición y buen ingenio, que no á mí, falto de lección y experiencia, mas á los aventajados juicios de esta Universidad puede poner cobardía. Pero como habla de mi parte el amor y la necesidad en que me veo de buscar remedio á mi vida, habré de valerme de lo que me ofrecieron mis estudios, sus preceptos y el caudal corto de mi entendimiento. Bien sé que el amor es grande mal, y tan grande, que ni hay cura para él, ni aman los enamorados el médico; que bien lo sintió Propercio, pues dice:

A todos los humanos los dolores
sana la medicina, y solamente
el médico huye enfermedad de amores.

Esta ha sido la causa de que, sin reparar en

otro inconveniente, busquen los amantes el fin de sus deseos, ya por las armas, ya por los ardides y trazas que el amor les muestra; pues, como enseña Ovidio en su *Arte de amar,* es el amor especie de milicia, que hasta á los animales brutos enseñó el amor la pelea por gozar de su semejante, como testifica Ovidio:

> Yo vi dos toros fuertes combatiendo
> por una vaca hermosa, que presente
> les estaba valor vivo infundiendo.

No les queda á los enamorados libertad ninguna; antes rinden las potencias todas á la fuerza del amor, pues la memoria sólo representa en la fantasía la imagen de la cosa amada y los actos sucedidos en su comunicación. El entendimiento, como no reconoce otro señor, cuanto discurre, traza y revuelve, todo es en servicio de este Dios á quien la voluntad está ofrecida y entregada; y esta es la razón, como trae Erasmo, de que Catón dijese que el alma de los amantes vive en ajeno cuerpo, y de allí nació por vulgar proverbio estar más donde ama que donde anima; luego en balde huye el cuerpo, dejando aprisionada el alma.

¡Qué bien lo dijo Propercio (que en balde se huye del amor, pues donde quiera sigue!) Y ¿para qué es menester autorizar este pensamiento si la experiencia le ejemplifica? ¿Qué le importó á mi padre apartar el cuerpo de Zaragoza, si allá quedaba el alma, y de cuánto menos le sirvió

trazar el desigual casamiento de mi prenda, pues el amor, poderoso á tales disposiciones, me sigue y alcanza, siendo de mí en Valencia tan señor como cuando habitaba pared en medio de la casa de Laura? Y á los de mis años disculpa Séneca, como el maestro me ha ponderado algunas veces; pues dice que el amor es el fruto del mancebo, y si alguno en los principios huye, quizá por falta de conocimiento, luego se ve sujeto, como sintió Propercio:

Como al principio el toro, no domado,
sacude la cerviz y después viene
blando y humilde al yugo y al arado,
así al amor primero se detiene
la juventud que trépida rehusa;
pero después, domada, lleva y tiene
cualquier carga de amor y no se excusa.

No podemos, los que verdaderamente somos del amor, buscar nuestras comodidades huyendo los riesgos, aunque sean mayores, porque el que vuelve las espaldas á la ocasión, aunque le amenacen cuantas dificultades puedan ofrecerse, es cierto que no ama, pues si amara no le hiciera falta el valor. Mire el ejemplo en Ovidio, cuando sale Tisbe al puesto de su muerte; niña y sola, entre el silencio y horror de la noche, que la naturaleza, la edad y poca experiencia debiera entregarla al miedo. ¡Qué animosa mueve las plantas y se anticipa! ¡Qué valiente atropella los inconvenientes, los riesgos y aun la vida! Mas,

¿qué mucho? El amor la hacía animosa, que no gusta de cobardes Venus; antes ayuda los valerosos, como sintió Tibulo «Venus los fuertes ayuda». Pues ¿cómo tengo de faltar á las obligaciones de amor, ni acobardarme y aniquilarme, siendo el objeto de mi ánimo el más digno de ser amado de cuantos formó la naturaleza de su modo? Y menos me hace volver atrás el pensamiento, el gozar mi ventura en hábito de mujer (pues como sabe mejor), cualquier mediano filósofo alcanza y tiene por máxima sentada que las cosas no se califican por el medio con que se obran, sino por el fin determinado que tienen. Mire la medicina, los que la usan de qué se valen, y verá que algunas veces son las cosas más ínfimas que puede hallar la consideración; mas como el fin es la salud y conservación del viviente más perfecto (que es el hombre), no se califica la medicina por los medios con que se obra, sino por el fin que tiene, y éste la da su excelencia y nobleza.

Y lo propio contemplo en mí, que cuando use de medio humilde no por él se ha de regular la obra que emprendo; pues así como á algunos hombres famosos no les ha desdorado el haberse vestido de mujeres para casos semejantes al mío ó por otros, tampoco á mí me puede traer ninguna deshonra; sea el primero Aquiles, entre las hijas de Licomedes, á quien Ulises, en nombre del ejército griego, busca en forma de mercader, y de allí le saca para la expugnación de Troya. ¿Por

ventura perdió la honra Aquiles por haber andado en hábito mujeril, ó aniquilósele el ánimo? No por cierto. Hércules, tan celebrado en la antigüedad, se vió con Onfale, reina de los Lidos, no sólo en hábito mujeril, pero hilando y haciendo obras de mujer más que de capitán. Euclides, excelente filósofo y matemático, desde Megara, en hábito de mujer, venía á Atenas á oir á Sócrates. Lea á Suetonio Tranquilo y hallará á Clodio, que en hábito de mujer goza de Pompeya, valiéndose de la ocasión de las fiestas que celebraban los romanos á la diosa Fatna ó Fauna, á quien comúnmente llamaban Buena Diosa, y sus sacrificios eran de noche, hallándose en ellos solas mujeres. ¿Qué mucho, pues, que yo me anime con este ejemplo cuando no hubiera otro? Y no me avergonzara, como no se avergonzó Ausonio, siendo persona de tanta gravedad, maestro de S. Paulino y del emperador Graciano y su familiar amigo y senador, que dice:

Yo en hembra, de varón me he transformado.

Y para que no me replique el maestro; que bien sé de su mucha erudición y letras hallará razones; digo que aunque conociese con evidencia ser lo peor lo que pretendo seguir, ya no me hallo en estado para volver atrás mi resolución; de más que basta emprender las cosas arduas, aunque no se consigan, pues en atropellar el peligro está la bizarría del ánimo. Tenga paciencia para

oir este soneto del Tansilo que traduje, y hace á mi propósito:

Amor, pluma á mis alas da, y tan alto
las bate mi animoso pensamiento,
que de hora en hora remontado siento
dar del cielo á las puertas nuevo asalto.
Temo cuando cairé, y vuelo más alto,
donde amor grita y del prometer siento,
que si en el noble curso pierdo aliento,
será eterno el honor, si es mortal salto.
Que si otro, con deseo semejante,
dió nombre eterno al mar con su caída,
donde el sol desafió las plumas bellas,
De mí el mundo dirá, y es justo cante:
«Si no llegó, aspiró éste á las estrellas;
no el brío le faltó; faltó la vida.»

Y si con todo no acierto á persuadirle y me niega su favor, necesitaré otro de quien fiarme, con que no estorbándome la ejecución me acrecentará el riesgo, y yo quedaré desengañado que no hay de quién hacer seguridad en el mundo, pues me falta mi maestro y amigo; y para que no nos cansemos más, yo no pido consejo, sino ayuda.

Supo decir don Ricardo su discurso de una manera, que el maestro Zabatelo quedó admirado, viendo que en tan tiernos años estaba tan acelerada la razón y tan perfeccionado el ingenio. Y como el que conocía bien la condición de don Ricardo, se determinó á no replicarle; pues todo vendría á parar en multiplicación de palabras, sin sacar de ellas ningún fruto, y así entonces se

mostró movido y lleno de confianza de que tan buen ingenio sabría valerse en las dificultades que se le ofreciesen, de modo que no hubiese que temer ningún mal suceso.

Alegróse don Ricardo con ver á su maestro que se disponía en su ayuda, y no dilatando el poner por obra su designio, hizo con la mayor sagacidad que fué posible que le hiciesen vestido de mujer á su medida; y ensayándose algunas veces en el uso y ademanes de aquel hábito, salió en fuerza de su gallardo natural tan adquiridas las acciones femeniles, que pudiera muy bien con su buena cara y brioso movimiento desmentir en plaza pública los que más le hubieren comunicado.

Con esto dió principio á la ejecución de su deseo, saliendo de su posada á la media noche vestido de mujer en las ancas de un macho, en que iba Zabatelo vestido más á lo soldado que á lo de hombre que profesaba letras. Llegaron así los dos á una alameda, que estaba cerca de la quinta de Solier, donde se apearon; y arrendando á un árbol la cabalgadura, se fueron á la quinta, donde llamaron con golpes que despertaron la hortelana; y como mujer sola se alborotó de suerte, que fué bien menester traza para obligarla á que por una reja baja tomase satisfacción de que antes la venían á dar que á quitarla de su miseria.

Bajó Inés, y llegándose cerca de don Ricar-

do, la supo decir tales razones, que la movió á lágrimas y á que abriese la puerta. Habiendo encendido luz, entraron en el zaguán el maestro y el discípulo, y apartando á Inés á un lado, Zabatelo la dijo así:

—Madre mía; como las desdichas que vienen á las gentes son tantas y tan distintas unas de otras, así también los remedios que se buscan deben ser al modo que los pide la desgracia. Hágoos saber que esta doncella es mi sobrina, y que habiéndola concertado de casar con un caballero, sucedió un desastre en los fines del matrimonio tal, que me obligó á sacarla porque no padeciere algún trabajo, no sólo de Madrid, mas de los reinos de Castilla; y porque en el secreto va toda su ventura, aún no me he atrevido á ponerla en ningún monasterio ni otra casa, sino en ésta, porque vengo informado que hay capacidad en ella para que un mes (antes menos) que yo podré tardar en volver de la corte esté aquí escondida, de modo que sólo Dios, ella, vos y yo sepamos dónde está; y para que la déis lo necesario, véis aquí doscientos reales castellanos: además que ella trae dineros y joyas de que viene prevenida, por lo que se ofreciere; y por Dios, que os doláis de ver una niña como ésta, peregrinando y padeciendo trabajos; y creedme que si yo vuelvo (como deseo), os habéis de llamar dichosa.

—¡Ay, señor de mi vida (respondió Inés, á

quien había movido su pedazo los veinticinco patacones), y quién fuera tan poderosa que no sintiera este ángel su mala ventura! Mas créame, por esta alma pecadora que tengo en las carnes, que haré por ella lo que por una hija malograda, que pudre la tierra, si volviera á resucitar.

—¡Bendito sea Dios (dijo Zabatelo), que á nadie desampara en las necesidades! Lo que ahora falta es que me juréis que no descubriréis á nadie este secreto, para que yo vaya con algo de seguridad, dejando esta muchacha sola y en tierra ajena, en manos de quien no conozco más que por lo que me han informado.

—¿Cómo descubrir? (respondió la vieja). Primero me sacarán la lengua por el colodrillo que yo diga una palabra; esto le juro por el siglo de mi marido, y plega á Dios que no vea yo buen gozo de un hijo solo que tengo de ocho años si á persona viviente yo lo dijere. ¡Bonita soy! Bien parece que no me conoce, pues que no se fía de mí, que me caben en este pecho muertes de hombres.

Hizo semblante Zabatelo de que iba muy consolado, y abrazando á la vieja y á don Ricardo (que hacía muy de la llorosa), se despedió de entrambos, y subiendo en su macho se volvió á su posada, cuidadoso y admirado de que un rapaz le hubiera hecho ejecutar lo que nunca creyera de sí.

Inés tomó por la mano á don Ricardo, haciéndole muchas caricias á su modo, y llevósele á un aposento, donde estaba aderezada una muy buena cama que para las veces que se venía Solier á la quinta (que eran los más días) tenía allí de respeto; y díjole:

—Hija mía, desnúdese y acuéstese en este lecho, que vendrá molida, ¡ay; pobre de ella! Y déle, señora, gracias á Dios, que parece que lo previno para su necesidad el dueño de esta hacienda, que es un caballero muy rico y principal de Valencia, á quien llaman Solier, hombre ya mayor, mas casado con una niña como unas perlas, que debe tener sus años de la señora, y la trae aquí algunas veces, tan linda, que es cosa de ver.

—¡Ay, Jesús (dijo don Ricardo fingiendo mucho); y ¿dónde viene hombre me deja mi tío? Si tal supiera, en un asilo me entrara. ¡Triste de mí, señora! Por quien es, la pido que no entienda que estoy en la quinta esa persona, porque me costará la vida de pena.

—No tenga miedo de nada (dijo la vieja), que todo se hará muy bien.

Y consolando mucho á don Ricardo, quiso desnudarle; él lo rehusó haciendo mucho de la melindrosa.

Despidióse Inés, dejando luz; mas apenas había vuelto las espaldas, cuando tornó y le dijo:

—Mis ojos, dígame su nombre, para que no

hable á tiento, que cierto que con el susto se me había olvidado preguntárselo.

—La Sinventura me pudieran llamar (dijo don Ricardo); mas en la pila me pusieron doña Bernardina.

—Doña Bernardina (replicó la vieja), nombre es un poco revesado, mas no haya miedo que se me olvide.

Con esto se fué á su aposento, dejando á don Ricardo que, aunque se acostó, reposó bien poco; y levantóse cuando el sol salió á la huerta, considerando, en lo que faltaba de su empresa, cómo se guiaría. Unas veces juzgaba á propósito encubrirse hasta que Laura viniese á gozar de aquel sitio; otras, que sería bien encontrarse con Solier; cuando hallándose en lo profundo de estas consideraciones, llegó Inés con un plato de las más sazonadas frutas que pudo dar el tiempo en aquella arboleda, y en un canastillo, cubierto con un paño blanco, el pan de su ordinario sustento, y poniéndoselo á Ricardo en las manos, le sentó cerca de una fuente, convidándole á gozar de aquel regalo, ofrecido con más sinceridad que artificio. Aceptólo Ricardo, y en el discurso del almuerzo, dijo Inés:

—Dígame, señora, así la dé Dios lo que desea, y qué fué lo que ha sucedido en Madrid, que bien puede decírmelo sin temer que salga de mi boca, y yo la juro que, á fe de cristiana, que daré lo que no tengo por saberlo.

—Mucho me pide (respondió Ricardo); pues fuera de que mi tío, lo que me ordenó primero fué que nadie supiese mi suceso, es referirle traer á la memoria mi muerte y acrecentar mi pena.

—¡Ay, señora de mis ojos! (replicó Inés), decírmelo á mí es echarlo en un pozo; y créame (por mí lo veo, que tengo más años) que los males comunicados son menores y los bienes mayores.

Entonces don Ricardo, tras de hacerse rogar y juramentando para el secreto á Inés muchas veces, dijo así:

—En un lugar de Castilla la Vieja, que llaman Medina del Campo, nací y me crié los años primeros, hasta que con la mudanza que hizo la corte de Valladolid me fué también forzoso seguirla en compañía de mis padres, que entonces vivían y hoy gozan del cielo, quedando yo en Madrid, huérfana, hará tres años, debajo del amparo de un tío mío y tutor, hermano de mi padre, y del que aquí me trajo. Llegado, pues, á verme con la primera lozanía de mi edad, dieron algunos en pretender mi casamiento, dejados llevar de las partes que me concedió la naturaleza. Procuró mi tío y tutor que fuese el tomar estado con persona que me excediese mucho en las riquezas; mas como las inclinaciones son diferentes, yo mostré tenerla á un caballero de pocos más años que yo, pues no tiene veinte, y si no en rico cual

otros que me pedían, á lo menos aventajado en calidad y prendas y más de mi gusto. Sintió mi tío mi deseo, y para estorbarle puso diligencia, procurando el sí para un hidalgo, natural de Toledo, próspero en los bienes de fortuna y falto de lo que pudiera agradarme.

Mi galán (llámole así por callar su nombre y de los demás) tuvo traza, con una criada, para que él y yo nos diésemos cédulas de casamiento; fuése mi galán con la que yo le di, á mi tío (el que aquí me trajo), y poniéndosela en las manos, le supo decir su pretensión de suerte, haciendo tales diligencias, que le ganó la voluntad y prometió ayudarle de modo que consiguiese su deseo. Sintiólo mi tutor; y entre los dos hermanos, mis tíos, hubieron de llegar á poner mano á las espadas, pasando yo, en tanto que duraba la diferencia, lo que Dios sabe, hasta que el tío que aquí me trajo hizo que me pusiesen en mi libertad con orden del Vicario.

Mas como no había de parar en tan poco mi desgracia, antes que tuviese efecto el depositarme, una noche mi tutor me entró en un coche, casi á fuerza, para llevarme á Illescas, donde el toledano (que se mostraba apasionado por mí) aguardaba. Pero esta partida y prevenciones no fueron tan secretas que las ignorasen mi tío y mi galán, los cuales tomaron dos caballos para alcanzar el coche, que vinieron á hacerlo, cuando sería la primera luz de la mañana,

media legua antes de llegar á Illescas. Juntáronse todos cuatro, mis dos tíos y mis dos novios; allí pasaron algunas razones, algo pesadas, resolviendo al fin que llegásemos á Illescas. Hiciéronlo así; dejáronme en la iglesia de aquella bendita imagen (cuyos milagros y devoción que con ella se tiene conoce el mundo) para tratar de medios; se apartaron mis dos tíos y quedaron el toledano y el de Madrid solos, que fué una inconsideración tal, que no resultó de ella menos que perderme entrambos, porque sacando los aceros, tras algunas palabras, fueron tan apresuradas las obras, que el toledano cayó con dos heridas antes que mis tíos pudiesen socorrerle; y el caballero de Madrid, volviendo á ponerse en su caballo, se escapó (no sé por dónde).

Mi tío, el que aquí vino, dejando á su hermano con el herido (que no sé si vive), acudió donde yo estaba; y con traza que tuvo, en las ancas de su caballo, solo y sin criado alguno, me llevó no sé por qué camino, hasta un lugar que creo llaman Griñón. Era el señor de aquel pueblo grande amigo de mi tío; recibiónos en su casa; escondiónos hasta que se dió orden cómo nos escapásemos; porque á fuerza de diligencias supo aquel caballero que la justicia nos buscaba y que el hidalgo de Toledo estaba peligroso y había declarado que, por mi orden, el cortesano le quiso quitar la vida.

Mi tío, para salvar la mía, á lo menos el riesgo

y disgusto que pudiera padecer mi persona, fué Dios servido, que saliendo conmigo de los reinos de Castilla y atravesando con un secreto increible muchos lugares y aun inconvenientes, llegué donde ahora estoy, temblando más que las hojas de estos árboles de haberos dado cuenta de lo que no creí la diera á nadie. Vuélvoos á encargar, amiga mía, el secreto que requiere caso tan triste como el mío.

Colgada estuvo Inés de las palabras que pronunciaba don Ricardo tan artificiosamente, que engañaran por verdaderas y naturales á otra que fuera de más levantado talento que la hortelana, que, dando un suspiro, dijo:

—¡Ay, señora mía de mis ojos, y qué de cosas han pasado por ella con ser tan niña! ¡Bien parece discreta y señora, pues las sabe llevar, que cierto á mí me parecía oyéndolas que estaba yo en ello; y ahora la quiero más que sé que es de Medina del Campo, que de allí era mi mal logrado; y yo nací en Valdestillas, un lugar de mucha honra, que está camino de Valladolid, donde ya ha muchos años mi marido, que era de los que andaban delante del caballo del Almirante (como yo le vi muchas veces), también tuvo otra pendencia con otro de su oficio; y en verdad, en verdad, que habían cenado aquella noche juntos. Allá, en fin, medio le mató, ó no sé qué se le hizo, que á mí me sacó de mi casa á más de la una de la noche, y pasando malas venturas vi-

nimos á parar aquí, en Valencia, donde mi marido se hizo á todo, y particularmente á esto de labrar huertas y componer jardines, y en menos de seis años que se dió por ello, era de los que más sabían. Trájonos á esta hacienda, con buen partido, el señor de ella, ha más de dos años, y aquí murió el mi mal logrado, que buen siglo tenga.

En estos coloquios pasaron parte de la mañana, hasta que á Inés le pareció tiempo de tratar de sus ordinarias ocupaciones.

Quedó solo Ricardo; y, en tanto que llegaba la hora de comer, miró la huerta y casa, donde había algunas curiosidades, pinturas, libros y variedad de instrumentos músicos, que de todo se preciaba Solier, y en particular de diestro en harpa y laúd.

Hallóse don Ricardo la ocasión en las manos; tomó en ellas un harpa, en que se entretuvo, como quien era dotado de la naturaleza en sonora voz, y había adquirido con el arte y estudio mucho bueno. Llegó la hora de la comida, y habiendo reposado Ricardo un poco, volviendo al ejercicio del arpa, se bajó al jardín cerca de una fuente, donde enlazándose cantidad de árboles se oponían á los rayos del sol, tan entretejidos, que no le dejaban tocar en las aguas y las flores que eran adorno de tan agradable sitio.

Allí unas veces acompañaba las voces de los pajarillos con varias fantasías; otras les enseña-

ba quiebros de garganta, y otras, suspendiendo este ejercicio, dejaba que le tuviese el discurso, corriendo á la larga rienda por el ancho campo de su imaginación. En esto ocupó la mayor parte del día, hasta que el sol, alargando las sombras, se declinaba de nuestro hemisferio, por dar luz á otros habitadores.

En este tiempo, Solier llegó, con solo un lacayuelo, en una haca á la puerta de su quinta, donde se apeó, despidiendo criado y cabalgadura, con mandato que viniesen por él á media hora de corrida la noche. Abrió con su llave general, y entró con tanto silencio, que cuando Inés salió á recibirle, ya habían tocado en sus oídos los acentos de las cuerdas y los ecos de la voz de Ricardo, á quien pretendió avisar Inés; mas fué tan apresurado el caso y tan acelerada su turbación, que Solier pudo conocerla en el semblante, y dar lugar á mil sospechas que en aquel punto luego le sobresaltaron. Acercóse más, viendo que la voz y las cuerdas se oían distintamente; procuró con silencio ponerse en parte que no se le encubriese la persona causa de la harmonía que gozaba. Inés sólo supo seguirle hasta la puerta del jardín, por cuya juntura, entreabriéndola un poco Solier, pudo ver á don Ricardo, sin ser visto, quedando atónito de tanta belleza, suspendido de tan regalada voz, y confuso y admirado de lo uno y lo otro, falto de todo movimiento, que más parecía estatua

que hombre viviente. Escuchó á don Ricardo, que si los originales no mintieron, era esto lo que cantaba:

Cuando en la roca dura
roto el bajel despide al agua gente,
aunque en vano procura
mostrarse cualquier brazo diligente,
prestando la esperanza,
entre fiera tormenta su bonanza.
Cuando el médico llega
á pronunciar sentencia rigurosa,
y al enfermo le niega
las horas de la vida, ya dudosa,
la esperanza suspende
el fatal curso, y dilatarle emprende.
Entre el grillo y cadena,
cuando aguarda su fin el condenado,
le mitiga la pena,
y engañando al dolor desesperado,
la esperanza le alienta,
y en fuerza suya su vivir sustenta.
Yo, pues, á quien la suerte
casi ha puesto el cuchillo á la garganta,
y á los ojos la muerte,
pues mi tormenta al cielo se levanta,
con esperanza vivo;
de la esperanza sólo el ser recibo.

Como el que despierta de un sueño en que representa la fantasía cosas agradables, tornó Solier en sí cuando paró la voz de don Ricardo, y volviéndose á Inés, la dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué encantamento hay en esta puerta? ¿Quién ha traído este ángel en humana forma?

—¡Ay, señor mío! (respondió Inés); bien dice que parece encantamento el de esta niña; y mejor lo dijera á saber lo que yo sé.

—¿Qué sabéis?, replicó el viejo.

—Como no lo diga su merced á nadie (respondió Inés), yo se lo diré, jurándome lo mismo que yo he jurado, que es no sacarlo de la boca.

Púsole á Solier mayor deseo la preñez de palabras con que le hablaba su jardinera; y asiéndola por la mano, la puso aparte, y, á pocos lances, le refirió lo que don Ricardo le había dicho aquella mañana, si no con aquella propiedad de palabras, á lo menos con las que la vieja acertó á decir.

Creyólo Solier de la misma suerte que la hortelana, é hizo mayores admiraciones, ponderando los varios accidentes de la fortuna; y apartándose de Inés, y mandándola que le dejase hacer á él solo, se volvió á contemplar á don Ricardo, moviendo en Solier el objeto las pasiones naturales de modo que por largo rato estuvo como fuera de sí; unas veces, dejándose llevar de la clemencia á que le forzaba el concepto que había hecho de que Ricardo era mujer, y le habían sucedido las desdichas de su cuento. Otras, alentando á la voluntad el apetito movido con la hermosura de don Ricardo, de quien se enamoró en poco tiempo mucho; y otras, disponer entre sí cómo llevársele á su casa, se fué para él haciendo ruido con las puertas y los pasos. Volvió don

Ricardo á mirar quién era, y parando la vista en Solier, el no esperado suceso le robó el color del rostro, restituyéndosele acrecentado la vergüenza y la turbación de ver al viejo tan cerca de sí. Mas él, sin esperar á que hablase don Ricardo, dijo:

—Señora doña Bernardina: v. m. me conozca muy por criado suyo, y consuélese, que si la suerte en su natural se le mostró contraria, en el ajeno se le muestra favorable. Yo soy el dueño de esta hacienda, que estimaré más que hasta aquí, porque ha servido á v. m. en algo, y aseguro, á fe de quien soy, que su trabajo ha llegado á condolerme lo que no acertaré á decir.

—Guarde Dios á v. m. (dijo don Ricardo) para que muestre su nobleza con las personas tan afligidas de la desdicha como yo lo estoy; que bien parece v. m. caballero en lastimarle una mujer desamparada, sola, en tierra ajena, acosada de penas y casi falta de esperanza de remedio.

—Eso no estará v. m. (replicó el viejo); pues Dios ha querido traerla donde yo pueda servirla; y para que entienda que soy hombre de palabra, no quiero que duerma aquí esta noche; que es al fin un campo sujeto á los desastres y riesgos que se podrían ofrecer; antes yo propio llevaré á v. m. á mi casa en compañía de Laura, mi mujer, tan hermosa y tan niña como v. m. lo es: allí aguardará á su tío más segura, más acompañada y mejor servida que en estas soledades; allí tendrá

instrumentos y jardines, donde, como ahora buscaba en qué divertirse, allá puede hacer lo mismo.

—Agradezco, señor (dijo Ricardo), tan honrada oferta, que aceptara á no ponérseme delante de los ojos dos inconvenientes. El primero, no hallarme mi tío en la parte que me dejó; y el segundo, que no querría disgustar á mi señora doña Laura; que en las mujeres, y más queriendo bien, poco es menester para engendrar sospechas, madres de rigurosos celos.

—Ni lo uno ni lo otro (dijo Solier) debe estorbar que v. m. se sirva de lo que la ofrezco; pues cuando venga su tío y sepa adónde está y el recogimiento y secreto de mi casa (que podrá informarse de ello); antes á dicha que á yerro tendrá que v. m. se halle en parte tal; y para doña Laura, no sólo no será darle disgusto, mas llevarla el mayor alivio que yo pudiera buscar á mi juicio, porque ya sea la mudanza de su patria (que es Zaragoza), ya la ausencia de sus padres, ya la demasiada soledad y encerramiento con que yo he dispuesto su vivienda ó, á lo más cierto, la desemejanza que tenemos en los años, ella vive la más melancólica que puede imaginarse, y v. m., con su regalada voz y mucha destreza y con la igualdad de las edades, tengo por cierto bastará á divertirla y alegrarla, teniendo también con quien comunicar persona de sus prendas y la más hermosa y discreta que habrá conocido.

A esta segunda oferta no quiso replicar don Ricardo; antes la pagó con largos agradecimientos; y así, aguardando la noche, vuelto el criado y la haca de Solier, en las ancas de ella puesto don Ricardo se halló, en poco rato, dentro de la casa de su Laura y aun á sus ojos; porque Solier, apeándose á la entrada de Valencia, llevando á Ricardo de la mano, abriendo una puerta falsa, le entró hasta el aposento de su mujer, y apartándola á un lado de la pieza la dió cuenta de lo mismo que había creído de la hortelana. Hecha esta diligencia, volviéndose á Ricardo, le dijo:

—Reina, ya doña Laura sabe lo que yo de sus peregrinaciones y sucésos, y no está menos condolida ni ofrece menos: v. m. quede con ella en tanto que vuelvo de un negocio que voy á hacer ahora, porque á solas se comuniquen entrambas; que las mujeres mejor se entienden, y nosotros antes parece que las estorbamos.

Y haciendo sus cortesías dejó Solier á Laura y Ricardo y salió de su casa.

¿Adónde vas? (le pudiéramos decir). Mira lo que dejas en tu aposento. ¿De qué te sirvieron las guardas? ¿Dónde está el licenciado Burgos, dragón del vellocino dorado? ¿Cómo no parlan los niños? ¿Qué Medea los enmudece? ¿Qué importan las diligencias humanas donde la suerte ayuda, y menos para guardar y reprimir los actos voluntarios? ¡Qué bien pudiera decir Laura á Solier:

Guardas me ponéis;
si yo no me guardo
mal me guardaréis.

Parecióle á don Ricardo sueño lo que veía, y á Laura, que reconoció su rostro, no le parecía menos. Estuvieron entrambos aguardando el uno que hablase el otro, hasta que don Ricardo, rompiendo el silencio, dijo así:

—No me admira, mi Laura, tu suspensión creyendo, por una parte, que soy una mujer de Castilla, á quien la fortuna trajo á tus ojos; y por otra, desengañándote ellos con mostrarte que soy un hombre á quien tú solías pagar lo que te quiere y ha querido. Yo soy Ricardo, á quien el amor ha enseñado traza tan extraordinaria; yo soy el mismo que en Zaragoza pasó en tu comunicación sus primeros felices años, y soy el mismo amante que entonces era.

—¡Ay (dijo Laura), y cuán ajena estaba yo de que pudiese verte, mi Ricardo, á quien aseguro que no sé cuál ha hecho en mí mayor efecto, el verte ó el sobresalto del riesgo en que te has puesto! Porque te hago saber que mi marido es la propia malicia y los propios celos; y si llegase á entender la verdad, tú y yo, desde luego, podemos tragar la muerte.

—Eso no (respondió Ricardo), pues yo tengo mi vida tan cerca y tú quien sabrá salvar la tuya.

En estas y otras pláticas estuvieron hasta que Solier, habiendo tardado como una hora, volvió;

y en este tiempo, Ricardo aseguró á Laura que él se guiaría tan artificiosamente que el viejo estuviese muy seguro y Laura no menos, satisfaciendo á las preguntas de su dama, y diciéndola que no se sabría en Valencia la falta de su persona, pues dejaba en manos de su maestro Zabatelo el desmentir los amigos y conocidos con decirles que estaba en Barcelona en cierta holgura, y que á sus padres entretenía con algunas cartas escritas de su letra, generales para los casos ordinarios, y otras de mano Zabatelo para los particulares, hechas sobre firmas que le dejaba en blanco para el propósito. Quedó segura Laura, y Solier entró. Trataron de la cena, y después de ella, bajándose á un jardín, pidió Solier á Ricardo, que, pues lo convidaba el silencio de la noche y la disposición del puesto, cantase algo; ponderando á Laura que era la mejor cosa que había oído jamás, como si tuviera él tanta noticia y experiencia de lo que sabía don Ricardo; y habiéndose dejado rogar, templando las cuerdas de un arpa que mandó traer el anciano, á ella cantó Ricardo estos versos:

De la pálida hoja,
que tan verde solía
ser al árbol adorno y compostura,
el invierno despoja
y á la tierra la envía
ya falta de matices y verdura.
Mas no continuo dura;
porque la primavera

la tierra esmalta y borda de colores;
á los árboles da hojas y flores,
de quien el fruto espera,
y frescas y olorosas
viertan mosquetas, azucenas, rosas.
Del erizado hielo
el pajarillo huye,
y las calientes costas va buscando;
al sonoro arroyuelo
dura prisión le influye
sus fugaces corrientes atajando:
mas va el calor tornando,
desata los cristales
que sus márgenes ya pintadas riegan,
y de alegría en crespas ondas juegan,
olvidando los males;
las avecillas tornan
y con alas y voz al aire adornan.
El labrador entrega
el rubio y limpio trigo
á la tierra, con mano franca y larga;
y ya el crecer le niega
el hielo su enemigo
ya la seca le anuncia suerte amarga;
mas poco el mal se alarga;
deshácense los hielos,
ufano vuelve y claro verde alcanza;
con él de nuevo viste la esperanza,
agua dan los cielos,
crece, grana dichoso,
cógele el labrador, sale copioso.
Al son de la cadena
y del remo que boga,
llora el cautivo su enemiga suerte;
auméntase la pena;
en congojas se ahoga,

lamenta, desespera, pide muerte;
mas presto se convierte
en gozosa alegría:
mira á la vista, que un bajel cristiano
da caza, aborda, rinde al del tirano;
la tristeza desvía,
rompe los hierros luego,
váse libre, huye el mal, cobra sosiego.
De círculos se enlaza
y de una densa nube
sus luminares va cubriendo el cielo;
la roca le amenaza,
crugiendo baja y sube
el débil casco desde el cielo al suelo;
mas este desconsuelo
bonanza desbarata;
mitíganse las ondas procelosas;
vénse ya las estrellas luminosas,
el velo se desata,
y cuando llega el alba
sale el sol, ven la tierra, hacen la salva.
Ya de hojas despojado,
sin flores esmaltadas,
cual pajarillo, invierno fiero huyendo
al medio curso helado;
las mieses malogradas,
su cadena y tormenta padeciendo
me vi; mas fué volviendo
la rueda presurosa,
vestíme de hojas y de flores bellas
desaté los raudales, canté en ellas;
creció la mies dichosa;
cautivo hallé el bien cierto,
vi el cielo, salió el sol y tomé puerto.
Canción, con nuevas alas,
de ricas, nobles y argentadas plumas,

de vuelo levantada,
puedes ir remontada,
sin que ser las de Ícaro presumas,
pues más la garza igualas,
cuando de halcón segura,
sobrepuja las nubes en altura.

Tan acordadamente cantó Ricardo esta canción, tanto agradó con ella á Solier y Laura, que á entrambos acabó de enamorar de sí. Laura entendiendo con verdad los versos y Solier acomodándolos á lo fabuloso, que tenía por verdadero; y así dijo:

—Por cierto, señora, que parece que el poeta que escribió esta canción en ella hizo pronóstico de que v. m. la había de referir en caso tal.

—Estoy tan contenta (respondió Ricardo), que ya doy por bien empleadas todas mis penas y trabajos, que acertó el que dijo:

Lo mucho, si poco cuesta,
no puede tenerse en mucho.

Razón que tengo experimentada; y como me cuesta tanto verme donde me veo, sé estimar la buena suerte que alcanzo, y así busqué en la memoria los pensamientos más á propósito del mío; y fué harto acertar, según me tienen desacordada mis desdichas, con los versos que he dicho; que en verdad que se vieron algún día en la corte.

—Así lo creo yo (dijo Laura), que á todo el mundo parecerán bien perfeccionados con tal voz y cara.

—¡Y qué bueno lo uno y lo otro!, dijo Solier.

—Bastan lisonjas (suplicó don Ricardo), que parece se conciertan vs. ms.; y yo me conozco y sé lo que soy.

En estos entretenimientos pasaron parte de la noche, hasta que á Solier le llamó el sueño (quizá ayudado); se fué á la cama, diciendo á Laura:

—Amiga, por tu vida, que regales mucho á la señora doña Bernardina, y si gusta de estar aquí más gozando el fresco, la acompañes hasta dejarla en su aposento, que es el del camarín de los vidrios, que aunque lejos de nuestro dormitorio, á propósito para el tiempo y que goza de buenas vistas.

—Así lo haré (respondió Laura); y pues os váis tan presto, estimo la licencia, pues he de oir otra vez y aun otras á la señora doña Bernardina; y como tan mozas, nos habremos de estar algún tiempo; que gustaré saber muy por menor sus cuidados y sucesos y de qué modo vino á esta tierra y casa, sin duda para consuelo mío, según he estado.

—Haz tu gusto (dijo Solier), que el mío es dártele; y más en cosas tan lícitas como servir este ángel.

—No tanto cómo eso, señor (dijo Laura); á fe que no querría pareceros en ser celoso.

—De confiada habla mi señora doña Laura, replicó don Ricardo.

—Sí, señora; (respondió Solier); que, partiéndose del jardín, dejó solos á los dos amantes.

¿Qué es esto, buen anciano? Un descuido tras otro. ¿No ves que don Ricardo es otro Hércules en forma de mujer á fuerza de su amor? ¿No ves que estás á riesgo que te roben la más preciosa joya que tienes? ¿No lo ves? Dormido vas, que no respondes. Causa que por más de dos horas, Ricardo y Laura, seguros, gozaron quietamente los bienes del amor, alcanzando Ricardo el último fin de sus deseos y despertándolos de nuevo para gozarse las veces que lo permitiese la ocasión, no dejando perder ninguna los dos amantes en casi veinte días que estuvo quieta la fortuna. Mas como se precia de no permanecer en un estado, y cuanto mayor ser menos segura, como dijo el filósofo; al mismo paso que iba creciendo con la comunicación el amor en don Ricardo por su Laura, se abrasaba el viejo por su doña Bernardina, que en pocos días se vió con él en muchos aprietos para resistirle que no supiese por fuerza si era doña Bernardina ó don Ricardo, que tomó esto por motivo para no desviarse de Laura día y noche, y si tal vez Solier buscando medios le hablaba, respondíale:

—Señor, mi honor y la lealtad que debo á la buena correspondencia de mi señora doña Laura es poderoso inconveniente.

Mas Solier, hallándose instigado, por una parte de nuevas tibiezas de Laura, y por otra del

objeto de su apetito á las manos y á la vista, una mañana, que entre otras se levantó deseoso, pareciéndole buena ocasión estar toda la casa entregada al sueño, abrió con su llave la puerta del aposento de don Ricardo tan sin ruido, que no le sintió; miró Solier atentamente si dormía; reconoció que sí, y determinándose á ejecutar la brutalidad de su intento, llegó á la cama de Ricardo, levantó la ropa alborozado, y cuando imaginó hallar á doña Bernardina, halló diferente persona, viendo que lo que tenía por mujer no lo era, sino varón perfecto, quedando con este engaño tan fuera de sí y tan trasportado en los celos, que su condición y hallar hombre en su casa le causaron, que tuvo lugar don Ricardo de despertar antes que Solier ejecutase ningún género de venganza. Despierto el mancebo con el sobresalto que pedía ocasión tan apretada, levantó los ojos y la persona á un tiempo, y Solier le dijo:

—Si tan desdichado he sido que habiendo puesto de mi parte tan extraordinarias diligencias para guardar y conservar mi honra no me aprovecharon, no me quejo de todo punto de la suerte, pues tengo ya en mi mano mi satisfacción. Dime quién eres antes de quitarte la vida, pues quiero saber á quién doy la muerte; dime quién ha sido el cómplice en tu delito, pues no le pudiste cometer solo, para que así sea completa mi venganza; acaba, ¿qué te turbas? Mas necio

yo que te pregunto lo mismo que te estoy acusando.

—¡Ay de mí! (dijo Ricardo hincado de rodillas en la cama). No sé por dónde comience, señor, á dar cuenta del fin de mis desgracias. ¡Hasta aquí pudo seguirme la fortuna, que no se cansa de perseguir desdichados; hasta aquí se pudo ejecutar mi desdicha donde el último consuelo es la muerte! Que no debiera tener vida en quien parece que hacen asiento cuantas calamidades se pudieron inventar. ¡Plugiera á Dios que nunca me librara mi tío del riesgo que me vi en Castilla! ¡Pluguiera á Dios que primero que llegara á Valencia pereciera en manos de salteadores, pues allí acabara con honra, y aquí obra maravillas en mí la naturaleza, para que en su opinión de v. m. muera sin ella! ¡Oh! ¡Pluguiera á Dios que primero de verme transformada de doncella, en hombre hubiera el alma desamparado tan triste cuerpo!

—¿Luego mujer has sido?, dijo admirado Solier.

—Sí, señor (respondió Ricardo); y mujer llegué á la quinta y mujer me trajo v. m. á su casa, y en ella hará sólo tres días que se me fueron acrecentando las fuerzas y engrosando la voz (cual se puede haber advertido), y al fin me hallé transformada en hombre, ya sea por milagro, ya sea porque así pueda suceder naturalmente. Esta es la verdad; ya he cumplido con lo que me pidió v. m. Ahora no dilate el quitarme

la vida; pues como inocente, le agradeceré el ser por cuya mano padezca martirio, atajando con este otros mayores, para que me debe de guardar mi estrella.

Dijo esto Ricardo tan en sí y con semblante y acciones tales, que Solier, admirado y confuso, quedó mudo largo rato revolviendo varias imaginaciones entre sí para resolverse, hasta que, por último, escogió la resolución de encerrar con llave á don Ricardo (quitándole la que tenía) é informarse de hombres doctos y filósofos y médicos si naturalmente puede volverse una mujer perfecta hombre perfecto, porque siendo posible, no era justo dar la muerte á un inocente un hombre que estaba tan á los fines de los años y la vida. Ejecutólo así; cerró á don Ricardo y salió á otra sala, diciendo:

—Si esto puede suceder naturalmente, me ha querido castigar Dios mi mal intento. Si es fingido, á tiempo estoy siempre para vengarme y para hacer lo mejor; no quiero decir nada á Laura hasta saber la respuesta que me den los que de esto pueden saber.

Acabándose de vestir se fué á las escuelas; y preguntando por el licenciado Salt, catedrático de medicina, varón doctísimo en su ciencia y otras, se apartó con él y, habiendo pasado los comunes preámbulos que ha introducido el uso, le dijo:

—A la fama de las muchas letras de v. m.

vengo á comunicarle un caso de los admirables de nuestros tiempos, y es que en cierto lugar de Castilla me escribe un amigo mío que una mujer (ó que á lo menos él la tenía por tal) en su casa y servicio, ha menos de un mes que vive en ella, afirma que, siendo hembra perfecta, se ha vuelto varón perfecto. Y como en los hombres la prudencia es lo que más luce (aunque sospecha alguna grande maldad), quiere, primero que la castigue, informarse de persona tan docta como v. m. si esto puede suceder naturalmente ó no; por lo cual le suplico lo estudie y mire con todo cuidado, y para mañana me dé la resolución, de suerte que yo pueda enviársela á este amigo; que no para otra cosa me hizo un propio, y por mayor satisfacción estimaré que en mi presencia se ventile la dificultad en las escuelas. Estando v. m. en lo cierto que el trabajo que en lo uno y en lo otro pusiere, queda á mi cargo el servirle.

El licenciado Salt respondió:

—En Hipócrates me parece he visto algo en ese propósito, y en Gáleno, Rasis y otros muchos autores graves se ha de tocar lo mismo y de lo que naturalmente puede suceder. Mas, pues v. m. gusta que mañana en público yo diga lo que esto alcanzare, hoy prevendré los oyentes y estudiaré el caso, que tiene mucho de curioso; y en lengua castellana, para que lo mismo que yo leyere en voz pueda v. m. remitirlo por

escrito, haré una lección en forma, y allí verá v. m., si alguna duda hay (que yo ofrezco no dejar ninguna), cómo se resuelve al poste.

Con esto partió algo contento Solier, y más admirado que antes llegó á su casa, donde ya don Ricardo, por entre la puerta, acudiendo, como siempre, Laura, á verse con él, en tanto que su marido estaba fuera, la había dado aviso de todo lo que pasaba, para que así estuviese prevenida. Y fué bien menester, porque en el camino de las escuelas á su casa fabricó una malicia, que fué, en llegando, entrar á Laura en un aposento y, encerrándose con ella y sacando una daga se la puso á los pechos, amedrentándola á que dijese la verdad de lo que había con aquel mancebo que en forma de mujer él mismo trajo á su casa, afirmando que ya él había confesado que, por gozarla, se puso á tan nuevo modo de riesgo; mas Laura, que sabía lo cierto de boca de don Ricardo; y que, como discreta, estaba en sí, para acertar á satisfacer en tan apretada ocasión, se hizo la desentendida del suceso y mostró valor tal que Solier la creyó que no sabía nada, concluyendo la plática con pedirla muchos perdones y contarla cómo la que él tenía por doña Bernardina era hombre, y que él mismo lo había visto por sus ojos, entrando aquella mañana en su aposento por hallarle abierto y estar la que tenía por mujer durmiendo inconsiderada y aun deshonestamente.

Laura entonces, trocando en quejas y oprobios las satisfacciones, se mostró celosa y agraviada, y Solier, que la hacía amenazas, la pidió perdones.

Pasó don Ricardo aquel día y noche en su encerramiento, donde, en presencia del mismo Solier, una esclava, de quien se quiso fiar, le dió la comida y cena.

Apenas el catedrático Salt hubo propuesto en su general lo que había de hacerse al otro día, cuando se divulgó por todos, y llegando á noticia de Zabatelo y sabiendo que era Solier el interrogante, discurrió en el riesgo de don Ricardo, y así se fué al licenciado Salt, á quien previno con muchas curiosidades que, como tan docto, tenía vistas en la materia, comunicándose en ella los dos. Llegó el día señalado, vino Solier á la lección, y á la fama, casi todas las escuelas; subió á la cátedra el licenciado Salt, prestándole ánimo y elocuencia tan lucido auditorio, á quien dijo así:

—Señores: Hoy (como previne á vs. ms.), interrumpiendo la materia preferente que voy tratando, tengo de leer en lengua castellana (porque así conviene) cómo puede suceder, naturalmente, que una mujer se convierta en varón, pasando de un sexo al otro y gozándolos con perfección entrambos. La opinión que sobre esto tienen Galeno, en los libros del uso de las partes y de anatomía, Hipócrates, Avicena, Rasis y

otros muchos, así de los antiguos como de los modernos, es que, naturalmente, puede suceder y ha sucedido, en diferentes partes y tiempos, que de mujeres se han vuelto varones. Y así Martín Delrío, en sus *Disquisiciones de las mágicas,* en el libro 2, en la cuestión 22, dice: «Que hechos varones de mujer, leemos muchos». La razón natural disputa Hipócrates en el libro 6 de sus *Epidemias;* y con su opinión parece que se conforman los más de los antiguos y algunos de los modernos, diciendo que el hombre no difiere de la mujer sino en cuanto tiene señales fuera; y que así, no está oscura la razón de tales transformaciones, porque la mujer es casi monstruo y lo mismo que varón imperfecto. Y como la naturaleza siempre desea lo que es mejor (como enseña Aristóteles, libro 2 de las *Generaciones y corrupción),* perfeccionando con las partes necesarias de calor los cuerpos (así antes de nacer como después de nacidos), y apareciendo las señales fuera, sucede mudarse de hembra en varón; y aún hay quien afirma (como trae Fragoso) que muchas veces ha hecho naturaleza una hembra y lo ha sido algunos meses en el vientre de su madre, y sobreviniendo copia de calor, quedar hecho hombre; y que los tales se conocen después en ciertos movimientos que les quedan, para varones, indecentes, porque tienen la voz blanda y melosa y son inclinados á obras mujeriles; y, por el contrario, tiene hecho la naturaleza un varón,

y sobreviniendo frialdad, queda hecha hembra, que después se conocen porque las inclinaciones y acciones de éstas son varoniles. Y la causa de tales efectos es porque el calor dilata y ensancha todas las cosas, y el frío las detiene, revuelve y encoge, y así es conclusión de médicos y filósofos que si la materia es fría y húmeda, sale hembra, y siendo caliente y seca, engendra varón.

Andreas Laurencio (libro 7 de su *Historia anatómica),* concediendo que se puede hacer la transformación de hembra en varón, disiente lo dicho y da diferente causa, á que se llega Martín Delrío en el lugar citado, y ambos dicen que la naturaleza no menos atiende á la generación de la hembra que del varón, considerando al uno y al otro como animales perfectos; y el decir lo contrario, ser indigno al filósofo; porque la naturaleza (como enseña Aristóteles en el libro 7 de *Los animales)* todo lo que hace es según orden y, supuesto que la hembra es tan necesaria como el varón para conservar las especies humanas, no se puede considerar que sea casi monstruo; además que no es sentir como se debe de la formación de la primera mujer, la transformación que se hace de hembra en varón (que es cierta y ha sucedido muchas veces), lo que la causa es, que por falta de calor, habiéndose formado las señales de hombre, se están encogidas, que no parecen, y después con la edad, aumentándose el calor y perfeccionándose, salen fuera

y se manifiestan, quedando de hembra que antes era, hecho varón perfecto.

Mas, ora sea la una ó la otra opinión la cierta, porque entrambas tienen razones de su parte y no vengo á disputarlas ni resolverlas, sino á mostrar que el mudarse de hembra en varón no es fabuloso, como dice y muestra Plinio en el libro 7 de su *Natural Historia*, capítulo 4; y pues según la doctrina de Aristóteles en el libro 1 de la *Metafísica*: «La experiencia es el conocimiento de los singulares y el arte verdadero de los universales». Por ella, como maestra de las cosas (cual prueban los jurisconsultos), me tengo de regir, probando mi proposición con ejemplos, aunque me alargue; porque, como dice el filósofo, en el libro 10 de los *Éticos:* «Más prueban los ejemplos que las razones.»

Los gentiles (como refiere Antonio Liberal en el libro 2 de los *Alterados de Nicandro),* atribuía á milagros de sus dioses muchas de las obras maravillosas de la naturaleza; y entre ellas mudarse de hembras en varones, y así traen para comprobación que Hipermestra fué vendida por esclava siendo mujer, y después, mudada en varón, se dió su precio á los dioses; y que Hiproeta Cretense, como la viese lavando Minerva, fué hecha varón, y que Leucipe, hija de Galatea, mereció nombre de Leucipo por haberse mudado de hembra en varón, por beneficio de Latona Festia.

Mas como los médicos y los filósofos, escudriñadores de la naturaleza y de la experiencia, conociesen, por las causas y los efectos, que era posible el hacer transformaciones quitando la admiración milagrosa, observaron en semejantes casos la naturaleza solamente; y así Hipócrates, en los lugares citados, refiere de Piteo que en el primer tiempo de su edad era mujer apta á tener hijos, y estando vecina al parto desterraron á su marido; habiendo estado muchos meses sin él y sin su costumbre, se le volvió el cuerpo de varón velloso, le nació la barba y la voz se le hizo áspera. Lo mismo dice que le sucedió en Tasso á Namisia, mujer de Gorgipo, y Plinio, en el lugar apuntado, dice: «Hallamos en los anales, siendo Publio Licinio Craso y Casio Longino, cónsules, que Casino, de doncella, fué hecho varón, estando bajo el dominio de sus deudos». Y en el mismo capítulo añade que Licinio Muciano vió á Aresconte de Argos, cuyo nombre fué de Arescusa que, como se casase, se transformó en varón y tuvo barbas y virilidad y tomó mujer. De la misma suerte otro muchacho de Esmirna, le vió el mismo Licinio, y concluye Plinio, con que él propio vió mudado de hembra en varón, el día de las bodas, á Lelio Conficio, ciudadano Trisditano, que vivía al tiempo que escribía su historia; que este ejemplo, cuando no hubiera otro, bastaba, como dice A. Gellio (en el libro 9 de sus *Noches Aticas,* capítulo 4), para desterrar

cualquier duda, pues Plinio dice que lo vió, siendo autor de ingenio, de autoridad y dignidad tan grande.

Mas yo no quiero, pues hay tantos ejemplos de que valerme, contentarme con tan poco. Vamos á Tito Livio, que en el libro cuarenta y dos de sus *Décadas* dice lo mismo que Hipócrates de la mujer de Gorgipo de Otraspolitana. Pheleion, libro primero *De Mirabilibus*, dice que una doncella de Esmirna, cuyo nombre era Filita, como la casasen, trayéndola sus deudos para entregarla á su marido, la hallaron varón, y que lo era; y el mismo escribe que en Laodicea, que es en Siria, á quien los hebreos llaman Rámatha, y hoy los surianos Liche, ó Lique, una mujer llamada Etheta, después de casada se transformó en varón, cuyo nombre fué Eteto, presidente en Atenas, siendo cónsules en Roma Lelio Samio y Eliano el Viejo.

Y acercándonos á nuestros tiempos, porque no todo sea antigüedad, Fulgoso, en el libro primero de sus *Ejemplos,* cap. 6, dice que reinando en Nápoles Fernando I, Ludovico Guarna, ciudadano de Salerno, tuvo cinco hijas, de las cuales las dos mayores, que se llamaban Francisca la una y la otra Carolea, ó Carlas, llegadas que fueron á los quince años, ambas se transformaron perfectamente en varones; y mudando el hábito, se nombraron el uno Francisco y el otro Carlos.

Y el mismo Fulgoso refiere que en tiempo del

propio rey Fernando, una doncella de Ebuli, después de cuatro años que estuvo prometida por esposa, la noche que la entregaron á su marido y durmió con él, al otro día apareció varón perfecto; y mudando el hábito como tal, puso pleito al que había sido su marido, por la dote.

Y Joviano Pontano cuenta, en su *Historia Napolitana,* que una mujer de un pescador de Gaeta, después de casada catorce años, se volvió varón; y otra, cuyo nombre era Emilia, casada con Antonio de la Espensa, ciudadano de Ebuli, tras doce años de matrimonio, se mudó en varón, y descasándose, tomó mujer, y en ella tuvo hijos.

A esto añade Coccio Sabélico, en el libro 9 de sus *Ejemplos,* otro aún más admirable, diciendo de otra mujer que habiendo parido un hijo de su marido, se transformó en varón, y se volvió á casar con otra mujer, y en ella engendró y tuvo hijos.

Antonio de Torquemada afirma que un grande amigo suyo, de mucha autoridad y crédito, le refirió que en un lugar cerca de Benavente, en Castilla, una mujer de un labrador de mediana fortuna, como no agradase á su marido, por ser estéril, la hacía mal tratamiento; y á esta causa, se salió una noche huyendo con un vestido de un criado suyo, y en hábito de hombre como tal sirvió á varias personas; y después de algún tiempo, ora fuese el calor, en ella tan eficaz, ó tan fuerte la imaginación (confirmada

con tan continuo uso del hábito viril), se halló transformada en varón perfecto; y la que había sido casada como mujer, se casó con otra mujer como varón, callando siempre el suceso, hasta que viniendo á los ojos de su marido, y viendo tan semejante en rostro á la mujer que se le huyó, la dijo si por ventura era su hermano, y entonces le respondió la verdad de lo que había pasado por ella.

Y Juan Fragoso, médico y cirujano del rey Felipe II, en la segunda parte de su *Cirugía,* cuestión 2, afirma que en su tiempo una monja de cierto monasterio de Madrid se convirtió en hombre alzando un gran peso, y se llamó después Rodrigo de Montes; y habiendo recibido después órdenes sacros, fué fraile dominico. El doctor Peramato afirma semejante transformación de otra mujer en Córdoba.

Y últimamente, hace indubitable esta verdad el suceso de doña Magdalena Muñoz, monja en el monasterio de la Coronada, de Ubeda, que siendo mujer perfecta, al cabo de muchos años de religión, haciendo fuerza y ejercicio traspalando cantidad de trigo, arrojó la naturaleza, con la adquisición del calor, miembros viriles, de modo que hoy vive varón perfecto, y apto para casarse, y se llama Gaspar Muñoz; caso tan reciente, que no tiene más antigüedad que desde cinco de Octubre de mil seiscientos diez y siete.

De manera que la experiencia nos muestra que no sólo es posible que naturalmente se transforme una mujer en varón, mas que sucede el acto muchas veces, y ha sucedido en todos los tiempos; y si en alguno se tuvo algo por fabuloso, fué porque los poetas lo trataban á su modo, como se ve en la fábula de Scithon, referida por Ovidio, en el cuarto de sus *Metamorfos.*, con cuyo ejemplo de transformarse ya en varón, ya en hembra, á su querer, quiso mostrar que la vehemente imaginación hace semejantes efectos; y así dice:

Ni hablaré de la naturaleza
que Scithon tuvo, con que ambiguamente
era á veces varón, á veces hembra.

Y el Ariosto, en la fábula de Ricardeto y Flor de Spina, da á entender casi lo mismo.

Y porque los demás casos, así fabulosos como filosóficos é históricos, resume en su epigrama Ausonio, excelente médico y poeta, dejando la versión latina, pues los medianamente leídos no la ignoran, la refiero en castellano, con toda la precisión que á mi ver permite la lengua, correspondiendo un terceto español á un dístico latino; dice así:

En el valle de Bana (cosa clara,
digna de creer apenas al poeta,
mas de la historia la verdad se aclara),
convierte un ave macho en imperfecta
especie femenina su semblante,

y de un pavo, una pava ven perfecta.
El monstruo admira á todos, mas triunfante
una ovejuela blanda convertida
se ve en cordero tierno en un instante.
¿Qué? ¿A novedad la especie conocida
necios tenéis? ¿Por dicha no habéis leído
los versos de Nason con que os convida?
Consus Saturnio á Cenea ha convertido,
y Tiresias (también á Ovidio cito)
que de cuerpo biforme, ambiguo ha sido.
Sálmacis fuente vió á Hermafrodito
semivarón. Que Plinio vió presente
casar cual hembra al Andrógino, ha escrito.
Ni de antiguos aún basta; en Benevento
un lugar en Campania se ha mostrado
un mancebo doncella de repente.
No quiero de la fama autorizado,
testificar con viejos documentos:
yo en hembra, de varón me he transformado.

Ahora, pues, mirando todo el epigrama (como dice Martín Delrío), hallamos que de todos los ejemplos que refiere, sólo en el segundo y en el penúltimo dístico trae que de varón en hembra haya habido transformaciones históricas, porque si notamos el ejemplo de la ovejuela, dice que se volvió en cordero tierno, y pasando á las fábulas, la primera que toca es la de Ceneo; hácelo en solo un verso de no pequeña dificultad, diciendo:

Consus Saturnio á Ceneo ha convertido.

Y la fábula, como se colige de diferentes lugares de Ovidio, y del sexto de la *Eneida,* de Virgilio, y de otros poetas, fué así:

«Ceneo fué hijo de Elato en Tesalia; y como fuese mujer hermosísima en sus primeros años, Neptuno se enamoró de ella; y habiéndola gozado, la pagó en transformarla en varón, y así la que como mujer se llamó Cenea, como hombre se llamó Ceneo. Dióle Neptuno propiedad de que no pudiese ser herido, y siendo después capitán de los Lapitas, por él se movió guerra contra los Centauros, y allí murió (como dice Ovidio) colgado de un árbol y acabándosele el aliento». Y es de advertir (aunque algo fuera del propósito para entender el verso de Ausonio) que llamó á Neptuno, Dios Consus, de la generación Saturnia, por ser hijo de Saturno y estarle en Roma dedicados los juegos Consuales, hechos en memoria del rapto que hicieron los romanos de las doncellas Sabinas; y en estas fiestas llamaban á Neptuno Consus, que es lo mismo que Dios de consejos. Pasa luego el poeta á la fábula de Tiresias, y dice:

Y Tiresias (también á Ovidio cito)
que de cuerpo biforme ambiguo ha sido.

La fábula colegida latamente de Ovidio en el libro 3 de sus *Metamorfoseos,* y de Estacio Papinio, libro 10 de su *Tebaida,* y de Homero en el 11 de la *Ulisea,* es así:

Tiresias fué Tebano, adivino é hijo de Peneto; pues como viese dos varones conjuntos, observando y mirando cuál era la hembra, la

mató, y apenas la hubo dado muerte, cuando se halló convertido en hembra, y al cabo de siete años, volviendo por aquella misma parte, se le restituyó su forma de varón, dando á entender con esto los poetas que en los Hermafroditos, como tienen de entrambos sexos, cuando prevalece el uno (por la causa que da Andreas Laurencio) se encubre el otro, y así unas veces son tenidos por mujeres, y otras por hombres.

De este Tiresias, escribe Estrabón que su sepulcro estaba en Tilphosio, monte de Beocia, junto á la fuente Tilphosa, donde huído, murió el día propio de su nacimiento, y allí los ciudadanos de Thebas le ofrecieron sacrificios, de donde se colige no ser toda fabulosa la historia de Tiresias.

Toca tras ésta el poeta la fábula del Hermafrodita y la fuente Sálmacis, en el libro 4 de sus *Metamorfoseos,* y dice Ausonio:

> Sálmacis fuente fué al Hermafrodito
> semivarón.

La fábula es ésta: Hermafrodito fué hijo de Mercurio y Venus, hermosísimo; el cual, andando en Caria, llegó cerca de la fuente Sálmacis, que se enamoró de él; y no pudiendo por ruegos ni diligencias traerle á su deseo, bañándose en ella se abrazó con él la ninfa, á quien resistió lo que pudo Hermafrodito, hasta que los dioses, por ruego de Sálmacis, formaron de ella y él un cuerpo.

Y porque la transformación del Andrógino de Plinio ya queda apuntada, resta sólo de dificultad si podrían ser verdaderos los otros ejemplos de Ausonio; que de pavo pava y de mancebo doncella se hayan visto, lo cual, como resuelve Martín Delrío doctamente (fundado en la opinión de Andreas Laurencio), no es creible; y si algo de este caso lo puede ser, se entenderá forzoso como he dicho, excediendo un sexo á otro y ocultándose el uno, en tanto que el otro prevalece, como se ve en la liebre ó en la hiena, de quien dice Ovidio que unas veces usa de macho, y otras de hembra, alternándose á veces de tal modo, que ya es hembra, ya es varón la hiena.

De todo lo cual concluyo que mudarse de hembra en varón, es natural y verdadero; mudarse, por el contrario, de varón en hembra, como de sí dice Ausonio:

Yo en hembra, de varón me he transformado.

es bernardina y fábula, y por tal la tenga todo hombre cuerdo.»

Con esto se bajó de la cátedra el licenciado Salt, quedando Solier (que atentísimo había estado) satisfecho de que naturalmente se había vuelto su Bernardina varón, sin reparar en la malicia de las postreras palabras del catedrático, donde agudamente le dijo la verdad. Llegó Solier á Salt, y tras darle las gracias, le dió una

joya; y despidiéndose, se volvió á su casa, donde luego contó á Laura lo que le había pasado en las escuelas, que fué harto bien recibida nueva y no menos de don Ricardo, á quien Solier pedía muchos perdones de su atrevimiento. Ricardo se mostró agradecido y le pidió le volviese á su quinta, por ser ya tiempo que su tío viniese; y hecho así, el maestro Zabatelo, que no se descuidaba, vino aquella misma noche á la quinta, y llamando á la hortelana (que lo ignoró todo), la preguntó por su sobrina, mostrándose contento de haber negociado bien y agradeciendo; pagando á Inés el hospedaje, volvió á don Ricardo á su casa, donde asistió á sus estudios, y no muchos días; porque Solier, en quien hizo presa la imaginación de que Dios le había querido castigar, mudando en varón una doncella á quien él pretendió quitar la honra, cometiendo no sólo tan grave pecado, mas el de adulterio y sospechas después contra Laura, le creció de estos pensamientos tan profunda melancolía, que le dió en breves días la muerte. En ella dejó á Laura (que supo ganar la voluntad como tan discreta) lo más florido de su hacienda quedando por patrona de algunas memorias honradísimas que dejó fundadas.

En viéndose libre don Ricardo del estorbo que le hacía Solier, dando cuenta á sus padres de su deseo, y de la mucha riqueza de que ya era señora Laura, alcanzó de ellos, con mucho gusto, li-

cencia para casarse con ella, como lo hizo con el mayor aplauso que puede pintar la imaginación, dando principio los dos amantes al gozarse en su buena fortuna, y yo fin en esta acción á explicar la epigrama de Ausonio.

NOVELA OCTAVA

De la juventud.

Enseña cómo han de ser los amigos y de cuánto provecho son sabios en todas las dificultades; cómo es acto generoso hacer beneficios, sin mirar otros fines más que hacerlos y el bien que de esto resulta, y cuán digno de alabanza es el agradecimiento y cómo los casamientos que llevan la mira á solo interés, aunque haya sobra de bienes, tiene pensión su felicidad por otros caminos, y en todo se muestran los afectos conforme á las personas y á las edades.

Barba, comæque,
Canitiae posita nigrum rapuere colorem
Pulsa fugit macies, abeunt pallorque; fitusque,
Adiectoque cavæ supplentur corpore rugæ,
Membrae; lujuriant Aeson miratur, et olim
Ante quaterdecies nunc se reminiscitur annos.

Estos versos de Ovidio, referidos en la fábula de Medea, tratando de la recuperación de la juventud que hizo en Eson, dieron por largo rato motivo á largas disputas entre los tres amigos, dificultando que por medios naturales se pudiese recuperar la fuerza y lozanía de la edad floreciente á la flaqueza, descaecimiento y carga que trae la decrepitud consigo, hasta que Celio, á quien tocó aquel día la resolución de lo que se tratase, dijo:

—A no haberse comenzado por Fabio la disputa, es cierto que pudiérais atribuir á negociación mía el caer la suerte en los versos que dificultamos; pues me hallo prevenido del más nuevo caso que á mi juicio puede hallarse para mostraros al cierto (á vuelta de otras cosas) cuanto puede enseñar la experiencia, la curiosidad y el desengaño que puede sacarse de materia tan poco trillada y dificultosa, como si es posible que naturalmente se le pueda restaurar al hombre el húmedo radical para que, hallándose con los muchos años corvado, titubeante y sin fuerzas, enflaquecidos los miembros, perdidos los dientes, blanqueando cabello y barba y arrugado todo, trueque estos efectos propios á la vejez en volverse lozano y brioso, ágil y fuerte, trocándose las canas en el color que antes tenía el cabello, adquiriendo la dentadura perdida y las demás

partes que son propias de la juventud. Estad atentos, que si la novedad puede traer deleite, parece que le ha de tener este caso.

En Sevilla, ciudad tan conocida y noble de España, que no tiene menos antigüedad que la de sus primeros pobladores, después del universal diluvio, hubo dos mercaderes, el uno llamado Fadrique y el otro Plácido, nombres á mi ver atribuídos para con libertad hablar en el suceso, porque los verdaderos yo he inquirido que fueron otros. Eran tan parecidos y semejantes, que, según el hablar común, la naturaleza parece que los había hecho en un molde; porque la estatura, la disposición, el modo de hablar, los ademanes, el rostro y lo demás era tan uno, que á no distinguirlos las edades, porque Fadrique era hombre de más de cincuenta años y Plácido de dieciocho á veinte, nadie por la vista pudiera afirmar quién fuese el uno ó el otro; cuya experiencia hicieron muchas veces con retratos de la juventud de Fadrique y el rostro de Plácido; y cotejando los retratos y él hombres peritísimos en la pintura, afirmaban que de aquel original se sacaron aquellos traslados y no de otro; y todos tenían por imposible que hubiesen nacido dos hombres tan semejantes en todo, si no los desengañara verlo por los ojos; y con razón se puede dificultar semejante obra de naturaleza á no haber prevenido el desengaño tantos ejemplos así referidos por historiadores fidelignos como

tocados con las manos y vistos con los ojos.

Valerio Máximo, entre otros, nos trae á Pompeyo Magno y Urecio y Publicio Libertino, que mudados las vestiduras de los unos y de los otros, á Pompeyo le podían hablar por ellos y á ellos por Pompeyo, porque en nada diferenciaban.

Plinio también nos refiere aquel ejemplo admirable de dos muchachos, uno Syro y otro nacido tras los Alpes, tan parecidos, que los vendieron á Marco Antonio por mellizos, y viendo que hablaban diferentes lenguas, agraviándose que le hubiese llevado quien se lo vendió excesivo precio, replicó advertidamente que más le merecían, pues á ser de un parto y una patria no tenía tanto de admirable como siendo de diferentes padres y nacidos en tan apartadas regiones; y para no cansar al que dificultare esta obra de naturaleza, tan común en todos tiempos y partes, lea á Valerio Máximo, lib. 2, cap. 15; á Plinio, lib. 7, cap. 12; Al Cardano, *de Varietate rerum*, lib. 8, cap. 45; Cicerón, lib. 4, *q. Acade*; Luis Vives, lib. 21, cap. 8; Suidas, *in Amoni.*; Plutarco, en las vidas de Antonio, de Pirro y de Antioco; Justino, lib. 1; Solino, cap. 4, y otros muchos.

Y supuesto que estos dos mercaderes fuesen tan semejantes como propuse, pues á declarar sus nombres y apellidos no fueran menester para muchos los ejemplos que he dicho; y ya porque, como dice el filósofo, el semejante es ami-

go de su semejante, ya porque la comunicación, el oficio y la calidad de las personas, siendo tan iguales en todo, conociesen sabiamente que lo que conserva la amistad es la igualdad, como enseña Dion Casio, diciendo en su *Historia Romana:* «Así vale la amistad á cualquier hombre; mas donde el uno al otro sobrepuja, allí en el inferior se promueve la envidia y en él se ve perseguir el odio; y de tal manera sucede, que después, como el uno se indigne del inferior á sí y el otro se ensalce á mayor grandeza de la amistad tenida, se viene á las enemistades y las discordias.»

Palabras, cierto, dignas de estar en la memoria siempre y avisos muy para estimados en estos tiempos y más en la corte, donde el oficial quiere tratarse familiar con el caballero y el caballero con el príncipe, causa que lo que debiera ser verdadera recíproca voluntad se trueca en artificio, experimentando aquella moral sentencia: «No son amigos todos los que blandamente hablan ó simuladamente se quieren hacer benignos, que debajo de aquella miel está escondido veneno, y debajo de lo que parece que es honraros, está vuestro menosprecio». Bien lo sintió cierto hidalgo prudente, á quien un señor preguntó qué amigos tenía en la corte, respondiendo que ni pícaros ni príncipes; éstos por no estar siempre al riesgo de que le desestimasen, y aquéllos por no pagar con tan vil moneda á

quien, aunque fuese mintiendo, les había de dar el precioso nombre de amigos.

Todo esto parece tenían delante de los ojos Fadrique y Plácido, conservando su amistad, sin que el uno ni el otro variasen en tenerla con los que eran de diferente calidad y profesión. Púsoles la fortuna, parece que de acuerdo, á estos dos amigos por objeto una mujer tan hermosa que, por no agraviarla, remito al silencio la pintura que pretendiera hacer de su mucha belleza. Los años eran quince; la discreción y prudencia adornaban perfectamente á Inés (que este era el nombre de esta dama), tan querida de nuestros Plácido y Fadrique, que se veía cuán bien conocidas tenían sus muchas partes.

A los principios de sus intentos no se declararon el uno al otro; mas no consintió la verdadera amistad el secreto, porque todas las cosas de los verdaderos amigos son comunes (según la regla del filósofo); rompieron el silencio, diéronse parte de sus pasiones, y conocida por una misma la causa, tras muchos discursos, eligieron poner en manos de Inés y su madre (que padre ya le faltaba) el fin de sus deseos, concertando que, para no romper con celos su amistad, el que saliese excluído dejase la patria y en ella al poseedor de tan buena fortuna; y en esto acordes, hicieron sus diligencias, procuraron informar de su justicia.

A los principios, los dos fueron desdeñados,

aunque la perseverancia de Fadrique, favorecida de más bienes de fortuna, sabidos despender con la madre de la doncella, granjeó su entrada, y aunque Plácido, con los menos años, ganó los primeros movimientos de la voluntad de su dama. Mas pudiera responder á estos dos amantes, si le interrogaban por sí, el oráculo de Apolo Pithio, dado á Filipo, rey de Macedonia; consultando cómo sería victorioso, le respondió: «Pelea con lanzas de oro y todo lo vencerás»; y es cierto el epigrama hecho sobre la fábula de Hipomenes y Athalanta, que dice:

Venus tres manzanas de oro
dió á Hipomenes, y él corrió
con Athalanta y venció
en fuerza de aquel tesoro.
Y quien con su dama ser
pretende feliz amante,
arrójele oro delante,
porque él se la hará tener.

Razones experimentadas en este caso, pues procurando la resolución los pretendientes y que se les diese en definitiva la sentencia de este compromiso, hecho entre madre é hija, hallándose solas y no conformes, porque no se remitiese á más votos, por boca de la vieja abogó el interés, letrado que en algunos tribunales se le da aplauso, y así la dijo:

—Hija mía, llegó ya el tiempo que hemos de elegir por tu esposo á Fadrique ó Plácido, porque la perseverancia de entrambos, la publicidad

con que han tratado sus deseos y la noticia que de esto tiene toda la ciudad, obliga á que sea uno de los dos tu marido; y aunque te veo inclinada á Plácido, granjeando los pocos años por su parte, lo que desagrada el mayor número de ellos en Fadrique, yo, al fin, madre, y madre que te quiere tanto, no sólo miro al cumplimiento de tu apetito, sino á la buena ó mala fortuna en que te has de ver, pues lo que califica no es la edad ni el talle, sino la hacienda y la cordura; y hallándose ésta como se halla en tus dos amantes en igual grado, quien tuviere más de aquélla debe ser el preferido.

Mira tú lo que vale hoy el dinero; mira cuán diferente estimación se hace del que tiene menos y del que tiene más; cuántas personas conoces tú en esta ciudad, sobradas de nobleza que la han malmezclado por faltarles con que sustentarla. La hermosura, hija de mis ojos, es como flor sujeta á marchitarla el tiempo; no dan por la gentileza y pocos años de un hombre la comida en la plaza, ni la gala en la tienda, y con tener dinero se tiene todo. ¡Qué bien nos lo enseña la historia de las Indias, que leimos estas noches pasadas; á fe que te he de referir lo que dice, que lo tomé de memoria para esto!

Halló la comunicación de los hombres el uso del dinero, el cual es medida de todas las cosas; y siendo una sola cosa en naturaleza, es todas en virtud, porque dinero es comida, casa, gala

y cabalgadura y cuanto los hombres han menester; y así obedece todo al dinero. En otro capítulo que está cerquita de éste, mira tú, hija de mi alma, lo que dice del oro, que para que se le estime y busque, poca necesidad hay de contar sus excelencias, pues la mayor que tiene es estar entre los hombres, conocido por el supremo poder y grandeza del mundo. Oro comemos, oro vestimos y oro es el verdadero sustento; pues vulgarmente «oro es lo que oro vale», y no hay cosa necesaria para pasar la vida que no tenga valor y cueste cuál más, cuál menos.

No digo yo que Plácido no merece mucho y que es muy buen mozo y tiene espectativa de heredar buen pedazo de hacienda; mas sus padres no son viejos, tiene muchos hermanos y podrá tener más. quién lo duda; y aunque el caudal es grueso, si la mar se parte, arroyos se hace, y aun dejo á un lado lo que es hacienda, porque no digas que totalmente soy más amiga de interés que de gusto, que éste quiero para ti, hija de mis entrañas, deseando no te cases con Plácido, para librarte de una suegra que te aflija, de una cuñada que se te atreva y de un cuñado que te cele. ¡Triste de mí, que hablo de experimentada; y como por esta causa, me salieron cabellos blancos antes de tiempo! Si os tocáis y ponéis el pelo con algo de cuidado, ya dicen que no es por agradar á vuestro marido solo; si no os tocáis, mostráis descontento y no le queréis bien; si váis á menudo á la iglesia,

no por la devoción, mas porque hay en ella quien os mire, dicen que lo hacéis; si no váis más que las fiestas, también os murmuran de poco cristiana, y dicen que cómo le ha de suceder bien á hombre que está casado con mujer que no se acuerda de Dios sino cuando el precepto la obliga; en fin, hija, no hay acción en que no yerre quien tiene suegra que la revuelva, cuñadas que la envidien y cuñados que la miren cómo pisa, cómo habla y cómo mira; y como de todos estos inconvenientes veo libre á Fadrique, eso es lo que me mueve á que sea tu dueño y no otro; con él medito que tendrás gusto, que no tendrá á quien agradar más que á ti, ni tú más que á él; no conocerás las necesidades, las más veces madres de las rencillas. ¡Ay, hija; ay, hija, que no lo entiendes si no tomas mi consejo!

Con esta persuasión, dió el voto Inés en favor de Fadrique y se pronunció la sentencia en presencia de los amantes amigos y competidores, quedando Plácido tan triste como alegre Fadrique. Tratóse luego de ejecutar todo lo concertado y que Plácido dejase la patria, perdiendo, no sólo mujer y amigo, sino la vista y regalo de sus padres. Dióle Fadrique mil escudos en oro con que se fuese á las Indias, á Flandes ó Italia, que donde quisiera, le socorrería siempre. Aceptó Plácido, desesperado de su poca dicha con su dama, que fué bien menester su cordura para resistir la pena.

Fadrique, por otra parte, celebraba su buena suerte, y cada minuto que se dilataba le parecía un siglo; en fin, llegó el día que gozó de su dama como mujer propia, y ella, con la ausencia que luego hizo Plácido, si no de todo punto, olvidó la mayor parte de aquellos primeros ardores que encendieron las finezas del malogrado amante, el cual, despidiéndose de sus padres y hermanos y de su amigo, con dos mil escudos que juntó de caudal, se partió á Italia; y parando en Nápoles, dejando la mercancía, se dió á la milicia, alentándole las alteraciones de Lombardía, conociendo este camino por el mejor para los que pretenden honra y nombre de famosos.

A pocos meses de su destierro, hizo que un grande amigo suyo escribiese á sus padres y á Fadrique, que ya era muerto, juzgando que con esto y divertirse, olvidaría su patria y á Inés; mas como el amor asiste en el alma, y ésta es inmortal, dificultosamente (cuando es verdadero) fenece con el tiempo; que no hay poner leyes á los amantes ni límite.

Fadrique, en este medio, pasó con sus tratos adelante, de modo que ya en seguros, ya en cargamentos á las Indias y en otras inteligencias, granjeó sobre lo que tenía de hacienda tanto, que fué de los que se adelantaron más á la opinión de rico. Pero no consiste en solo el oro la verdadera felicidad y quietud; pues aunque Fadrique se veía con tantas prosperidades, no estaba con-

tento; antes la muchedumbre de estos bienes le era embarazosa, y si bien tenía gusto con la compañía de su esposa, que supo con discreción y prudencia perfeccionar la hermosura de suerte, que era señora de la voluntad de Fadrique; con todo, entrambos se quejaban al cielo, porque en muchos años que había durado el matrimonio les faltaban los hijos, que era faltarles lo más principal de su buena fortuna y el fin para que se juntaron; pues, como doctamente enseñan los jurisconsultos, así el matrimonio es honesto para que en el género humano se vea introducida la inmortalidad artificiosa y de la generación de los hijos estén renovados los linajes. Y por eso, como enseña Platón (de quien como fuente salió esta sentencia), es ésta obra divina, y en el mismo animal mortal la inmortalidad, es á saber, la concepción y generación; y como el mismo filósofo muestra en su Diálogo de las leyes, no hay quien no desee tener perpetuo nombre acerca de lo porvenir, y de este modo el género dura de los hijos, siempre, de uno en otro, dura la memoria.

Y como este modo de inmortalizarse le faltase á nuestro Fadrique, negándose la esperanza al paso que iban pasando los años, por suplir en algo el deseo natural, aumentado con tantos bienes de fortuna, envió á llamar á la montaña dos sobrinos que tenía, hijos de un hermano, para fundar en ellos su memoria; las alas más

veloces son las que presta el interés á un menesteroso, y así Iñigo y Bernardo, que éstos fueron los nombres de estos mancebos, llegaron á Sevilla con increible brevedad. Fueron bien recibidos de su tío, regalados de Inés, ocupando el lugar de hijos; hiciéronles galas; comenzaron á lucir por la ciudad con el nombre de herederos de Fadrique y sus buenas partes, y en poco tiempo cobraron muchos amigos y aficionados; así se introdujeron como si fueran naturales de aquella insigne ciudad, donde asistieron hasta que Fadrique, ya con los años, que pasaban de sesenta, ya con achaques, quizá adquiridos por tener la sucesión que no había alcanzado, se vió tal, que parecía en el aspecto mucho más viejo de lo que era, porque el cabello y barba podía competir con la nieve; los dientes le faltaban, y las fuerzas naturales ya era menester suplirlas con el artificio; causa que su mujer, en quien se hallaban estos efectos contrarios, pues parecía mejor que en los tiernos años de su casamiento, sólo servía al viejo Fadrique de alivio y regalo con los que le hacía; y á los dos, Iñigo y Bernardo, de blanco de sus deseos, incentivo de su apetito, y en fin, de objeto de sus amores, efecto de la vida que gozaban, propia para engendrar aquellos ardores.

Dejáronse llevar los dos mancebos de su inclinación más que de las obligaciones honrosas que debían á Fadrique; empezaron á descubrir el

fuego que les abrasaba de suerte, que llegó á noticia este desenfrenado deseo, no sólo de Inés, que resistió prudente, mas de Fadrique; y aunque imposibilitado de fuerzas corporales, con las que prestó el honor, les dijo su sentimiento; y para evitar ocasiones, mandó que luego se pasasen á otra casa cerca, donde les dió todo lo necesario para la vida humana, desde lo más á lo menos, tan cumplido y abundante, que no tenían que desear. Así los tuvo, tratándolos con obras de padre más que de ofendido deudo; mas ellos no por eso dejaron de llevar su intento adelante, atropellando, no sólo reprensiones de sus amigos y personas cuerdas, mas el recato de la casa de Fadrique.

Así perseveraron Iñigo y Bernardo algún tiempo, en el cual, Plácido, habiendo corrido casi toda la Italia, vino á parar en Bolonia, donde apenas hubo llegado, cuando la fortuna, amiga de variedad (como dice Cicerón), le puso en punto de perder la vida; porque habiendo pasado parte de la noche buscando posada á caballo y con un mozo que llevaba, tan nuevo en aquella ciudad como Plácido y tan torpe de lengua por ser francés y no saber italiano, no sabía darse á entender, vagando de una calle en otra sin ver persona á quien preguntar dónde hallarían albergue, al revolver una esquina oyó Plácido tanto ruido de armas, que mostraba ser número de personas los de la pendencia, y hallóse tan cerca,

por venirse retirando un hombre solo de tres que le acosaban, que sin dar lugar á Plácido á ninguna prevención se halló en medio de todos; y como el ánimo de los soldados españoles ni en su patria ni en la ajena conoce el temor, se arrojó del caballo, poniendo mano á la espada, y animando al solo, puesto á su lado, se dió tan buena maña, que trocó la suerte del que parecía vencido en vencedor, y de los tres, en el discurso de las cuchilladas, quedó uno muerto, y los dos heridos volvieron las espaldas.

Plácido, habiendo dado fin á la pendencia y con ella á la libertad de quien había favorecido, y aunque á riesgo de su vida y costa de su sangre, vertiéndola de dos pequeñas heridas que le dieron, la una en el brazo y la otra en la cabeza, y queriendo despedirse y buscar su caballo que quedó en manos de su francés, Jácome Viteli (que así el bolonés se llamaba), en lengua italiana, porque en ella habló Plácido, le respondió largos agradecimientos, pidiéndole, si fuese posible, le pusiese á las ancas de aquel caballo, y á toda prisa guiase por las calles que él le dijese, aunque el mozo quedase perdido á su ventura; porque la vida y el buen suceso de entrambos estribaba en aquella diligencia, y que no le diesen cuidado las heridas, pues eran pequeñas, ni lo demás que se le ofreciese, asegurando que las había recibido por quien sabría agradecerlo y remediarlo todo.

Plácido, ahorrando palabras, puso por obra lo que Viteli le pidió; y juntos, poniendo piernas al caballo, fueron atravesando y volviendo de unas calles en otras hasta salir á las últimas de la ciudad, donde llamó Jácome en una casa, y habiendo respondido un estudiaute y abierto la puerta, entró con Plácido y la cerró, y dejando el caballo en cobro, trató de poner remedio á las heridas de Plácido, que eran de poco riesgo (como dije), y en tanto dió orden al estudiante que saliese á la parte de la pendencia, y con todo aviso y recato supiese lo que pasaba. El lo hizo, y apenas llegó á la calle donde sucedió el caso, cuando vió luces y cantidad de gente que estaban mirando el muerto; y llegando, reconoció que eran ministros de justicia, de quien se informó y supo cómo encontrando los dos heridos que huían, ellos mismos los guiaron á aquel puesto, viniendo á sus manos en el camino el mozo francés, que el ir corriendo tras del caballo de su amo dió motivo bastante para su prisión; y á pocas preguntas, con mal entendidas palabras, respondió la verdad de lo que sabía.

El estudiante, con esta relación, volvió á su casa, donde se la dió á Jácome Viteli y á Plácido, que estaba ya curado, y conociendo que el estarse más allí era de grande riesgo, previniendo Viteli á su amigo Alejandro, que así se llamaba el estudiante, que de cierta suma que tenía en poder de otro, su compañero, le remitiese

á Génova, en letra dirigida al prior dominico, lo más que pudiese, y que amparase á aquel mozo francés con el recato necesario, de suerte que le pusiese en libertad (como lo hizo); y tomando Alejandro á su cargo todo lo que Viteli le encomendó, se volvieron á poner en el caballo Plácido y Jácome, que guió como persona que sabía bien la tierra; y caminando por las sendas más ocultas y menos trilladas para que no hubiese noticia de su viaje, le hicieron, aunque con algunas incomodidades y trabajos, ya apeándose el uno, ya el otro. Y en este discurso de tiempo, Plácido, hallando ocasión á pocas jornadas, viendo que Jácome se mostraba liberal, y que habiéndole conocido por español le hablaba en la lengua castellana, que la sabía muy bien, le preguntó la causa de su pendencia y quién sería el muerto, y por qué razón tres hombres de tan buena traza estando solo le habían embestido, á lo cual respondió Jácome Viteli diciendo:

—Si las obligaciones (¡oh, señor Plácido!) que, en tan corto tiempo de amistad como ha pasado después que os conocí, no os tuviera, en balde me pedíades lo que yo tenía resolución de entregar eternamente al silencio; mas supuesto que os debo la vida, no sólo librándome de las manos de mis enemigos tan á costa vuestra, mas segunda vez poniéndome en salvo, y necesitándoos por mi respeto á dejar de conseguir los motivos que os llevaran á Bolonia, y sacando de lo uno y de lo

otro vuestra nobleza y vuestro valor, que me aseguran el secreto de mis sucesos, no sólo os referiré el que me preguntáis, sino muchos de mi vida que tuvieron dependencia de él.

Mi nacimiento fué en la insigne ciudad de Roma, cabeza del mundo, y que goza más propiamente este nombre hoy que cuando la gobernaban los Catones, los Lelios, los Elianos y otros famosos cónsules, ni cuando los Césares la sujetaban, pues lo está al Vicario de Cristo, Vice-Dios en la tierra, que en ella tiene su silla.

Mis padres fueron nobles, cual muestra mi apellido, de cuyo origen y personas señaladas no quiero referiros grandezas por no cansaros; demás que la virtud, á mi opinión, es la verdadera nobleza. Fuí pasando el discurso de mi vida, y desde los primeros años de ella mostró la fortuna su inconstancia y su rigor en mí; porque apenas vine al mundo, cuando me faltaron mis padres, y criándome con la hacienda de mi patrimonio mis deudos, en llegando la edad competente, me entregaron á las letras, y en ellas cobré en pocos años alguna opinión.

De menos de trece vine á estudiar filosofía á esta Universidad de Bolonia, donde, no sólo alcancé fama de buen filósofo, mas de eminente en la lengua griega y en las vulgares, como la española, la francesa, la germana y otras; perfeccionóse con la edad la elección de la facultad que había de seguir, y escogí la medicina, acor-

dándome de aquella sentencia de Plutarco: «De todos los artes, ninguno como la medicina, que se comprende con menor ornato de elegancia y locuacidad; mas la grande contemplación y suavidad de la salud, muestra sus estudiosos»; de quien dignamente Marsilio Ficino, en la Epístola á Tomás Valerio, no sólo refiere los nombres de algunos excelentes príncipes profesores de esta ciencia, mas con debidos honores los alaba.

Deseoso, pues, en tiernos años de acrecentar fama en mis estudios, á fuerza de trabajo, les cortó el hilo la afición de una mujer hermosa y principal, en quien puse los ojos, y acerté de suerte á negociar sus favores, que me hizo los que le permitían sus prendas y aun algunos á riesgo de su decoro.

No pudo ser esto de todo punto secreto. Entendiólo ó sospechólo un hermano suyo, y juntándose con otros dos, trataron darme la muerte; y cuando llegó el tiempo de ejecutarlo (que pudieran), uno de los conjurados me dió noticia de la determinación que contra mí se había hecho, tal, que me forzó á salirme, no sólo de Bolonia, mas de Italia; y llegando á Génova, por no esperar galeras, me embarqué en una tartana con intención de pasar á España, madre universal y apacible acogimiento de extranjeros más que de sus naturales; y en este viaje, habiendo corrido una tormenta, nos amaneció en otra mayor, que fué

dar en las manos de dos galeras de turcos, que nos prendieron y llevaron á Argel, donde yo, con otros, fuí vendido, y á pocos lances, de un amo en otro me enviaron á Constantinopla, presentándome, por último, dueño á un médico del Turco. Y conociendo en mis razones (que ya las sabía decir en arábigo) que era inclinado á la medicina y que tenía más que principios, se me aficionó de suerte que me dió parte de notables secretos, ya adquiridos por medios naturales, ya por supersticiosos, de que ellos se valen no poco; y, en fin, para mostrarme la última fineza, me puso en libertad, y dió algunos cequíes, que pasaron de dos mil, y sacando mis seguros paré en Venecia, donde, sin darme á conocer, hice algugunas curas que más parecían milagrosas que naturales.

Mas con haber cobrado opinión y desearme la república, ofreciéndome acrecentadísimos partidos, no pude acabar conmigo dejar de volver á Bolonia, donde me pareció estarían dispuestas mis cosas y los ánimos de mis enemigos diferentemente, con más de seis años de ausencia que había hecho, en los cuales el amor de Camila (¡ay de mí, que sin queror dije su nombre!), como en crisol, se había afinado con los trabajos que padecí en mis fortunas y cautiverio.

Llegué, pues, á Bolonia, donde me recibieron con aplauso y afabilidad todos los hombres de

letras, á quien algunos días entretuve con la variedad de mis peregrinaciones. Hallé, quizá para mayor desdicha, á Camila sin casar y firme, que me pareció milagro respecto de la cortedad de mi dicha. En sabiendo que yo había llegado, tuvo traza, no sólo para avisarme de su lealtad por escrito, sino decirme á boca sus sentimientos; atropellando inconvenientes y riesgos, dióme ánimo la ocasión, y para dar color á la asistencia que comencé en Bolonia, me opuse á una cátedra de mi facultad que estaba vacante, y llevéla con gran exceso de votos, causa que hiciese más ruido del que me estaba bien, pues mis contrarios, hermanos y deudos de Camila, no habiéndose persuadido hasta allí que yo parara de asiento en aquella ciudad, cuando conocieron por los efectos el desengaño, luego se resolvieron en quitarme la vida, sin discurrir en otro modo de remedio; que los hombres airados no dan lugar á la consideración; y así, espiándome la noche que vos, señor Plácido, entrasteis en Bolonia, para que yo os conociese tan en mi provecho, al salir de mi posada me embistieron y me mataran si no tuviera tal socorro. Y el que me dijo Alejandro que de ellos había muerto, fué un primo de Camila, y su hermano y otro los heridos, que bien los conocí con la claridad de la luna; y así estoy determinado de pasar á España, donde mi estrella parece que me inclina, por ver reinos donde se cría gente tan generosa y tan gallarda

como los españoles, de cuya fama no es menester mayor prueba que lo mucho que os debo, y os prometo servir con la hacienda y la persona de suerte que me confeséis la paga.

Así acabó su discurso Jácome, trayendo tan colgado de sus palabras á Plácido, que parecía que le pesó hubiese acabado la historia; y pasando entre los amigos nuevos cumplimientos y ofertas, confirmando la amistad y la comunicación, porque en ella estriba, como enseña Aristóteles, pasaron adelante su viaje á Génova, y en el discurso de él, hallando un cuartago, lo compró Jácome sin reparar en el precio; y con esto y la comodidad de las hosterías de Italia, tenían alivio en la peregrinación, entreteniéndola contándose el uno al otro, ya sucesos ajenos, ya propios, con la mayor elegancia y adorno que alcanzaban, porque las muchas letras de Jácome y despejo en hablar la lengua podía divertir, no sólo trabajos de camino, pero el ánimo más anegado en penas. Y como Plácido tenía en el alma las suyas y mostrase cuáles eran muchas veces, ya con suspiros, ya con otras muestras de sentimiento, para curarle, como tan excelente médico, Jácome le pidió cuenta de su enfermedad, y Plácido se la dió, diciendo el principio de sus amores, la competencia de Fadrique, su amigo; la elección que madre é hija hicieron en Fadrique; el concierto que con él tenía hecho y cómo se ejecutó, la carta que hizo escribir de que era

muerto, y, finalmente, no dejó circunstancia, por menuda que fuese, de que no hizo capaz á Jácome, el cual dijo:

—Supuesto, señor Plácido, que no hay mal en el mundo para que no haya remedio, y la mayor dificultad consiste en entender la enfermedad, y vos habéis sabido tan bien dar á entender la vuestra y yo tengo larga experiencia de las de amor, como quien la ha padecido y padece tan grande, déjenos la fortuna pisar las riberas del Betis, que habéis de tocar con las manos y ver con los ojos diligencias mías encaminadas á vuestro descanso, tales que, imaginadas, os parezcan imposibles, y ejecutadas, os sean fáciles.

Con estos discursos y otros hicieron su viaje hasta Génova, donde Viteli halló la letra que ordenó le dirigiera su amigo; y cobrándola, con el secreto y traza más á propósito, en la primera embarcación de galeras los dos camaradas se entregaron al mar y en breve llegaron á Barcelona, y de allí, costeando, pasaron á Tarragona, Valencia, Alicante, Cartagena, y costas del reino de Granada, hasta Málaga, y atravesando las columnas de Hércules, llegaron á Cádiz, Puerto de Santa María, Sanlúcar de Barrameda, y subiendo el río, pisaron la deseada patria de Plácido, donde en habito de peregrino desembarcaron. Y buscando posada á su propósito, quedándose en ella Plácido, Jacome Viteli salió por la ciudad á to-

mar lengua del estado de las cosas, y no fué menester inquirir demasiado para saber el que tenía las que tocaban á su amigo, á quien volvió con larga relación de los amores de Iñigo y Bernardo, sobrinos de Fadrique, el cual se hallaba en los últimos términos de la vida esperando casi por horas la muerte; la hermosura que Inés gozaba, y como á ninguno de los dos amantes tenía inclinación, y, en fin, todo lo demás secreto é íntimo de la casa de Fadrique adquirió noticia tal, Jacome, que satisfizo á todas las preguntas de Plácido, y no menos á las primeras y que le tocaban más al alma, de sus padres, á quien la muerte, última línea de las cosas, había quitado la vida, pobres, por unos seguros que hicieron de plata, cuya pérdida, no sólo fué comunicable á los infortunados que sepultaron las ondas, mas á muchos que habitaban la tierra.

Sintió Plácido la muerte y desdichas de sus padres, que la naturaleza faltara á no dar lágrimas á los ojos y suspiros al fatigado pecho. Preguntó por sus hermanos, y dióle por nueva Viteli que dos de sus hermanas eran monjas en San Leandro, y dos varones que vivían estaban en aquella ciudad, el uno religioso en San Pablo, el otro tratando de sus negocios y hacienda, que, aunque poca, bastaba á sustentarle sin conocida necesidad. Consoló, en este trance, Viteli á Plácido con razones tales, que pudo mitigar su pena; porque la elocuencia, como dice Séneca, tiene poderío

para hacer grandes las cosas pequeñas y disminuir las grandes; y así pudo Viteli, con la fuerza de concertadas razones, disminuir la causa del grave sentimiento de Plácido, á quien divirtió con todas diligencias, y fué bien menester continuarlas algunos días.

Salía Jácome por la ciudad, y ejercitando la medicina y cirugía en las ocasiones que se le ofrecieron, corrió la fama, llegando á los oídos de Inés, que deseando sustentar la vida de Fadrique experimentaba desde el conocido y aprobado médico hasta la vejezuela y charlatán, y así, con todo cuidado, hizo buscar á Jácome Viteli, que en presencia de otros famosos médicos visitó á Fadrique y conocido el mal, aunque vió, que (con razón) le daban por poco número de días la vida, él, no sólo aseguró por no mortal la enfermedad de Fadrique, mas que era posible curarse, y dió tales razones, fundadas en tan buena filosofía, que á los propios médicos que le desahuciaban hizo casi reducir á su opinión.

Alegróse Inés, y á solas tuvo largas conversaciones con Viteli en razón de la salud de su marido; y en estas pláticas, con gallardo artificio, el extranjero habló de Plácido, contando de él virtudes y partes que bastaron á mover el ánimo de Inés, restando fuego á las muertas cenizas de su primer amor; de suerte, que con afecto preguntó dónde asistía y cómo lo pasaba, admirando no ser ciertas las nuevas que llegaron de su muerte,

pues ya del sentimiento pasó al olvido. Viendo Viteli entrada en las muestras exteriores que Inés daba de no estar de todo punto muerta la voluntad que en algún tiempo tuvo á Plácido, habiendo primero hecho una larga relación de la perseverancia del amante, dijo así:

—Por cierto, señora, que cuando la fortuna no hubiera concedido otro premio á mis peregrinaciones que hallarme en ocasión tal que pueda, compensando en algo lo que merece Plácido y yo le debo, decir á la misma causa de sus penas, las que padece y ha padecido, me diera por satisfacción; que esto puede en cualquier ánimo la virtud conocida; pues, como dijo Juvenal, hasta en el enemigo es amable; y yo faltara á la correspondencia de amigo, dejando en este caso de representar, señora, el amor de Plácido, la perseverancia, la fe, el decoro que ha guardado y guarda; pues como muchas veces con lágrimas y suspiros me comunicó, ya que por naturaleza conserva la vida, á que sólo le mueve el ser cristiano para no habérsela quitado con sus manos en tantos trances como la consideración de perder á v. m. le ha puesto, por lo menos quiso dar á entender que era muerto (ó por mejor decir), como él afirma, hacer verdadero concepto de que ya no vive, para que, imposibilitándose de la comunicación con lo que hizo escribir desde Italia, á los oídos de v. m. llegase la nueva que él tanto deseaba haber experimentado; pues con su fin,

le hubieran tenido sus tormentos, todos nacidos de no serle favorable la suerte para llegar á ser esposo de v. m.

—Dios sabe (dijo Inés) lo que me debió siempre Plácido; mas como la fortuna, en esto de tomar estado las gentes, parece que es señora de las acciones humanas, ella y no mi voluntad (puedo afirmarlo así) fué quien me hizo esposa de Fadrique, á quien reconozco muchas obligaciones y amor, quizá ganado por el que me debe y por mi lealtad; que si bien la juzgo por presupuesta en mí, me agradezco la resistencia que he hecho, favorecida de Dios (que sola no fuera posible), á mis dos sobrinos que trajo Fadrique de su tierra, que ya, señor doctor, los conocerá v. m. en las pocas veces que ha entrado en esta casa.

—Y aun he advertido á sus deseos (dijo Viteli), que aunque más disimulado el amor, con facilidad se muestra, y prometo á v. m. que parece guiada por el cielo mi venida; pues si bien he conocido que no hay esperanza ninguna conforme á medios naturales de que pueda vivir quince días el señor Fadrique, por lo menos en este tiempo, dándome licencia v. m., guiaré las cosas de suerte que Plácido sea su esposo, y el señor Fadrique lo quiera; que lo tengo por cierto, sabiendo con maña disponer el orden de su testamento que así lo mande (si ya debajo del presupuesto de la muerte de Plácido), y yo haré

que tenga efecto sin temor de estorbo ninguno, con la más ingeniosa y extraordinaria imaginación que á mi ver se ha ejecutado jamás.

—Bien sé yo (dijo Inés) que Fadrique se ha dolido muchas veces de que Plácido, su grande y verdadero amigo, que así le llamaba siempre, no sea vivo en esta ocasión; porque según el disgusto que le han dado sus sobrinos, con pretenderme en su vida, no hallaba remedio para ir más aliviado á la otra sino que yo me casase con Plácido, dejándonos su hacienda y á sus sobrinos dándoles alguna parte moderada, que para todo hay largamente. Mas cuando Plácido se hallara vivo, como v. m. dice, no tengo por el menor inconveniente, sino por el mayor de todos, el riesgo á que nos ponemos Plácido y yo; pues, según el precipitado arrojo de estos mozos, no sólo hay que temer y aun dar por desesperadas nuestras vidas, mas si pudieran adelantarse á mayores daños, los tengo por ciertos, como quien conoce y ha experimentado en tantos años sus condiciones.

—La necesidad es el mejor maestro (dijo Viteli), y al amor no es nada difícil; déjeme v. m. trazar en esta ocasión, que de todos estos inconvenientes y temores, libre ha de gozar por esposo á Plácido, ó yo no he de quedar con opinión de agradecido y noble, ni aun con la vida.

Con esto, acordaron entrambos que todo se guiase por mano de Viteli y se dió fin á la plá-

tica; y Jácome Viteli dió cuenta á su amigo Plácido de lo que pasaba, prometiéndole lo mismo que á Inés, cosa que le pareció imposible; que el deseo eficaz, unas veces dificulta y otras facilita; mas, con todo, Plácido se prometió buena suerte, guiándose por mano de Viteli, el cual, para primer fundamento de sus designios, dió aviso á Inés del fin á que miraba hacer creer á los médicos que asistían á la cura de Fadrique, no sólo ser posible sanarle de la enfermedad que padecía, mas que sin duda, según su complexión y naturaleza, restaurarle el húmido radical y perfeccionársele de manera que se le restituyese una casi juventud, cobrando vigor, perdiendo las arrugas, trocando el color blanco de los cabellos en el que tenía antes, y naciéndole de nuevo dientes, de modo que como se hallaba de cuarenta años así le viesen. Reíanse los médicos de tal proposición, y aun Inés temió no parase esta máquina en daño suyo; más Viteli, con gallardo ánimo y eficacísimas razones, persuadía á la dama que desterrase cualquier temor que hubiese concebido de la dificultad que tenía el caso propuesto, y para darla más satisfacción, hizo juntar en su presencia de Inés, Iñigo y Bernardo, todos los médicos que curaban á Fadrique, y les hizo esta plática:

—Aunque ante varones tan doctos debiera acobardarse, no sólo mi ingenio, mas el de los mismos Galeno é Hipócrates y aun si Esculapio se

resucitara así, como fabuloso dicen lo hizo, tuvieran á mi juicio temor de persuadir opinión tan nueva, al parecer de algunos; como que sea posible restaurarse el húmido radical de suerte, que preste al hombre una casi juventud. Pero la fuerza que la verdad tiene consigo, y más cuando llega con el desengaño de la experiencia, ahuyenta mi cobardía, despierta mi lengua, y sujeto á la corrección de los sabios, me parece mi opinión indubitable, aunque siempre lo raro es dificultoso al crédito; y, aunque yo acertara á darme á entender mejor en la lengua latina, porque los términos facilitan la explicación de los conceptos, hallándose á este acto esta señora, y los señores Iñigo y Bernardo, que son las partes interesadas, tengo por lícito hacer esta plática en lengua castellana, que si bien vulgar, entre todas la mejor en el estado presente. Digo, pues, que tres caminos hay que prueban con la evidencia posible los casos ocultos de la naturaleza y deseados en la filosofía; éstos son: la autoridad, la experiencia y la razón, y por todos tres caminos tengo por probable mi presupuesto, que autorizan las opiniones de tantos hombres doctos, cual fué Arnaldo de Villanova, Raimundo Lulio, Teofrasto, Paracelso, el Cardano, Martín Delrío, Uvequeiro, Torreblanca y otros muchos, á quien se junta el corriente de los alquimistas en la fábrica de su *Arbol vitæ,* que para solo citar nombres y lugares,

era menester hacer memoria de muchos pliegos.

Blasco de Taranto nos afirma que, viviendo él en el reino de Valencia, en Monbedre, hoy así llamada y de los antiguos Sagunto, una monja, siendo abadesa, con más de sesenta años de edad, la volvió el menstruo, se la renovaron los dientes, ennegrecieron los cabellos, quitaron las arrugas, fortificáronsela los pechos de tal modo, que se vino á hallar como una doncella de pocos años y tan perfeccionada en la hermosura y las fuerzas que de vergüenza de verse tal dejaba hablarse de pocos; y Antonio de Torquemada, en los diálogos de su *Jardín de flores,* nos refiere que en el año de mil quinientos treinta y uno, en Tarento, un viejo, más cercano á la muerte, que con esperanzas de vida, pues tenía cien años, renovándosele las fuerzas y cobrando cabellos negros, dientes firmes, carne y lozanía de mozo, recuperada una como juventud, vivió después cincuenta años; y el mismo Torquemada, y aun la tradición vulgar, nos cuenta de otro viejo semejante que, en la Rioja, le sucedió lo mismo.

¿Y quién, entre los medianamente leídos, ignora lo que Fernando de Castañeda, en el libro octavo, y Pedro Mafeo, en su *Historia de la India*, en el libro once, nos cuentan de aquel indio noble que vivió trescientos cuarenta años, y en este tiempo se rejuveneció tres veces, casos que quitan la dificultad aunque los traten los poetas, causa quizá á los que no penetran la gallarda

filosofía que enseñan, para que todo lo que no tocan y ven cotidianamente lo atribuyan á fabuloso; pues como escribe Eschilo, Baco rejuveneció sus nutrices, y Ferécides, Licofrón y Simónides nos cuenta la rejuvenecencia que hizo Medea á Eson, padre de Jasón, que si bien el modo de sangrarle y cocerle no es verosímil, pues el resucitar está sólo en el poder de Dios, por lo menos las demás partes de esta transformación, como las pone Ovidio, no hallo que contradigan en nada á la naturaleza. Dice:

La barba y el cabello,
á quien robó el color la vejez fría ,
negro se pone; de los pulsos huye
la flaqueza, y se van también tras ella
la palidez y el humor decrépito;
en el cuerpo las rugas se suplieron,
añadida la carne por sus cóncavos;
alégranse los miembros vigorosos:
Esón se admira, y como en otro tiempo,
antes que los cuarenta años tuviese,
se acuerda reducido al mismo estado.

Y en este modo de recuperación no contradice la razón, antes la prueba bastantemente; porque no es otra cosa la juventud que un temperamento *ad pondus*, dicho así de los médicos, esto es, una igualdad del calor natural húmedo, dispuesto de suerte, que el húmedo ha perdido lo viscoso y el color no sobrepuja con demasía al húmedo; con lo cual, llegan las fuerzas á cobrar todo lo que pueden de vigor; y como se colige de

doctrina de Galeno y de toda la corriente de médicos y filósofos, la diferencia en las edades, lo que las causa, es el calor natural que, como agente físico, va consumiendo el húmedo; y así en la puericia se ve mayor craseza extinguida poco á poco por el calor agente, viene en la juventud á no ser tan superflua y, por consecuencia, estar con mayor igualdad el temperamento, hasta que, menoscabándose el húmido radical por la continua agencia en el del calor natural, va perdiendo el vigor y acarreando la vejez, y así dijo Aristóteles, disputando de la longitud y brevedad de la vida, es necesario, cuando se envejecen, desearle.

Y definida por el mismo filósofo la naturaleza propia de la vejez, dice ser fría y seca; porque el calor, como agente físico, haciendo, padece, y como no tiene el húmido (calidad más propincua á sí), luce menos y prevalece lo térreo; de donde se saca, que como el trabajo deseca, atrae la senetud; y por eso los muy trabajados envejecen pronto, según Aristóteles. Luego si la vejez no es otra cosa que desecación del húmido radical, para que prevalezca lo térreo, si se ministrase vigor al húmido en fuerza de la medicina con bebidas y otros modos de remedios, tales que se pusiesen *ad pondus*, esto es, en igual peso con el calor, ¿quién duda que diese al cuerpo aquel mismo temperamento que tuvo en su juventud, y éste, adquirido, forzoso habría de te-

ner y prestar los accidentes propios á la juventud, como es dar vigor á los miembros y lo demás, como dice la transformación que vimos de Ovidio?

Y es cierto que la Providencia divina dejó en hierbas, piedras y aguas virtudes tales que, á conocerse y saberse aplicar, se hiciera esta maravilla de naturaleza más veces de las que han visto en los ejemplos referidos: y cuanto á las aguas, Cardano, Langio y Pedro Chieza, cuentan que en Bonica y Lucaya hay fuentes de agua, cuyo licor es más precioso que el mejor vino y con virtud eficaz para prestar una como nueva juventud con las partes que pinta Ovidio. Y no es de admirar que haya fuentes con virtudes maravillosas, cuyos ejemplos refieren Aristóteles, *Hist. anim.*, lib. 3, cap. 12, y otros muchos autores, que sería alargar citarlos todos; y de hierbas hallamos en los autores ejemplos de algunas que por sí solas hacen maravillosos efectos, como la ambrosía que refieren Cardano, Uvequeiro, y la hierba moley, según Homero en el décimo de la *Ulisea*, atribuyendo su invención á Mercurio, entre otras alabanzas, le concede semejantes efectos, y de ella hacen mención Plinio y su comentador Jácome de Alecampo, dando las señales que ha de tener y en qué partes se cría.

Si bien de todos los hombres no son conocidos los simples y compuestos con que se consiguen

efectos tan maravillosos, no por eso se les niega á todos, y á los espíritus no hay hombre docto que no les conceda el conocimiento verdadero de virtudes de hierbas, aguas y plantas; y los espíritus también es posible lo revelen á los hombres. Y como yo he corrido tantas tierras y tenido comunicación en Constantinopla con el médico del Turco, hombre sabio y poco escrupuloso, por faltarle el conocimiento de la religión verdadera que le obligue á abstenerse de las supersticiones, ya que no con ellas, sino con casos naturales, comunicados de este valiente médico y otros árabes, persas y sirios, tengo noticia de cosas admirables; y según la disposición y templanza de nuestro enfermo, no solamente le sanaré, con el favor de Dios, mas le convaleceré de tal modo, que los cabellos blancos se vean rubios, los dientes caídos le crezcan, cobre las fuerzas perdidas y las arrugas y color pálido se truequen en fresca lozanía de mozo; y si me dificultan vs. ms., como tan doctos, si será verdadera juventud ésta, digo que no, sino superior convalecencia y aptitud de vivir más, según naturaleza; que esto de alargarse la vida por medicina bárbaros son los que ignoran que los oros potables y otras bebidas sustanciosas hacen semejantes efectos, cual se tocan las manos muy á menudo.

Cardano, *De varietat. rer.*, trae el ejemplo de Marco Gallo, médico del emperador Carlos, que con agua destilada de cinamomo, salvia y jengi-

bre, vivió ciento veinticuatro años, y los escudriñadores de la naturaleza cada día hallan experiencias que parecen milagros, siendo efectos naturales. Tal prueba Fortunio Liceti, en su libro particular, de los que viven mucho tiempo sin comer, con ejemplos de algunos que han estado meses y aun años, no por milagro, como santos, sino por naturaleza, y el curioso hallará en este autor gallarda filosofía contra Argentorio y otros, que ayuda también á mi razón; y Jacobo Horiost, catedrático de medicina en Almesdad, ciudad de Alemania, en un tratado particular, nos cuenta que en la provincia de Silesia, en la villa de Veycreldoph, en el año de mil quinientos noventa y dos, por caso natural de igual y superior temperamento, con calidad de complexión caliente y seca, habiéndose caído á un muchacho de siete años los dientes, al nacerle los nuevos, uno fué de oro tan fino, que tocó en veintidós quilates; y cuenta que él propio hizo la experiencia y toque, y así se movió como testigo de vista á escribir lo que he dicho.

Y á las demás dudas que mueve la curiosidad, por no alargarme demasiado, remito al escrupuloso á Martín Delrío, en sus *Disquisiciones mágicas,* libro segundo, cuestión veintitrés, donde satisface bastantemente, y yo lo haré más largo al que dudare; con todo lo cual, tengo por cierto que estos señores, desengañados con el fin de la cura, que yo haré en nuestro enfermo, lo

que no hubiere acertado á persuadirles con autoridades, ejemplos y razones, lo quedarán con la vista; y entonces, el que me lo pagare como yo lo pagué y adquirí si quisiere saber, tras la teoría la práctica, podrá ser que la sepa y experimente en otros enfermos con mayor admiración de ver los medios y simples con que se consigue que con ver á un viejo con apariencia de mozo.

Así dió fin Viteli, resolviendo algunas, pocas dudas que se le propusieron, á que satisfizo de tal modo que, por ver aquel milagro, todos los médicos, de un acuerdo, desesperados de la vida de Fadrique, como á la ventura le pusieron en manos de Jácome Viteli, y él se encargó del enfermo, asentando por condición que se le había de hacer cama dentro del aposento de Fadrique, sin que nadie entrase en él si no fuere á hora y tiempo señalado, y que le trajesen todo lo que pidiese de las boticas y otras partes; concediéronlo así todos, y de mejor gana Inés, en quien ya las persuasiones de Viteli habían hecho efecto: consuelo para la muerte de Fadrique y esperanzas de gozar á Plácido.

Despidióse la junta, y quedó acordado que desde el día siguiente diese Jácome principio á lo dispuesto. Partió á su posada, donde le aguardaba su amigo, contento con las buenas premisas de encaminar á su deseo la traza; dióle cuenta el astuto Viteli de todos los motivos que llevaba, del aplauso con que le oyeron los médicos, del

gusto de Inés y de los semblantes de los sobrinos, por donde se podían juzgar los corazones, prometiéndose en todo buenos fines y agudísimos medios para conseguirlos. Agradeció Plácido tantas finezas, deseando la brevedad de tiempo, y Viteli, dando preceptos á Plácido que no saliese de su aposento, no le viese persona de la posada sin las barbas postizas que traía puestas desde que entró en Sevilla para que le desconociesen antes y después, se despidió al otro día de su amigo y se fué en casa de Fadrique, donde ya le esperaban los médicos de la junta, con nuevas admiraciones y disputas, á que respondió y satisfizo; y para que más quedasen en su presencia, recetó cierta bebida y untura sobre el corazón, que experimentada en el enfermo le causó una alegría y vigor tal, que si bien tenía algo de frenesí, le hizo por entonces hablar más alentado, tener vivos y encendidos colores y por largo rato mostrarse casi tan vigoroso como si tuviera salud; con esto se fueron los médicos, quedando los de casa más atónitos, y Viteli por dueño del campo, á solas y encerrándose con Inés en su aposento, cerca del de Fadrique, tras pocos preámbulos, la dijo:

—Ya, mi señora, estamos á los últimos términos de la ejecución de este negocio. El señor Fadrique, cuando á fuerza de medicinas y diligencias le sustentemos ocho días, será casi milagro; lo que conviene es que luego, sobre lo que

estuviere hecho, acabe de disponer su alma y reciba los Santos Sacramentos, que no hará escándalo, antes parecerá que huimos todo lo que es supersticioso; y para esto, yo le iré dando bebidas que, encendiendo la sangre fría por la vejez, le presten unos como espíritus vivificantes, que aunque violentos, dan vigor, así como en la luz de aceite se ve que á los fines, cuando á la debilitada llama se le agrega de aquella materia grasa de que se sustentaba el ardor, con más violento vigor parece que se esfuerza y alumbra con mayores llamas que otras veces, si bien dura poco aquella valentía en la luz; porque como el sujeto está débil y fácil de convertirse, luego se enflaquece y se consume; y de la misma suerte en el hombre, cuando ya la flaqueza es grande y á la sangre va faltando el calor natural con que da vigor y alienta el sujeto, se le ministra en fuerza de medicinas calor y vigor, y como son violentos, hacen más eficaces aquellas llamaradas últimas de la vida.

—Supuesto (dijo Inés) lo que v. m. me dice, que sabe Dios cuánto me llega al alma la muerte de mi marido, por cuya vida diera yo con gusto la mía, ¿qué hemos de sacar de todas estas máquinas? ¿Cómo se ha de guiar el fin que pretendemos?

—Ya juzgaba yo (respondió Viteli) que v. m. lo tenía penetrado; porque hecha la cláusula que se comunicó al señor Fadrique, dejando á v. m.

por su universal heredera y á cada sobrino cuatro mil ducados en dinero; y lo más esencial, que como por imposible v. m. y ellos pierdan la hacienda si se casare con ninguno de los dos, á quien también deshereda, tomando otro ningún marido si no fuese su grande amigo Plácido, aunque á éste le tiene por muerto; mas que á ser vivo, con él pidiera á v. m. se casara, pues sería restituirle lo que le quitó ó, por mejor decir, compró con su riqueza. Hecho esto, pues lo quiere así el señor Fadrique y lo abraza con tan grande gusto, así como Semíramis, por parecerse á su hijo niño gobernó por él desconocida, y como Laodice, reina de Siria, muriendo Antiocho, su marido, lo enterró secretamente y puso en su lugar á Artemón, hombre plebeyo (según Plinio), por ser parecidísimo al muerto rey, y con esta traza engañó al pueblo hasta disponer muy bien sus cosas, nosotros, que tenemos á Plácido tan parecido al señor Fadrique, con facilidad puesto en la cama, y estando, como están, persuadidos á que tengo de hacerle la cura prometida; cuando le vean salir en público nadie juzgará sino que yo conseguí lo que propuse, y que no sólo le he sanado, mas rejuveneciéndole. Casaránse v. m. y el señor Plácido, al tiempo de más comodidad y secreto; llevará con buena conciencia su hacienda, así por ser la mayor parte bienes ganaciales, como por cumplir lo dispuesto por su marido, y Plácido, con nombre de señor Fadrique, dan-

do lo mismo que dispone el testamento á Iñigo y Bernardo, los hará volver á su tierra, que ricos y frustrados sus deseos, lo llevarán bien, quedando v. m. y mi amigo libres de todo riesgo, y yo habré cumplido; de mi parte pagado á Plácido, algo de lo que deseo. Y atrévome á hablar en estas disposiciones con resolución tan grande, porque á los médicos también se les descubren las enfermedades de amor como las de otras fiebres; tal ejemplo trae Plutarco en la vida de Antioco, á quien Sistrato, su médico, pudo conocer que amaba; y como prueba Juan Bautista Porta, en su fisonomía, por los ojos hay del amor conocimiento; y así, mi señora, yo conozco que amáis y no ignoro á quién, porque me consta con evidencia el sujeto, y que por sí merece la ejecución de cuanto he trazado, que no pretendo más satisfacción que ver el premio de tan fiel amante conseguido por mi astucia y medio.

A todo se allanó Inés, que no poco amaba á Plácido, con las persuasiones de Viteli; púsose, en efecto, toda la traza, para lo cual aquella noche vino el galán en casa de su dama con secreto grande, habiéndose despedido de su posada con decir que su compañero estaba despacio en Sevilla y él iba á Madrid con mucha prisa. Los coloquios que Plácido é Inés pasaron, el gozar el fin de sus deseos, refiéralo pluma de mayor elegancia que la mía, que no se atreve á pintar afectos tan vivos. Murió, al fin, Fadrique cristianamente;

enterráronle en San Pablo, donde era religioso su hermano de Plácido, á quien, y no á otro, se descubrió, trocando en misas el gasto de funerales y pompas.

Corrió por Sevilla la voz de que Fadrique se había remozado, teniendo todos á Plácido por Fadrique; y con este engaño, efectuando lo dispuesto por el testamento, Iñigo y Bernardo se volvieron á su tierra; y Viteli, con sentimiento de su amigo, siguió su peregrinación, bien pagado de los amantes, y ellos, para seguridad de su conciencia, dando cuenta en confesión de lo que pasaba al ordinario, los casó *in facie Ecclesiæ,* debajo de cuya corrección y de los sabios doy fin á este suceso, en que, si no me engaño, están explicados los versos de Ovidio que se propusieron, y declarados cuán agudos son los engaños que hay en el mundo, y cómo todos estos milagros de naturaleza que nos refieren los autores y la curiosidad tienen mucho de probable y poco de exequibles.

FIN

EN MADRID
POR LA VIUDA DE
Fernando Correa de
Montenegro.

Año M.DC.XXII.

NOTAS

1. *Pág. 10.*—Dedicatoria.

Don Jorge de Cárdenas y Manrique, cuarto duque de Maqueda, nació en Elche en 23 de Abril de 1584, y fué hijo de D. Bernardino de Cárdenas y Velasco, tercer duque de Maqueda, y de doña Luisa Manrique de Lara, quinta duquesa propietaria de Nájera.

Sucedió á su padre, que falleció en Palermo en 17 de Diciembre de 1601, hallándose de virrey de Sicilia, y quedó bajo la tutela y dirección de su madre, doña Luisa.

Pero en breve empezó el Duque á dar muestras de su carácter arriscado; pues hallándose en Valladolid en la primavera de 1605, en unión de dos hermanos suyos y varios criados, acometió espada en mano á D. Luis de Velasco y los suyos, obligándole á refugiarse en cierta casa de la Plaza Mayor, donde, con la precipitación, cayó D. Luis en un pozo que allí había y se ahogó. Prendieron al Duque y le llevaron á la for-

taleza de Coca, bajo la custodia de un caballero guarda, dos menores y dos alguaciles.

Al cabo de dos meses, por haber enfermado, condujeron al Duque á Cigales, cerca de Valladolid, y en Noviembre del mismo año salió condenado á servir con su persona y diez lanzas por seis años en la frontera que se le señalase y once mil ducados de costas y multa. A sus hermanos se condenó con alguna mayor lenidad.

Perdonóle el rey gran parte de esta pena; pues en Junio del año siguiente aún se hallaba en España, en Sevilla, y en Enero de 1608 asistió á la jura del príncipe D. Felipe.

Apenas libre de este asunto sucedió que, con ocasión de notificarle un escribano cierta provisión del Consejo Real, en unión de tres criados, dió de palos al escribano á punto de dejarle por muerto (Noviembre de 1608). Diósele por cárcel la villa de Torrijos, que era de su casa; pero huyó, presentándose al Consejo de las Ordenes, por ser caballero de Santiago, y el Consejo le señaló por cárcel el convento de San Francisco de Alcalá. Trasladáronle luego á Santorcaz, y la justicia hizo tan aprisa las informaciones, que por las Pascuas publicó el alcalde de corte, Márquez, la sentencia condenando al Duque á ser degollado en público cadalso y 34.000 ducados de costas y daños. También condenaron á dos de sus criados á ser arrastrados y descuartizados.

Tan desatinada sentencia hizo que su madre

la Duquesa, con casi todos los grandes y señores de la corte, fuesen ante el Rey, quien después de afirmar que nada sabía del hecho ofreció poner remedio. Y, en efecto, á pocos días salió auto del Consejo desterrando al alcalde á cinco leguas de la corte, mandándole devolver los salarios y otras cosas que había llevado á la duquesa viuda de Maqueda; quien á poco, por la necesidad que había de justicias en la corte, perdonó al alcalde y pudo éste volver á ejercer su oficio. En fin, el Consejo de las Ordenes sentenció al Duque en 1.000 ducados de costas para la Cámara y otros 1.000 para la parte; mantener dos lanzas en Orán por un año, y permanecer él recluso seis meses en Uclés y otros seis en cualquier lugar de sus estados.

No escarmentó, con todo, el bullicioso magnate, sino que á fines de Julio del mismo año de 1609 intervino en otro lance, que el cronista Luis Cabrera describe así: «Sucedió jueves, 23 del pasado, que el duque de Sessa se salió á media noche con un mulatillo que tañía y cantaba y un pajecillo á tomar el fresco, y fué á parar á la plazuela de la duquesa de Nájera, y de una ventana pidieron al músico que tañese y cantase; y el Duque se lo mandó; y en esta ocasión llegó el de Maqueda, con el de Pastrana y Barcarrota, que venían del Prado; y el de Maqueda se enfadó de la música, porque el conde Villamor que posa allí había dado otras en aquella plazuela;

y como tenga una hermana, le pesaba; y así se despidió de los que iban con él y entró en casa y se armó y tomó un broquel y con dos ó tres se fué para el que tañía y quebróle la guitarra en la cabeza, y echó mano contra el de Sessa, sin conocerle. Y estándose acuchillando se le quebró la espada al de Sessa en el broquel del contrario, y el de Maqueda le dió una grande cuchillada en la cabeza hacia el lado izquierdo, y otra en el rostro que le baja por el carrillo de la mesma parte y le llega á cortar el labio inferior; y en esto el pajecillo alzó voces diciendo que era el duque de Sessa su señor.

»Hecho el daño le dejó el de Maqueda y los que con él habían salido y se entraron en su casa; y el de Pastrana y Barcarrota, que habían entendido el desabrimiento con que había quedado el de Maqueda, dieron vuelta por allí para ver lo que había sucedido; y hallaron al de Sessa, sentado en el umbral de una puerta, cubierta la herida del rostro con un pañuelo; y sin conocerle, le preguntaron si estaba herido; el cual les dijo que si lo estaba que él se curaría; y que le había quedado media espada para vengarse de cobardes gallinas, con lo cual se fueron y el Duque á su casa á curarse. El cual se acuchilló como valeroso caballero, solo y con la espada que traía de ordinario en la cinta; porque no venía con ninguna precaución de armas ni criados, como fuera justo en aquella hora; ni

el de Maqueda, si le acometió sin conocerle, hizo la demostración que fuera justo con él, pues supo quién era con lo que el paje publicó; y el de Sessa no dió lugar al músico que cantase por ofenderle, ni entre ellos había disgusto ninguno, y el de Maqueda estaba aquí de secreto; porque había venido á dar la norabuena á su madre de la sentencia que había tenido á su favor, en el pleito de Treviño, contra el conde de Paredes.

»El Duque estaba en Torrijos con pleito homenaje, cumpliendo la reclusión de seis meses de la sentencia del Consejo de Ordenes por el caso pasado; y así, se volvió allá al amanecer, y tras él partió un alcalde; y pasó adelante que no se sabe si fué á Portugal ó á Valencia; y se mandó ocuparle el estado, y poner guardas en su casa al de Pastrana, y el de Barcarrota se recogió en San Jerónimo, y le fué á sacar un alcalde; y sin topar con él se salió del monasterio y se ha ido fuera de aquí, aunque no se hallaron en la pendencia. El de Sessa, hasta ahora va con mejoría en la cura de las heridas». *(Relaciones,* página 378.)

En efecto; el conde Villamor festejaba con músicas á la hermana del de Maqueda, agriado ya porque otra hermana suya se había casado contra su voluntad y la de su madre con el hijo del marqués de Cañete, quien la había depositado en un convento. Por dicha razón, esto es, por ser causa de la pendencia con el duque de Sessa, y

por haber dado de palos equivocadamente á un hidalgo sevillano, fué pocos días más tarde preso el conde de Villamor y llevado á la fortaleza de Arévalo.

Quince días después estaba ya sano de sus heridas el de Sessa; y por intercesión del Cardenal de Toledo, del Condestable de Castilla y del duque del Infantado, hechas las paces con el de Maqueda, por quien llevó la voz, en su ausencia, el duque de Osuna. Sin embargo, el Consejo de las Ordenes no anduvo tan benigno con el de Maqueda, y en Julio de 1610 aún le tenía preso en el castillo de Guadamur, cerca de Toledo, aunque luego pudo regresar libre á la corte.

Dirección más acertada dió en adelante á sus bríos y arrestos D. Jorge, asistiendo á las armas españolas en Africa, hallándose en la famosa jornada de la Mamora, donde hizo su deber en términos que á poco (1616) se le nombró gobernador, alcaide y capitán general de las fuerzas de Orán, Tremecén y otros estados nuestros del Norte de Africa.

De este gobierno regresaba en 1622 cuando D. Dionisio de Avila y Lugo le dirigió las novelas de su hermano; y á esto se refieren aquellas palabras: «Ahora que V. E., después de haber postrado la corona de soberbia de los africanos leones, restituye á la patria, con su presencia su ornamento... Ahora respirará Africa libre de tanto (bien que generoso) peso, y que

le previene España festivos aplausos...», etc.

Ya de edad, contrajo matrimonio con doña Isabel de la Cueva, hija de D. Francisco Fernández de la Cueva, séptimo duque de Alburquerque; y en tranquilidad pasaron algunos años de su vida.

A fines de Octubre de 1635 fué desterrado de la Corte en unión del almirante de Castilla, del conde de Oropesa, del marqués de Velada, del duque de Sessa y del Condestable de Navarra, por no haber querido levantar la coronelía de tropas con que el Conde-Duque quiso gravar á los individuos de la grandeza castellana. Algunos redimieron con dinero (como el duque de Alburquerque) el vejamen, y otros, como el de Velada, yendo á prestar servicio personal á lejanos países.

Muerta su madre, sostuvo el Duque largo pleito con los Manriques sobre el ducado de Nájera, que, al fin, obtuvo en 1635 por sentencia definitiva del Consejo.

En Febrero de 1636 fué nombrado capitán general de la Armada del mar Océano, que antes había mandado D. Fadrique de Toledo. Pero no sabemos por qué razón fué dilatando el encargarse del mando hasta fines de Agosto en que salió para Portugal á ponerse al frente de la escuadra. Antes de hacerse á la mar fué destituído, porque se le impuso la condición de estar subordinado á las órdenes del duque de Fernandina, ó, en caso de no querer, se encargase de la

armada de la Coruña, ó si no, se volviese á Madrid, lo cual hizo antes de tres días, tiempo que le daban para escoger. (Septiembre de 1637.)

Sin embargo, al año siguiente volvió á confiársele el mando de otra escuadra, la de las galeras de Nápoles, en que tenía bajo sus órdenes al almirante D. Carlos de Ibarra.

En Agosto de 1640 tuvo un encuentro personal con el duque de Ciudad Real, también almirante, que un corresponsal de los jesuítas de Sevilla refiere así:

«Un soldado de la armada del duque de Maqueda hizo una muerte y le prendió el de Ciudad Real. Armóse competencia entre los dos Duques sobre quién le había de castigar: resolvióse se entregase al de Maqueda. Enviando primera requisitoria no fué obedecida, y menos la segunda, por decir no iba ajustada á razones; y notificándosela al de Ciudad Real, dijo, que al que le trajese la tercera le daría doscientos azotes. El de Maqueda le escribió un papel que le esperaba en la isla de Santa Catalina; el de Ciudad Real tomó una faluca y fué ella y halló solo al de Maqueda. Sacaron las espadas y diéronse dos estocadas el uno al otro. El de Maqueda las tiene en la cara y cuerpo, y Ciudad-Real en el cuerpo, ambas penetrantes y además una cuchillada en la cabeza, de que cayó aturdido en el suelo. Maqueda le levantó y le metió en la faluca y le envió á tierra para que le curasen. Ha sido lásti-

ma que estos dos generales se encontrasen en tiempo que hay tantos enemigos». *(Mem. Hist. Esp.*, t. 15, pág. 469.)

En 1642 ya residía en Madrid, siendo por entonces nombrado del Consejo de Estado.

De nuevo, á fines de 1643, se le confió el mando de la armada real, pero no pudo gozarlo porque falleció en Madrid, el 20 de Octubre de 1644.

D. José de Pellicer, en sus *Avisos históricos*, pág. 245, relata su muerte en los siguientes términos: «Avisos de 25 de Octubre de 1644.—El martes pasado, día de San Lucas, á 18 de éste, cumplió quince años el Príncipe nuestro señor... Y este mismo día comulgaron por viático muy aprisa al señor D. Jorge Manrique de Lara y Cárdenas, duque de Nájera y de Maqueda, capitán general de la Armada real, virrey que fué de Orán y del Consejo de Estado. Dióle una apoplegía repentina que fué preciso garrotearle con toda vehemencia. Volvió en sí con unturas y bebidas. Sobreviniéronle cámaras y luego calenturas; sangráronle, y murió jueves á 20 de éste, al amanecer. El viernes 21, por la noche, llevaron su cuerpo á la iglesia de Torrijos, patrón antiguo de la casa de Maqueda. Y se ponderó que quince días antes, viernes, y por la misma hora, llevaba una aldaba del ataúd de la Reina nuestra señora para sacarla al Escorial. Deja un hijo natural, habido en una dama de Orán, y una hija monja. De los estados ha toma-

do posesión su hermano el señor D. Jaime, marqués de Belmonte, y señor de la casa de los Manueles; y los bienes libres se han embargado por los acreedores, que debía 20.000 ducados. El señor duque de Alburquerque partió por la señora duquesa de Nájera, su hermana, que estaba en Torrijos.»

De su matrimonio no tuvo hijos, y le heredó su hermano D. Jaime Manuel, que también murió sin ellos en 1652. A los dos sucedió su hermana doña Ana de Cárdenas, casada con D. Jorge de Lancáster, tercer duque de Torres Novas, en Portugal. Tampoco éstos tuvieron sucesión varonil; y su hija doña Guadalupe de Lancáster casó con el sexto duque de Arcos, D. Manuel Ponce de León, entrando así en esta casa las ilustres de Cárdenas y Manrique.

El duque D. Jorge fué hombre de gran corpulencia; gran señor en todo y muy aficionado á mantener perros de caza. En la Biblioteca Nacional existen dos opúsculos suyos manuscritos: una carta á Felipe IV, escrita en 1632 (H-9) y una *Relación de su viaje contra los franceses siendo general del mar Océano, año de 1641* (H-8).

2. *Pág. 20, lín. 1.ª*—«Deshácense los hielos...»

Es el principio de la oda VII, del libro IV de las de Horacio, dirigida á Torcuato:

Diffugere nives: redeunt jam gramina campis.

La traducción de Lugo, quizás ensayo de escolar, es bastante oscura por aspirar á concisa.

3. *Pág. 29.*—«Escarmentar en cabeza ajena.»

No resulta ciertamente esta moraleja del cuento referido. Don Félix no sólo no escarmienta con la desgracia de su amigo Rangelo, sino que pasa toda la noche á las puertas de doña Beatriz esperando el momento de poder celebrar su casamiento clandestino con ella. Y sólo renuncia á su mano cuando ve que ya está desposada con D. Fernando, quien, en vez de castigo por su infamia contra Rangelo y hasta con su amada Celia, recibe el galardón á que aspiraba con mayores ansias, ó sea la mano de doña Beatriz.

Claro es que si el caso ha sucedido «en nuestros tiempos», como dice el autor, no podría cambiarlo; y esto es lo que da mayor curiosidad y valor á su historia.

4. *Pág. 32, lín. 25.*—«Persona que había adquirido su riqueza en un gobierno de India...»

Bien se conoce que cuando esto escribía Lugo no pensaba él en ir á desempeñar idéntico destino, pues en tal caso no hubiera estampado los conceptos satíricos que siguen á la cita de arriba contra los empleados en Indias.

5. *Pág. 35, lín. 1.ª*—«Era, sobre todo, gran retórica natural, y que en mover afectos pudiera ganársela á un pobre portugués, criado en Italia y trasplantado á la corte de Castilla.»

Nótese el encarecimiento y tal vez exageración que encierran estas frases. No era bastante que el pobre fuese portugués, sino que debía de haberse educado ó formado pedigüeño quejumbrón en Italia y ejercer en la corte castellana su ministerio.

6. *Pág. 49, lín.* 7.ª—«Hernández conoció en la voz ser Heredia, el primero que en España deleitó los oídos con el superior instrumento de la lira, no conocido hasta entonces en estos reinos.»

Ni en los tratados históricos de música española, ni en los diccionarios biográficos y técnicos de ella, hemos hallado registrada esta curiosa noticia ni el nombre del autor de la novedad indicada. Seguramente que Heredia importaría de Italia el instrumento tan grato á los antiguos helenos.

7. *Pág. 51, lín. 18.*—«El Racionero Cortés, López Maldonado y D. Francisco Muñoz.»

Tampoco, ni en los diccionarios de Saldoni, Pedrell, etc., se citan estos tres célebres cantores, cuya maestría y voz encarece Lugo diciendo que eran émulos de Anfión y Orfeo, y que cada uno de los tres tenía dado honor á nuestra nación y llenas de envidia y fama las extranjeras.

8. *Pág. 89, lín. 22.*—«Sabe, pues, que de Francia salió un caballero...»

No consta, según creemos, que el Condestable de Borbón, que murió en el asalto de Roma en 1527, como es sabido, dejase hijo alguno. Bien que el autor no dice que esta historia haya sucedido realmente, como expresa en otras. Toda ella debe tenerse, pues, por fingida.

9. *Pág. 107, lín.* 2.ª — «De las dos hermanas.»

En esta novela, cuya moralidad es discutible, aunque sí ejemplar, intentó el autor introducir una expresión distinta que en las demás, diciendo por boca de Celio, que es el crítico de la reunión de amigos que refieren estas historias:

«Y pues al curioso y docto se le dedican las novelas que llevan mi nombre, para diferenciar usaré en ésta el estilo lacónico; esto es, conciso; mas no querría afectado. Juzgadle, que agradará á algunos, *ó por moderno en nuestro vulgar,* ó por parecer ellos sabios.»

Empleólo, en efecto, al principio y en algunos lugares de la novela; pero en otros volvió á su quedo natural, que era un estilo más bien abundante que conciso, aunque no exageradamente.

10. *Pág. 129, lín.* 2.ª—«De la hermanía.»

Ó *germanía,* que es como se escribe hoy y aun en tiempo de Lugo y Dávila, como puede verse, entre otros, en el *Diccionario* de Hidalgo. Esta novela es imitación del *Rinconete y Cortadillo,* de Cervantes, no sólo en el asunto y disposición

de él, sino que en varios lugares parece una copia de ella.

Véanse estos párrafos. De *La hermanía:*

«Á este punto entraron la Marfuza y la Zaragozana cada una con su chulo, su cesta y su bota. Salió la vieja, reconoció la gente y abrió la puerta. Diéronse la bienvenida, y sacando á un patinejo dos esteras de anea, se sentaron todas.»

De *Rinconete:*

«Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento y tenderla en medio del patio, y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda.»

La escena de la comida es exactamente igual en una y otra obra, y la del canto lo mismo. Véase este pasaje de *La hermanía:*

«—Vayan seguidillas de las de ahora, dijo la Pintada, que no es daño morir como bueno, y donde uno sale otro entra. Y tocando el pandero una, y rascando otra la escoba y la otra dando con una cañuela en los ladrillos, tras brindarse sendas cantaron así:»

Y compárese con este otro del *Rinconete:*

«La Escalanta quitándose un chapín comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí halló acaso, y raspándola hizo un son que aunque ronco y áspero se concertaba con el del chapín; Monipodio rompió un plato y hizo dos tejoletas que

puestas entre dos dedos y repicadas con gran ligereza llevaban el contrapunto al chapín y á la escoba... Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano
rufo á lo valón,
tengo socarrado
todo el corazón.»

11. *Pág. 146, lín. 22.*—«Vinieron en casa del Licenciado Antolínez, el cual era un viejo más miserable que el de Segovia.»

¿Quién era este tipo de comparación tan conocida que no necesitaba mayores detalles? Creo que se trata del *Dómine Cabra* del *Buscón*. Pero como esta novela no salió á luz hasta 1626, es evidente que ó la obra era conocidísima antes de imprimirse, cosa difícil de creer, ó que el personaje existió realmente y era célebre por su escaseza antes de aquella fecha.

Así lo creyó Fernández-Guerra, quien en su edición del *Buscón* en la Biblioteca de Rivadeneyra (pág. 489) copia una carta (¿apócrifa?) de D. Juan Adán de la Parra á Quevedo, fechada en Segovia en 1639, en que habla del original de la novela como vivo aún y llamándole el «dómine Cabreriza». Pero aunque esta carta se deba atribuir á D. Diego de Torres, no resulta menos cierto que en su tiempo duraba aún la idea de

que el personaje retratado por Quevedo había tenido existencia real y verdadera.

Por lo demás, si en 1620 en que escribía Lugo era ya famoso como *viejo* y como avaro el segoviano, es claro que no podía vivir en 1639, como supone el autor de la carta escrita á nombre de Adán de la Parra. La pintura literaria de Quevedo vale lo que un lienzo de Velázquez. No la reproducimos por ser conocidísima.

12. *Pág. 155, lín. 4.ª*—«Cuanto que no tiene nada de fingido.»

Con estas palabras asegura el autor que el caso de esta novela ha sucedido realmente; y, en efecto, recordamos haberlo leído, poco más ó menos, en otra parte, si bien el hecho pudo haber ocurrido más de una vez. El Duque, á cuya casa pertenecía D. Pedro Manrique, protagonista de la novela, era D. Alonso Pérez de Guzmán, séptimo duque de Medinasidonia, inepto jefe de la armada *Invencible,* que murió siendo el señor de mayor renta de España, en el mes de Julio de 1615.

De este mismo y de su hijo D. Juan Manuel vuelve á hablar Lugo y Dávila en su novela del *Médico de Cádiz.*

13. *Pág. 168, lín. 9.ª*—«En la Casa del Campo, en una sala baja á mano izquierda.»

Es la famosa posesión real á que hoy llamamos Casa de Campo. Cuando Felipe II trasladó

á Madrid la corte y capitalidad de la monarquía, compró esta finca á los herederos de Vargas. Amplióla con otras compras de tierras colindantes, edificó un palacio, hoy desaparecido, y convirtióla en sitio de descanso y recreo para él y su familia. Lo que parece extraño es que tal edificio sirviese de punto de reunión y cita para casos como el que refiere Lugo y Dávila.

14. *Pág. 175, lín. 2.ª*—«Del médico de Cádiz.»

Esta novela burlesca parece tomada de un cuento del Boccaccio; por más que la ocultación del amante en un cofre es recurso vulgarísimo en literatura desde los tiempos clásicos.

15. *Pág. 176, lín. 21.*—«Porque es muy esencial en los de esta facultad el nombre campanudo y extranjero...»

Esta sátira de los médicos no difiere gran cosa de otras muchas que contra ellos lanzaban los escritores de entonces y época posterior. Una sola circunstancia nos parece distinta en el retrato que Lugo hace de su médico al decir: «Era... de los que á paso lento sobre mula de canónigo, tardan en pasar una calle hora y media, aunque no tenga treinta pasos.»

Por lo visto, no muchos años después cambió la moda y los médicos cruzaban las calles al galope, atropellando á las gentes, sin duda para que pensasen que el gran número de sus visitas les obligaba á semejante prisa.

16. *Pág. 180, lín. 24, y pág. 181, lín. 13.*—«Palenquines.»

Lo mismo que *palanquines,* según el *Dic. de la Academia;* ó sea mozos de cordel.

17. *Pag. 191, lín. 2.ª*—«Del andrógino.»

Da pretexto á esta curiosísima novela, que además, según dice el autor, es un hecho real y sucedido, el epigrama LXIX de Ausonio: *Quae sexum mutarint,* que el mismo D. Francisco tradujo después, páginas 264 y 265, muy ajustadamente.

No podria encarecer mucho la moralidad de esta novela el autor; pues para enseñar «cuanto son dañosos los casamientos entre personas desiguales en edad», cosa que, en verdad, no necesita demostración, compuso un enredo ó exornó acontecimiento real que, aunque narrado con arte muy superior á los demás del tomo, no creemos esté exento de censura. El asunto era de suyo escabroso; pero el autor pudo suavizarlo algo en las escenas en casa de Solier, sin que el interés se debilitase.

En lo que nos parece excelente es en la pintura del carácter de este personaje; y creemos que tuvo á la vista el del *Celoso extremeño,* de Cervantes. Sus ingeniaturas para aislar á su esposa son por el mismo estilo, si bien en el viejo de Cervantes se queda en amagos lo que en el de Lugo es verdadera catástrofe.

18. *Pág. 197, lín. 17.*—«¡Oh mil veces dichosa aquella edad primera...!»

Esta pintura de la edad de oro, traducida de Boecio, trae á la memoria aquella otra de don Quijote en el discurso á los cabreros, glosada del mismo texto, con más elegancia y armonía aunque con mayor énfasis.

19. *Pág. 201, lín. 20.*—«En Medina del Campo, pocos años ha, conocí á Pedro de León, que de noventa y seis años se casó con una señora moza...»

Caso verdaderamente admirable, digno de figurar en la lista de los sucesos más extraños y pasaje muy interesante para la historia natural del hombre.

20. *Pág. 202, lín. 19.*—«En el hacer visajes de sus personas creen, sin duda, que estriba aquella vejez que es corona de dignidad.»

Aquí enumera D. Francisco de Lugo las modas ridículas de los viejos de su tiempo, suponiendo que de propósito las usaban para más autorizarse. Pero más bien es de creer que, como hoy, lo arcaico de la vestimenta de los ancianos respondiese ya á la mayor comodidad ó bien á la costumbre y apego al traje que han usado en la edad viril. De todos modos es curiosa la enumeración, porque nos muestra que en 1620 se consideraba ya ridículo el traje que se había usado en 1603.

21. *Pág. 210, lín. 2.ª* — «Escribiéronse muchas glosas de la *Mal maridada,* que resucitaron entonces.»

Trátase del antiguo y célebre romance de *La bella mal maridada,* que es el primer verso de esta poesía, cuya celebridad no sabemos explicar, como no sea por haber elegido la palabra *mal-maridada* en vez de *malcasada,* que es lo que viene á significar.

El asunto es que la joven esposa, olvidada y despreciada de su marido, se aviene á huir con un galán que ofrece acompañarla, cuando el marido, sobreviniendo de repente, le da la muerte.

No conocemos el romance primitivo. Durán intentó reconstruirlo sirviéndose de otro de Lorenzo de Sepúlveda (1551), y una glosa anterior hecha en coplas por un poeta popular de principios del siglo XVI, llamado Quesada, que hizo además otras de igual clase.

Pero la reconstitución de Durán dista mucho de ser exacta; puesto que ya desde los primeros versos es falsa, escribiendo como escribe una cópla en vez de romance:

La bella mal maridada,
de las lindas que yo vi;
véote tan triste, enojada:
la verdad dila tú á mí.

Estos primeros versos eran, en realidad, así:

La bella mal maridada,
de las más lindas que vi,
si habéis de tomar amores,
vida, no dejéis á mí.

El hecho de ser éste como otros romances cantado, y acaso con linda música, ocasionó multitud de variantes y glosas, que duraron todo el siglo XVI y aun gran parte del siguiente, al menos entre el pueblo, sirviendo de tópico y término de comparación á nuestros poetas y prosistas de aquella edad para encarecer y ponderar lo vulgar y corriente de alguna cosa.

Tantas debieron de ser las paráfrasis de esta idea, que produjo el cansancio y hasta la sátira de escritores que, como Gregorio Silvestre, á mediados del mismo siglo XVI, escribió una glosa burlesca del romance, impresa primero en el *Cancionero general* de Amberes de 1557, anónima y con curiosas variantes, y luego en la *Obras* (Granada, 1599) de aquel egregio poeta.

Esta glosa, graciosísima, de Silvestre, comienza:

¿Qué desventura ha venido
por la triste de *La bella*
que todos hacen sobre ella
como en mujer del partido?

Y la última copla:

¡Oh, *bella mal maridada;*
á qué manos has venido;
mal casada y mal trovada,
de los poetas tratada
peor que de tu marido!

22. *Pág. 220, lín. 27.*—«Aquellas cincuenta hermanas que la primera noche de sus bodas, dan las 49 muerte á sus maridos, y sólo una le escapa libre.»

Son éstas las Danaidas, hijas de Dánao, rey de Argos, que, según la fábula, casaron con los cincuenta hijos de Egipto, rey de la región de este nombre; y por instigación del padre de ellas los asesinaron, excepto Hipermnestra, que salvó á su esposo Linceo. Júpiter castigó á las otras arrojándolas en el Tártaro y condenándolas á llenar continuamente un tonel agujereado. Esta fábula se utiliza siempre en sentido alegórico y moral, como lo hace D. Francisco de Lugo.

23. *Pág. 239, lín. 4.ª*—«Cuando en la roca dura...»

Estos versos y los que coloca el autor en la página 245, son mejores que sus traducciones. De los últimos de aquellos, añade: «que se vieron algún día en la corte», con lo cual debe referirse á que se habían impreso antes.

24. *Pág. 244, lín. 1.ª*—«Guardas me poneis.»

Esta coplilla, que también fué muy glosada y cantada por toda España, es completa, así:

Madre, la mi madre;
¿guardas me ponéis?
Si yo no me guardo
mal me guardaréis.

Es el principio de un romancillo picaresco y jocoso, que también fué imitado, como se ve por aquel otro del *Romancero general:*

Madre, la mi madre,
el amor esquivo,
me ofende y me agrada,
me deja y le sigo.

25. *Pág. 256, lín.* 25.-«Como puede suceder naturalmente, que una mujer se convierta en varón.»

Comienza el extraño discurso del Dr. Salt sobre el androginismo. Y es cosa de admirar que D. Francisco de Lugo haya recogido todos los textos, entre ellos algunos muy curiosos, como los de Antonio de Torquemada y el de Ubeda de 1617, para probar una cosa de la que acaba burlándose, diciendo que es una «bernardina.»

Sin embargo, lo mismo en España que en otros puntos fué aun hasta tiempos modernos creencia muy extendida la de tal conversión. Después de mediar el siglo XVII, el célebre D. Jerónimo de Barrionuevo, en sus *Avisos históricos,* registra un caso semejante sucedido en Madrid, añadiendo que el sujeto de tan rara metamórfosis se enseñaba al público, y que él pensaba ir á verlo.

ÍNDICE

		Págs.
Prólogo del editor		v
Portada de las novelas		1
Tasa y demás preliminares		3
Dedicatoria		10
A los lectores		12
Prohemio al lector		13
Títulos de las novelas		17
Introducción de las novelas		19
Novela	I. Escarmentar en cabeza ajena.	29
»	II. Premiado el amor constante	73
»	III. De las dos hermanas	107
»	IV. De la hermanía	129
»	V. Cada uno hace como quien es.	153
»	VI. Del médico de Cádiz	175
»	VII. Del andrógino	191
»	VIII. De la juventud	271
Notas		315

FE DE ERRATAS

PAGINA	LINEA	DICE	DEBE DECIR
4	17	Suma de	Suma del
8	2	alabanza al	alabanza del
11	10	Don Dionisio de Lugo y Dávila	Don Dionisio Dávila y Lugo
12	1	Don Dionisio de Lugo y Dávila	Don Dionisio Dávila y Lugo
36	15	terceros	tercero
50	9	*alcanzó*	alcanzó
56	6	ocasión;	ocasión
84	21	amedrantada	amedrentada
120	26	ella valga	ella se valga
172	25	contrario	contrarios
255	3	poste	postre

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN CASA DE P. APA-
LATEGUI, Á LOS VEINTICUA-
TRO DÍAS DEL MES DE MARZO
DE MCMVI

OBRAS DE D. EMILIO COTARELO Y MORI

El Conde Villamediana. *Estudio biográfico y crítico con varias poesías inéditas del mismo.* Madrid, 1886, en 4.°, 6 ptas.

Tirso de Molina. *Investigaciones bio-bibliográficas.* Madrid, 1893, en 8.°, 3 ptas.

Vida y obras de Don Enrique de Villena. Madrid, 1896, en 8.°, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. I. María Ladvenant y Quirante, *primera dama de los teatros de la corte.* Madrid, 1896, en 8.°, 2 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. II. María del Rosario Fernández (*la Tirana*). Madrid, 1897, en 8.°, 3 ptas.

Iriarte y su época. *Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española é impresa á sus expensas.* Madrid, 1897, en 4.° mayor, 15 pesetas.

El supuesto libro de Las Querellas *del Rey Don Alfonso el Sabio.* Madrid, 1898, en 4.° (agotado).

Discurso de ingreso en la Real Academia Española. Sobre las imitaciones castellanas del *Quijote.* (No se ha puesto á la venta.)

Don Ramón de la Cruz y sus obras. *Ensayo biográfico y bibliográfico.* Madrid, 1899, en 4.°, 20 pesetas. (Quedan muy pocos ejemplares.)

Cancionero de Antón de Montoro (*el Ropero de Córdoba*), poeta del siglo xv, publicado por primera vez, con prólogo y notas. Madrid, 1900, en 8.°, 4 ptas.

Juan del Encina *y los orígenes del teatro español.* Madrid, 1901, en 8.° (agotado.)

Lope de Rueda *y el teatro español de su tiempo.* Madrid, 1901, en 8.° (agotado).

Estudios de historia literaria de España. Madrid, 1901, en 8.°, 6 ptas.

Estudios sobre la historia del arte escénico en España. III. ISIDORO MÁIQUEZ *y el teatro de su tiempo.* Madrid, 1902, en 8.°, 6 ptas.

Cancionero inédito de JUAN ALVAREZ GATO, poeta madrileño del siglo XV. Madrid, 1901, en 8.°, 2 pesetas.

Lazarillo de Manzanares. Novela española del siglo XVII, de JUAN CORTÉS DE TOLOSA. Reimpresión y notas. Madrid, 1901, en 8.°, 2 ptas.

Comedia de Sepúlveda (del siglo XVI). Ahora por primera vez publicada: con advertencia y notas. Madrid, 1901, en 8.°, 2 ptas.

El primer auto sacramental del teatro español y noticia de su autor EL BACHILLER HERNÁN LÓPEZ DE YANGUAS. Madrid, 1902, en 4.° (agotado).

El supuesto casamiento de Almanzor con una hija de Bermudo II. Madrid, 1903, en 4.° (agotado).

Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los amantes de Teruel. Madrid, 1903, en 4.° (agotado).

Las armas de los Girones. Madrid, 1903, en 4.° (agotado).

Teatro español del siglo XVI. Catálogo de piezas impresas y no conocidas hasta el presente. Madrid. 1903, en 8.°, 1 pta.

Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España. Obra premiada por la Biblioteca Nacional é impresa á expensas del Estado. Madrid, 1904, en 4.° mayor, 10 ptas.

Efemérides cervantinas, ó sea resumen cronológico de la vida de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Madrid, 1905, en 8.°, 5 ptas.

L.S.C.
C6917
89415
Author
Title Coleccion selecta de antiguas novelas españolas

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU